

colección
amalgama



**MATERIAL
de cátedra**

Introducción al Psicoanálisis

Claudia Campins
(Compiladora)

Adriana Beade

Valeria Yonson

María Cecilia Poggio

Juan Manuel Bigoritto

Paula Malespina

Diego Franzoy

Nancy Soledad Lallana

Milton Chajud
(Docentes)


**EDITORIAL
UADER**



Libro
Universitario
Argentino



UADER | FHAYCS

Introducción al Psicoanálisis

Claudia Campins
(Compiladora)

Adriana Beade

Valeria Yonson

María Cecilia Poggio

Juan Manuel Bigoritto

Paula Malespina

Diego Franzoy

Nancy Soledad Lallana

Milton Chajud
(Docentes)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS

Abog. Luciano Filipuzzi | RECTOR

Esp. Ing. Rossana Sosa Zitto | VICERRECTORA

Esp. Carla Malugani | SECRETARIA DE INTEGRACIÓN Y COOPERACIÓN

Dra. Alfonsina Kohan | DIRECTORA EDITORIAL UADER

Introducción al Psicoanálisis / Claudia Campins... [et al.]; compilación de Claudia Campins.
- 1ª edición para el alumno - Paraná: Editorial Uader, 2022.

Libro digital, PDF - (Amalgama; 1)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-9581-71-5

I. Psicoanálisis. I. Campins, Claudia, comp.

CDD 150.195

© Claudia Campins, 2022.

©EDITORIAL UADER

Edición y corrección: Vanesa Borgert

Diagramación de tapa e interiores: Alfredo Molina



Razón social: UADER/Editorial UADER

Avda. Ramírez 1143, E3100FGA

Paraná, Entre Ríos, Argentina

editorial@uader.edu.ar

www.uader.edu.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

ISBN 978-950-9581-71-5



9 789509 581715

Índice

Presentación

A 20 años de la Carrera de Psicología de UADER. Una historia con nombres propios. *Claudia Campins* 8

En relación con introducir-nos en el psicoanálisis... *Claudia Campins* 14

Capítulo 1

Interlocuciones freudianas

La travesía freudiana y sus interlocuciones. *Claudia Campins* 28

Freud con Breuer, el mecanismo psíquico de la histeria. *Claudia Campins* 35

El poder de la palabra. *Claudia Campins* 49

Capítulo 2

El descubrimiento freudiano. La operación de la defensa

El trauma y la operación de la defensa. *Claudia Campins* 57

Caso Elizabeth Von R o el primer análisis completo de una histeria. *Claudia Campins* 70

Capítulo 3

El Inconsciente y sus formaciones

El Inconsciente y sus formaciones. *Claudia Campins* 83

Algunos acercamientos al planteo freudiano de los sueños. *Adriana Beade* 96

La interpretación de los sueños y la conquista de la noche. *Claudia Campins* 112

Capítulo 4

La pulsión y sus anclajes en la constitución psíquica

Sexualidad infantil. *Valeria Yonson* 131

El concepto de pulsión y los avatares del primer dualismo freudiano. *María Cecilia Poggio* 143

Capítulo 5

Conceptos fundamentales de Metapsicología

Sobre el Inconsciente como sistema. *Juan Manuel Bigoritto*

158

La represión. *Paula Malespina*

173

Capítulo 6

Del mito a la estructuración psíquica

Comentarios sobre Introducción del narcisismo. *Diego Franzoy*

188

El complejo nuclear de las neurosis. *Milton Chajud*

202

Capítulo 7

El síntoma como satisfacción sustitutiva

Formación de Síntoma. *Nancy Soledad Lallana*

221

Capítulo 8

Más allá del reinado del Principio de Placer

Los dominios de la Pulsión de Muerte

La caída de un imperio. El giro de los años 20. *Milton Chajud*

231

La Segunda Tópica freudiana. *Claudia Campins*

247

PRESENTACIÓN

A 20 años de la Carrera de Psicología de UADER

Una historia con nombres propios

Claudia Campins

El libro de Julián Barnes que lleva el sugerente título *La única historia* se detiene en la exploración de las resonancias de quien rememora, aquellas que impiden que sean otros los recuerdos evocados. Así, la unicidad de la historia de la que habla el escritor británico no se explica por el autoritarismo de los ganadores, de aquellos encargados de escribir la historia que se impondrá sobre otras menos dichas, sino que observa a la memoria y la capacidad evocativa de aquella historia “única” en tanto posible de ser contada.

No necesariamente estoy relatando las cosas en el orden en que sucedieron. Creo que existe una autenticidad distinta de la memoria, y que no es inferior. La memoria clasifica y criba con arreglo a las exigencias de quien rememora ¿tenemos acaso el algoritmo de sus prioridades? Probablemente no. Pero yo presumiría que la memoria prioriza lo más útil para orientar al poseedor de esos recuerdos. De modo que habría un interés personal en que los más felices sean los que afloren antes, pero es solo una conjetura. (Barnes, 2019: 27)

Iniciar de este modo un texto es posiblemente un modo de pedir disculpas por demorar a los lectores en lo que posiblemente sea la “única historia” que puedo contar a 20 años del inicio de la carrera de Psicología de UADER y que para mí comienza en marzo de 2002. Momento transcurrido sin el apremio de saber que alguna vez iba a asumir el gesto de contar esa historia. Incluso, tal vez es condición de juventud no tener esa perspectiva, inadvertido del cruce entre la historia personal y la historia con mayúscula, esa que se hace necesario contar a 20 años de aquel inicio.

Decir que UADER tiene su carta de presentación en 2001, es una afirmación que produce una colisión entre dos nombres propios, pues 2001 no es una fecha, aunque sea un punto preciso en esa línea del tiempo que en la secundaria debíamos desplegar en una secuencia ordenada. 2001 es el nombre de la crisis argentina, del momento en que el suelo firme de las instituciones cedió para hacernos experimentar la fragilidad del propósito común. También es el nombre propio de la desconfianza hacia la política, de las existencias individuales estalladas, de una transmisión accidentada, interrumpida, donde cae en un surco seco ese saber de oficios que se trasmite de una generación a la otra. Tiempo de mano que, sin orgullo por lo donado, se extiende hacia otra que sin arrugas pedía ser obsequiada para construir nuevos propósitos. Intemperie de sentidos, presente sin cobijo de historia que enlace a un futuro con proyectos comunes.

Pero también es el nombre propio de la respuesta a esa intemperie, de cercanía de cuerpos, recuperando la idea de comunidad, de lazo, que unen más allá de lo ocurrido o tal vez por lo ocurrido. Es el tiempo de monedas provinciales y emprendimientos, de trueques, de una economía alternativa, de reencuentro en los almacenes y ferias, de asambleas, de sostén a las instituciones con la presencia y los cuerpos. Cuerpos que tras 20 años se ausentaron durante la pandemia del Covid-19 para dar lugar a un modo de pantalla, transformando la vida cotidiana y nuestras prácticas educativas.

Según Walter Benjamin, los adultos nombran “experiencia” a aquellas razones y argumentos que se esgrimen en el intento de validar el gesto de desentenderse de las aspiraciones y ansias de juventud, y oponer así argumentos a entusiasmos resignados; despliega además, una franca crítica a esas razones que invalidan todo gesto vital de proyectar y transformar con que los jóvenes se orientan en la realidad. Se nombra experiencia, entonces, al gesto de oponer con lo sabido todo gesto nuevo, describiendo de esta manera un modo de lazo conservador donde las tradiciones inhiben los cambios que la nueva generación busca imponer.

Libramos nuestra lucha por la responsabilidad contra un enmascarado. La máscara del adulto se llama “experiencia”. Es inexpresiva, impenetrable, siempre igual; ese adulto ya lo ha experimentado todo: la juventud, los ideales, las esperanzas, la mujer.

Todo era ilusión. A menudo nos sentimos intimidados o amargados. Quizás ese adulto tenga razón. ¿Qué podemos contestarle? Nosotros aún no hemos experimentado nada. (Benjamin, 1989: 41)

Pero la historia única que cuento, no traía esas resonancias de tiempo de tradiciones aplastantes, y de luchas generacionales para imponer la novedad, es más bien un tiempo de desorientación e incertezas. ¿Cuánto se perdió allí y cuánto surgió?, ¿qué lazo sostuvo la construcción de una Universidad que se presentaba como deudora del Instituto del profesorado y su tradición pedagógica?

“Hay algo más que la experiencia... existen valores a los cuales servimos y que no están sujetos a experimentación” dice Benjamin. Esa frase condensa algo de lo acontecido, transitar y hacer experiencia de esa época nos dejó en esa confusión, de reconocer un contexto de derrumbe, de instituciones vaciadas pero también la aparición de proyectos comunes que nos instaban a reconstruir.

Es el acta de nacimiento de la UADER, el contexto de una crisis donde se realizó una apuesta enorme, creativa y esforzada en un contexto de derrumbe, de “Instituciones como galpones”, al decir de Lewcowicz, quien sintetizaba en esa frase el arrasamiento de lo público como bien común.

La metáfora del galpón nos permite nombrar una aglomeración de materia humana sin una tarea compartida, sin una significación colectiva, sin una subjetividad capaz común. Un galpón es lo que queda de la institución cuando no hay sentido institucional: los ladrillos y un reglamento que está ahí, pero no se sabe si ordena algo en el interior de esa materialidad. (Lewcowicz, 2004)

La necesidad de reconocer esas condiciones de arrasamiento social, por otra parte, produjo un intenso debate sobre el proyecto y la participación de los profesionales locales en la incipiente Carrera de Psicología, proyecto que surge desconociendo tantos apremios, pero constituyéndose también en la oferta académica para los jóvenes de esta comunidad.

El lugar que alojó esos intercambios fue el Colegio de Psicólogos de Entre Ríos (COPER), donde varias generaciones de psicólogos participamos de los debates que dieron lugar, luego de cierto tiempo, a la participación en la inminente formación de la carrera. Este colegio de profesionales brindó cobijo a dudas e incertezas pero también a responsabilidades que no se podían desconocer: el surgimiento de una facultad pública encargada de formar psicólogos.

Fue un tránsito de continuidades y de ruptura, de brutalidades de conquistadores, de recién llegados con caminar de estreno y trayectorias desconocidas que requirió, para la recuperación de esa trama dañada por la crisis, la apuesta a sostener las instituciones.

Enumero aquí algunos nombres propios que desde el Colegio definieron su participación como docentes de la carrera: Norma Barbagelata, Adriana Beade, Eduardo Cuaranta, Armando Álvarez, Carina Silva, Florencia Muso, Alejandro Ruiz, Laura Gili, Alberto Uboldi, entre otros.

Domingo Nanni, por su parte, se encontraba diseñando una propuesta de cátedra a la que fuimos invitadas a participar Adriana Beade y quien suscribe, quienes teníamos el propósito de constituir un equipo con profesionales formados en la tradición de la escuela francesa y la escuela inglesa a la que él adhería, y que además estaba representada por Soledad Eguiguren, Liliana Pereyra y Nilda Vitali. De esta manera entendíamos que el equipo podría responder a una formación amplia según proponía el plan de estudios. A poco de andar, se incluyeron los primeros adscriptos a la cátedra, Juliana Boeykens y Maximiliano Bruera, quienes con los años se incorporaron como docentes de trabajos prácticos.

Finalmente, estos contenidos fueron separados, dando lugar a cátedras diferentes, impartidas en el segundo y tercer año de la carrera (Teoría Psicoanalítica correspondiente al segundo año, y Escuela Inglesa y Escuela Francesa en el tercero). Es así que Uader posee, como pocas facultades de Psicología del país, espacios formativos correspondientes a distintas escuelas de psicoanálisis organizados por cátedras.

Desde la cátedra Teoría Psicoanalítica sostuve un primer enlace entre aquellas instituciones que definieron mi tránsito profesional, el entonces Hospital Roballos, actual Hospital Escuela de Salud Mental, y la Carrera de Psicología de UADER, antecedente de lo que iba a ser un fluido corredor de intercambio de estudiantes, profesionales y prácticas. Ese proyecto de extensión dio lugar a la formación de Residentes en Salud Mental a cargo de docentes pertenecientes a la Carrera de Psicología de UADER. Durante el primer año de actividad formativa, los residentes compartían el cursado con los estudiantes de Psicología, situación que se reformula al año siguiente a partir del diseño de un programa específico, adecuado a las exigencias que su recorrido formativo planteaba. A partir de allí, este proyecto fue incluyendo docentes, y perspectivas teóricas que enriquecieron la propuesta.

Esta es una historia de inicios, de primeros gestos, historia que es personal pero también institucional, que se enlaza en una compleja trama con innumerables relatos y sucesos porque no hay una sola historia, esta es una historia “única” porque es aquella que puedo contar.

Bibliografía

Barnes, J. (2019). *La historia Única*. Editorial Anagrama, Barcelona.

Benjamin, W. (1989). *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Experiencia (1913). Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Lewkowicz, I. (2004). “Frágil el niño, frágil el adulto” consultado en octubre 2021: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-43161-2004-11-04.html>

En relación con introducir-nos en el psicoanálisis...

Claudia Campins

Queremos iniciar la primera referencia en relación con el nombre de la cátedra, lo que merece el análisis de, al menos, dos aspectos centrales. El primero de ellos es la aparición del nombre propio del creador del Psicoanálisis¹ en una cátedra de la universidad, aspecto que se pone de inmediato en tensión con el discurso científico e involucra la primera dificultad respecto de la transmisión del Psicoanálisis. En el ámbito científico, los saberes producidos permanecen inalterados por las condiciones de vida de su autor y de la producción de su obra. Por su parte, Milner aborda las implicancias de esta tradición diciendo: “Si la transmisión de la ciencia moderna no requiere maestros (sino como mucho, profesores), es porque justamente confía enteramente en los funcionamientos literales de la matemática” [...] “Otra de las consecuencias es que en el universo de la ciencia no hay maestros o, lo que equivale a lo mismo, que el nombre de maestro designa solo una posición”. (Jean Claude Milner, *La obra clara*, citado en Cancina, 2008: 83-84).

En lo referente a la transmisión del Psicoanálisis, resulta necesario reconocer esa dimensión de pérdida propia de su enseñanza, donde el límite al saber no queda expulsado –como ocurre en otros ámbitos como el científico–, ese fondo de no saber forma parte del saber que se produce y se transmite. El saber producido por el inconsciente involucra el equívoco y se distancia del conocimiento: “Esto nos pone ante una idea del saber radicalmente diferente a algo que pudiera pensarse como conocimiento” (Cancina, 2008: 48).

Proponemos esta aproximación al corpus teórico del Psicoanálisis sostenida en el vínculo que se establece entre la vida de un hombre, Sigmund Freud, con su

1 Cabe mencionar que el nombre de la cátedra en la actualidad es Teoría Psicoanalítica, perdió la referencia a Freud, y la introducción al Psicoanálisis queda reducida a una “Teoría”.

obra. Señalamos esto sin pretensiones biográficas, sino ubicando el particular modo de acceso al conocimiento que contornea este campo de saber que llamamos Psicoanálisis. La relación objeto de estudio-sujeto que conoce, se ve definitivamente conmovida a partir de su creación y va produciendo nuevas definiciones en otros ámbitos de conocimiento, especialmente dentro de las Ciencias Sociales.

Esto significó un problema epistemológico, cuya respuesta supuso una ruptura con el saber de su época, pues Freud descubrió el psicoanálisis en la búsqueda de saber que emprendió sobre sí mismo. “Freud es Newton pero también la manzana” (Rodrigué, 1996) condensa en una frase la relación del Psicoanálisis como obra con la vida del hombre que la creó.

La presente propuesta académica supone un transitar por la obra freudiana para destacar y profundizar los conceptos fundamentales que permitieron la construcción teórica así como también la lógica precisa que permitió el acceso a los mismos. Rescatando incluso términos del uso corriente y elevándolo a la categoría de concepto para realizar su descubrimiento fundamental, el Inconsciente, lo que –en términos freudianos– le ocasiona la tercera herida narcisista al hombre, “el hombre ya no es amo en su propia casa” (Freud, 1917: 261); dicho en otras palabras, el Psicoanálisis desestabiliza el saber producido por la racionalidad moderna.

Pretendemos que el acceso a la conceptualización freudiana se realice a partir de cierto trabajo de reconocimiento del método de investigación, despejando la lógica que conduce a Freud a la instauración del método psicoanalítico. La teoría como el resultado de la puesta a trabajar de la práctica: “la clínica como la teorización de sus efectos” (Cancina, 2008: 55).

El segundo aspecto y de central importancia es que el Psicoanálisis es una **Teoría** producida por un **método** de investigación con efectos **terapéuticos**, lo cual excede con mucho la pretensión de limitar al psicoanálisis a su aspecto teórico. El riesgo es reducir su transmisión a algunos conceptos centrales o hacer una historia del psicoanálisis: para Freud, sin embargo: “El psicoanálisis es una notable combinación, pues comprende no solo un método de investigación de las neurosis

sino también un método de tratamiento basado en la etiología así descubierta” (Freud, 1911: 221), por lo que la investigación y el tratamiento son aspectos que se presentan imbricados.

Destacar al Psicoanálisis como método de investigación de la subjetividad, tiene sin duda una relevancia que, en ocasiones, queda desdibujada frente a las elucubraciones teóricas que ha aportado. Freud, no obstante, nos orienta respecto del valor del psicoanálisis como método por sobre las hipótesis teóricas, y lo expresa en estos términos: “Tengo que exponer los caminos por los cuales la investigación científica volvió a convertirse en el interés principal de mi vida” (Freud, 1924: 18). Él jerarquiza la búsqueda frente a los hallazgos, por lo que consideramos necesario rescatar este aspecto y devolverle al Psicoanálisis una potencia que Freud mismo pretendía destacar, esto es, la potencia de su propia pasión.

La relación que el Psicoanálisis ha establecido con el discurso científico ha sido variable, desde su surgimiento, como experiencia de un hombre fluctuante, de atracciones y rechazos, de reconocimientos y desafíos, con intentos de pertenencia a virajes de cuestionamiento fundamental ante la lógica que la sustenta. Estos movimientos fueron construyendo para el Psicoanálisis diferencias respecto de su validación, el modo en que fue contorneando el saber que le era propio, a partir de asumir objetos de estudio caídos del territorio de la seriedad científica. Así también, las respuestas que, en su carácter provisorio, va construyendo.

La comunidad científica era con quien establecía una interlocución permanente, de donde se nutría para encontrar los argumentos más consistentes en la refutación de sus presupuestos, objeciones que se hacían presente desde el científico que era y con quien tenía que establecer un distanciamiento para poder dar lugar a la producción resultante de su experiencia. En ese diálogo complejo, el Psicoanálisis fue posible.

Aunque Freud se quejaba del modo en que eran leídos sus primeros historiales, con la avidez que produce un relato literario, no resignaba a pesar de ello su estilo, y apelaba al criterio científico que convalidara sus hallazgos.

Freud inicia la Epicrisis del caso Elizabeth diciendo:

No he sido psicoterapeuta siempre, sino que me he educado, como otros neuropatólogos, en diagnósticos locales y electroprognosis, y por eso mismo me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como novelas breves, y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado el científico. Por eso me tengo que consolar que la responsable de ese resultado es la naturaleza misma del asunto, más que alguna predilección mía.

Es frecuente encontrar junto a sus presunciones, las objeciones que suponía le realizaría una mente ilustrada, pero también en ocasiones reticencias provenientes del sentido común. En ese párrafo vemos que Freud ofrece un resguardo al camino investigativo y a las condiciones del tratamiento que involucra el adentrarse en temas de “dudosa procedencia científica”, y desentendiéndose de la derivación “vulgar” que se hace de ellos. En ese sentido, en *Historiales Clínicos* agrega:

[...] es que el diagnóstico local y las reacciones eléctricas no cumplen mayor papel en el estudio de la histeria, mientras que una exposición en profundidad de los procesos anímicos como la que estamos habituados a recibir del poeta me permite, mediante la aplicación de unas pocas formulas psicológicas, obtener una suerte de intelección sobre la marcha de una histeria. Tales historiales clínicos pretenden que se los aprecie como psiquiátricos, pero en una cosa aventajan a estos: el íntimo vínculo entre historia de padecimiento y síntomas patológicos que en vano buscaríamos en las biografías de otras psicosis. (Freud, 1983)

En vez de alejarse de lo que generan sus historiales, reivindica la referencia a los poetas como quienes permiten, por su carácter exhaustivo y minucioso, brindar los elementos que hacen explicables (por ejemplo, los síntomas histéricos). Gestos como este lo dejan cabalgando en ese peculiar lugar de frontera entra la ciencia y el género literario que supone la invención de un modo de escritura: la escritura del caso.

La introducción al Psicoanálisis como movimiento incesante

El objetivo principal de esta materia y equipo de cátedra es introducir a los estudiantes en la lectura de los textos freudianos y encontrarse con su escritura, aspecto que involucra entrar a una lógica que es la del autor para producir un lector.

Tratándose del Psicoanálisis, el presupuesto de que existiría un saber introductorio como antesala, o saber preparatorio a uno más profundo, queda desestimado. Así, entendemos que realizar una introducción al Psicoanálisis nos pone frente al desafío de realizar un gesto de ingreso a “la cosa en sí”, esto es, producir un quiebre con un tipo de racionalidad: “El Psicoanálisis es un acto intelectual, la revelación del inconsciente, que contraría la creencia en la soberanía del sujeto consciente y que, en consecuencia, trae aparejado un efecto de resistencia” (Assoun, 2006).

Esta introducción se sitúa en el marco de una relación muchas veces compleja entre la Universidad y el Psicoanálisis. El Psicoanálisis es un saber creado por un hombre ejemplo de lo que era la universidad moderna en su ideal de cientificidad y objetividad. Pero es justamente desde allí que el Psicoanálisis recibe su primer rechazo, y que anticipa lo que, en palabras de Freud, será el rechazo de la cultura a este saber que pone en jaque la racionalidad.

La enseñanza del Psicoanálisis puede realizarse por fuera de la universidad, es suficiente recuperar la historia de las instituciones psicoanalíticas para comprobarlo, pero el aislamiento no es lo que le permitió al Psicoanálisis su vigencia, comprometido como está en el malestar de la cultura: “Nada se opone a esta inserción, pero nada la impone” (Assoun, 2006).

Al ser la universidad el albergue de la cultura, el psicoanálisis encuentra allí su lugar por derecho propio, pero con las resistencias estructurales que por esencia y vocación genera. Resulta necesario asumir el lugar junto con los demás saberes que se consideran dignos de ser transmitidos, incluso en carreras de no tan obvia vinculación. En ese sentido, es bien sabido que Freud siempre estuvo interesado en el ingreso del Psicoanálisis a la academia y que dedicó un artículo para justificar

el ingreso del primer profesor universitario psicoanalista: Ferenczi. Esta condición le fue negada al propio creador del Psicoanálisis durante mucho tiempo.

La pregunta acerca de cómo realizar una introducción al Psicoanálisis en la universidad, requiere atender a las condiciones precisas de aquellos a quienes nos dirigimos: aquellos que ingresan al discurso universitario académico al mismo tiempo que al discurso psicoanalítico. Teniendo en cuenta estos aspectos, ¿cómo no reducir las expectativas a una suerte de catálogo de conceptos, o a una suerte de presentación de diccionario de términos fundamentales?, donde el riesgo es el de transmitir un saber objetivo, vaciado de lo más propio del Psicoanálisis que se condensa en eso de ser “el síntoma de la cultura”.

¿Cómo introducir a la potencia que tiene el Psicoanálisis de ser un “método de investigación de la personalidad” y de la cultura, aspecto valorado por Strachey en la introducción al texto “Sobre el mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar”? (Freud & Breuer, 1893) ¿Cómo transmitir el recorte de un ámbito de su hacer que involucre una práctica, y no sin cierta paradoja, esa perspectiva abierta del Psicoanálisis de un saber que no se cierra, que ha permitido generar y recrear prácticas y producir formulaciones que con rigor tensan los conceptos para constatar su actualidad?

En este punto, cabe añadir que las pretensiones de acceso al saber científico para el Psicoanálisis respondieron a la necesidad de alejarse de sus orígenes sugestivo-hipnóticos, por lo que habría que definir las razones de la participación del Psicoanálisis en la universidad en la actualidad.

¿Es una política?, ¿es una resistencia?, ¿estamos en la universidad para resistir los embates que la ciencia, en tanto figura actual del Otro, realiza con su efecto de expulsión del sujeto? ¿Resistir el discurso totalizante de las ciencias que convierten al Psicoanálisis en un saber propio de señoras victorianas aquejadas de pasiones secretas y en consecuencia totalmente perimido con tufillo a rancio? ¿Estamos para dar lugar a una práctica clínica que recupera al sujeto, restituirle un lugar y dialogar con los desarrollos científicos actuales, y las ciencias de los grandes números? ¿Estamos para transmitir que el Psicoanálisis es una práctica con un ámbito

de saber con vigencia para diseñar dispositivos versátiles y eficaces, y pensar las problemáticas que el momento actual nos impone? ¿Estamos para mostrar que la incansable búsqueda de Freud de un método terapéutico que lo sacara del terreno de impotencia se consiguió a partir de producir un tipo de lazo social novedoso? Podríamos seguir armando preguntas que contienen, cual caballo de Troya, nuestras posibles respuestas, sitiando el territorio de la universidad y legitimando así un lugar de status académico para el Psicoanálisis.

Podemos estar seguros de que la actitud que siempre sostuvo Freud fue la de diálogo y permeabilidad hacia los saberes producidos en su época, actitud que lo lleva por ejemplo a producir una conferencia como “Psiquiatría y Psicoanálisis” donde construye una vecindad pensada en término de relevo entre ambos campos. Hace lo mismo con la antropología, la literatura, la filosofía. Dialoga, se nutre y construye la pertenencia, por lo que la particularidad es que el Psicoanálisis produce y continúa siendo un pensamiento que permite pensar la época, y aportar alivio en tiempo de tanto agobio.

El Psicoanálisis, al volverse enseñable, realiza el gesto introductorio tantas veces iniciado por Freud que le permite el acceso a una formalización: “La fascinación del Psicoanálisis procede, precisamente, de este efecto de regreso del síntoma, transformado en saber. La transmisión es aquí autenticación de saber” (Assoun, 2006: 25).

Llegamos entonces a plantear la articulación entre las distintas perspectivas que se encuentran imbricadas en el Psicoanálisis: como teoría, método terapéutico y labor investigativa, es esa tensión a la que se accede para encontrar la rigurosidad que requiere su lugar entre los saberes. Para ello habrá que asumir momentos en que el transitar de las argumentaciones incluyan tanto la presentación de conceptos como los caminos investigativos asumidos y las preguntas que dieron origen a esa búsqueda. Virajes de la transmisión que involucran desenfocar y observar, por un lado, el trabajo de Freud y su hacer clínico, y el investigador desvelado por capturar la lógica de los procesos inconscientes, aquel que busca extraer conclusiones y producir algún saber generalizable (Cancina, 2008).

Destacar al Psicoanálisis como investigación permitió la elaboración de la metapsicología y su transformación en una herramienta de valor clínico, con actualidad para recrear la clínica y diseñar intervenciones sostenidas desde una escucha clínica. Una deriva que se inicia con el ejercicio de poder del hipnotizador a la abstinencia de ese poder y que involucra un deseo.

Ahora bien, el acto de transmitir en la universidad nos pone frente a la tarea de “volverlo enseñable”, sin perder la originalidad, su marca de origen, su acción punzante de reverso de la cultura. Para ello, abandonamos la idea de que una introducción involucra gradualidad y progresividad: introducirnos o introducir al psicoanálisis impone como acto una profundización, de características propedéuticas tomando como referencia la propuesta de Assoun que propone al Psicoanálisis como un acto de reintroducción incesante entendiendo “la enseñanza como acontecer” (Assoun, 2006).

Si pensamos en el Psicoanálisis y su transmisión, encontramos los esfuerzos reiterados que realiza Freud en la escritura de textos a la vez introductorios y de síntesis. En ese sentido, observamos la constante decisión de Freud de realizar síntesis parciales de sus desarrollos teóricos, incluso muy tempranamente.

Este aspecto toca un tema de fondo, sobre el que pretendemos hacer foco:

[...] el Psicoanálisis es un tipo de saber y de práctica donde se da una reintroducción incesante, de manera que la forma del escrito lleva la marca de ese hecho. Puede decirse, incluso, que todo escrito freudiano tiene una función de reintroducción al proceso psicoanalítico, aun cuando se ocupe de un objeto o de una puntualización muy particular. (Assoun, 2006: 17)

Tanto en la teoría como en la práctica encontramos ese carácter propedéutico del Psicoanálisis, en el sentido de “introducción incesante en su propio objeto”, donde la escritura freudiana se organiza en una estructura de bucle, en la cual la obra a la vez que se presenta como síntesis se relanza como acto inaugural, como acto de iniciación.

A partir de ese movimiento es que pensamos el ingreso a abordar lo originario; nos referimos a ese terreno oscuro que aún pulsa por ser escrito. Terreno en el que Freud se adentra, con tentativas siempre renovadas de entradas y salidas, distintos modos de acercarse, construyendo en cada ingreso, en cada introducción, un origen particular para ese trayecto. Así, cada concepto produce un trayecto y crea un origen particular ya sea que se trate de la pulsión o lo inconsciente. En ese plexo de imágenes que se organizan como mito para decir, o mal decir lo no dicho del origen: “[...] nunca en Freud se establece una noción general del origen, sino que la indagación de determinados problemas construye el origen que necesita” (Kuri, 2010).

Los problemas conceptuales construyen retroactivamente su propio originario, pues el problema clínico construye lo originario en Freud, por lo que no es lo mismo lo originario del síntoma, de la represión, razón por la cual el Psicoanálisis no puede ofrecer un sistema teórico cerrado referido a lo originario. Esto está entramado con la idea de que en Psicoanálisis las conceptualizaciones ofrecen un tratamiento sobre el real que excede toda “captura” a través de los conceptos. Seguimos a Pura Cancina cuando propone la referencia a conceptualizaciones, o trayectorias conceptuales en referencia a la construcción del Psicoanálisis como saber local (Cancina, 2008).

Esa reintroducción es posible pensarla como la insistencia de decir sobre el origen, por tanto existe en este movimiento la marca del intento de dar escritura y versiones respecto del origen, origen del aparato, origen fundante del Psicoanálisis, origen de Freud.

Así también, el saber y la práctica del Psicoanálisis con ese carácter “propedéutico” producen una introducción incesante de la “cosa freudiana”.

La escritura freudiana asume ese gesto donde estructura un bucle, construye una introducción y en ese ingreso recorta lo más propio del Psicoanálisis, lo hace a través del síntoma, las fantasías u otras trayectorias iniciadas por cada concepto, y que permiten decir algo, bordear lo imposible.

Para realizar estas trayectorias, Freud construye distintas interlocuciones que elabora a partir de las propias objeciones que se le hacían presentes, en tanto hombre que pertenecía a una época y a un ideal de cientificidad, pero también por las condiciones propias de producción de saber del Psicoanálisis.

En esa escritura Freud imagina a quien le habla, y para ello construye una interlocución despojada de convicciones y adhesiones previas; habla para “iniciados”, dice Freud, y reserva un lugar destacado a esta figura del “neófito” al que hay que introducir a los conceptos fundamentales y a los postulados básicos psicoanalíticos, diseñándole especialmente un camino que se presenta al modo de conferencias, englobando con ello a las dictadas en 1917 y también a las que se presentan como una ficción de diálogo en “Las nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis” (1933).

De este modo la transmisión encuentra un modo más llano, coloquial, sin banalizar la complejidad que el Psicoanálisis supone, un modo de dirigirse a un interlocutor interesado pero que desconoce absolutamente la teoría psicoanalítica, su método y sus resultados. Freud habla a sus lectores pidiéndoles un “escepticismo condescendiente” (1917) que mantuviera un cierto juicio crítico y evitara adhesiones al modo de “flechazo fulminante”.

Dentro de este orden de ideas, encontramos también textos de exposición global y sintética del Psicoanálisis y, siguiendo a Assoun, podemos nombrar algunos como “El interés por el Psicoanálisis” (1913); “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914); “Psico-análisis” (1926); “¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis?” (1926) y “Esquema del Psicoanálisis” (1938).

Resulta llamativo lo temprano del primer intento de síntesis y asimismo lo persistente de este movimiento de bucle entre la presentación de la producción actual del Psicoanálisis con la introducción de la perspectiva de los orígenes del Psicoanálisis. Son verdaderos intentos de escritura, cruces entre la historia de producción de los conceptos donde asume como modo de transmisión la perspectiva genética y los desarrollos teóricos que va produciendo Freud.

La “Presentación autobiográfica” (Freud, 1924) tiene valor ejemplificador en este punto que merecería un análisis particular, dado que Freud asume la intención de presentar al Psicoanálisis al mismo tiempo que se presenta y comenta las experiencias personales relevantes para el surgimiento del mismo.

El Psicoanálisis como saber surge de la experiencia de autoanálisis de Freud, por lo que podemos afirmar que el estatus de ese saber requirió del pasaje por esta experiencia singular, esta introducción al inconsciente freudiano fue condición para la elaboración del saber al que llamó Psicoanálisis.

[...] nada de creer en la palabra del psicoanálisis: una introducción –al igual que una “conclusión”– debe “mostrar” sus fuentes y sus medios de legitimación. Pero no se debe abrigar la ilusión de una exposición continuada a partir del saber inicial: hay un momento de riesgo en la actualización del Psicoanálisis, especie de salto mortal sin el cual el saber no actúa. En este sentido, Freud lamenta que no haga bastante impresión para quien se atenga a la opinión dada. (Assoun, 2006: 29)

La perspectiva del psicoanálisis como una constante reintroducción la encontramos en el posicionamiento sugerido por Freud de olvidar todo saber previo obtenido en otras curas, al momento de iniciar una nueva, permitiendo condiciones para el inicio de un nuevo Psicoanálisis: “Freud asume una destitución del saber para permitir el acceso del saber particular del sujeto, ese vaciamiento del saber permite un introducir-se, en el sentido de permitir que algo de la novedad, del acontecimiento se ponga en marcha”.

Bibliografía

- Assoun, P. (2006). *Figuras del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Breuer, J. y Freud, S. (1893). *Sobre los mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario, Homo Sapiens.
- Freud, S. y Breuer, J. (1893). *Historiales clínicos. Señorita Elizabeth Von R. Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1911). *Sobre Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1913). *El Interés sobre el psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1917). *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *Presentación autobiográfica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1926). *¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis?* Bs. As., Amorrortu.
- Freud, S. (1933). *Nuevas Lecciones de Introducción al Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1938). *Esquema del Psicoanálisis*. Bs. As., Amorrortu.
- Freud, S. (1917). *Una dificultad del psicoanálisis* (Vol. XVII). (Echeverri, Trad.) Buenos Aires, Amorrortu.

Kuri, C. (2010). *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Rosario, Homo Sapiens.

Milner, J. (1996). *La obra clara*. Buenos Aires, Manantial.

OMS. (11 de marzo de 2020). *Alocución de apertura del Director General de la OMS en la rueda de prensa del 11 de marzo de 2020*. . Recuperado el 21 de marzo de 2020, de <https://www.who.int/es/dg/speeches/detail/who-director-general-s-opening-remarks-atthe-media-briefing-on-covid-19---11-march-20>: [https://www.who.int/es/dg/speeches/detail/who-director-general-s-opening-remarks-atthe-media-briefing-on-covid-19---11-march-2](https://www.who.int/es/dg/speeches/detail/who-director-general-s-opening-remarks-atthe-media-briefing-on-covid-19---11-march-20)

297/20. (19 de marzo de 2020). *Boletín oficial*. Recuperado el 22 de marzo de 2020, de boletín oficial: <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/227042/20200320>

Rodrigué, E. (. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Sudamericana.

Sigmund, F. (1914). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. Bs. As., Amorrortu.

Sigmund, F. (1926). *Psico-análisis*. Bs. As., Amorrortu.

CAPÍTULO 1

INTERLOCUCIONES FREUDIANAS

La travesía freudiana y sus interlocuciones

Claudia Campins

Introducción

Orientados por la intención de trabajar sobre una introducción al Psicoanálisis, partimos de una primera definición que se intentará justificar.

Freud nombra como Psicoanálisis al **método de investigación** del psiquismo inconsciente, a **una terapéutica** y a una **concepción general sobre los procesos psíquicos**.

La novedad de su pensamiento produjo un verdadero quiebre, con incidencia en el alcance del conocimiento de los procesos psíquicos así como también con los saberes previos a su surgimiento. Así, podríamos decir que el Psicoanálisis es el nombre de un camino investigativo, un método de tratamiento y un cuerpo teórico específico.

En *Estudios sobre la histeria* (1893), Freud presenta el método empleado para investigar y emprender las curas; lo hace a través de sus Historiales Clínicos. Allí, nombra a su método como “análisis catártico” o “análisis psíquico” y presenta un instrumento de indagación que posibilita la explicación de la histeria y sus síntomas, sin llegar aun a esclarecer el mecanismo psíquico.

Es a partir de este avance en la comprensión de los fenómenos histéricos que Freud valida su creación (método, tratamiento y cuerpo teórico) a través de un neologismo: **Psicoanálisis**. Este término aparece por primera vez en el texto “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (Freud, 1896) y lo presenta

diciendo: “[...] se trata de un método difícil, pero totalmente confiable... del que me sirvo en esas investigaciones que constituyen simultáneamente una terapia”.

El nuevo procedimiento se apoya en su origen en el método catártico para luego diferenciarse y dar lugar a este procedimiento novedoso y eficaz. En “La herencia y la etiología de las neurosis” (1896), Freud le atribuye a Breuer la elección del nombre reconociendo al mismo tiempo al hombre con quien transitó los primeros pasos de los orígenes del Psicoanálisis.

Ahora bien, es posible también señalar otro momento a partir de la labor clínica de Freud, donde el procedimiento psicoanalítico va configurándose como método para **interpretar los sueños**. Allí alcanza el Psicoanálisis la especificidad de su método para la exploración –por vía de la asociación libre– del trabajo del Inconsciente.

De esa manera, situamos un camino que se inicia en el contacto con la neurosis –específicamente de la histeria– y encuentra en la experiencia onírica un punto de llegada; orientándose desde la patología hacia los procesos considerados “normales”, desplazamientos que hacen avanzar a Freud en la explicación del funcionamiento psíquico. La dirección emprendida es fundamental y marca un salto importantísimo al que debe su dimensión la obra freudiana: el cruce de la frontera de la psicopatología para adentrarse en lo que nombrará como “Psicopatología de la vida cotidiana” (Freud, 1905).

Este movimiento muestra que la dimensión más relevante para el Psicoanálisis es la de ser un método de investigación e indagación con el que produce una concepción novedosa de aparato psíquico, donde el Inconsciente es su descubrimiento.

Charcot y el método hipnótico

La histeria fue explicada durante siglos como un hecho demoníaco: es la Iglesia quien elaboraba esta explicación acerca de sus manifestaciones y justificaba asumir acciones orquestadas desde el poder de la Inquisición que terminaron con la vida de muchas mujeres.

Es a partir de la transformación esencial producida en el pensamiento de Occidente que la histeria se transformó en objeto de interés científico:

Para todos los que en esos años aspiraban a tratar las enfermedades nerviosas, la escuela francesa parecía mucho más evolucionada que la escuela austríaca. París era pues, a los ojos de los jóvenes investigadores, la capital del saber más elaborado en la materia. Por eso Freud solicitó una beca para seguir la enseñanza de aquel a quien en todo el mundo occidental se considera como el más grande especialista en histeria: Jean-Martin Charcot, apodado el “César” del hospital de Salpêtrière. (Roudinesco, 2015: 56)

El primer gesto que ubica a Freud en la labor clínica se origina en el territorio de la locura; el mismo fue posible a través de un encuentro fundamental que mantuvo al joven Freud con el prestigioso Charcot en el Hospital de Alienados de la Salpêtrière. A Francia llega el Freud neurólogo pero vuelve transformado, conservando durante toda su vida la misma decisión investigativa. El estudio de la histeria es la labor que emprende como consecuencia de esa transformación.

La importancia que Freud atribuía a los estudios que había hecho con Charcot es bien conocida. El informe realizado a su regreso como devolución de la beca que permitió su estadía en Francia, indica con toda claridad que su experiencia en la Salpêtrière fue un punto de viraje en su carrera. Al arribar a París, su tema escogido era la anatomía del sistema nervioso; al abandonar esa ciudad, su espíritu estaba imbuido de los problemas de la histeria y el hipnotismo. Dando la espalda a la neurología, se encaminaba hacia la psicopatología. (Strachey, 1986)

El contexto que observa es que las mujeres histéricas compartían el espacio institucional de encierro junto a la locura, igualadas en el mismo aislamiento social y en el descrédito de su palabra y su razón. Es producto de la falta de otros recursos terapéuticos y la imposibilidad de explicar las manifestaciones de la histeria, que el dispositivo de encierro y control se consolida como la respuesta validada institucionalmente. Freud, por su parte, asume el relevo, se encamina a explicar y aislar un mecanismo específico para la histeria que generalizará, posteriormente, para las psiconeurosis.

Al restituirle la palabra a las histéricas, incide sobre esos cuerpos que se encontraban ofrecidos a la mirada del médico en la búsqueda de un saber que los describía, clasificaba y ordenaba en una nosografía. Así, Freud inaugura una clínica sostenida en la escucha, habilitando un saber sobre lo que acontece como manifestación corporal, que no se localiza en la figura del médico. Incluye, en este saber, las palabras de la sufriente histérica y el modo de vivenciar los acontecimientos en su vida.

Charcot usaba el método hipnótico con objetivo diagnóstico, producía síntomas a partir de la sugestión, produciendo una delimitación que permitía un diagnóstico diferencial entre la histeria y la epilepsia. Al producir síntomas de parálisis histérica con la utilización de la hipnosis, se hacen evidentes las causas anímicas y se descarta la orgánica del estado clínico. Estos “síntomas artificiales” provocados por medio de la sugestión hipnótica permitían dar la conclusiva respuesta diagnóstica de histeria.

Freud releva a Charcot en la falta de explicaciones psicológicas respecto de los síntomas y lo asume como el ámbito para su investigación. Extraer las conclusiones adecuadas de aquellos sucesos vistos en Francia, requirió una reinención de su mirada, despojarla de los prejuicios de la época, reconocer los límites de lo aprendido sobre la práctica disciplinar que reducían la explicación igualando histeria y “simulación”. Resabios de aquel posicionamiento frente al sufrimiento subjetivo, lo vemos aún hoy en el DSM IV^I y en la grosera equivalencia que establece entre histeria y simulación.

El impacto que le producen a Freud sus experiencias con la histeria lo ponen en la búsqueda de una explicación sobre la causalidad psíquica.

La pertenencia de Freud al movimiento de la Psicopatología orienta su búsqueda acerca de la explicación del mecanismo de formación de síntomas, y le evita perderse en los distintos ropajes sintomáticos de la histeria para aislar el mecanismo común de las distintas manifestaciones corporales.

I DSM IV. Manual Diagnóstico y Estadístico de la Asociación de Psiquiatría Norteamericana en su cuarta edición.

La ausencia de recuerdo sobre lo sucedido durante la hipnosis abre un ámbito de preguntas, por un lado, acerca del estado o estatuto de esas ideas y su localización psíquica, y por el otro, sobre la capacidad de esas ideas de incidir sobre el cuerpo –aun en ausencia del estado hipnótico–. Por todo esto, podría decirse que son estos primeros indicios los que le permitieron a Freud deducir la existencia de procesos psíquicos inconscientes.

El trabajo conjunto con Breuer y el método catártico

Freud y Breuer emprenden un trabajo conjunto y ensayan una manera de actuar sobre el síntoma y así, con esa labor, deducen un método. La finalidad del método catártico era la abreacción del afecto estancado, contenido. La idea que lo sustenta es que habría que disminuir una tensión, un exceso de carga de una intensidad psíquica que ha quedado sin posibilidades de ser descargada. Este punto de vista económico estará presente a lo largo de toda la obra freudiana e irá, con el tiempo, ganando mayor precisión.

El trabajo de indagación que emprende estaba orientado a ubicar en un primer momento “el suceso ocasionador del síntoma”, de esta manera accede al relato de aspectos significativos de la vida de los pacientes y reconoce a la palabra su poder.

Para producir la disolución del síntoma se busca la localización del suceso ocasionador para permitir la liberación del “afecto estrangulado”, la explicación es que el síntoma funciona como símbolo mnémico, el símbolo de lo no expresado, aquello no simbolizado. Esta es la lógica terapéutica que lo orienta en este momento. A través del recurso que brindan las palabras se encontrará la manera de producir un desgaste sobre las asociaciones, la condición para que la abreacción sea efectiva es que se logre la reunión en la conciencia del hecho ocasionador con su afecto correspondiente. Se insinúa un territorio psíquico con capacidad de afectar el cuerpo a través de un síntoma y desde el que se podría recuperar un sentido; deduce así, el funcionamiento de una “segunda conciencia”, antecedente directo del Inconsciente.

El método de interpretación de los sueños

Otro hito en la travesía freudiana resultó del interés dirigido hacia ciertos fenómenos desechados por los científicos de su época, linderos a un estatuto de seriedad que provocó reticencias y rechazos a su obra.

Toma como objeto de sus reflexiones a los sueños, las equivocaciones verbales, los chistes, distanciándose de los objetos de estudios válidos para el criterio racionalista, estos desechos de la ciencia se transformaron en objetos de la indagación, encontrando así el destino de originalidad del Psicoanálisis.

Freud ingresa al psicoanálisis por la vía del síntoma histérico, y encuentra un ámbito singular de pertenencia en el tránsito por esos fenómenos cotidianos como son los sueños, territorio que reclamará como propio del Psicoanálisis.

La especificidad del Psicoanálisis se presenta de manera formal en “Sobre psicoterapia” (Freud, 1905): es en este texto donde explicita su renuncia a la hipnosis y lo presenta como un modo inédito de tratamiento de las neurosis.

En esta breve introducción al psicoanálisis nos permitimos dejarles la definición más completa dada por el mismo Freud y que sostiene el punto desde el que partimos: data de 1923 y son dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” (Freud, 1905) y “Teoría de la libido” (Freud, 1923).

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica.

Para Freud, el psicoanálisis es un método de investigación, un tratamiento y una teoría. Es un método de investigación de la subjetividad que produce un saber respecto de esa cura: un saber que es único y singular.

Allí también encontramos una sugerencia dada a aquellos que se vean interesados en entender el Psicoanálisis, la cual nos insta a “estudiar su génesis y desarrollo” (Freud, 1923: 231). Hemos ofrecido un detenimiento sobre ciertos hitos que resultaron decisivos en la elaboración del Psicoanálisis, y que organizamos alrededor de nombres propios, Charcot, Breuer, sin embargo ese ordenamiento no resulta completo si no incluimos a Fliess, quien sostuvo la interlocución, las ideas, y las pasiones de un hombre en un tramo de elaboración decisiva de su pensamiento.

Freud con Breuer, el mecanismo psíquico de la histeria

Claudia Campins

Texto de referencia

Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En Breuer y Freud (1893). Estudios sobre la histeria. *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. 2, Amorrortu editores.

Contenidos

- Neurosis traumática, Histeria común.
- Histeria Hipnoide, Histeria de Retención, Histeria de Defensa.
- Escisión de la conciencia, escisión psíquica.
- Representación – afecto.
- Histeria y su mecanismo psíquico.
- Trauma.
- Método catártico.
- Segunda conciencia, antecedente del concepto de inconsciente.
- Conversión, destino del afecto y su expresión corporal.

La obra *Estudios sobre la histeria* (Freud & Breuer, 1893) es considerado “el libro inaugural de la creación del Psicoanálisis y de la nueva definición freudiana de la histeria” (Roudinesco & Pllon, 1998: 290) o “punto de partida del psicoanálisis” tomando las palabras de Strachey en la introducción al texto freudiano mencionado: estas afirmaciones, además de revestir un interés histórico, no permiten encontrar las marcas de un modo de investigar donde un joven Freud va construyendo la capacidad de analizar los procesos psíquicos en la histeria y paulatinamente proponer una modalidad de funcionamiento del psiquismo.

En el primer capítulo de ese libro, titulado “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar” (Freud & Breuer, 1893), los autores ponen a consideración las explicaciones teóricas sobre el mecanismo psíquico que intervendría en la producción de síntomas histéricos, siendo lo traumático su carácter esencial.

En el segundo capítulo, nombrado como “Historiales clínicos” (1893), reconocemos la cantera de la cual se extrae el material clínico para elaborar las conclusiones acerca de este mecanismo; se trata de la experiencia de cinco curas, cinco tratamientos escritos como historiales clínicos. Solo uno de ellos pertenece a Breuer, Ana O, en tanto los cuatro restantes pertenecen a Freud.

La escritura freudiana ha sido objeto de estudio hasta la actualidad, e incluso algunos biógrafos y analistas literarios consideran que es justo hablar de la “invención de un género” ¿Surge así un dilema a superar entre “lo que se dice” y “cómo se lo dice”? El Psicoanálisis se revela tanto en las preguntas que elabora, recortando un territorio específico de intereses, como en el estilo que elige para elaborar sus respuestas, marcas del método de indagación del que se vale. Es así que los historiales son el modo de escritura que permite incluir al síntoma en una trama.

Seguimos a Assoun cuando destacamos el acontecimiento que significa el modo de escritura de los “casos freudianos”, modo en el que la construcción del caso revela, al trascender la práctica, la elaboración de la escritura del síntoma. La revisión de lo hecho junto con las construcciones teóricas (que son su consecuencia), inaugura una modalidad de abordar la clínica que caracterizará a Freud y al Psicoanálisis. El modo de escritura freudiana se distancia de la pretensión de objetividad propia de un caso presentado por la medicina –por ejemplo– para adentrarse en la historia del padecimiento que es la historia del síntoma, donde es la palabra de quien padece el modo subjetivo y singular de presentar ese sufrimiento y también el motor de la cura.

La estructura discursiva misma del escrito revela esa revolución de epistemología clínica: los “Historiales Clínicos” –cinco, entre ellos la observación histórica de Ana O– ilustran en forma directa la “Comunicación preliminar”... atestiguan un acontecimiento

de capital importancia: el advenimiento del sujeto histérico en su auténtica palabra. (El resultado es nuestro) [...] Freud hace el aprendizaje de la escritura clínica, que elevará a los cinco Psicoanálisis, a un verdadero género literario. (Assoun, 2006: 112)

El Psicoanálisis en su surgimiento constituye un acontecimiento: el de producir un territorio de absoluta novedad que enlaza una epistemología y una práctica clínica producida en ese encuentro, un método de investigación y un método terapéutico.

En clases próximas nos detendremos en detalle en uno de esos casos, el de Elisabeth von R, cuya particularidad es ser un historial donde se detalla de manera completa la cura, paso decisivo hacia la transformación del método, el cual se inicia en el terreno de la sugestión y culmina en el trabajo con las asociaciones posibilitando el ingreso al Psicoanálisis.

Retomando el texto que proponemos comentar, observamos que allí conviven las opiniones de sus dos autores: Breuer y Freud. Será otro el tiempo en que Freud sostenga sus hipótesis sin las concesiones que hace a Breuer en este texto, donde reconoce a la histeria hipnoide y de retención como entidades separadas de la histeria de defensa. Cuando puede distanciarse de la influencia de Breuer da ese paso definitivo que le permite proponer que toda histeria es histeria de defensa, y así jerarquizar el mecanismo de la defensa para explicar no solo la histeria sino a las neuropsicosis. De esta manera –la defensa– se transforma en el antecedente indudable del concepto de represión.

Podemos decir entonces que la decisión teórica es la de “extender” la explicación de la “histeria traumática” a la “histeria simple” o “corriente”. Mientras que en la primera el gran suceso accidental es el que se “alucina” durante la crisis histérica y “comanda la patología de la histeria” (Freud & Breuer, 1893: 29), en la “histeria simple” no sería diáfana la relación entre el suceso ocasionador y las manifestaciones patológicas. “Tales observaciones parecen demostrarnos la analogía patógena entre la histeria corriente y la neurosis traumática, y justificar una extensión del concepto de “histeria traumática” (Freud & Breuer, 1893: 31).

Por consiguiente, los síntomas en la histeria simple no se corresponden con un gran “ataque histérico”, sino más bien con distintos síntomas corporales, complejos por la diversidad de sus manifestaciones como parálisis, jaquecas, anorexia, vómitos, etc., que se encuentran sostenidos por un nexo simbólico con su causación.

[...] el nexo no es tan simple; solo consiste en un vínculo por así decir simbólico entre el ocasionamiento y el fenómeno patológico, como el que también las personas sanas forman en el sueño: por ejemplo... vómitos al afecto del asco moral. (Freud, 1893: 31)

Freud considera a la suma de traumas parciales como equivalente a ese único trauma reconocible en la histeria traumática, es así que ingresa en el territorio de la histeria al describir su mecanismo fundamental, y diseña un tratamiento que la rescata del destino de la institucionalización.

Reconoce a los síntomas como una manifestación, una “reviviscencia” de los traumas parciales, aquellos que ocasionaron la patología. El hecho clínico observable es la ausencia del recuerdo, y su indagación aporta la comprobación de que los sucesos causales han sido conservados con frescura, donde los modos habituales para “descargarlos” (la rectificación asociativa o desgaste por el paso del tiempo) no resultarían eficaces. Es así que Freud comprueba la existencia de un registro donde se conserva el recuerdo como actual y constituyendo una segunda conciencia, por esta razón el objetivo de su indagación pretende reponer el enlace roto, considerando un psiquismo dividido. Breuer es quien sugiere la explicación de los estados hipnoides como condición predisponente de la disociación psíquica, ciertos hechos vivenciados en esos estados de conciencia adquieren capacidad patógena.

La desproporción entre los años que dura el síntoma histérico y su ocasionamiento único es la misma que estamos habituados a ver de una manera regular en la neurosis traumática, con harta frecuencia son sucesos de la infancia los que han producido [...]. (Freud, 1893: 30)

El párrafo que antecede muestra cómo Freud aún no especifica el contenido del trauma, lo relaciona con los “sucesos de la infancia”, le supone cierta frecuencia, sin considerarlo aun el contenido del trauma. También habla de un tipo de

memoria psíquica que no se puede evocar mediante el recuerdo pero que encuentra un modo de expresarse en el cuerpo, sin mediación de la conciencia. Una memoria que resiste al olvido y al desgaste del tiempo, manteniendo intacta así su capacidad de afectación, otorgándole condición de actualidad a esa memoria traumática.

Para definir al trauma considera:

[...] designar traumas psíquicos [...] toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico; y, desde luego, de la sensibilidad de la persona afectada (así como de otra condición, que mencionaremos más adelante).
(Freud, 1893: 31)

Aquellos aspectos que conceden al trauma su condición son:

- El estado psíquico en que sucedieron las vivencias traumáticas: histeria hipnoide y de retención. En la Histeria hipnoide habría una disposición hereditaria, o predisposición a determinados estados de conciencia que, al conjugarse con acontecimientos con un considerable monto de afecto, resultan traumáticos. Los estados hipnoides, estados de conciencia escindida de manera previa, son similares a los que son generados artificialmente mediante la hipnosis, cuando un acontecimiento de considerable intensidad se produce en estos estados, adquiere su característica de traumático, de allí el poder atribuido a la hipnosis y las expectativas para el alivio de los síntomas. En la Histeria de retención existiría una imposibilidad de reaccionar de manera acorde impidiendo la descarga del afecto y lo mantiene así ligado al recuerdo, “si la reacción es sofocada, el afecto permanece conectado con el recuerdo”. La falta de reacción puede deberse a las condiciones de postergación de la propia persona, por ejemplo, por encontrarse cuidando a otras.

[...] el ataque (histérico) espeja aquellos sucesos que se elevaron a la condición de traumas en virtud de haber sobrevenido en un momento de particular predisposición.
(Freud, 1893: 39)

- El otro aspecto que explica la falta de descarga del afecto es la naturaleza del acontecimiento ocasionador. En la Histeria de defensa existiría una vivencia o suceso ocasionador que, por su contenido (sexual), hace que el sujeto se defiende y escinda ese grupo de ideas por inconciliables, manteniéndolas alejadas de la conciencia.

[...] trataba de cosas que el enfermo quería olvidar y por eso adrede las reprimió (desalojó) de su pensar consciente, las inhibió y sofocó. (Freud, 1893: 36)

En la cita que antecede y que corresponde al pie de página del texto que nos ocupa, resulta esencial la utilización del término represión, donde se usa no de manera genérica, sino con la precisión que tendrá este concepto fundamental en el Psicoanálisis. Recordemos que en este momento de la teoría, represión y defensa son equivalentes.

La disociación psíquica anticipa desde una perspectiva tópica, un psiquismo separado en sistemas, (Inconsciente-Preconsciente-Consciente) y desde un punto de vista dinámico, la idea de rechazo que dará sustento a la hipótesis de la defensa.

[...] en la histeria están presentes grupos de representaciones generadas en estados hipnoides excluidas del comercio asociativo con los restantes grupos, pero asociados entre sí, y constituyen una organización más o menos alta, el rudimento de una conciencia segunda. (Freud, 1893: 41)

La escisión psíquica es la evidencia clínica, esa disociación entre el suceso ocasionador y el síntoma es la que provoca una discontinuidad, una ruptura. La dificultad de recuperar el recuerdo es el producto de ese nexo roto; Freud reconoce en esa amnesia, la consecuencia, la objetivación de un mecanismo psíquico que produce la tendencia a desalojar representaciones. Los recuerdos que aparecían bajo hipnosis eran aquellos ausentes en estado de conciencia normal y que impedían la abreacción del afecto estancado.

De esa hipótesis deduce un tratamiento que sería “El método catártico”, el cual descansa en el siguiente presupuesto: la escisión de la conciencia mantiene alejado

al trauma y con él, el recuerdo del suceso ocasionador, es así que la persona no establece un vínculo asociativo con el síntoma, por lo que se genera una segunda conciencia, alejada de la conciencia normal. Ese grupo de ideas, de representaciones, que solo se vinculan asociativamente entre sí, configura el trauma y funciona como un “cuerpo extraño”.

La concepción de trauma de este momento teórico, se explica a través de la metáfora de la espina que, como “cuerpo extraño” en el organismo, irrita y daña. La idea de trauma como efracción o ruptura será el nudo explicativo a partir del giro que produce Freud en su obra en los años 20.

[...] el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente [...]. (Freud, 1893: 33)

El trauma es un grupo de ideas asociadas entre sí pero que no establecen una relación asociativa con el resto del psiquismo. Eso quiere decir que hay una escisión, que el recuerdo está localizado en un cierto lugar del psiquismo (no en el sentido de localización anatómica), sino que hay un grupo de ideas, de representaciones, que no entran en intercambio asociativo con las representaciones conscientes.

[...] el recuerdo del trauma psíquico eficiente no se halla en la memoria normal del enfermo, sino en la memoria del hipnotizado. (Freud, 1893: 37)

Freud alude a una diferencia entre conciencia y una segunda conciencia con capacidad de establecer conexión directa con el cuerpo, obviando al representar consciente. Esta idea se va a mantener cuando pueda proponer un Inconsciente como sistema con lógica propia, con energía libre, donde impera un principio que regula su contenido a partir de la búsqueda del placer, obtenido de la manera más directa posible.

[los traumas parciales] forman una trama en la medida en que constituyen los capítulos de una historia de padecimiento. (Freud, 1893: 32)

¿Por qué razón estas ideas y recuerdos guardan tal eficacia psíquica? ¿Por qué tienen el potencial para producir una importante modificación en el cuerpo?

Freud observó que las palabras que Charcot como hipnotizador le dirigía a las histéricas, producían una enorme influencia sobre sus cuerpos. Así, el médico francés cancelaba síntomas frente a los ávidos ojos del joven Freud. Sin embargo, esas palabras no accedían nunca a la conciencia de las hipnotizadas al momento de ser ejecutadas las indicaciones, y no poseían conocimiento alguno de su motivación. Es, en este sentido, que podemos recuperar lo que se trabaja en “Tratamiento psíquico, tratamiento del alma”: el profundo valor de las palabras y su capacidad de incidir en el cuerpo. La pregunta es ¿de dónde sacan esas palabras el poder para influir de manera tan notoria y evidente en el cuerpo?, ¿qué le otorga a las palabras esa potente capacidad de afectar? Y esto es clave para la hipótesis –de tinte económico– de trauma, un afecto que no resulta susceptible de desgaste o tramitación.

La hipótesis que Freud y Breuer proponen acerca del funcionamiento psíquico, postula lo siguiente: existirían representaciones psíquicas a las que se le anexa, se le agrega su afecto correspondiente. A toda representación se le asocia un afecto, un monto de energía, esta es la hipótesis del funcionamiento del aparato psíquico, y es así que deducen de la hipótesis traumática, una modalidad de funcionamiento del psiquismo.

Las representaciones descargan el afecto concomitante asociado a una idea y esto se consigue normalmente a través de dos vías:

- Por vía asociativa: ese recuerdo se pone en relación con otras ideas y de esta manera se resta su potencial capacidad afectiva. La intensidad, que es el aspecto económico del trauma, le permite a Freud identificar los caminos del desgaste normal de las representaciones. Estamos enfatizando el tránsito del pensamiento freudiano desde la patología hacia el normal funcionamiento psíquico.

[...] la “abreacción” no es, empero, el único modo de tramitación de que dispone el mecanismo psíquico normal de la persona sana cuando ha experimentado un trauma

psíquico. Su recuerdo, aunque no se lo abreaccione, entra en el gran complejo de la asociación, se inserta junto a otras vivencias que acaso lo contradicen, es rectificado por otras asociaciones. (Freud, 1893: 34)

- Desgaste por el paso del tiempo: con el correr del tiempo también se va a producir el desgaste que hará perder –a una representación o grupo de representaciones– la carga afectiva que tenía en su momento, volviéndola ineficaz.

A esto se suma esa universal borradura de las impresiones, ese empalidecimiento de los recuerdos que llamamos “olvido”, y que desgasta sobre todo a las representaciones ya ineficaces afectivamente. (Freud, 1893: 34)

Freud sostiene que la palabra puede reemplazar a la acción, transformándose en su sustituto. La importancia de estos primeros textos es el descubrimiento, fundamental, del valor que la palabra posee, tanto para producir síntomas como para generar su cura. En ciertas condiciones, que Freud describe, la palabra resulta ser una vía para la descarga de los afectos, de allí obtiene su poder sanador y su eficacia, y las condiciones para la invención del Psicoanálisis como teoría de la memoria.

En relación con los modos en que se produce la descarga de los afectos Freud se pregunta: ¿Por qué no se descargan las ideas y representaciones del trauma? ¿Qué pasa con ese grupo de representaciones que no se pueden descargar por estas vías normales? Construye una explicación que es la siguiente: el trauma se explica principalmente desde una perspectiva económica, tiene que ver con una sobrecarga de energía, de afecto que se conserva, acumulado en ese grupo de representaciones que guarda eficacia y actualidad, porque no se encuentra sometido al desgaste por el paso del tiempo.

Freud responde: existiría en el psiquismo un grupo de representaciones –el trauma– que no va a sufrir el desgaste del paso del tiempo. Como el trauma no se descarga, ¿qué se le ocurre a Freud y Breuer como método terapéutico? Encuentran un medio para que se produzca la descarga de afecto contenida por ese grupo de representaciones y así, de esa manera, pierdan la eficacia patógena a través de la abreacción, de la descarga.

Para que la abreacción se produzca es necesario poder evocar estas representaciones –y el afecto asociado a ellas– posibilitando esa descarga que no aconteció en su momento. Las condiciones para que se produzca la descarga del afecto se consiguen al posibilitar –en la paciente– que la representación establezca contacto asociativo con el afecto.

El trauma se produce a partir de la escisión del afecto de su representación, donde cada uno asume un destino diferente: la representación constituirá un grupo escindido del resto del psiquismo y el afecto, en la histeria, se objetiviza en el cuerpo. El método pretendía convocar al mismo tiempo el afecto correspondiente a las representaciones rechazadas. La “talking cure” permitía que los relatos entramen en las palabras, el suceso ocasionador y el afecto.

Los síntomas histéricos singulares desaparecían enseguida y sin retornar cuando se conseguía despertar con plena luminosidad el recuerdo del proceso ocasionador convocando al mismo tiempo el afecto acompañante, y cuando luego el enfermo describía ese proceso de la manera más detallada posible y expresaba en palabras el afecto. (Freud, 1893: 32)

La descripción de este funcionamiento permite reconocer la causa del trauma y deducir un método cuyo objetivo principal es producir la descarga de ese afecto estrangulado.

Freud utiliza esa expresión, un afecto está “estrangulado”, cuando no ha logrado un discurrir por las redes de asociaciones impidiendo descargarse de forma normal, por lo que es necesario hacer algo con el afecto retenido para producir el levantamiento del síntoma.

Cancela la acción eficiente de la representación sofocada, originariamente no abreaccionada, porque permite –a su afecto estrangulado– el decurso a través del decir, del relato, de la narración llevándolo así hasta su rectificación asociativa al introducirla en la conciencia normal.

Los efectos curativos del método catártico se producen gracias a que:

[...] cancelan la acción eficiente de la representación originalmente no abreaccionada, permite a su afecto estrangulado el decurso a través del decir, la lleva hasta su rectificación asociativa introducirla en la conciencia normal (en estado de hipnosis ligera) al cancelarla por sugestión médica. (Freud, 1893: 42)

La noción de un psiquismo dominado por la conciencia se ve cuestionada por la falta del recuerdo de las órdenes impartidas por el hipnotizador. En la conciencia no se cuenta con el recuerdo, pero habría de todas maneras una capacidad de influir que se encuentra conservada, y es producto de un rechazo. Un desalojo que descentra de la conciencia el interés y lo dirige hacia esa segunda conciencia que desde este momento será el interés del Psicoanálisis.

Freud está construyendo la idea de que no todo lo psíquico es la conciencia, pues pretende demostrar que hay representaciones que tienen eficacia en términos psíquicos, aunque la conciencia no se anoticie de ellas.

Freud avanza con una hipótesis, sobre la explicación de la falta de registro de la conciencia, sin todavía aclarar las condiciones de esa conciencia segunda, que funciona como lugar de destino de aquello disociado con capacidad de establecer enlaces entre los contenidos rechazados, es decir, les supone una organización.

La pregunta ¿qué es lo propio de la histeria? adquiere relevancia a partir de la generalización de la defensa como mecanismo de desalojo también para el resto de las neuropsicosis. Este paso podrá darlo en el texto “Las neuropsicosis de defensa” (Freud, 1894).

Freud está advertido que no es en la manifestación sintomática donde se encuentra lo específico, lo propio de la histeria y para eso, ajusta la mirada para trascender esa máscara cambiante. Eso lo orienta respecto del alcance de lo que está investigando, ya que Freud no quiere describir cuidadosamente los síntomas, más bien pretende aislar el mecanismo que los produce y deducir así un funcionamiento del psiquismo.

La histeria presentaba una variedad de manifestaciones sintomáticas que podían, además, mutar en una misma persona. Entonces, ¿cuál es el aspecto común de manifestaciones tan dispares? Freud dirá que lo propio de la histeria es que sus manifestaciones sintomáticas son el producto de un mismo mecanismo psíquico, aunque esas manifestaciones queden depositadas en diferentes partes del cuerpo (vómitos, parálisis motrices, afasias, etc.).

La capacidad de ahorrarse el sufrimiento psíquico y transformarlo en dolor corporal es lo más específico de la histeria, entonces lo que la diferencia de otras neuropsicosis es esa capacidad de inervar lo corporal, en otras palabras, que el afecto encuentre un destino en el cuerpo. Aquí podemos ver la respuesta a la pregunta por el destino del recuerdo. El recuerdo se aloja en la segunda conciencia donde se separa del afecto. El afecto disociado hace un pasaje de lo psíquico a lo corporal a través de los “puentes lingüísticos” que le brindan el soporte. La energía psíquica es “convertida” para inervar el soma. La conversión, repetimos, es el mecanismo por el cual un afecto vinculado a un hecho traumático encuentra expresión somática.

Estas explicaciones se sostienen en la hipótesis por la cual Freud entiende al aparato psíquico como “una red neuronal” (Freud, 1886). Intenta explicar el aparato con conceptos de la neurología, aunque la explicación sea psíquica. La imagen sirve, en lugar de pensar en neuronas, pensemos en ideas, red de representaciones. El aparato psíquico para Freud era en este momento una suerte de red de representaciones por las cuales circula determinada carga de energía. La sobrecarga de esa energía es experimentada como malestar, como algo displacentero: por el contrario, su descarga, es experimentada como placer. Este modelo lo lleva al entendimiento de un principio –económico– del funcionamiento psíquico, el “Principio de constancia”, que se vinculará –más adelante– con el “El principio de placer”.

El trauma, desde el punto de vista económico, es la acumulación de investiduras no descargadas de manera normal (investidura, en nuestro idioma, remite a algo que viene a “ponerse arriba”, se inviste, se aplica. En alemán, incluye el sentido de ocupar, invadir, llenar, completar).

La importancia del texto se centra en la elucidación de los mecanismos de formación de los síntomas histéricos. Freud desarrollará más adelante su propuesta teórica en relación con las causas internas de la histeria, a su etiología.

La teoría traumática fue abandonada por Freud en 1897, pero antes de eso vamos a detenernos en clases posteriores, en dos artículos de 1894 y 1896 que aportan un lugar central a la defensa y a la sexualidad vivida en la infancia de manera abusiva, producto de un afianzamiento de Freud en su condición de clínico.

Freud reconoce el valor de las palabras, “los puentes lingüísticos” que permiten objetivarse en una acción efectiva corporal. Dimensión ambigua que nos deja cautivos en los encierros de las palabras que nos fueron donadas con propósitos siempre enigmáticos y oraculares. En esos laberintos transitan nuestras existencias. A veces detenidas, otras veloces como caudal crecido después de la lluvia.

Bibliografía

Assoun, P. (2006). *Fundamentos del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Prometeo.

Freud & Breuer (1893). Sobre los mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En Buenos Aires: *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud & Breuer (1893). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1886). Proyecto de Psicología. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1894). *Las neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires, Amorrortu.

Roudinesco & Pllon (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.

El poder de la palabra

Claudia Campins

Texto de referencia: “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890), en Obras completas Sigmund Freud Vol. I. Amorrortu editores.

Psique es una palabra griega que en alemán se traduce “Seele” [alma]. Según esto, “tratamiento psíquico” es lo mismo que “tratamiento del alma”. Podría creerse, entonces, que por tal se entiende tratamiento de los fenómenos patológicos de la vida anímica. Pero no es este el significado de la expresión “tratamiento psíquico” quiere decir, más bien, tratamiento desde el alma.

(Freud, 1890: 115)

Esta es la frase con la que inicia este texto y encontramos allí una notable afirmación donde Freud propone revisar la idea de que un tratamiento se “aplica” sobre el enfermo o el paciente. Esta toma de distancia le posibilita proponer un tratamiento “desde” el alma, provocando una subversión de los lugares de distribución de poder referidos a la cura, localizado de aquí en más del lado de quien padece y no en manos del médico.

Estas primeras intuiciones le permitirán producir un método de tratamiento novedoso al que llamará Psicoanálisis y que será una marca ineludible en el pensamiento de Occidente a partir del siglo XX. Nos señala que el poder está en la palabra y que es necesario hacerlas parte del tratamiento sin desconocer su “poder ensalmador”: “Un recurso de esta índole es sobre todo la palabra, y las palabras son, en efecto, el instrumento esencial del tratamiento anímico” (Freud, 1890: 115).

Esta afirmación se sostiene en la idea de que la palabra, así como cura, también enferma. Se dirige a los médicos, les habla del estado de sus conocimientos y progresos, pero lo hace señalando también un límite que se deduce de la separación

tajante entre la psiquis y el cuerpo. Adentrarse en estos asuntos pareciera que es a riesgo de perder rigurosidad científica. Al respecto, dice Freud:

La relación entre lo corporal y lo anímico [...] es de acción recíproca, pero en el pasado el otro costado de esta relación, la acción de lo anímico sobre el cuerpo, halló poco favor a los ojos de los médicos. Parecieron temer que, si concedían cierta autonomía a la vida anímica, dejarían de pisar el seguro terreno de la ciencia. (Freud, 1890: 116)

Afirmamos entonces que Freud establece un diálogo, una interlocución con el saber de la medicina, donde reconoce los límites que le imponen aquellas manifestaciones sintomáticas, por su variedad y su falta de origen anatómico, a las posibilidades terapéuticas con que cuenta. El discurso médico construye una mirada de desvalorización y desconocimiento sobre esos padecimientos, sin asumir el desafío que significa explicarlos.

Sin embargo, Freud no se detiene en las manifestaciones proteicas de los síntomas, esto es, los distintos ropajes con los que se disfraza la influencia de la “vida anímica”, e intenta buscar un mecanismo psíquico común: este es el hilo de Ariadna que lo guiará en el laberinto de descifrar la histeria o, más aun, el funcionamiento psíquico.

En este temprano texto freudiano podemos rastrear una intención investigativa que lo orienta, partiendo de la explicación del fenómeno patológico hacia el campo de “*la normalidad*”. Esta posición asumida frente a la indagación amplía el territorio de intereses y aleja a Freud de una tradición psicopatológica de la medicina que entiende a la neurosis como un desvío de la norma. Para Freud fue la vía de acceso a la comprensión del psiquismo. Así es expresado en el texto: “solo tras estudiar lo patológico se aprende a comprender lo normal”(Freud, 1890: 118).

Allí propone como tesis fundamental, la relación recíproca que existe entre lo anímico y lo corporal. Freud dialoga con conocimientos de su época que aún los plantean como territorios excluyentes. Advierte la importancia de dedicarse a ese ámbito de saber desprestigiado hasta ese momento, lo anímico. Deja de manifiesto las razones que intervienen al producir un nuevo campo de saber, desnuda los

prejuicios que habitan y limitan a la ciencia de su tiempo, lo que deviene en una pérdida de la potencia de sus intervenciones.

Hasta entonces lo anímico era un territorio incierto, representaba el límite de la medicina, y era como una zona insondable cuya posibilidad de conquista se sostenía en la promesa de encontrar localizaciones anatómicas para cada patología.

En ese gesto de reconocimiento, es que Freud asume como propio el ámbito de lo anímico y encuentra una especificidad para el tratamiento psíquico. La exclusión de lo anímico le permite a la medicina de la época, moverse dentro de un territorio seguro de prestigio científico. Freud es alguien que recoge lo que en su búsqueda queda lindero, caído de lugares de validación académica. Esa expansión de intereses inaugura una investigación sobre los procesos psíquicos a la que le dedicará su vida, aun en aquellos momentos de fría recepción para el Psicoanálisis.

Emprende así un camino para investigar el sueño (La interpretación de los sueños, 1900), se encamina a construir el “estado del arte” y bucea en referencias de tinte “no científico”, como la literatura, relato de sueños bíblicos, e incluso expone y se expone a través de sus propios sueños.

En “Tratamiento Psíquico, tratamiento del alma” describe un sinnúmero de síntomas donde el cuerpo se ve afectado, donde el cuerpo habla de un padecimiento de origen anímico pero de expresión en el cuerpo y que remiten sin signos de secuela.

Son enfermedades funcionales y la nosografía con que cuenta Freud en ese momento es la separación en dos grandes cuadros nosológicos: neurastenia y neurosis.

La histeria es una incógnita para la medicina y la pregunta que la histeria formula no es recogida, entre otras razones porque la medicina no cuenta con un método para emprender la investigación que podría llevarla a formular respuestas.

En “Un caso de curación por hipnosis” (Freud, 1893) muestra cuáles son los elementos que nos permiten indagar e incidir en cierto tipo de síntomas, por ejemplo en aquellos donde una función se encuentra afectada por una causa anímica.

En el texto reivindica a la hipnosis como un modo de indagar e incidir al mismo tiempo.

La histeria, entonces: “[...] no proviene sino de un influjo alterado de su vida anímica sobre su cuerpo” (Freud, 1890: 118).

El ejemplo más sencillo que usa Freud para hacer evidente la relación de lo anímico con lo corporal, son las emociones, sus manifestaciones y gestos corporales.

El esfuerzo que hace es tratar de situar que a las representaciones propias del pensar les corresponde un afecto asociado. Esta idea que tan tempranamente es planteada por Freud va a mantenerse a lo largo de toda su obra:

[...] todos los estados anímicos, aun los que solemos considerar como “procesos de pensamiento” son en cierta medida afectivos y en ninguno están ausentes las exteriorizaciones corporales y la capacidad de alterar procesos físicos. (Freud, 1890: 119)

Se detiene enfatizando experiencias que pueden ser muy corrientes: por ejemplo que a la atención, si se la dirige, puede acrecentar los dolores corporales, o si se la desvía aliviarlos. Recurre como ejemplos a la relación entre madres e hijos, nos dice que cotidianamente las madres utilizan ese recurso con los niños; que el guerrero en el ardor del combate no cede al dolor; que el mártir religioso soporta los flagelos en el arrobamiento espiritual y que un ejército vencido tiene más posibilidades de enfermarse si hay una epidemia: “Aun la tranquila actividad de pensar en representaciones provoca, según sea el contenido de estas, permanentes excitaciones sobre los músculos planos y estriados” (Freud, 1890: 119).

Reclama atención al estado anímico de la “expectativa”: “[...] esas fuerzas pueden ponerse en marcha hacia la cura o la contracción de patologías”, señala y agrega que: “[...] La “expectativa esperanzada y confiada es una fuerza eficaz de la que en rigor no podemos dejar de prescindir en todos nuestros ensayos de tratamiento y curación” (Freud, 1890: 120).

Así, Freud nos advierte la necesidad de reconocer el poder que esta expectativa tiene respecto de las curas. Vemos cómo va construyendo la idea de la transferencia en su aspecto de potencialidad, como “*motor de la cura*”.

Las palabras –no los medicamentos o las sustancias– resultan el principal influjo para orientar hacia la cura.

Las palabras son, sin duda, los principales mediadores del influjo que un hombre pretende ejercer sobre los otros; las palabras son buenos medios para provocar alteraciones anímicas en aquel a quien van dirigidas y por eso ya no suena enigmático aseverar que el ensalmo de la palabra puede eliminar fenómenos patológicos, tanto más aquellos que, a su vez, tienen su raíz en estados anímicos. (Freud, 1890: 123-124)

Estamos en presencia de las primeras definiciones que le permitirán, junto a Breuer, asumir la construcción de un modo y lugar desde donde intervenir, desde donde rastrear aquellas fuerzas que se ponen en juego para producir los síntomas.

[...] desde que los médicos han reconocido con claridad la importancia del estado anímico para la curación, se les ocurrió la idea de no dejar ya librado al enfermo el monto de solitación anímica que pudiera producir, y de conseguir el estado anímico favorable buscándolo conscientemente con los medios apropiados. De este empeño nace el moderno tratamiento anímico. (Freud, 1890: 124)

Asume la labor de analizar el fenómeno de la hipnosis, y presta especial atención al lugar de influencia que tiene el hipnotizador sobre el hipnotizado, pues reconoce allí una potencia sostenida en el poder del médico: “[...] permanece despierto respecto de la persona que lo puso en estado hipnótico, sólo a ella la oye y la ve, la comprende y le responde” (Freud, 1890: 126).

Elegimos esta carta de Freud hacia su amigo Fliess, donde en íntima confidencia se muestra habitado por un fuerte deseo, el de develar los procesos oníricos y el empeño apasionado dirigido a esa labor.

Un hombre como yo no puede vivir sin causa, sin una pasión que lo consuma; un tirano en las palabras de Schiller. He encontrado a mi tirano y en su servicio no conozco límites. Mi tirano se llama Psicología. La Psicología siempre fue mi meta distante, pero ahora, con el estudio de las neurosis, se volvió mucho más accesible... Durante las últimas semanas le dediqué cada minuto libre de mi tiempo a ese trabajo. Las horas nocturnas, de las once a las dos de la mañana, me encuentran imaginando, transponiendo, adivinando, y solo abandono la causa cuando el absurdo me visita. No pidas de mi resultado por mucho tiempo.

Carta de Freud a Fliess del 25 de mayo de 1895 en (Rodrigué, 1996)

Solo un hombre que conoce el empeño vital de una pasión a la que se reconoce sometido, puede reconocer en el deseo la fuerza primera y estructurante de lo psíquico.

Bibliografía

- Freud, S. (1890). *Tratamiento psíquico, tratamiento del alma*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1893). *Un caso de curación por hipnosis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *La herencia y la etiología de las neurosis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Sobre psicoterapia*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1917). *Lecciones de Introducción al Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1923). *Psicoanálisis y Teoría de la libido*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. & Breuer, J. (1893). *Estudios sobre la Histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Rodríguez, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Roudinesco, E. (2015). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Buenos Aires, Debate.
- Strachey, J. (1986). Nota introductoria. En S. Freud, *Informe sobre mis estudios en París y en Berlín*. Buenos Aires, Amorrortu.

CAPÍTULO 2

EL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO. LA OPERACIÓN DE LA DEFENSA

El trauma y la operación de la defensa

Claudia Campins

Textos de referencia:

“Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)” (1894), en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. 3, Amorrortu editores.

“Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896) (Puntos I y II), en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. 3, Amorrortu editores.

Contenidos

- Neuropsicosis de defensa, Neurosis actuales.
- Angustia, primer momento.
- Defensa, Inconciabilidad.
- Conversión. Falso enlace (Histeria- Neurosis obsesiva).
- Sexualidad en la infancia.
- Especificidad del Trauma, Trauma sexual infantil.
- Teoría de las investiduras. Hipótesis auxiliar.
- Trauma en dos tiempos. Resignificación.

Introducción

En el texto “Las Neuropsicosis de defensa” (Freud, 1894) que abordaremos nos encontramos con el paso decisivo dado por Freud, aquel que coloca en un lugar central el concepto de Defensa y que resulta un articulador central en la teoría del Trauma.

La sexualidad es aquello que provoca la reacción de la defensa, y el desplazamiento de las investiduras psíquicas es la explicación que presenta en este momento teórico a la que nombra como Hipótesis auxiliar.

En principio establece una comunidad entre la histeria y el resto de las neurosis que tan detalladamente nos presenta en el título del texto. Encuentra en ellas “un enlace inteligible” (Freud, 1894: 47).

El ingreso que proponemos a los textos freudianos está animado por el gesto de la relectura, del que Barthes dice “la relectura es una operación opuesta a los hábitos comerciales e ideológicos de nuestra sociedad... pues solo ella salva al texto de su repetición” (Barthes, 2016) y que es lo contrario a la voracidad de la lectura apresurada. Nos reconocemos en el enlentecimiento de esta tarea, la demora en párrafos que –en tanto lectores de la obra freudiana– asumimos como necesario. Nombrarnos lectores supone el reconocimiento de muchas otras lecturas posibles, estos textos propuestos pueden ser leídos desde una perspectiva nosográfica, aunque no representan nuestra prioridad para hacer una introducción al psicoanálisis. Los detenimientos, los mojones que señala esta lectura están sostenidos en el reconocimiento de la génesis de los conceptos fundamentales de la teoría, sus anticipaciones en estos textos tempranos y las propuestas del funcionamiento del aparato psíquico en distintos momentos de la obra.

La defensa, su papel en las neurosis

Un ingreso posible a estos textos es reconociendo una primera nosografía freudiana donde queda agrupada la histeria junto a la neurosis obsesiva y a la fobia. Las nombra **Neuropsicosis de Defensa** y las distingue de las **Neurosis Actuales**.

Freud les va a atribuir a las Neuropsicosis de Defensa la operación psíquica de la defensa; las Neurosis Actuales, en cambio, carecen de un mecanismo psíquico, pues la tensión sexual no se articula con representantes psíquicos sino que proviene de una causación orgánica debida a la falta de satisfacción sexual (Neurosis de Angustia, Neurastenia).

De esta primera propuesta nosográfica se deduce una primera teoría de la **angustia** en Freud: esta es producida por la energía sexual que no se satisface y que no es representada psíquicamente (retomaremos esta primera explicación cuando nos detengamos en lo que se nombra tradicionalmente como “primera teoría de la angustia” pero que resulta secundaria a esta que encontramos en estos primeros desarrollos freudianos). Cuando la retomemos será en contemporáneo a la primera tópica y lo abordaremos en la conferencia N°25 “La Angustia” de *Lecciones de introducción al Psicoanálisis* (Freud, 1917).

Freud retoma la escisión de la conciencia y la formación de grupos psíquicos separados, y critica cualquier atribución de una causa innata a su origen, critica la hipótesis de Janet y valoriza la propuesta de Breuer de los “estados hipnoides”. Al producirse los estados hipnoides se “limita” la capacidad de asociación, su aparición es secundaria y responde a una condición “adquirida”. En “Las neuropsicosis de defensa” incluye a la Histeria de Defensa donde “la escisión del contenido de conciencia es la consecuencia de un acto voluntario del enfermo” (Freud, 1894: 48).

Resulta de interés detenernos en la expresión que utiliza Freud en el texto, es tras un “acto voluntario” que se enajenan las representaciones del resto del psiquismo, la categorización de voluntario al movimiento no quiere decir que corresponda a la conciencia. Contamos con la expresión “voluntad contraria” para nombrar aquella fuerza con capacidad de producir síntomas, que no se equipara a la voluntad consciente y que aparece en el texto “Tratamiento psíquico, tratamiento del alma” (Freud, 1890).

Desde luego, no sostengo que el enfermo se proponga producir una escisión de su conciencia; su propósito es otro, pero él no alcanza su meta, sino que genera una escisión de conciencia. (Freud, 1894: 48)

Posteriormente hace una mención a la Histeria de retención, donde vemos la propuesta sostenida hasta este momento, donde nos anticipa el posicionamiento teórico que va a asumir cuando jerarquiza la defensa. El párrafo en que hace ese anuncio es el siguiente:

Con miras al anudamiento con las fobias y representaciones obsesivas, solo he de considerar aquí la segunda forma de la histeria, que, por razones que enseguida se harán evidentes, yo designaré como Histeria de defensa, separándola así de la histeria hipnoide y de la histeria de retención. (Freud, 1894: 49)

La expresión usada en esta cita “Con miras al anudamiento”, nos habla de la búsqueda de establecer un mecanismo psíquico común –que ya fue anticipado–: será la defensa.

La defensa es la reacción frente a las representaciones que resultan “inconciliables”, aquellas que no resultan aptas para incluirlas junto al resto de las representaciones aceptadas por el Yo: “[...] no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía” (Freud, 1894: 49).

Freud delimita un territorio de tensiones en pugna –y lo circunscribe al Yo– donde el **conflicto psíquico** va a ir ganando capacidad explicativa y lugar central en la concepción de sujeto freudiano.

[...] tales representaciones inconciliables nacen las más de las veces sobre el suelo del vivenciar y sentir sexuales y las afectadas se acuerdan con toda precisión deseable de sus empeños defensivos. (Freud, 1894: 49)

“Ahuyentar”, “empujar lejos”, “sofocar” son expresiones freudianas que nos permiten reconocer una fuerza expulsiva que inaugura ese territorio separado, es la defensa operando la que da lugar al rechazo de esas representaciones traumáticas. Podemos anticipar que tanto “Trauma”, como “segunda conciencia”, son los antecedentes del concepto de Inconsciente.

Freud atribuye el ocasionamiento a una “predisposición patológica”, pero que no necesariamente equivale a una “degeneración personal o hereditaria”: el empeño voluntario de olvidar responde a la pretensión de que no hayan acontecidos las representaciones inconciliables (Freud, 1894: 50). La pregunta que se hace Freud es ¿de qué modo el psiquismo puede hacer desaparecer las representaciones?, y

responde que no es posible, lo posible es retirarles el afecto asociado, debilitarlas y que de esta manera puedan ser olvidadas. El olvido alcanza solo a la conciencia.

La palabra **proceso** es la utilizada por Freud y nos permite entender que aquello que nombra como “predisposición patológica” es la inclinación para iniciar un movimiento, que además, lo establece como común a las neurosis y que nombra “defensa”.

[...] en la histeria el modo de volver inocua la representación inconciliable es trasponer a lo corporal la suma de excitación, para lo cual yo propondría el nombre **de conversión**¹.
(Freud, 1894: 50)

Es la primera vez que Freud utiliza el termino conversión, si bien fue un término anticipado por nosotros al comentar “Comunicación preliminar” (Freud & Breuer, 1893).

Freud afirma que la defensa tiene el propósito de superar la contradicción que le es impuesta al psiquismo –y lo hace con un costo alto– la instalación de un “parásito psíquico “el **símbolo mnémico**, que ocupa un lugar en la conciencia y que opera a modo de “los monumentos construidos en conmemoración de un acontecimiento” (Laplanche & Pontalis, 1968).

De igual manera, al entender al trauma como un cuerpo extraño, la concepción de Freud acerca de aquello que enferma, es la de algo proveniente de un afuera que ingresa y que se conjuga con una respuesta del psiquismo para producir la neurosis.

No es el acontecimiento lo que concentra en sí el total de su capacidad traumática, sino que requiere –y es crucial– de la respuesta psíquica frente a él.

[...] la huella mnémica de la representación **reprimida**² {esforzada al desalojo} no ha sido sepultada, sino que forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo.
(Freud, 1894: 51)

1 El resaltado es nuestro.

2 El resaltado es nuestro.

Vemos la utilización indistinta que hace entre represión y defensa, a medida que pueda avanzar en la explicación del Inconsciente y su funcionamiento va a poder elevar a la represión al estatuto de mecanismo psíquico inconsciente, causa de la neurosis.

Freud le atribuye una organización a esta suerte de memoria traumática, que va sufriendo variaciones, “engrosamientos” –constituyendo así un núcleo– que difiere mucho de una concepción de deshecho inactivo. Es un núcleo activo que se enlaza a otros “traumas auxiliares”. Freud deduce una mutabilidad a partir de la capacidad de producir asociaciones a nuevas representaciones de la misma naturaleza, que guardan semejanza respecto de su contenido. Este movimiento de activación aporta nuevo afecto a las representaciones que habían logrado ser debilitadas, y requiere para su resolución una nueva defensa seguida de conversión.

Cuando trabajemos “La Represión” (Freud, 1915), vamos a comprobar la permanencia de esta idea, es un mecanismo que no opera de una vez y para siempre, sino que se renueva, es en “alto grado móvil” debido a la capacidad de estos contenidos de no debilitarse con el paso del tiempo. Esta característica es propia de los contenidos inconscientes.

En la clase anterior nos preguntábamos respecto del mecanismo específico de la histeria, en este texto responde claramente “no discernimos el factor característico de la histeria en la escisión de conciencia, sino en la **aptitud para la conversión**³” (Freud, 1894: 52).

En la neurosis obsesiva no encontraríamos la misma capacidad de tratar esas grandes sumas de excitación, el mecanismo se conserva en el interior del ámbito psíquico y se deriva, desplaza a otras representaciones a partir de establecer “falsos enlaces” con ellas.

[...] su afecto, liberado, se adhiere a otras representaciones, en si no inconciliables, que en virtud de este “falso enlace” deviene representaciones obsesivas. (Freud, 1894: 53)

3 El resaltado es nuestro.

Asimismo, observa que en la conversión encontramos más logrado el objetivo de la defensa, resultando más ventajoso que el “camino del transporte de afecto” (desplazamiento) de una representación a otra (Freud, 1894: 55).

La sexualidad como traumática

En “La Comunicación Preliminar” (Freud & Breuer, 1893) no había precisión acerca del suceso ocasionador traumático, podía tratarse de sucesos “de horror o afecto intenso” de diversa índole, es por eso que Freud busca esclarecer el modo de producción del síntoma histérico, la puesta en marcha del mecanismo psíquico que lo origina, pero fundamentalmente intenta explicar que le otorga el carácter de traumático a las representaciones.

¿Qué le da el estatuto al trauma como tal?, se pregunta –no ya por la característica económica (acumulación de energía, la no descarga)– sino por el contenido, aquello más vinculado a la representación, los contenidos de esas representaciones que resultan inconciliables y producen la escisión de la conciencia.

Freud responde: “es harto frecuente que el contenido del trauma sean experiencias sexuales vividas en la infancia” pero en la Comunicación Preliminar (*Estudios sobre la histeria*, 1893) no llega a establecerlo como único contenido. En cambio, en el texto “Las Neuropsicosis de Defensa” (1894) aproxima una teoría explicativa y no al modo de una apreciación genérica: propone al contenido del trauma como “la sexualidad”. Le atribuye la causa a una experiencia sexual vivenciada en la infancia correspondiente con la seducción por parte de un adulto.

Esa idea es una idea que empieza a tener peso por la posibilidad que Freud va dando a los pacientes de hablar de su sufrimiento: “[...] en todos los casos por mí analizados era la vida sexual la que había proporcionado un afecto penoso de la misma índole” (Freud, 1894: 53).

Teoría de las investiduras: hipótesis auxiliar

Expone la representación auxiliar, que Freud nombra como **teoría de las investiduras** que es una hipótesis que resulta central para la comprensión del funcionamiento psíquico en general y particularmente sobre la acción de la defensa:

[...] en las funciones psíquicas cabe distinguir algo (**monto de afecto**, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguno para medirla– algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos. (Freud, 1894: 61)

Reconocemos un modelo energético que busca disminuir las cantidades de excitación, se experimentaría **displacer** cuando se eleva el nivel de esa cantidad o suma de excitación y **placer** cuando opera una descarga de esa cantidad, esta hipótesis da fundamento y permite comprender el método de la abreacción.

Freud tempranamente asume la presencia de una fuerza constante y al aparato psíquico como una respuesta al tratamiento de esa dimensión de cantidad de energía –que nombra como monto de afecto, afecto, investidura y que más adelante podrá nombrar pulsión–. Este es el momento en queda expresada, a través de los traumas sexuales infantiles, la defensa: ese movimiento que produce en la enajenación de contenidos, un núcleo traumático, segunda conciencia (antecedente del inconsciente).

Es en el “Manuscrito K” donde Freud establece una diferencia entre una **defensa normal** –en consonancia con una ley de constancia– que opera cuando las representaciones estuvieron anudadas al **displacer**, pero sin que por ello, produzcan un **displacer** actual. Podríamos decir, que la defensa es normal, cuando las representaciones involucradas son susceptibles al paso del tiempo, cuando algo de la temporalidad deja en ellas su marca. Por el contrario, la defensa **patológica** se genera producto de representaciones de acontecimientos cuyo recuerdo despierta un **displacer** actual. La diferencia se establece en que estas últimas son

producto de una fuerza constante, propia de representaciones sexuales, vividas en la infancia⁴.

El gesto de renuncia al poder de la sugestión permite un cambio de posición que habilita la escucha, ocasionando que la palabra y el saber que contiene sean aportados por el paciente. Da lugar así al surgimiento de relatos que, con inusitada frecuencia, estaban referidos a abusos por parte de un adulto, estas vivencias sexuales vividas tempranamente le permiten a Freud proponerlas como causa de los síntomas propios de las neuropsicosis. Freud especifica que son 13 los casos con los que ha podido establecer al trauma sexual como determinante de las neurosis y va a aportar especificaciones referidas al tiempo en que ocurrieron estos traumas⁵.

Llamamos teoría traumática a la explicación que da Freud de las neurosis donde la causa del trauma son las experiencias sexuales abusivas vividas en la niñez. El trauma deja de ser inespecífico, y pasa a ser la sexualidad acontecida en la infancia la que funciona como causa de las neuropsicosis.

Para su descubrimiento utilizó el Psicoanálisis “método arduo, pero enteramente confiable, del que me valgo en estas indagaciones que constituyen a la vez una terapia” (Freud, 1896: 165), allí Freud especifica el alcance del Método como método de investigación y de cura, y que supone –en ese momento– como objetivo “hacer consciente lo hasta entonces inconsciente” (Freud, 1896: 165).

Freud considera que las condiciones de inmadurez, el carácter de indefensión frente al ingreso traumático de la sexualidad, impidieron toda posibilidad de respuesta, ocasionando que no sea posible “metabolizarlo”, representarlo y elaborarlo como parte de sus experiencias.

[...] no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino solo su reanimación como recuerdo, después que el individuo ha ingresado en la madurez sexual.

(Freud, 1896: 165)

4 Manuscrito K. Las neurosis de defensa (un cuento de Navidad, 1896) *Fragmento de la correspondencia con Fliess 1950 [1892-99]*.

5 (Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa, 1896, pág. 164)

El desarrollo del síntoma no se produce de manera inmediata, van a ser necesarios **dos tiempos**, la presencia de un segundo momento, es condición para que aquello que aconteció en la infancia adquiera condición de traumático; interviene un segundo hecho que se produce tras la madurez sexual. El tránsito por la pubertad, la madurez sexual propone Freud, posibilita dar sentido a ese suceso infantil, y otorgarle un sentido sexual que antes no poseía, leerlo en su carácter sexual.

La temporalidad del trauma se produce en dos momentos, donde no es el acontecimiento sino su recuerdo el que tiene capacidad patógena:

[...] solo consiguen reprimir el recuerdo de una vivencia sexual penosa de la edad madura aquellas personas en quienes esa vivencia es capaz de poner en vigor la huella mnémica de un trauma infantil. (Freud, 1896: 165)

[...] Esta relación inversa entre el efecto psíquico del recuerdo y del acontecimiento contiene la razón por la cual el recuerdo permanece inconsciente. (1896: 153)

El suceso traumático se explica por el ingreso de la sexualidad de manera violenta en un momento de desvalimiento del sujeto, un momento en que no es posible asociar el carácter sexual de un suceso porque es un niño quien lo padece. Es necesario el tránsito de la pubertad para que –ese segundo momento– le dé al primero el carácter de traumático, lo resignifique, le añada una significación que cuando sucedió no poseía. Es el segundo momento el que tiene la capacidad de producir sintomatología, al mediar la pubertad y eso es posible porque existió un primer momento al que este segundo le otorgó, le añadió la condición de sexual y de traumático.

Hay una temporalidad del síntoma que no se corresponde con la inmediatez de las vivencias, resultan ineficientes hasta tanto se pongan en juego los dos aspectos que requiere un trauma para adquirir su eficacia, su capacidad patógena. Debe intermediar la pubertad para despertar los recuerdos inconscientes.

En una notable cita Freud aclara este aspecto vinculado a la razón por la que un recuerdo puede ejercer más efecto patógeno que la vivencia misma:

[...] pero si la vivencia sexual cae en la época de la inmadurez sexual, y el recuerdo de ella es despertado durante la madurez o luego de esta, el recuerdo ejerce un efecto excitador incomparablemente mayor del que en su tiempo produjo la vivencia, pues entretanto la pubertad ha acrecentado en medida inconmensurable la capacidad de reacción del aparato sexual. (Freud, 1896: 168)

Allí encontramos la propuesta de que el trauma opera tras una acción póstuma, es decir que produce un efecto retardado de manera inconsciente. El término en alemán *Nachtraglich*, que puede traducirse como “resignificación”, “a posteriori,” “resignificación a posteriori” permite un alcance inusitado al entendimiento del funcionamiento psíquico, pues no solo aporta una complejidad desconocida hasta ese momento en cuanto a la explicación acerca del mecanismo que produce el síntoma, sino las condiciones mismas para una posible reescritura de los contenidos psíquicos que conforman la historia personal. Ubica así un horizonte para el Psicoanálisis como tratamiento posible:

Justamente por ser infantil el sujeto, la irritación sexual precoz produce un efecto nulo o escaso en su momento, pero se conserva su huella psíquica. Luego, cuando en la pubertad se desarrolle la reactividad de los órganos sexuales hasta un nivel casi inconmensurable con el estado infantil, de una manera u otra habrá de despertar esta huella psíquica inconsciente. Merced al cambio debido a la pubertad, el recuerdo desplegará un poder que le faltó totalmente al acontecimiento mismo, el recuerdo obrará como si fuera un acontecimiento actual. Hay por así decir, **acción póstuma** de un trauma sexual.

(1896: 153)

“Acción póstuma” es la traducción con la que nos encontramos en la cita de este texto contemporáneo al de las “Nuevas puntualizaciones a las neuropsicosis de defensa” (Freud, 1896). El concepto de la resignificación con posterioridad descredita la explicación causal por sumación e impone la idea de una acción presente sobre el pasado, particularmente sobre aquellos contenidos que no han podido integrarse al resto del psiquismo, el ejemplo es el trauma.

Entre el trauma y su activación tras la pubertad se interpone la madurez sexual, que es lo que impone la modificación sustancial que se aporta a posteriori.

Es en la Carta 69 (Fragmento de la correspondencia con Fliess-Carta 69, 1897) donde Freud habla de las razones del abandono de la teoría de la seducción, donde pone en duda su generalización, el alcance de la explicación para todas las neurosis. En 1906 hace públicas estas conclusiones y reconoce el papel de las fantasías en la producción de las neurosis (Mi tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis, 1906).

Bibliografía

Barthes, R. (4 de junio de 2016). Calle del Orco. Recuperado el 25 de abril de 2020, de Calle del Orco: <https://callelorco.com/2016/06/04/la-relectura-salva-al-texto-de-la-repeticion-rolland-barthes/>

Freud & Breuer (1893). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1890). *Tratamiento psíquico, tratamiento del alma*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1894). *Las neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1896). *La herencia y la etiología de las neurosis*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1896). *Manuscrito K. Las neurosis de defensa (un cuento de Navidad)*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1896). *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1897). *Fragmento de la correspondencia con Fliess-Carta 69*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1906). *Mi tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1915). *La Represión*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1917). *Lecciones de introducción al Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.

Laplanche, J. y Pontalis, J. (1968). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Labor.

Caso Elizabeth Von R o el primer análisis completo de una histeria

Claudia Campins

En clases anteriores nos detuvimos en la estructura de esta importante obra freudiana, *Estudios sobre la histeria*, donde las presentaciones de las curas o fragmentos de ellas eran la referencia para el sostén de las hipótesis presentadas. Elizabeth Von R es el quinto de los historiales, y el primero de ellos es Ana O, el único caso de Breuer. Entre ellas encontramos a Emmy von N, Miss Lucy y Katerina.

Partimos de una observación que realiza Freud sobre Elizabeth, una joven de 24 años que padece dolor en la pierna y dificultad para caminar, aunque sobrellevaba su malestar con “bella indiferencia” (Freud & Breuer, 1893: 151) expresión que es replicada en el texto de “La represión” (Freud, 1915), modo particular que asume el síntoma en la histeria, donde lo logrado de su mecanismo produce un ahorro de malestar psíquico a cambio del malestar físico, indiferencia que no deja de aportarle “belleza” a una mirada dispuesta a verla.

El dolor era impreciso, era más bien una “fatiga dolorosa”, dirá Freud y aquí reconocemos la mirada del científico pretendiendo discriminar con precisión diagnóstica la causación orgánica de aquel cuerpo poco ajustado al saber de los manuales de anatomía. Entendemos que se produce allí un choque de discursos, el discurso científico y el de la histeria. Al habitual sometimiento de encierros y desacreditación de la palabra –propio del discurso científico–, Freud le opone el revolucionario gesto de la escucha. Encuentra el límite del saber que posee, y pretende explicar las leyes que organizan a ese cuerpo de manera diferente.

No me resultaba fácil llegar al diagnóstico... era llamativo cuán imprecisas sonaban todas las indicaciones de la enferma, de gran inteligencia, sin embargo, acerca de los caracteres de sus dolores. (Freud, 1893: 152)

En el historial, Freud observa cómo el discurso histérico reconstruye su padecimiento con descripción imprecisa, producto de la demora de su atención en “pensamientos y sensaciones” que se entraman con los dolores. El cuerpo y la palabra se conectan por puentes lingüísticos que Freud diferencia del dolor orgánico, por el carácter preciso que asumen las palabras al expresarlo.

Establece otra diferencia, la del discurso del “neurasténico”, aquel que describe su dolor como si estuviera concentrado en una labor intelectual ardua y superior a sus fuerzas, como si el lenguaje le resultara pobre para describir su padecer (Freud, 1893: 152).

Otra aguda percepción de Freud es el reconocimiento en Elizabeth de la ambigüedad de su discurso cuando habla de un padecimiento que se manifiesta al momento de la revisión física de la zona afectada, su reacción resultaba discordante con una manifestación dolorosa, e incluso detrás de ella, pareciera asomarse la cara voluptuosa de un placer.

Pero cuando la señorita Von R. se pellizcaba u oprimía la piel y la musculatura hiperálgica de la pierna, su rostro cobraba una peculiar expresión, más de placer que de dolor, lanzaba unos chillidos –yo no podía menos que pensar: como a raíz de unas voluptuosas cosquillas–. (Freud, 1893: 153)

Nombra a esta zona dolorosa como histerógena, donde es el padecimiento orgánico quien le da apoyatura a la expresión de la neurosis.

[...] el reumatismo crónico común, cuya **aptitud para crear el espejismo de unas afecciones nerviosas** ya mencioné [...] lo probable, entonces, era que hubiera sobrevenido una alteración orgánica de los músculos en el sentido indicado en el cual **la neurosis se apuntaló** haciendo aparecer exageradamente grande su valor¹.

(Freud, 1893: 153)

1 Los resaltados son nuestros.

Dado que Freud sostiene que el recuerdo patógeno se encuentra ausente en tanto tal en la histeria, se pregunta si eso es válido en Elizabeth, ¿cuenta ella con la explicación sobre el origen de su padecer? Freud pensaba que tenía un secreto y no un cuerpo extraño (Freud, 1893: 154), razón que lo hace renunciar a la hipnosis y considerar necesario que reproduzca “la historia del padecimiento”. Esto es decisivo para el paso que va a dar respecto de la explicación por las “causas internas de la histeria” y no solamente sobre el mecanismo, según afirma en la comunicación preliminar.

Al hablar de un cuerpo extraño se está refiriendo al trauma y sus argumentos se dirigen a ubicar al conflicto y la defensa como la explicación propia del caso que generalizará a la histeria.

En este caso vemos la coexistencia de caminos argumentativos vinculados al trauma, esa especie de parásito psíquico conviviendo con la explicación que finalmente se impondrá, la idea del “**conflicto psíquico**” como condición para el desalojo de representaciones, y la conversión como la parte final de un proceso, el de la represión: “[...] A ese proceso le di el nombre de represión: era una novedad, nada semejante había sido señalado antes en la vida mental” (Freud, 1924).

Rodrigué, por su parte, señala el punto de distanciamiento entre los autores de *Estudios sobre la histeria* alrededor de la explicación del origen del síntoma histérico, su falta de acuerdo acerca del lugar de la defensa, destacada por Freud, en desmedro de la hipótesis privilegiada por Breuer de los estados hipnoides: “Esta idea matriz de defensa fue sin duda la razón del desacuerdo entre Breuer y Freud sobre la importancia de los estados hipnoides en la formación del síntoma histérico” (Rodrigué, 1996: 249).

Freud tiene la intuición que el padecimiento de Elizabeth es producto de un secreto, y evoca las palabras del poeta alemán Goethe, del siguiente modo: “la máscara **presagia**² un sentido oculto” (Freud, 1903: 154).

2 En Fausto, parte I escena 16, Goethe dice “la máscara **revela** un sentido oculto”, la “corrección” la hace el propio Freud en una cita.

Es posible reivindicar cierta condición de verdad para el acto de ocultamiento y las máscaras que elegimos para hacerlo, son las que revelan o anticipan lo que pretendemos ocultar. La carencia se puede ocultar con dinero, belleza, saber o bondad. Ocultan y revelan una verdad también.

Es una psicoanalista, Joan Riviere³ quien –más adelante– vinculará la femineidad con la “mascarada”, “[...] el lector puede preguntarse cómo distingo la femineidad verdadera y el disfraz. De hecho, no sostengo que tal diferencia exista” (1927).

En momentos más avanzados de su obra, Freud podrá elaborar su hipótesis de las vicisitudes propias de la femineidad, pero en estos escritos tempranos es indudable el asedio de interrogantes sobre la condición femenina que anticipa, tomando a Goethe y la figura de la máscara.

Si retomamos el camino argumentativo asumido por Freud para la explicación del síntoma de Elizabeth, observamos el distanciamiento de la explicación del trauma como vivencia y la relevancia que va ganando la hipótesis del conflicto psíquico como causa de la escisión de la conciencia. Se va estableciendo una estrecha vinculación entre trauma e inconsciente, por lo que podría decirse que la etapa en que Freud escribe el caso de Elizabeth se corresponde con una etapa bisagra entre estos momentos teóricos, desde la explicación traumática hacia la hipótesis del inconsciente.

El método

En el desarrollo del caso podemos pesquisar también la historia del método, las transformaciones que le impone el material psíquico al tratamiento que se inicia con las técnicas habituales y decanta en el análisis y el trabajo con las asociaciones.

3 Joan Riviere (1883-1962), psicoanalista inglesa, se cuenta entre las discípulas de Freud, fundadora de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Referente en su país como así también del intercambio conceptual con los más destacados psicoanalistas que le fueron contemporáneos.

El trabajo con Elizabeth fue “uno de los más difíciles que me tocaron en suerte”, dirá Freud y agregará: “[...] por mucho tiempo no atiné a encontrar el nexo entre la historia del padecimiento y la dolencia misma” (1893). Es en esta cura donde vemos también que el método va mutando, y que fue un paso fundamental decidir indagar las asociaciones que podía aportar Elizabeth y no solo sobre el momento de surgimiento del síntoma. Freud se dispone a dejarse guiar por ese complejo entramado, presta su atención a las asociaciones de las vivencias, se le suman los recuerdos e impresiones que, en el caso de Elizabeth, se sitúan en un escenario de tensiones familiares.

Abandona así la hipnosis, dejando vestigios de sugestión, como el momento en que Freud le apoya la mano en la frente y le pide que comunique sus pensamientos, rastrea no solo vivencias sino también ocurrencias, este corrimiento le permite hacer el tránsito desde el trauma al conflicto psíquico, desde la indagación de los estados hipnoides a las asociaciones que puede producir la joven.

El conflicto psíquico es la marca de una subjetividad, dominada por tensiones y dinamismos imposibles de saldarse, clausurarse o calmarse. Freud está concibiendo una subjetividad que será la marca del siglo XX.

Llega a proponer la remoción del **material patógeno estrato por estrato** comparándola con la técnica de exhumación de una ciudad enterrada:

Primero me hacía contar lo que a la enferma le era consabido, poniendo cuidado en notar donde un **nexo permanecía enigmático**, donde parecía faltar un eslabón en la cadena de las causaciones, e iba penetrando en estratos cada vez más profundos del recuerdo... La premisa de todo el trabajo era, desde luego, la expectativa de que se demostraría un determinismo⁴. (Freud, 1893: 155)

Nos propone un trabajo de desgajar capa por capa hasta llegar a un núcleo con capacidad patógena, un modo de entender el funcionamiento del aparato psíquico. Avanza confiando en un determinismo, deteniéndose en los “nexos enigmáticos”,

4 El resaltado es nuestro.

en la “falta de eslabones” de esas cadenas asociativas, es el modo de percibir lo que pretende ocultarse tras la máscara, lo que resiste en esa imprecisión del discurso histérico, y los indicios del trabajo de la represión.

Pero proseguí mi análisis porque tenía la expectativa cierta de que a partir de estratos más profundos de la conciencia se conseguiría entender tanto la causación como el determinismo del síntoma histérico. (Freud, 1893: 160)

A continuación, nos muestra cómo interviene:

Me resolví, pues, a plantear, a la conciencia ensanchada de la enferma, la pregunta directa por la impresión psíquica a que se anudó la génesis primera de los dolores en las piernas. (Freud, 1893: 160)

Los momentos del tratamiento

Primer momento del tratamiento

Freud ordena el tratamiento en tres momentos, el primero de ellos es aquel en que cualquier médico de la época hubiera detenido su trabajo por encontrar en la paciente la capacidad de producir síntomas histéricos.

El autor nos presenta con notable capacidad literaria la historia familiar de Elizabeth pero fundamentalmente, la incomodidad e insatisfacción que dominaba la existencia de la muchacha, pues entendía que había “establecido una asociación entre sus impresiones anímicas dolidas y los dolores corporales... y que ahora en su vida mnémica empleaba la sensación corporal como símbolo de la anímica” (Freud, 1893: 159). Este tipo de esclarecimientos era el límite de la medicina de la época; sin embargo, Freud avanza y pretende explicar el determinismo.

Freud ordena las asociaciones señalándonos aquellas más superficiales de aquellas otras que son el producto de las condiciones de indagación que va haciendo Elizabeth, logra rastrear que el síntoma aparece en un primer momento pero que remite espontáneamente, y que este primer episodio se produce cuidando a su padre. Ese lugar de acompañante y sostén de la convalecencia es decisivo para ella, por lo que la muerte del padre inicia la instalación definitiva de la dolencia en su pierna y la concomitante dificultad para caminar: “[...] exhortando a la enferma a comunicarme puntualmente todo cuanto en el momento de la presión emergiera ante una visión interior o pasara por su recuerdo” (Freud, 1893: 160).

Aparecen entonces las confesiones que Freud esperaba y que se originaban en un conflicto psíquico, los intereses eróticos con el muchacho se ligan al empeoramiento de la salud de su padre, hay en este conflicto una tensión insoluble entre aspectos y expectativas personales, entre “el ansiar erótico”, dirá Freud y “las representaciones éticas y morales” atribuidas al yo.

[...] un caso de inconciliabilidad. Como resultado del conflicto, la representación erótica fue reprimida [esforzada al desalojo] de la asociación, y el afecto a ella adherido fue aplicado para elevar o reanimar un dolor corporal, presente de manera simultánea (o poco anterior) el mecanismo entonces “conversión con el fin de la defensa”.

(Freud, 1893: 162)

Este esclarecimiento lleva a Freud a situar un corte en su modo de leer la cura, dando lugar entonces otro momento que –nos anticipa– será más productivo.

Segundo momento del tratamiento

Freud sostiene la pregunta acerca ¿por qué el síntoma es ese y en ese lugar?, y no se conforma con la explicación acerca de la apoyatura en el dolor orgánico. Surgen de ese modo otro grupo de asociaciones aportadas por la paciente, que le permite rastrear un primer camino del determinismo del síntoma y al que nombra **determinación tópica**.

El muslo derecho, entonces: “[...] es el lugar donde cada mañana descansaba la pierna de su padre mientras ella renovaba las vendas que envolvían su pierna fuertemente hinchada” (Freud, 1893: 163).

Describe un modo donde las piernas también son las encargadas de armar un relato, con una cierta autonomía, ese destino de mensaje de aquello que no puede decirse más que sintomáticamente: “[...] además las piernas doloridas empezaron a entrometerse” (1893). Freud se orientaba por el dolor para distinguir lo relevante y ubicar ese determinismo psíquico.

El fenómeno de “intromisión de las piernas” queda en asociación con el despertar de recuerdos. La abreacción mejoró de manera llamativa, a tal punto que llegó a pasar la mayor parte del tiempo sin dolores (1893: 163).

Así es cómo nos propone el ordenamiento de ciertos recuerdos a determinadas zonas corporales. La pierna derecha: padre, joven. Pierna izquierda: hermana difunta, los cuñados.

La **Determinación funcional** surge a partir de centrarse en el complejo sintomático y su relación con las zonas dolorosas. Elabora la pregunta rectora ¿de dónde provienen los dolores al andar, estar de pie, yacer?

La posición asumida por la paciente al **Estar de pie**: “*stehen*”, se vincula con el momento en que trajeron al padre a su casa tras sufrir un ataque al corazón y con el terror que siente estando de pie frente al lecho de su hermana muerta. “Andar, estar de pie y yacer se anudan a operaciones y estados de aquellas partes del cuerpo que eran en ese caso portadoras de la zona dolorosa, a saber, las piernas” (Freud, 1893: 165).

Caminar: “*gehen*”, guarda relación con la extensa caminata con el cuñado, de la que vuelve cansada y con dolores, “contraste entre su soledad y la dicha conyugal de su hermana”.

Estar sentado: “*setzen sich*”, absorta en sus pensamientos, deseo de ser feliz como su hermana, y su soledad.

Yacer: “*liegen*” se asocia a cuando parte en tren por el agravamiento de la hermana, pues relaciona sus dolores con el yacer. La zona dolorida crecía por aposición.

Elizabeth va produciendo asociaciones a partir de la simultaneidad de las vivencias con el dolor corporal, y ese trabajo de construcción excede el relato de sucesos, involucra su propia hipótesis de lo que la afecta y afecta a su cuerpo.

Aparece la primera mención importante de relevancia al tema de la resistencia, entendida como “fuerza contraria al devenir conciente”, “recordar las representaciones patógenas” (Freud, 1893: 168) y concluye que es la misma fuerza la que apartó las representaciones a aquella que impide su retorno.

Determinación simbólica: tercer mecanismo que interviene como determinación del síntoma, dolida por su soledad –que el alemán es “*allesinstehen*”– sentimiento de desvalimiento, de no avanzar un paso en su deseo de restaurar la dicha pérdida de la familia, ella en el centro paralizada y doliente sosteniendo con su cuerpo lo imposible de ese deseo endogámico.

La enferma creó o acrecentó la perturbación funcional por vía de la **simbolización**, vale decir, halló en la abasia-astasia una expresión somática de su falta de autonomía, de su impotencia para cambiar en algo las circunstancias; y de que los giros lingüísticos “no avanzar un paso”, “no tener apoyo”, etc., constituyeron los puentes para ese nuevo acto de conversión. (Freud: 188)

Resulta relevante cómo el lenguaje ofrece los puentes lingüísticos para transformar al síntoma en ese símbolo mnémico, con capacidad evocativa de los aspectos de la sexualidad de Elizabeth que activan el conflicto psíquico. Esta dimensión simbólica de la determinación es sostén del trabajo interpretativo de la cura analítica.

Estamos en presencia de una construcción teórica con mayor grado de elaboración sobre el modo en que se vincula el cuerpo y lo psíquico, que constituye ese

preciso recorte de intereses que le llevará toda su vida investigar. En el marco de su propuesta metapsicológica elaborará el concepto de pulsión como respuesta a ese interrogante.

Tercer momento del tratamiento

A partir de la revelación que a Freud se le hace evidente en este momento del tratamiento –el amor que la paciente siente hacia su cuñado– es que Elizabeth aporta la siguiente asociación:

[...] un pensamiento pasó como un estremecimiento por el cerebro de Elizabeth, pensamiento que ahora se había instala de nuevo irrechazablemente; pasó como un rayo refulgente en medio de la oscuridad [...] ahora él está de nuevo libre, y yo puedo convertirme en su esposa. (Freud, 1893: 171)

Las asociaciones vinculadas a este contenido representacional son lo rechazado, lo reprimido. Se impone la explicación del conflicto psíquico, donde las tendencias en juego se asocian por su similitud estructural, tanto la escena del muchacho como la del amor al cuñado se corresponden con la oposición entre el deseo sexual de Elizabeth y sus representaciones éticas y morales, y se vinculan entre ellas por un mecanismo: la resignificación a posteriori. Este mecanismo incorpora una significación nueva que se agrega en retardo, con posterioridad, aludiendo no a una secuencia temporal (solamente) sino a un añadido de significado crucial para el desarrollo del síntoma: “[...] en la enferma sobrevino una primera conversión mientras cuidaba a su padre” escena de la salida con el muchacho y el agravamiento del padre”, “[...] ese proceso fue el arquetipo del otro, posterior, que llevó al estallido de la enfermedad...”, Freud se refiere al enamoramiento hacia su cuñado, que opera con “efecto retardado” (*nachtraglich*) (181).

Este nuevo ordenamiento lógico –y no la linealidad secuencial– le permite a Freud una nueva noción de temporalidad, la del efecto a posteriori de la segunda escena sobre la primera.

En efecto, la multiplicidad de esos momentos traumáticos es posibilitada por el hecho de que una vivencia semejante a la que introdujo por primera vez la representación inconciliable aporta excitación nueva al grupo psíquico divorciado así cancela provisoriamente el éxito de la conversión. El yo se ve precisado a ocuparse de esta representación reforzada que surge como súbito relámpago a restablecer el estado anterior mediante una nueva conversión. (Freud: 181)

Estamos en presencia de un caso complejo en su escritura, pues conviven en él algunos aspectos prontos a ser abandonados así como horizontes a alcanzar; co-existen métodos más o menos sugestivos junto a la labor propia del trabajo con las asociaciones de la paciente; también explicaciones que ponen en juego varios diagnósticos para este caso de histeria. El modo de construir el caso es el modo en que Freud se va formulando las preguntas y construyendo el objeto de su estudio y en esos virajes, va armando sus respuestas –algunas– provisionales. Resulta valioso dejarse llevar en ese camino que es el de la construcción del Psicoanálisis.

Bibliografía

- Freud & Breuer (1893). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1893). Elisabeth von R. En S. Freud, *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *La Represión*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *Presentación autobiográfica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Riviére, J. (1927). *La femeneidad como máscara*. Athenea Digital 11, 219-223.
- Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Sudamericana.

CAPÍTULO 3

EL INCONSCIENTE Y SUS FORMACIONES

El Inconsciente y sus formaciones

Claudia Campins

Texto de referencia

“Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria” (1898), en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. 3. Amorrortu editores.

“Sobre los recuerdos encubridores” (1899), en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. 3. Amorrortu editores.

Contenidos

- Las formaciones de compromiso.
- Su origen inconsciente.
- El conflicto psíquico.
- Determinismo psíquico.
- Lo reprimido como línea de plomada.

En el módulo precedente iniciamos un recorrido por los orígenes del psicoanálisis, rescatando las primeras intuiciones que nos permiten reconocer la hipótesis de un funcionamiento psíquico donde no es la conciencia su centro. El **inconsciente** es la palabra clave del Psicoanálisis, en “El yo y el ello” lo sitúa como la esencia de lo psíquico. El inconsciente es la tesis inaugural del Psicoanálisis y estuvimos trabajando la génesis de ese concepto a través del reconocimiento de su funcionamiento.

El recorrido realizado hasta el momento nos permite reconocer y teorizar acerca de ese territorio escindido que funciona al modo de una segunda conciencia, con capacidad de producir sus efectos sobre el cuerpo, y que Freud nombra conversión. Reconocimos también, la capacidad que estas representaciones rechazadas

tienen, de establecer una conexión asociativa con otros contenidos que aportan analogía estructural en cuanto al contenido, y la capacidad de activar el conflicto psíquico entre el deseo y las representaciones yoicas éticas y morales.

Asimismo, avanzamos desde la concepción del **trauma** como la causa de los síntomas histéricos, y hacia el **conflicto psíquico** como el núcleo explicativo de la operación de defensa que los origina. Estamos en posición de avanzar sobre la operación de la **represión** y el inconsciente con sus formaciones, originados en el conflicto psíquico.

El Inconsciente se expresa a través de sus formaciones y en tanto **producto**, media una elaboración, un procesamiento, y de esta manera queremos destacar la idea de que allí hay un trabajo. Un trabajo es una medida de esfuerzo que tiene la finalidad de producir un resultado, Freud rescata esa palabra y la convierte en un concepto cuando se refiera específicamente al sueño.

El Trabajo del sueño es el trabajo del inconsciente en acción, orientado por un propósito: la realización de sus deseos inconscientes.

Estas derivaciones, las formaciones, guardan una misma lógica o una misma “sintaxis”: comparten origen, pero también una misma lógica de producción pudiendo diferir bastante en cuanto al modo en que acceden a expresarse en la conciencia. Freud las nombra **Formaciones de compromiso**: hablamos del sueño, del acto fallido, de los recuerdos encubridores, los chistes y de los síntomas.

También las define a partir de un “**compromiso**”, entendiendo a este como la respuesta psíquica que propone Freud para resolver dos tendencias contrapuestas y en pugna. Asumiendo esta perspectiva, se trata de formaciones “**mixtas**” cuyo material se transforma, producto de la tensión entre la búsqueda de expresión y realización y el rechazo que provoca la enajenación de la conciencia.

Va a resultar decisivo cómo Freud logra leer esta **marca de la época**. Las dos tendencias no se saldan ni se clausuran, sino que ambas aportan su material para

así iniciar ese trabajo de transformación que le es impuesto para acceder así a la conciencia.

Al establecer la **comunidad entre estos hechos** que antes de Freud no eran pensados como equivalentes, se está dando un paso muy importante, pues como fenómeno arranca al síntoma del terreno de la psicopatología, lo vincula a otros fenómenos provenientes de la “normalidad” como el sueño o el lapsus lingue y les atribuye un origen común. Extiende así el concepto de Psicopatología a los actos o acciones de la cotidianeidad con las consecuencias propias de cuestionamiento a la normalidad (Freud, 1901).

El libro *Psicopatología de la vida cotidiana* dialoga por su contenido con “El chiste y su relación con el inconsciente”, con los “Recuerdos encubridores”, con “El olvido de nombres propios”, y la explicación de los procesamiento del inconsciente a la que arriba nos deja en el umbral de la metapsicología.

Los recuerdos inocentes, los olvidos y sus sustitutos, son una “cobertura” de aquellos contenidos relevantes que pusieron en marcha a la represión, tras activar el conflicto: “Se trata de mostrar que, al lado de las formas simples de los fallos de la vida psíquica, se manifiestan formas de patología, de las cuales la represión es la motivación última” (Assoun, 2006: 150).

Freud trabaja con ejemplos donde se pone de manifiesto el **determinismo psíquico**, algo que era atribuido al azar o a fallos de atención, y que pueden explicarse mediante leyes del funcionamiento psíquico. Esto trae la consecuencia de poner foco o visibilizar causas o motivaciones que responden a una lógica propia del inconsciente.

Lapsus en latín quiere decir “resbalón”, “desliz”. En ese sentido, cabe recordar que antes de Freud no había ninguna teoría del lapsus y mucho menos alguien se había encaminado en la tarea de explicar su mecanismo.

El sujeto del conflicto

La cultura griega posee una cosmovisión (mitologías, creencias, costumbres), a partir de la cual sus actos son manifestaciones propias de la voluntad de los dioses a las que se someten dejándose arrastrar por sus designios incomprensibles. Se necesitan siglos, para que a partir de la Edad Moderna (comprendida entre el siglo XV y el XVIII), el hombre pueda reconocer una interioridad. Las motivaciones internas, que son las que Freud describe junto con el inconsciente, inauguran una subjetividad atenazada por el conflicto psíquico (a fines del siglo XIX), permitiendo una nueva lectura de la tragedia de Edipo.

[...] las tragedias terminan mal. El personaje trágico es destruido por fuerzas que no pueden ser entendidas del todo ni derrotadas por la prudencia racional... Cuando las causas del desastre son temporales, cuando el conflicto puede ser resuelto con medios técnicos o sociales, entonces podemos contar con teatro dramático, pero no con la tragedia [...] la tragedia es irreparable. (Steiner, 1961: 13)

El parlamento final de Edipo de Tebas a cargo del coro nos muestra ese deslizamiento que se produce desde el héroe trágico, rey y sabio, hacia la existencia de cualquier mortal que inevitablemente se encontrara con el sufrimiento de la caída.

Habitantes de Tebas, mi patria, ved a este Edipo, que había sabido adivinar los famosos enigmas. Era un hombre muy poderoso; ningún ciudadano podía sin envidia posar los ojos en su prosperidad. Y ahora, ¡en qué sima de terribles desgracias ha sido precipitado! De modo que hasta esperar su último día, no hay que proclamar feliz a ningún mortal antes que haya llegado, sin sufrir ningún mal, al término de su vida. (Sófocles, 1982)

En el modo en que percibe el hombre trágico el mundo, existe una proyección hacia el exterior de las motivaciones que, a partir de Freud, van a estar en el interior de lo humano –el núcleo del conflicto–. Mediando siglos entre ellos, el hombre moderno queda arrojado a la determinación de sus actos y la indudable soledad en la que queda frente a ellos. El conflicto psíquico representa el núcleo de la subjetividad y es Freud quien la produce.

La tragedia griega es la confirmación de la caída en el infortunio de personajes encumbrados –dando soporte a la tragedia existencial cotidiana– y su representación teatral produce un efecto de purificación, efecto catártico y que le brinda al método de Freud y Breuer el nombre y la búsqueda de esa descarga.

[...] no lo vuelve inocente, pero lo purifica como si hubiera pasado por las llamas. Por eso en los momentos finales de las grandes tragedias, sean griegas, shakespereanas o neoclásicas, una fusión de pesar y júbilo, de lamentación por la caída del hombre y de regocijo en la resurrección de su espíritu. (Steiner, 1961: 13)

Hay condiciones históricas que hacen posible que el genio del inventor del psicoanálisis pueda elaborar esta comprensión del funcionamiento de las leyes del inconsciente, y así construir una concepción de un sujeto cuyo núcleo gravita en el conflicto psíquico. Freud es contemporáneo de “la instauración de la noción de vida privada” y también de la concepción de “sujeto de derecho” (Roudinesco, 1999: 61).

Estamos transitando así un momento teórico en el que “El inconsciente se vuelve fenómeno” (Assoun, 2006).

La pregunta respecto de lo que acontece para que un olvido se produzca es el tema central abordado en *Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria* (Freud, 1898), pues allí construye la suposición de una determinación que despoja de toda ingenuidad a estos actos familiares que no habían sido hasta el momento objeto de estudio. La perspectiva asumida abre a la construcción de un territorio de interés que modificara la subjetividad de la época de manera definitiva.

Assoun (2006), por su parte, afirma que “el psicoanálisis nos hizo perder la memoria”, el sentido que se construye es que la subjetividad –a la que da lugar– rompe con la idea de la memoria como un capital de datos o información que podría recuperarse a voluntad. El psicoanálisis instala la idea de un psiquismo determinado por la división que produce la represión. El sujeto ya no es amo en su propia casa, dirá Freud.

La interpretación es ese acto que permite despejar esa vocación de ignorancia que es la que nos hace confiar en la memoria.

El olvido de nombres propios

Vamos a trabajar dos piezas relativas a su **autoanálisis**, que Freud realiza de manera sostenida a partir de la muerte del padre. El estatuto que tendrá esta experiencia subjetiva e inaugural, objeto de un vasto estudio por parte de psicoanalistas y biógrafos, el “propio análisis” como lo denomina Ulloa o “análisis originario”, son intentos de nombrar esta experiencia original que traen la posibilidad de producir esta comprensión del psiquismo como nunca se había hecho hasta el momento.

Al momento en que inicia el autoanálisis Freud cuenta con el recorrido del trabajo con la histeria, e inicia el análisis de los propios sueños, e incluso en estos años ha formalizado “La Interpretación de los sueños”. Con pocos agregados, finalmente la publicará en el 1900 con la pretensión de hacer coincidir el inicio del siglo con esta obra que él entendía como decisiva para el siglo XX.

De esta manera se aboca a extraer las consecuencias de los procesos inconscientes y del funcionamiento de todo el psiquismo a partir de sus propios sueños, el análisis del lapsus y chistes, y particularmente el olvido de los nombres propios y el recuerdo pantalla o encubridor.

Freud se pregunta por la función de la memoria, en los *Estudios sobre la histeria*, y sostiene que el olvido del suceso ocasionador es el que le permitió el ingreso al trabajo del síntoma histérico, por lo que la recuperación del interés por el olvido es enriquecido al preguntarse ¿por qué se recuerda erróneamente? Es decir, porque aparecen nombres sustitutos que uno puede reconocer como erróneos y que provocan un cierto malestar, una cierta incomodidad.

El episodio que relata y analiza Freud en este artículo sucedió en un viaje a la costa del Adriático en 1898 y constituye “el primer análisis de una operación fallida” (Strachey, 1901), lo presenta también como inicio en un libro de mayor importancia, la “Psicopatología de la vida cotidiana”.

Freud observa que es común que los nombres propios sean olvidados y ve que el esfuerzo de atención no resuelve esa falta de recuerdo, al que se suma otro aspecto de considerable importancia, ya que en su lugar vienen con insistencia nombres sustitutos, aun cuando estos puedan ser reconocidos como falsos.

El acontecimiento es que en un viaje en tren y en conversación con un pasajero, donde Freud pretende recordar el nombre del pintor italiano de los frescos “del fin del mundo y “El del juicio final”. El nombre no aparece, pero sí la imagen del pintor que está incluida en el fresco.

Este aspecto lo lleva a reflexionar sobre esta particular manifestación, la intensidad que reconoce en la imagen y que aborda en un pie de página como vividez o hipernitidez. Asume una explicación económica que responde a la concentración, efecto de la condensación de las investiduras detrás de la imagen que es aportada por las múltiples asociaciones que la están determinando.

Aparece sin embargo “con inusual vividez, la imagen de algo nimio e irrelevante que no es el recuerdo reprimido mismo, pero está estrechamente conectado a él” (Freud, 1898: 282).

Sobre la hipernitidez de la imagen encontramos la marca de la condensación del afecto proveniente de las distintas cadenas asociativas.

Freud reconoce en esa insistencia la imagen del pintor, el reverso del olvido del nombre. Ambigüedad de lo que insiste y del movimiento de su rechazo.

La sustitución del nombre Signorelli por los nombres, Botticelli y Boltraffio, resulta del trabajo de producción o trabajo del inconsciente que le imprimió su marca.

La pregunta central según se la plantea Freud: “¿qué influjos me habían hecho olvidar el nombre de Signorelli...” y “qué caminos habían llevado a su sustitución...?” (Freud, 1898: 283).

Asume el desafío de explicar los fenómenos vinculado al recuerdo y al olvido, como aspectos que son abordados conjuntamente, donde no solo uno es el negativo del otro, sino que propone la idea de lo que falta a través del olvido y lo que reaparece a través de los sustitutos, en una imbricación, resultado de procesos más complejos que involucran la sobredeterminación, sin reducir la explicación de lo considerado a la de ser el resultado de la represión. Se aboca al trabajo de explicar el mecanismo psíquico que los produce y adentrarse así, en la explicación del funcionamiento del inconsciente.

Estos aspectos estaban limitados hasta el momento a reconocer un territorio que pierde posibilidades de establecer conexión con la conciencia, que conserva su intensidad producto de la falta de desgaste y que logra expresión en el síntoma.

En este texto, sin embargo, Freud explica cómo los procesamiento del inconsciente operan sobre el material que pretende reprimir para permitir su acceso a la conciencia, de manera transformada, a través de producciones sustitutivas. Freud se pregunta por lo que retorna a través de esos sustitutos.

La hipótesis que sostiene el análisis del caso está sostenido en que las asociaciones que Freud produce y que se transforman en el material que aportan los enlaces para explicar el olvido, es un material intermedio y en conexión con lo reprimido.

En la construcción del caso Elizabeth, Freud le da prioridad al trabajo con las asociaciones por sobre el recuerdo y emprende un camino equivalente al modo en que analiza el síntoma, poniendo en pie de igualdad al síntoma y al olvido.

Una asociación aportada, es el comentario al compañero de viaje acerca del lugar de respeto que tienen los médicos en Bosnia, y la actitud resignada frente a la muerte, aceptándola como destino, actitud que no se mantiene cuando del ejercicio de la sexualidad se trata.

El modo de análisis que pone a consideración es el modo en que opera la interpretación.

Emprende el trabajo de producir asociaciones que le permitirán los eslabones intermedios, con la convicción de que esos nombres que aparecen en reemplazo de Signorelli están determinados psíquicamente, quiere decir que no se producen por el azar o por mero debilitamiento, más bien plantea lo opuesto reconoce en el trabajo o la acción de olvidar las huellas de un trabajo, de un esfuerzo que además aporta producciones nuevas y, en ellas, reconoce la marca de lo olvidado. Instala la pregunta por la pérdida, ¿qué es lo que se pierde en el psiquismo? ¿Qué es lo que se conserva y de qué manera? ¿Es el olvido una forma de recuerdo? Reconocemos que él establece un par que es olvido - recuerdo y que resulta esencial para el psicoanálisis.

Lo olvidado es el nombre Signorelli, observamos un corte preciso en “**Signor**” que es “Herr” en alemán y “Señor” en nuestra lengua, que guardan una relación asociativa de contenido, es decir que su parentesco atañe al significado, es un tipo de **relación intrínseca**.

El “**Herr**” nos deja frente a la confesión de Freud de haber rechazado una ocurrencia por considerarla inadecuada para la situación social en la que se encontraba, pero que estaba en relación con la cultura de la zona hacia donde Freud se dirigía en su viaje, el Adriático. El pensamiento rechazado está referido a la resignación de los habitantes de esa zona frente a la muerte y por el contrario la importancia dada a la sexualidad.

La línea de plomada

Freud nos señala la existencia de un “núcleo” hacia el que apunta la “línea de plomada”, **Muerte y sexualidad** son contenidos que previamente han estado reprimidos y que ejercen efecto de atracción sobre el nombre del pintor florentino. Freud organiza el proceso de represión situando además de la fuerza de expulsión o rechazo, un núcleo que atrae contenidos por vinculación asociativa.

Si hacemos extensión de la metáfora y la ponemos a trabajar, comparamos el uso que se hace en construcción de la línea de plomada, cuyo objetivo es que apunta fielmente hacia el núcleo de la tierra por el efecto de atracción que ejerce esta. De igual manera, estos contenidos psíquicos producen también ese efecto de atracción sobre contenidos que establecen vinculación asociativa y que le dan el destino de represión a Signorelli: “La línea de plomada del desplazamiento estaba dada por los nombres contenidos en el tema reprimido. Botticelli contiene las mismas sílabas finales que Signorelli” (Freud, 1898: 285).

“La línea de plomada del desplazamiento” estaba en que los nombres sustitutos contienen referencias al nombre olvidado, Botticelli contiene la parte final del nombre Signorelli, *elli* es allí, la línea de plomada.

En el ámbito de la construcción, la línea de plomada se usa para marcar la vertical. A través de ese peso de plomo, se indica la vertical perfecta y la confianza proviene de la seguridad dada por con leyes invisibles que involucran la gravedad, es decir, la atracción que ejerce la tierra sobre los cuerpos.

Freud usa esa metáfora de la línea de plomada porque también entiende que en el psiquismo hay leyes que producen los movimientos, desplazamientos y asociaciones. Así, sostiene su convicción de que esto no ocurre de manera caótica, o arbitraria, sino empecinadamente fiel a la dirección del núcleo que de forma ineludible atrae como lo hace la gravedad.

Esta propuesta de funcionamiento psíquico se sostiene en la convicción o hipótesis de la existencia de un determinismo psíquico que actúa a partir de acciones múltiples. En Elizabeth reconoce una triple determinación, y aquí también aporta varias vías que caen sobre el nombre olvidado.

Estamos frente a una concepción del psiquismo diferente a la que podíamos reconocer en la “Comunicación preliminar”, donde la segunda conciencia era producto solo del rechazo, la novedad abre a la preexistencia de una zona que escapa a la conciencia y que genera un dinamismo psíquico que produce una atracción que Freud intenta explicar. Así es, entonces, que no opera solamente la acción

del sofocar o reprimir lo que produce el fenómeno de la desaparición del nombre, sino que también intervienen los pensamientos reprimidos previamente (sexualidad y muerte), atrayendo lo olvidado. El olvido es el resultado de la acción conjunta de la fuerza del rechazo y la atracción de algo que se encuentra previamente reprimido.

Mas bien será preciso suponer que, a su turno, ese tema posee íntima conexión con unas ilaciones de pensamiento **que en mi se encuentran en el estado de la represión^I**, es decir que, no obstante, la intensidad que sobre ellas recae, tropiezan con una resistencia que las mantiene apartadas de su procesamiento por una cierta instancia psíquica y así, de la conciencia. (Freud, 1898: 285)

Encontramos también, la determinación que opera no ya por la vía del significado (Signor-her-señor) sino por la vía del significante, por similitud, que establece una asociación extrínseca, palabras que en su resonancia encuentran familiaridad. En la lectura en el síntoma de Elizabeth nos centramos en esta modalidad, en las partículas compartidas de las palabras alemanas para estar de pie, caminar, soledad (stehen....).

Bo- Bosnia-Botichelli-Boltraffio

Traffio-Trafoi

En Boltraffio, vemos la conservación del **Bo** (de Bosnia y el pensamiento rechazado) del resultado del desplazamiento y la pérdida de la parte final del nombre olvidado un nuevo desplazamiento, nos despeja Trafoi, la ciudad del paciente de Freud que se suicida por padecer una disfunción sexual –muerte y sexualidad gravitan como núcleo–. **Relación extrínseca que nos deja de pleno en el trabajo del significante.**

^I El resaltado es nuestro.

También el contenido de los frescos del pintor florentino se ocupa de la muerte y la sexualidad, a través de imágenes de mucha intensidad que todos pueden en la imagen que les dejamos.

Esta propuesta freudiana de lectura donde el olvido se produce dejando un **ras-tro**, huella de una ausencia.

En “El malestar en la cultura” anuncia (Freud, 1929) “en la vida psíquica, lo que ha sido formado una vez no puede perecer” de esta manera es susceptible de reaparición, “debemos limitarnos a expresar que la conservación del pasado en la vida psíquica es más bien una regla que una extraña excepción”.

Freud va perfilando la idea de una conservación de impresiones psíquicas que no van a perderse con el paso del tiempo y que el olvido no es una denuncia de su inexistencia sino más bien una insistencia de aquello que conformará lo que nunca va a tener acceso, lo reprimido primordial. En el marco de la propuesta de la primera tópica vamos a encontrar esta idea sosteniendo la hipótesis del inconsciente sistemático.

Bibliografía

Assoun, P. (2006). *Fundamentos del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Prometeo.

Freud & Breuer. (1893). Sobre los mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En B. Freud, *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud & Breuer. (1893). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1886). *Proyecto de Psicología*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1894). *Las neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1898). *Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1901). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1929). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.

Roudinesco & Pllon. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.

Roudinesco, E. (1999). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires, Paidós.

Sófocles (1982). *Edipo de Tebas*. Barcelona, EDIME.

Steiner, G. (1961). *La muerte de la tragedia*. Buenos Aires, Monte Ávila.

Strachey, J. N. (1901). Nota introductoria. En S. Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.

Algunos acercamientos al planteo freudiano de los sueños

Adriana Beade

Eduardo Gruner (2006), sociólogo argentino, en sus ensayos sobre arte, literatura, cine y psicoanálisis, construye una bella analogía respecto a la coincidencia del tiempo histórico que dio nacimiento al cine y el psicoanálisis, y nos señala que ambos cifran en imágenes¹. Así que elegimos iniciar estas reflexiones sobre los sueños en la obra freudiana con imágenes de *The Matrix*, producción cinematográfica dirigida por las hermanas Lana y Lilly Wachowski, mujeres transgénero, directoras de cine, guionistas y productoras estadounidenses.

Una lectura posible a este clásico del cine es que constituye una respuesta, en clave de ciencia ficción, a la pregunta sobre qué es la realidad: una respuesta viable sería entonces que es lo que soñamos mientras –como pilas– alimentamos a la Matrix.

Una de sus escenas clave contiene el punto de tensión mejor logrado de la película: aquella donde Morfeo despierta a Neo del sueño de la Matrix (quizás convenga recordar que Morfeo es, en la tradición griega, el dios de los sueños y también una de las maneras –Morphé– de nombrar la forma en su sentido de apariencia engañosa). Esta escena descompone la realidad de tal manera que tardamos un buen rato en componerla y componernos, porque **cuando lo hacemos estamos en otro escenario**.

Una ruptura semejante es el planteo freudiano cuando nos lleva, por la vía regia, a la otra escena o a esa otra localidad psíquica, el inconsciente: “[...] el escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia” (Freud, 1900: 529).

¹ La publicación de *La interpretación de los sueños* y la primera proyección de los hermanos Lumiere.

Por todo esto, podemos decir que *The Matrix* nos sitúa en el punto de la paradoja, un punto muy freudiano: el dios de los sueños sacando del sueño.

Porque también fue Morfeo quien despertó a Freud del sueño de la humanidad según él mismo nos lo dice: fue el sueño de la inyección de Irma el que lo despertó a la verdad de los sueños y del inconsciente. Tuvo ese sueño mientras pasaba sus vacaciones de 1895 en Bellevue, nombre que quizás produjo su eficacia simbólica en nuestro célebre sueño y soñante. En este lugar, decía Freud, debería ponerse una placa que diga: “En esta casa, la noche del 23 al 24 de julio de 1895 el secreto de los sueños le fue revelado al Dr. Freud”². Numerosos autores nombran como “EL SUEÑO” del Psicoanálisis al de la Inyección de Irma, soñado esa noche y analizado en el Capítulo II de *La Interpretación de los sueños* (Freud, 1900).

Del pensamiento freudiano se suele decir que significó un giro copernicano al saber de su época. El descentramiento que realiza fue tan radical como el de Copérnico respecto a nuestro sistema solar. Incluso, en los primeros textos freudiano asistimos a algunos sentidos de este descentramiento, donde primero arranca la neurosis del campo de la medicina, la ubica en la esfera de lo psíquico y empieza a anunciar el giro que en *La Interpretación de los sueños* ya no tiene retorno: esto es, que el centro de gravedad de la vida psíquica no es la conciencia, rompiendo así la equivalencia entre conciencia y psiquis.

Es a través del estudio de este producto psíquico –los sueños – que Freud formaliza el estatuto de inconsciente y su propuesta de aparato psíquico, lo que conocemos como la Primera Tópica freudiana. Lo escribe en momentos en que su desarrollo teórico está aplicado al estudio de productos psíquicos “normales”; nos referimos a la función de la memoria (con los recuerdos encubridores, olvido de nombres propios, etc.), los actos fallidos, el chiste, los sueños. En este punto, tal vez debamos entender este interés y la formalización del concepto de inconsciente, a través de estos productos, como su intento de “universalizar” un cierto modo de entender lo psíquico y su funcionamiento. Su propuesta de aparato psíquico no se circunscribe al terreno de la psicopatología, es para todo ser humano y en

2 Cartas a W. Fliess. En Bellevue, efectivamente dicha placa fue colocada en el año 1977.

este sentido, el texto mencionado soporta una propuesta crucial y estructural de su construcción conceptual. Así también, quizás no sea una obviedad recordar que, para el psicoanálisis, separar el objeto de la teoría y el método es algo difícil de pensar y realizar.

Los sueños son un producto psíquico, son la operación psíquica propia del soñante, está constituida por imágenes, también sentimientos, representaciones que no están bajo el control consciente. La conciencia, también la vigilia, está regida por la lógica formal que no es la que reina en la producción onírica: podemos decir que las imágenes que componemos en los sueños son absurdas, indeterminadas o cuanto menos enigmáticas.

El sueño es un producto psíquico al servicio del dormir. El cuerpo precisa del reposo y es por ello que se sustrae de las excitaciones del mundo exterior. Sin embargo, de las excitaciones interiores no hay posibilidad de sustraerse, y es en esta brecha donde sitúa Freud al sueño. Los sueños son una respuesta psíquica a los estímulos perturbadores del reposo.

Los sueños entonces, nos dice Freud, no son perturbadores del reposo, todo lo contrario, son su más fiel guardián: son una respuesta del aparato psíquico que tiene por función contrarrestar los estímulos perturbadores del reposo (Freud, 1917).

Freud no se detiene en la naturaleza del estímulo perturbador, no le dirige al sueño una pregunta en el sentido positivista del término: el estímulo perturbador puede ser el despertador sonando, una exigencia de la necesidad (hambre, frío) o de la pulsión sexual.

Un sujeto crea un sueño (está subiendo al cadalso donde lo van a ahorcar) en el momento en que se cae la barra que sostiene la cortina de su habitación. Freud dirige su pregunta –no al estímulo (el ruido) – sino a la producción: ¿Por qué cadalso? ¿Por qué ahorcamiento? ¿Por qué ante ese estímulo ese sujeto elige esas representaciones y no otras?

Aun así, lo novedoso de la posición freudiana no consiste en el desciframiento o la interpretación simbólica de los sueños. Entendamos que esto se hacía desde la antigüedad, cuando se otorgaba una verdad al sueño, verdad que, por otra parte, era desentrañada por el interpretador, el adivino. Recordemos el sueño de Alejandro Magno que, en pleno tiempo de decisión sobre si continuaba o no el sitio sobre la ciudad de Tiro, sueña un sátiro danzando con un escudo de guerra. El adivino interpreta: sa tyro. Tuya es Tiro, le dice, y ello lo decide a continuar el sitio que termina venciendo. Podríamos también recordar los bíblicos sueños de José. Entonces, podríamos decir que lo innovador de la interpretación freudiana de los sueños consiste en dos aspectos:

—Le pregunta al soñante: ¿qué querrá decir esto que soñó?

Le pide que asocie, incluso lo viene anunciando en algunos textos anteriores, pero en el que dedica a los sueños adopta el estatuto de técnica —la asociación libre—. Lo novedoso entonces aquí es dejar la interpretación en manos del soñante.

—¿Por qué no vamos a hacer esto?— dice Freud, quien se coloca ante esta producción del inconsciente del mismo modo ante otras formaciones del inconsciente: esto es, entendiendo que las producciones psíquicas del inconsciente tienen un sentido, son un acto psíquico completo e inteligible, y el sujeto las conoce, su inconsciente las “fabricó” o para decirlo con palabras freudianas, el sujeto “no sabiendo que lo sabe, cree ignorarlo” (Freud, 1917).

Afirma que los sueños son una **realización** de deseos inconscientes (esta afirmación es extensiva a los sueños diurnos), una realización alucinatoria de deseos inconscientes. Los sueños son la vía regia al inconsciente, el camino real a él.

Cuando Freud aborda el **trabajo de la interpretación** de los sueños toma como punto de inicio el contenido manifiesto (el texto del sueño, el relato del sueño) y dirige el horizonte de búsqueda y llegada al contenido latente, este contenido está fuera de la conciencia y es el que otorga pleno sentido a la producción onírica. En la construcción del trabajo de la interpretación, está elevando al unísono el concepto y la técnica —otra vez el objeto, la teoría y el método entrelazados—.

Lo que el soñante cuenta del sueño, vía asociaciones, nexos, puentes asociativos servirá para descifrar, decodificar el contenido latente (inconsciente) que son los pensamientos y deseos que sostienen el sueño. Por ello se le pide al soñante que **asocie libremente** los elementos del sueño para poder interpretarlos.

En este orden, podemos afirmar que la asociación libre es un elemento indispensable de la interpretación de los sueños y es obligado decir que, de libre, la asociación tiene solo el nombre. Primero porque partimos para la asociación de un elemento del sueño y por otro, el más importante, porque el sentido de las asociaciones está determinado o sobredeterminado psíquicamente, de modo que la arbitrariedad de la asociación es aparente: tiene que ver con el momento, con circunstancias en que algo se desarrolla y, también, con la idiosincrasia del sujeto.

En los casos trabajados por Freud y Breuer (1893), podemos recorrer conceptualmente la sobredeterminación psíquica a través del trabajo terapéutico, que fue de la empiria (la casuística, el síntoma, la astasia abasia en el “caso Elisabeth von R.”) al concepto. El sueño, como los síntomas (recordemos que Freud siempre insistió en la íntima conexión entre ambos) son una producción del inconsciente que también está sobredeterminado y, en este sentido, es que decimos que la asociación no es tan libre.

Las ideas que surgen, entonces, están condicionadas y forman parte de determinado conjunto que nos representa a nosotros mismos y al mundo que construimos (realidad psíquica).

El método freudiano de la interpretación transfiere el trabajo de la interpretación al soñante, quien, vía asociaciones, contacta con los contenidos inconscientes, latentes de los sueños. Este contenido son pensamientos y deseos inconscientes, los que al ser interpretados pierden su aspecto absurdo y cobran sentido ya que los sueños son actos psíquicos inteligibles.

De todos modos, el interpretador no es el analista, este ayuda en ese trabajo desde el particular vínculo terapéutico –la transferencia– que más adelante ocupará fuertemente la reflexión teórica de Freud.

El resultado del trabajo de la interpretación produce un sentido con valor de verdad, no para nosotros en tanto lectores de Freud, sino que el valor de verdad es sancionado por el soñante. El sentido es un sentido para el soñante despierto. La interpretación produce un sentido nuevo y desconocido del sueño, con valor de verdad para el soñante despierto.

El estatuto del inconsciente en el momento de los textos que abordamos es descriptivo. El inconsciente, los pensamientos inconscientes están vedados a la conciencia, esa es la diferencia a establecer en relación con diferentes momentos de la construcción del corpus teórico. Es desde este planteo que Freud enfrenta las dificultades teóricas: se trata de hacer consciente lo inconsciente, de ir llenando las lagunas que va dejando la censura, la represión. Este estatuto descriptivo del aparato psíquico se enriquecerá con otros aspectos pero ello será una vez que su formalización le permita a Freud adentrarse en la metapsicología. El aparato psíquico, que nombramos como Primera Tópica y que es presentado en *La Interpretación de los sueños*, le sirve a Freud en ese momento para pensar e ir respondiendo a las preguntas que va abriendo.

El trabajo de la interpretación es entonces el recorrido que hacemos desde el contenido manifiesto hacia el contenido latente³, el recorrido de ese relato, por lo que esa narración consciente es hacia los pensamientos y deseos inconscientes.

El trabajo del sueño es el trabajo de realizar un deseo inconsciente para asegurar el estado de reposo y recorre el sentido contrario que el trabajo de la interpretación.

Cabe agregar también que el carácter absurdo de los sueños lo es a nivel del contenido manifiesto: el absurdo es el disfraz que le permite el acceso a la conciencia a esta realización de deseos inconscientes. Siguiendo con la analogía del cine y los sueños que se narran en imágenes, uno de los adjetivos más usados para describir las producciones del gran director de cine italiano Federico Fellini es que sus películas son oníricas: así, las escenas más disparatadas aparecen con la

3 Contenido manifiesto y contenido latente son dos versiones de un mismo contenido.

normalidad y aceptación de las cosas más habituales, baste recordar *Amarcord* o *La ciudad de las mujeres*⁴.

El trabajo del sueño, también nombrado como elaboración onírica, es el trabajo que trasforma, transpone o deforma el contenido latente en el manifiesto.

El trabajo del sueño es el conjunto de operaciones que transforman los **materiales del sueño** (restos diurnos y deseo inconsciente) en un **producto**: el sueño manifiesto.

El sueño es la forma que tomaron las ideas latentes y como todo trabajo consume energía, e incluso esta idea –la de trabajo– nos la presenta Freud (1900) con constancia, “[...] el desplazamiento y la condensación son los dos obreros (en la traducción de Ballesteros, página 534), maestros artesanos (en la traducción de Etcheverry, página 312), a cuya actividad principalmente hemos de atribuir la conformación de los sueños”.

Para la relación de los restos diurnos con el deseo inconsciente, me he servido de una comparación que no puedo dejar sino repetir aquí. Para cualquier empresa se requiere un capitalista que sufrague los gastos y de un empresario que tenga la idea y sepa llevarla a cabo. En la formación del sueño, el papel del capitalista lo desempeña siempre y sólo el deseo inconsciente: él presta la energía psíquica, el empresario es el resto diurno que decide acerca del uso de ese gasto. (Freud, 1917)

El efecto del trabajo del sueño es la expresión pero también la deformación, la desfiguración de las ideas latentes. El trabajo del sueño es la **esencia del sueño**, dice Freud; es más, afirma que podemos decir sin problemas que el trabajo del sueño es el sueño. Este trabajo no es en absoluto creador, no hace otra cosa más que traducir, trasponer, transformar ideas, pensamientos inconscientes en imágenes visuales. Nada más pero tampoco nada menos: realizar deseos inconscientes de

4 Largometrajes dirigidos por Federico Fellini. *Amarcord* (1973) –en el idioma románico que se habla en la ciudad natal del director y en la que está inspirada la película– quiere decir, yo me acuerdo, recuerdo. Se aborda en forma de sátira e ironía la historia de personajes de una ficticia ciudad en la Italia fascista de los años 30. De *La ciudad de las mujeres* (1980) el propio director dijo que es casi enteramente un sueño, los que siempre le atrajeron.

forma alucinatoria (aquí conviene recordar la definición que da la psiquiatría de la alucinación –percepción sin objeto–), y esta experiencia perceptiva despegada de la “realidad” –los sueños–no reviste carácter patológico, es más, es una experiencia cotidiana en nuestras vidas.

Las operaciones que efectúan la transformación de las ideas en imágenes visuales son parte de los mecanismos involucrados en el trabajo del sueño. A saber: condensación, desplazamiento, simbolismo y condición de figurabilidad, representabilidad o dramatización (en diferentes traducciones).

La **condensación** es una operación psíquica propia del inconsciente que recae sobre las representaciones: es el trabajo de fusión, de prensado, de combinación o sobreimpresión de las representaciones –merced al préstamo de energía, la sobreinvestidura que, desplazamiento mediante, las cadenas de representaciones concentran en una de ellas–. También está presente en los sueños, obviamente.

A nivel de las representaciones, la representación condensada funciona como la intersección de varias cadenas asociativas (en lo que podríamos pensar como el anticipo metapsicológico de la vertiente económica). Esta representación condensada no funciona como una significación –sino estaríamos ante el simbolismo–: es un nexo entre varias cadenas asociativas de modo que se representa y representa a la vez dichas cadenas.

Por efecto de la condensación:

- pueden estar totalmente omitidos en el contenido manifiesto algunos elementos del contenido latente.
- un complejo de representaciones latentes puede estar representado en el manifiesto por un fragmento.
- muchos elementos latentes aparecen fundidos (sobreimpresos) en el contenido manifiesto.

En el sueño “De la inyección de Irma” hay, por ejemplificar, una condensación entre el Dr. M. y el hermano mayor de Freud. En el sueño el Dr. M. aparece afeitado y rengueando. Es el hermano de Freud quien no tiene barba y renguea por una artritis. La razón de fundirlos y condensarlos, corresponde a que ambos acababan de rechazar una oferta de Freud. Aparece otra condensación entre Irma y Matilda (amiga e hija de Freud respectivamente, ambas llamadas Matilda), ambas inteligentes pero dóciles y la razón de fundirlas es borrar la diferencia (Irma es reacia a aceptar el diagnóstico y tratamiento propuesto por Freud) (1900).

En el recuerdo encubridor (Freud, 1905) la representación “amarillo” aparece como condensación de toda la serie de cadenas asociativas evocadas (las flores de la pradera, del ramito y del vestido de la joven) que habilitan la interpretación sobre los adolescentes ansiares eróticos y reprimidos del hipotético paciente de Freud que sabemos que es “el caso Freud”⁵.

Es el trabajo del sueño el que busca condensar diversos pensamientos tras una palabra o representación que les permita coincidir a todos esos pensamientos. Del modo que en el ensayo de Elisabeth von R. (1893) logra, respecto al síntoma, una condensación en la palabra “histerógena”: ella reúne la concepción freudiana para la producción sintomática conversiva -histeria y erogenización del soma- señalando al mismo tiempo la sobredeterminación tópica en la nombrada producción psicopatológica. La condensación, nos dice Freud, es una operación, un modo de funcionar, un mecanismo habitual del inconsciente que tiene y encuentra, sobre todo, razones de expresión económicas (por ello el contenido manifiesto es más escueto que el latente).

Pensada en un sentido económico, la condensación es una sobrecatectización, una sobreinvertidura de una representación por la sumatoria de energía de las cadenas asociativas. La representación condensada es como el cruce de caminos en una carretera. Esta cuestión es la que facilita el desplazamiento de la energía,

5 Modo en que elegimos nombrar los múltiples ejemplos en que en los textos aparece, muchas veces, camuflado en un supuesto paciente. Pero también, a las situaciones que aborda interpretativamente en su “auto-análisis”.

razón por la cual a veces no es fácil diferenciar, en las formaciones, la condensación y el desplazamiento. Este ejercicio de condensar sentido e inmediatamente desplazarlo es uno de los movimientos más repetidos en el chiste –qué es modelo del funcionamiento del inconsciente, nos enseña Freud– (Ejemplo: alguien se encuentra con una persona que tiene un gato: ¡Qué lindo! ¿Araña? No, gatito, responde el otro. Condensación de sentido y rápido desplazamiento del mismo).

La condensación es un mecanismo, un modo de lo inconsciente, y tiene además una razón económica. No es obra de la censura, aunque la censura se sirve muy bien de ella, le viene “como anillo al dedo”. Y volvemos a tropezar con una paradoja: la censura se sirve de la condensación, y mediante esta es que se escapa de la censura, ya que la deformación que se produce es la que admite el acceso a la conciencia.

La naturaleza de la “otra escena freudiana” –el inconsciente– es paradójal por definición, e incluso podemos decir que la esencia de lo humano –el conflicto– freudianamente hablando es paradójal, porque deseamos y al mismo tiempo nos defendemos de aquello que deseamos.

El **desplazamiento** es un mecanismo psíquico inconsciente que hace posible la sustitución de una representación por otra. Tiene que ver con un deslizamiento, con un corrimiento del acento psíquico, de la carga de energía. En general, el desplazamiento sustituye acentuando un aspecto poco importante o nimio. Es obra de la censura y este mecanismo se basa en una característica de lo psíquico: la relativa independencia entre las representaciones y su monto o quantum de afecto. Esto facilita el deslizamiento de la energía a catectizar o invertir una representación poco importante pero relacionada con la que en verdad importa mantener alejada.

Este mecanismo aparece descrito en los recuerdos encubridores, fallidos, los olvido de nombres, y también con “los falsos enlaces” en la producción de síntomas en la neurosis obsesiva.

El desplazamiento favorece la condensación y en el rápido corrimiento de la energía a una representación equívoca, que condensa varias cadenas asociativas, se produce el efecto de humor de algunas formaciones del inconsciente, o en el chiste antes mencionado, por ejemplo, de araña a gatito.

En el “olvido” de Signorelli (Freud, 1905), el desplazamiento es el responsable de encontrar e investir sustitutos representativos del olvidado (Boticelli y Boltraffio). En esa formación del inconsciente queda privilegiado el polo defensivo, por tanto el desplazamiento –la línea de plomada- aparece también privilegiado. En el sueño de la Inyección de Irma, el propio Freud nos señala la línea de plomada que desliza energía psíquica favoreciendo condensaciones –el deseo de tener la “solución” para la terapéutica de la histeria-. (1900: 139).

La condensación y el desplazamiento son los principales modos de funcionar del inconsciente, no solo en los sueños. A ellos se refiere Freud cuando nombra el **proceso primario** y son absolutamente solidarios entre sí de modo que, cuando en psicoanálisis decimos proceso primario, estamos hablando de condensación y desplazamiento como mecanismos del inconsciente.

Retomando la analogía que inició este escrito en relación al cine merece ser mencionada la película estadounidense del director C. Nolan, *Inception* (traducida en el país como *El Origen*, 2010) donde aquello que desde el psicoanálisis nombramos como proceso primario y secundario –modos de funcionar disímiles en los sistemas psíquicos– la película le da un curioso tratamiento narrativo y visual. En resumidas palabras, el argumento que sostiene el film es sobre un ladrón de ideas que suele infiltrarse en los sueños de alguien. En dicho guion le solicitan lo contrario, esto es, ingresar a un sueño para “sembrar” una idea, no para robarla.

El **Simbolismo**, ese otro mecanismo concernido en el trabajo del sueño, es una relación **constante** entre un elemento del sueño y su significado. El simbolismo es como establecer una comparación que, a veces, toma la forma de una alusión. Es difícil distinguirla de la sustitución o de la representación. El simbolismo onírico nunca recae sobre el sueño completo, sino que lo hace sobre ciertos elementos de las ideas latentes y además, estos elementos son casi siempre símbolos sexuales.

El símbolo sí es un significado, a esto aludimos con que es una relación constante, generalmente dada por la cultura, donde el sentido de un símbolo es la marca del tiempo y lugar histórico-cultural, podríamos decir. En el recuerdo encubridor del texto freudiano había contenido un símbolo: el ramito de flores de la niña está simbolizando lo femenino en el sentido más sexual del término, y sobre este símbolo se produce el desplazamiento –simbólico– de quitar el ramo por desflorar. El símbolo elegido en el recuerdo encubierto para designar el deseo sexual hacia una joven hoy sería otro seguramente: ni la virginidad femenina cuenta hoy con tanto consenso social como en el tiempo que corresponde al texto que aludimos, ni el deseo por el intercambio sexual estaría centrado en desflorar.

”Es el día de mi cumpleaños, estoy arreglando un centro de mesas con flores. Son lirios blancos, violetas y claveles rojos”. El lirio simboliza al genital femenino, el blanco la virginidad. El clavel rojo, la potencia y la pasión simbolizando el genital masculino (Freud, 1900) y lo sueña una jovencita victoriana deseosa de desposarse pronto y con fantasías de violencia en relación al encuentro sexual (este sueño pleno de simbolismos es tomado en el desarrollo de la película *Final Analysis*, 1992, del director estadounidense P. Joanou y que en nuestro país su nombre fue traducido como *Deseo y Decepción*).

Otros ejemplos de simbolismo onírico los encontramos en el apartado correspondiente al capítulo VI (Freud: 357). Elegimos detenernos en algunos de ellos: trajes y uniformes como símbolo de la desnudez, el sol, la luna y las estrellas como símbolo de lo familiar o de las funciones paterna, materna o fraterna, también las funciones materna y paterna pueden ser representadas por el rey y la reina. Cuchillos, lanzas, bastones, símbolos para los genitales masculinos. Cajas, minas, cavernas, cofres, habitaciones, símbolos de los genitales femeninos. Perder los dientes, símbolo del temor y la angustia de la castración. Volar un símbolo que consigue transformar el cuerpo entero en símbolo fálico, pleno de excitación sexual y este simbolismo vale para las mujeres y los hombres.

Nombramos ejemplos de símbolos oníricos y a la vez remarcamos que Freud insiste en que el simbolismo recae sobre **elementos** del contenido latente, nunca sobre la totalidad del sueño, pues en modo alguno la interpretación freudiana es

simbólica sobre la totalidad de un sueño (por nombrar quizás el ejemplo de los sueños de José, el de las vacas gordas comidas por las vacas flacas). Quizás si nombra Freud alguna excepción es con los sueños infantiles, que no presentan prácticamente deformación, debido a que la función de la censura o de la represión no está instalada totalmente en el aparato psíquico ya que está en constitución.

Y por supuesto, no leamos el simbolismo onírico como un diccionario de sueños, para ello hay que ir a la tómbola, allí sí “*il morto qui parla*” se traduce con el número 48, la “*niña*” con el número 15 y “*el loco*” con el número 22. Los simbolismos oníricos quedan sujetos, en la interpretación, al soñante y al tiempo y lugar histórico-cultural que habita. No siempre el sol y la luna son papá y mamá.

El método de la interpretación freudiana se basa en el **desciframiento de los elementos** –y si bien algunos de estos elementos aparecen con un significado coagulado, constante (símbolo)– más bien los elementos valen por las relaciones que las asociaciones establecen entre ellos.

La **condición de figurabilidad**, dramatización o cuidado por la representabilidad –según diferentes traducciones– es un mecanismo que en particular distingue al trabajo del sueño. Los anteriores mecanismos son modos, formas que distinguen a lo inconsciente, no solo en el sueño. Esto sí es una condición que en el sueño se le impone al material psíquico y tiene que ver con el cuidado porque un pensamiento o representación sea representado o dramatizado en imágenes sensoriales, con particular *pregnancia* por lo visual. Tiene que ver con el cuidado por la puesta en escena, es lo que regula y hace de marco al trabajo del sueño.

Este mecanismo se encuentra con numerosos inconvenientes: el primero, con la dificultad de traducir pensamientos complejos con el recurso simple y sencillo de la imagen (en sujetos no videntes de nacimiento, el privilegio del cuidado por la figurabilidad lo será a partir de otros datos sensitivos: el sonido, la voz, las texturas, la temperatura). O sea, tenemos un lenguaje complejo, altamente abstracto: **pensamientos**, a los que hay que traducir con un lenguaje con recursos altamente primitivos, arcaicos: **imágenes**.

Esta “escritura” de imágenes hace incurrir en torpezas al trabajo del sueño por la condición de representabilidad que se le impone.

Nos da Freud varios ejemplos (Freud: 345) y tomamos uno: el adulterio aparece representado en un sueño por un hueso roto. El adulterio en alemán se dice, literalmente, fractura de matrimonio, que en el sueño aparece representada por otra fractura, la de un hueso.

La característica que impone esta condición de figurabilidad tiene que ver, en parte, porque el recorrido regresivo y tópico del mecanismo del sueño obliga a la utilización de un lenguaje –el de los datos sensitivos, las imágenes– más arcaico, porque los deseos que realiza el sueño también son los más arcaicos, porque lo inconsciente se corresponde a la vida infantil, a la vida sexual infantil, a los deseos sexuales infantiles.

La propuesta que Freud nos hace del aparato psíquico es un aparato a construir, no es algo dado, y la argamasa de dicha construcción es la libido, punto de distinción y diferencia respecto a otras epistemologías sobre el hecho humano. La censura, la represión, son algo que viene a posteriori a inscribirse en el aparato –por ello decíamos que los sueños infantiles no sufren prácticamente deformación y la razón es que no está instalada la función de la censura–, y la censura funciona como un modo permanente de obstaculización respecto a ese reservorio inagotable de pasiones libidinales que es el inconsciente buscando expresión. Freud cita, al respecto una afirmación de Platón: “los buenos son aquellos que se contentan con soñar lo que los malos efectúan realmente” (Freud, 1917).

Freud hace una analogía, a propósito del cuidado por la representabilidad –entre lo infantil del– o en el inconsciente con lo arcaico de los primitivos sistemas de escritura.

El trabajo del sueño se parece al trabajo del antiguo escriba egipcio. Hay palabras que tienen un sentido antitético, contrario y es el contexto o una representación anexa la que devela el sentido en que está usada. Toma el ejemplo de la palabra **ken** que puede querer decir en egipcio “fuerte” o “débil”, depende si al lado hay

un hombrecito sentado (corresponde a débil) o un hombrecito de pie (fuerte). En nuestro idioma tenemos casos similares con algunas palabras: cima y sima, que, a nivel escrito podemos distinguir por la c o la s, pero que cuando tenemos que hacerlo fonéticamente –por lo menos en Argentina– hemos de hacerlo por el contexto.

Entre los juegos de pasatiempo, generalmente está contenido uno que suelen llamarse acertijo o jeroglífico. Su dificultad, justamente, estriba en develar la frase contenida en unas pocas imágenes dibujadas. Es la condición de representabilidad la que se impone al trabajo del sueño y que constriñe a las condensaciones, desplazamientos y simbolismos.

De qué modo –nos pregunta Freud– se representan las relaciones de causalidad: en el sueño, en forma de sucesión nos dice. La coherencia lógica se presenta como simultaneidad (empezamos este escrito con una analogía que funcionaba como simultaneidad –el despertar de Neo y el de Freud– que cronológicamente quedan separados por cien años).

Los sueños se encuentran con esta limitación para su representabilidad y el intérprete del sueño también habrá de sortear las mismas dificultades que un traductor de lenguas muertas allí donde hay palabras que tienen opuestos significados, donde no hay espacios que separen una palabra de otra, donde se puede escribir en una dirección o en otra. Pero la traducción es posible, y la interpretación también.

Este trabajo del sueño se deberá someter aún a una segunda censura, la que franquea el paso a la conciencia cuando despertamos. Freud la nombra, y así la conocemos, como elaboración secundaria. Esta segunda censura no es encargada de ninguna deformación, a esto no lo efectúa el trabajo del sueño. La elaboración secundaria más tiene la tarea de seleccionar y de otorgar un cierto ordenamiento lógico y cronológico. Es la menos importante de las transformaciones que sufre el sueño.

Todo el trabajo del sueño no tiene el cometido de ser comprendido, el único cometido que tiene es el de realizar un deseo inconsciente. El sueño no quiere decir nada a nadie porque no es un vehículo de comunicación, cifra un mensaje que se esfuerza por permanecer incomprensible, pese a lo que no ofrece mayores inconvenientes al intérprete para su desciframiento.

Bibliografía

Freud, S. (1893). Elisabeth von R. En S. Freud, *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1905). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1917). *Nuevas conferencias de Introducción al Psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud & Breuer (1893). *Estudios sobre la Histeria*. Buenos Aires, Amorrortu.

Gruner, E. (2006). *El sitio de la mirada. Secretos de la imagen y silencios del arte*. Buenos Aires, Norma.

La interpretación de los sueños y la conquista de la noche

Claudia Campins

El sueño como producción humana ha sido objeto de interés desde tiempos inmemoriales, las distintas culturas han elaborado a lo largo de la historia explicaciones diversas acerca de las razones por las que el día y la noche nos adentran en dominios de experiencias que no resultaban equiparables, es así que el imperio de la noche y de los sueños ha asumiendo siempre su carácter de enigma. Los sueños y la noche enraízan en un territorio de miedos ancestrales, de oscuridad amenazante, incluso de muerte, tan distante de la seguridad que la luz de la vigilia produce, con su ilusión de control sobre la existencia y sus circunstancias.

A lo largo de la historia, la humanidad ha admitido explicaciones tanto místicas, religiosas, románticas, literarias y solo con cierta actualidad, el pensamiento científico toma al sueño por objeto de interés. El Psicoanálisis aportó de manera decisiva su mirada al respecto, donde la expresión de los deseos del soñante se constituyó en territorio de afirmación para la hipótesis del Inconsciente.

La obra crucial, *La interpretación de los sueños*, publicada en 1900, ofrece un abundante recorrido sobre la temática de los sueños, abrevia en referencias históricas, literarias y filosóficas que, junto con el análisis de los sueños de Freud, entran en esta original obra que destaca la producción asociativa aportada por el soñante por sobre las imágenes oníricas.

Para Freud el sueño se revela como producción psíquica dotada de significación, oponiéndose al sentido común imperante, que indicaba al sueño como un desorden producido por el reposo o el cese de actividad psíquica. Solo en forma tardía la neurología produjo la comprobación de la intensa actividad que sobreviene durante el sueño. En la neurología cerebral, a comienzos de siglo XX, fisiólogos como Sherrington y Pavlov todavía afirmaban que “la función del sueño era dar

descanso tanto al cuerpo como al cerebro”. Solo más adelante se descubrirá la exigente actividad a la que se someten las neuronas durante el periodo REM (siglas en inglés correspondientes a Movimientos Oculares Rápidos), aquel momento en que es posible saber que la persona se encuentra soñando (Álvarez, 2018: 101).

Freud sin embargo, no solo reconoce al sueño como una producción resultado de la actividad psíquica y no de su desorganización, sino que lo entiende como la expresión por excelencia de la actividad inconsciente: su interpretación nos permite develar el funcionamiento más íntimo de la subjetividad y producir así su aporte esencial. Freud resume la importancia de la teoría de los sueños diciendo que eleva el psicoanálisis desde su condición de método terapéutico hacia una verdadera “psicología profunda”. Alejando al sueño de la superstición y la mística –discursos que hasta ese momento dominaban ese campo por la exclusividad para descifrarlo– lo transforma en la llave de acceso al inconsciente.

El movimiento de las aguas o el inconsciente en acto

El gran aporte de la obra freudiana es el de permitir, a través de la interpretación de los sueños, el develamiento del funcionamiento psíquico. En el capítulo II de *“La interpretación de los sueños”*, que Freud nombra: “El método de la interpretación de los sueños, análisis de un sueño paradigmático”, nos dejamos guiar por un recorrido por los modos tradicionales de interpretar los sueños. Reconoce un método simbólico, donde es el sueño bíblico del faraón, aquel donde las 7 vacas gordas se comen a las 7 vacas flacas, el que le permite ejemplificar cuando se asume al sueño como una totalidad produciendo una interpretación unívoca para ese contenido. El método de desciframiento, sin embargo, rompe el sueño, y lo observa en sus elementos, para producir la interpretación que nunca será unívoca sino el resultado de esos trayectos parciales.

Pero el Psicoanálisis se aleja de este modo de interpretar, lo hace al deponer la idea de una traducción fija para cada uno de sus elementos, el sueño funciona

como un conglomerado sintético de formaciones psíquicas (Freud, 1900: 125). La verdadera novedad se produce al incluir la actividad psíquica del soñante para obtener la interpretación, y reconocer la sofisticada actividad de un psiquismo fraccionado en sistemas.

En una nota al pie, Freud se asume continuador de la propuesta de Aristóteles, quien insta a reconocer en el sueño las semejanzas sin distracción en las desfiguraciones que una imagen sufre al reflejarse en aguas en movimiento: de este modo, las imágenes oníricas serían para el filósofo confusas y engañosas. La posición de Freud en tanto investigador, revela esa intención de búsqueda del mecanismo en juego, esto es, reconocer la lógica del movimiento del agua sin extravíos en las imágenes del sueño que se limitan a ser su resultado. Jerarquiza, asimismo, el reconocimiento de los indicios que, como huellas, develan una trayectoria de desfiguración, donde los procesamientos inconscientes producen sus camuflajes. Describir los movimientos del agua equivale a reconocer al psiquismo en su funcionamiento, ambiciosa aspiración que precipita en la propuesta metapsicológica, que permite analizar los procesos psíquicos desde los puntos de vista tópico, dinámico y económico.

Es en el ejemplo de Artemidoro de Daldiano, quien realiza una interpretación por la vía del significante en el sueño de Alejandro, donde Freud justifica detener su atención. El contenido manifiesto del sueño describe un sátiro danzando sobre un escudo, el onirocrítico interpreta: “tuya es tiro” al separar la palabra *sátiro* “sa” es igual a tuya y “tiro” el nombre de la ciudad de los desvelos del soñante. Incorpora las condiciones del soñante, quien pretendía conquistar la ciudad de Tiro para producir la interpretación. Al decir que la interpretación asume la vía significante, recurrimos a términos que no son de Freud, los términos freudianos para expresar las leyes que producen las formaciones de compromiso, y que ofrecen puentes hacia otras significaciones son: “relación de homofonía o similitudencia”, semejanza de las palabras, modos de relación que las palabras establecen de manera extrínseca.

Sueño y síntoma: lo patológico de la normalidad o la normalidad de lo patológico

El sueño adquiere una significación paradójica al mostrar la actuación del inconsciente en todo sujeto. Asimismo, permite dilucidar su formación gemela: el síntoma neurótico. “El sueño es también un síntoma neurótico que tiene la ventaja inapreciable en sobrevenir en toda persona sana”, dice Freud, por lo tanto el sueño desplaza la línea fronteriza entre normal y patológico. Entonces Freud propone atender no solo al contenido del sueño sino también a las circunstancias de vida del soñante o de su realidad psíquica que se obtienen a través de las asociaciones, compara la técnica de interpretación de los sueños con el trabajo interpretativo que se realiza con el síntoma. El autor lo detalla diciendo:

[...] dirigimos la atención a un único elemento del sueño y entonces anotamos todos los pensamientos involuntarios que sobre él se nos ocurren. Después tomamos el siguiente elemento del contenido del sueño, repetimos con el idéntico trabajo... y nos dejamos guiar por ellos, con lo cual marchamos a la deriva, con la esperanza de que al final sin proponérselo, daremos con el pensamiento onírico de los cuales nació el sueño. (Freud, 2000: 521)

Reconocemos el mismo proceder de lectura sobre el síntoma de Elizabeth, lo interroga desde la perspectiva de escritura de una historia de padecimiento, donde se entrama el dolor corporal a una historia que no es la efectivamente acontecida sino más bien la que produce las asociaciones del sujeto. El modo en que Freud observa estas formaciones de compromiso, donde sueño y síntoma se espejan, le permiten concluir en una modalidad de tratamiento común para su interpretación.

Un sueño puede insertarse en el encadenamiento psíquico que ha de perseguirse retrocediendo en el recuerdo a partir de una idea patológica. Ello me sugirió tratar al sueño mismo como un síntoma y aplicarle el método de interpretación elaborado para los síntomas. (Freud, 2000: 122)

El concepto de formación de compromiso iguala producciones del inconsciente por su origen común y no por referencias como “normal o patológico”, es así que

sueño y síntoma guardan una cercanía que le permite a Freud reconocer un mismo mecanismo que los produce y que es la represión, con el propósito de bloquear contenidos de origen inconscientes. Esto produce un borramiento de las fronteras impuestas entre los procesos normales y aquellos considerados patológicos.

Principio de constancia y Principio de placer

Freud explicaba hasta este momento, con “la hipótesis auxiliar” descripta en el marco de la teoría traumática, el modo en que el psiquismo responde intentando reducir las cargas que ingresaban a él, manteniéndolas en un nivel que resultara tolerable.

El síntoma, sin embargo, es la evidencia de una dimensión que persiste y que la defensa normal del aparato no logra disolver, tornándola irreductible. La insuficiencia de la explicación del Principio de constancia permite el pasaje hacia el Principio de placer. El Principio de Placer regulará el inconsciente, y organizará la teoría Psicoanalítica alrededor de esa hipótesis de funcionamiento psíquico, hasta que Freud reconozca su límite y proponga en 1920 la nueva dualidad pulsional. El ingreso de la pulsión de muerte produce modificaciones en todos los elementos teóricos psicoanalíticos pero, lo que resulta más importante, es que extiende el alcance clínico del psicoanálisis al explicar fenómenos como la repetición, o los sueños de las neurosis traumáticas.

Freud se afirma en tanto investigador reconociendo su objeto de estudio y el método con el que lo aborda: “tratamos (al sueño) como a un texto sagrado lo que en opinión de otros autores sería una improvisación arbitraria...”, pero esa confianza en el texto del sueño se sostiene en la comprensión del funcionamiento del inconsciente, aquel modo en que el agua expande sus ondas para fragmentar las imágenes oníricas.

El relato del sueño al que Freud nombra contenido manifiesto, es el resultado de la elaboración secundaria, actividad que la realiza el pensamiento Pcc-Cc. Freud no

juzga arbitrariedad en esa modificación del sueño, por la confianza en el reconocimiento del funcionamiento psíquico. El **determinismo psíquico** permite que el relato del sueño sea interpretable porque los enlaces asociativos se mantienen en el sueño aun con las modificaciones de la vigilia. Freud procedía pidiendo al soñante un nuevo relato del sueño, prestando especial interés a los aspectos confusos, y a las modificaciones que introducía en la reiteración. En las versiones producidas por esa elaboración secundaria es reconocible un disfraz aportado por la censura, puntos débiles del ocultamiento del sueño. Linderos a estos “puntos débiles del disfraz del sueño”, como los nombra Freud, se encuentra el esfuerzo (*Drang*) de la resistencia por alejarse de la expresión que resulta reveladora y sustituirla.

La relación que establece entre los **pensamientos oníricos** en tanto material original y el **sueño** como producción, es el resultado de un trabajo que produce una **subversión** total de los valores psíquicos. La desfiguración se produce por sustracción de valor, brindando condiciones para el **desplazamiento**.

La serie de sueños soñados una misma noche constituirían una urdimbre, una trama de hilos que se entretajan y convocan al trabajo interpretativo.

Al igual que Sigfrido llevaba en su capa las marcas de los puntos débiles de su cuerpo, las pretensiones racionalistas de Freud pueden vulnerar el valor de su pensamiento y sus aspectos más originales. Elegimos detenernos en estos aspectos que por su sutileza constituyen intuiciones teóricas de innegable riqueza conceptual¹, uno de ellos es aquel en que describe al sueño originado desde un lugar de sombras, desde donde se despliega una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar y que conforman el **ombligo del sueño**. Su definición es: “el lugar en que él...” [...] “se asienta en lo no conocido”: señala así un imposible estructural, el acceso a ese conocimiento último de lo originario. “Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio” (Freud, 1900: 519). Este fondo de desconocimiento absoluto en el que

1 Freud usa el mito de Sigfrido y la traición de la amada, para hablar de las debilidades del sueño a las que debe estar atento el analista, pero después de la interpretación de Lacan donde encuentra el inicio del nombre de Freud, Sig... en el nombre reprimido de Signorelli, resulta difícil identificar al héroe nórdico con el domador de sueños.

se asienta, produce un límite para el sentido y la interpretación, la actualidad del pensamiento de Freud está dada por esas intuiciones que lejos de ciertas pretensiones científicas, le permiten situar una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, puntos límites para la posibilidad de dar sentido.

Seguimos lo propuesto por Kuri, cuando señala que Freud se distancia así de una lectura ingenua acerca del determinismo psíquico, presente también en la ambigua expresión freudiana “elección de la neurosis”, si hay algo determinado ¿qué lugar habría para una “elección” aunque sea esta de neurosis?

Freud sostenía el trabajo interpretativo orientándose por aquellos pensamientos intermedios que componen los pensamientos oníricos, es la censura quien obra rompiendo los enlaces entre representaciones para asumir otras: “[...] hace intransitables vías normales de conexión, es un impedimento general, como el desborde de los ríos, que vuelve impracticables los caminos principales, y por eso el tránsito se realiza por sendas incómodas y empinadas” (Freud, 1900: 524). La confianza expresada en este momento teórico acerca de la posibilidad de develar los enlaces rotos por la censura, dará lugar a posiciones menos auspiciosas, donde el sentido de los sueños y su reposición encuentran un límite, anticipado aquí por ese imposible, eso “no conocido”, al que nombra como ombligo del sueño. Será en 1920, a partir de una segunda teoría de los sueños, cuando asuma la investigación de los sueños de las neurosis traumáticas, que podrá trascender los límites que el Principio de Placer le impone, enfrentando los dominios de la pulsión de muerte y los oscuros y demoníacos fenómenos repetitivos que buscan alguna inscripción psíquica.

El aparato psíquico freudiano

El capítulo 7, “Sobre la Psicología de los procesos oníricos”, es según Assoun, un capítulo de síntesis donde se pone en el centro de las argumentaciones el mecanismo de la regresión en la expresión del deseo, describiendo una modalidad de procesamiento primario. Esta descripción que permite ubicar al deseo como el

primer movimiento psíquico, transforma a la vez, al capítulo 7 “en el capítulo inaugural de la Metapsicología” (Assoun, 2006).

Freud sostiene la hipótesis del sueño como “[...] un acto psíquico de pleno derecho, su fuerza impulsora es en todo caso, un deseo por cumplir” (Freud 1900: 527) cuya realización es vivenciada a partir de ser figurado en imágenes y su tiempo es siempre el presente, este aspecto lo diferencia del sueño diurno. La censura onírica tiene la función de impedir que sea reconocible esa dimensión de realización de deseo.

Esta condición para su realización en imágenes sensibles es su aspecto común con las alucinaciones y por ello muchos autores emparentaban al sueño con la locura, algunas de las citas escogidas por Álvarez en su ensayo sobre “La noche”.

“[...] el loco es un soñador despierto” (Kant); “La demencia es un sueño soñado con todos los sentidos despiertos” (Kraus); “Los sueños son una breve locura; la locura un largo sueño” (Schopenhauer) “De hecho, cada uno de nosotros puede experimentar en sueños casi todos los fenómenos que se encuentran en los manicomios” (Wundt). (Álvarez, 2018: 130-131)

Sin embargo, a Freud lo orienta para explicar un funcionamiento psíquico que busca realizar el deseo produciendo una identidad perceptiva, sostenido en su “*Psicopatología de la vida cotidiana*”, y establece una continuidad que reconoce a contrapelo del sentido común, recupera la definición de Aristóteles, “el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir” (Freud, 1900: 543). Es así que diseña un aparato psíquico donde la idea de “localidades psíquicas” no se confunde con consideraciones anatómicas ni secuencias espaciales, alude más bien a la trayectoria de la excitación.

Freud realiza un llamado de atención acerca del modo de entender la conformación del aparato psíquico:

[...] no necesitamos suponer un ordenamiento realmente espacial de los sistemas psíquicos. Nos basta que haya establecida una secuencia fija entre ellos, que a raíz de

ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie temporal. (Freud, 1900: 530)

Los recorridos que las excitaciones realizan construyen un aparato psíquico diferenciado en sistemas, con una dirección, donde la actividad psíquica parte de estímulos (internos y externos) y termina en inervaciones en busca de la descarga.

Establece la dirección habitual desde el polo perceptivo hacia la motilidad, tomando como modelo explicativo el arco reflejo: a medida que avanza con el detalle de su funcionamiento, somos testigos de la amplia superación de la explicación ofrecida por sobre la explicación refleja. Presenta el “esquema del peine” y el movimiento de excitación que recorre los distintos sistemas dentro de una determinada serie temporal. De las percepciones que llegan al aparato las Huellas mnémicas son aquellas alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos de los sistemas que tienen la función de memoria (Freud, 1900: 531).

Le reconoce a Breuer la idea de que un mismo sistema no puede alojar las percepciones y funcionar además como registro de memoria, por tratarse de dos operaciones diferentes que exigen ser distribuidas en sistemas diferentes. El delantero recibe los estímulos, **Sistema P**, pero no los conserva, detrás habría otro sistema que conserva las huellas de modo permanente, transforma la excitación momentánea en huellas duraderas. La memoria y la cualidad para la conciencia se excluyen entre sí.

Freud supone que la excitación de las percepciones se propaga por las huellas produciendo una fijación, de esta manera se liga la pulsión a su representante psíquico, produciendo una memoria de huellas que resultará decisiva en cualquier búsqueda de satisfacción.

Los contenidos del sistema Pcc, lindero al extremo motor, deben cumplir condiciones como la intensidad para alcanzar la Cc, la instancia crítica también resulta cercana a la Cc y a este extremo motor. La Cc reserva para sus contenidos condiciones como la atención y el acceso a la motilidad, por ello está custodiada celosamente por la censura.

El deseo: aquel “hongo de su micelio”

Los contenidos del Inconsciente tienen acceso a la Cc por vía del Pcc, a condición de sufrir modificaciones a sus procesos excitatorios, esas modificaciones se producen tras la inhibición de la excitación.

La fuerza impulsora proviene del Icc debe anudarse con pensamientos oníricos que provienen del Pcc, de esta manera resulta conveniente la asociación del deseo inconsciente con los restos diurnos Pcc, que permitirá aquello que Freud nombra en la “Adhesión Metapsicológica a la teoría de los sueños” como, fantasía desiderativa preconsciente, donde convergen materiales de diferente origen tópico en la elaboración de las imágenes oníricas. El carácter regrediente del sueño es una peculiaridad del sueño, y lo es también del funcionamiento del sistema Inconsciente, es así que opera la elaboración del Icc a través de sus mecanismos. La condensación opera transfiriendo “las intensidades adheridas a las representaciones de manera íntegra”, y el proceso primario posibilita que “el sistema de las P se invista hasta la plena vivacidad sensorial, en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos” (Freud, 1900: 536); asimismo, el desplazamiento produce permanentes transferencias de las cargas entre las representaciones inconscientes, facilitado por la libertad de traspaso de las investiduras (energía libre). La clausura del mundo exterior facilita las condiciones para que la dirección de la excitación sea regresiva: “Llamamos regresión al hecho de que en el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial de la que alguna vez partió” (Freud, 1900: 537).

La regresión opera impidiendo el acceso al sistema Pcc/Cc y por eso es entendida como efecto de la resistencia, este movimiento también es reforzado por la atracción que ejercen los contenidos inconscientes que buscan la vía posible para su realización, de esta manera observamos una doble tendencia en una misma dirección. Esta idea de funcionamiento será recuperada por Freud cuando emprenda la elaboración metapsicológica de la represión y presente también en el ejemplo del olvido del nombre Signorelli.

[...] En una exposición de la doctrina de la represión habría que puntualizar que un pensamiento cae en la represión por la influencia aunada de dos factores sobre él. Es

repelido de una parte (por la censura de la Cc) y atraído de la otra (por el Icc), de la misma manera que la gente es llevada hasta la cima de la Gran Pirámide” (Nota al pie, Freud, 1900: 541).

Freud le atribuye a los deseos del Icc el carácter de encontrarse en alerta permanente, por esa razón no duda en atribuirles una condición de inmortalidad, comparándolos con titanes indestructibles que, de tiempo en tiempo, son activados al recuperar condiciones para su expresión. Estos deseos reprimidos infantiles buscan realizarse mediante las facilitaciones producidas por caminos previamente transitados por la excitación, la descarga del proceso de excitación inconsciente es traducida por el aparato como placer “cobran vida ni bien vuelven a beber sangre como en la odisea” (Nota al pie, Freud, 1900: 546).

Los Restos diurnos son un elemento necesario para la formación del sueño, que por tratarse de perturbadores del dormir generan las condiciones para producir esa activación de los deseos inconscientes. Estos buscan transferir su intensidad mediante una conexión con estos contenidos Preconscientes cumpliendo con la exigencia de la censura, que es la de imponerle un disfraz para el acceso al Preconsciente. Nos encontramos allí, con la primera mención del concepto de transferencia que tendrá una importancia decisiva como motor de las curas, aquí está usado como “transferencia de cargas” desde el deseo inconsciente a estas representaciones Pcc a las que se le impone una intensidad que no le es propia (Freud, 1900: 554).

Al justificar el carácter perturbador del resto diurno y la importancia que tiene en el armado del sueño, le resta a continuación la tarea de explicar el deseo infantil inconsciente y le otorga así, un carácter central en la teoría: de organizador del aparato psíquico. Ingresa así en la naturaleza psíquica del desear y nos dice qué debe recurrir al esquema para eso.

El aparato tiene el afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, sostendrá Freud, razón por la cual, al ingresar un estímulo el aparato busca su descarga, lo hace en primera instancia a partir de ese miramiento por la figurabilidad característica que observamos en el sueño y que se refiere a la atracción selectiva de las escenas con las cuales los pensamientos oníricos entran en contacto, y que

resulta ser el modo más directo de acceder a la “realización de deseo”. El procesamiento primario de la energía es propio del sistema Inconsciente, y permite la expresión de esta memoria perceptiva.

La vivencia de satisfacción y la “naturaleza psíquica del desear”

Cuando formula la primera tópica, Freud produce una explicación teórica que le permite en su desarrollo reformular el Principio de constancia y proponer el imperio del Principio de placer, con innumerables consecuencias a la hora de explicar los fundamentos del funcionamiento psíquico, el origen psíquico a través del deseo, su diferencia con la necesidad, la realización alucinatoria de la satisfacción a través de la identidad perceptiva.

La “experiencia de satisfacción” es el modelo que elabora Freud para explicar el origen del desear, es presentada en estrecha vinculación con la “experiencia de dolor”, y deja tras su tránsito como resto al deseo. Por su parte, la experiencia de dolor brinda el prototipo del movimiento de rechazo que dará origen a la represión.

El ejemplo propuesto por Freud acerca de la necesidad de alimento, impone una excitación que al ser interna y constante se diferencia de cualquier estímulo externo, es así que Freud se ve exigido a discernir el funcionamiento psíquico, dada la insuficiencia del arco reflejo como modelo explicativo. Es así que introduce una modificación que va a resultar significativa en el desarrollo de esta experiencia: la intervención de un otro frente al desvalimiento del niño, el cuidado ajeno resulta decisivo para el mantenimiento de la vida (Freud, 1900: 557).

El encadenamiento entre la necesidad y la acción específica de cuidado inaugura una secuencia de mucha importancia subjetiva que permite la experiencia de satisfacción, cuya consecuencia es la cancelación del estímulo producido por la necesidad de alimento. Un componente esencial de esta experiencia mítica es la aparición de una percepción del objeto que produce momentáneamente el cese de la necesidad. La alucinación se produce al investir la imagen mnémica, cuyo representante, a partir de ese momento, quedará fijado a la huella, aquella que

dejó en la memoria las marcas del objeto que satisfizo así como los modos en que se obtuvo el placer.

Freud reconoce una tendencia propia del aparato psíquico, la de transitar por aquellas vías facilitadas por la excitación, que al igual que los surcos que deja el agua con su caudal se tornan caminos privilegiados para la excitación al renovarse. Estas marcas aportan la imagen mnémica para producir una **alucinación** del objeto, lo hacen mediante los signos de percepción del objeto que produjo la satisfacción. Freud diseña un aparato que busca resolver internamente el apremio de la necesidad, y ese primer movimiento inaugura el terreno del **deseo**, donde se invisten aquellas marcas de lo ausente. “Esta memoria es perceptiva y en cierto modo visual, pone en juego volver a ver algo” (Assoun, 2006).

En términos que van a ser los de la metapsicología, el inconsciente contendrá las **representaciones de cosas**, que si bien no son las catexias de las imágenes directas de las cosas, pertenecen a rasgos mnésicos derivados de ella, lo cual nos obliga a reparar en esa distancia entre la cosa y sus signos representacionales. El preconsciente aporta la **representación de palabra** a la representación de cosa, que son catexis de los restos verbales. La propuesta de este aparato psíquico es la de un psiquismo fragmentado en sistemas, cuyo mayor interés será contenido en esas instancias intermedias y de tránsito que obliga a Freud a explicar el modo en que se establecen esos intercambios, será también la principal preocupación del texto “Lo inconsciente” (1915), donde recurrirá a la explicación a través del “comercio” entre los sistemas.

Esta caracterización que inicia Freud en este capítulo y que dialoga con los textos metapsicológicos, son una suerte de conclusión, un punto de detenimiento en su obra que nombra como primera tópica. La “Introducción del Narcisismo” (1914) producirá una profunda conmoción que podrá resolver unos años después, en 1923, momento en que proponga la segunda tópica y modifique su propuesta de aparato psíquico. El procesamiento de la energía en cada uno de los sistemas que distingue entre los procesos primarios y los procesos secundarios, permite, “[...] esbozar una “tópica” primitiva, o sea, un funcionamiento del aparato” que haga posible la oposición entre el estado consciente y el estado inconsciente. Esta

oposición se apoya en su constitución, sobre la Experiencia de satisfacción, que bosqueja “Las primeras nociones del yo” (Assoun, 2006: 199).

Esta primera actividad, que es la alucinación del objeto, resulta contraria al mantenimiento de la vida, de allí que la subsistencia dependa de la inhibición de este movimiento regresivo, se requiere ese detenimiento, para dar lugar a otra modalidad de funcionamiento más adecuada a la vida y que se produce tras el desvío de la excitación. La orientación que reconocemos en este nuevo funcionamiento del aparato psíquico transcurre desde la investidura del objeto alucinado hacia el detenimiento de esa descarga, este rodeo da lugar así al pensamiento.

La próxima vez que esta sobrevenga [la necesidad], merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, reestablecer la situación de la satisfacción primera. *Una moción de esta índole es lo que llamamos deseo*, la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción... y por tanto el desear termina en el alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una **identidad perceptiva** a repetir aquella percepción que será enlazada con la satisfacción de la necesidad. (Freud, 1900: 558)

El modo secundario de la trayectoria pulsional

Freud plantea una pregunta esencial acerca del pasaje de un modo de procesamiento hacia aquel que viene a producir un relevo: “Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin (más adecuada)” (Freud, 1900: 558). La persistencia del hambre restablece la tensión inicial, mostrando el límite de la alucinación para los reclamos del cuerpo. Es porque “la satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura” (Freud, 1900: 558). Se requiere instaurar una nueva dirección para la excitación por lo que se necesita inhibir ese movimiento de descarga e instaurar una nueva dirección que llevará a establecer la acción motora que será en definitiva

el llamado a la asistencia ajena: el llanto. “[...] se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad (perceptiva) deseada” (Freud, 1900: 558).

Este cambio de tratamiento del recorrido de la excitación tendrá múltiples consecuencias. Este aspecto dinámico que involucra ese cambio de recorrido, permite un modo de tratar esa dimensión económica que será propio del proceso secundario, a saber, que la energía discurra pero de manera ligada. Si observamos este procesamiento desde una perspectiva tópica, este recorrido permitirá inaugurar los sistemas PCc-Cc: “Esta inhibición (de la regresión), así como el desvío de la excitación que es su consecuencia, pasa a ser el cometido de un segundo sistema que gobierna la motilidad voluntaria” (Freud, 1900: 558).

[...] Ahora bien, toda la compleja actividad del pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que un rodeo para el cumplimiento de deseo. (Freud, 1900: 558)

De esta manera explica Freud el hallazgo del pensamiento, es producido en su carácter de sustituto del primer movimiento que es el deseante.

Por tanto, el pensar no es sino sustituto del deseo alucinatorio, y en el acto se vuelve evidente que el sueño es un cumplimiento de deseo, puesto que solamente un deseo puede impulsar a trabajar a nuestro aparato anímico. (Freud, 1900: 559)

La posibilidad de explicar cómo el aparato psíquico forma un sueño puso al deseo en su lugar central, como motor y origen del psiquismo, donde deseo y sueño se vinculan, uno como motor y el otro como su producción, al igual que lo psíquico que origina ese primer movimiento deseante.

El sueño, que cumple sus deseos por el corto camino regrediente, no ha hecho sino conservarnos un testimonio del modo de trabajo primario de nuestro aparato psíquico, que se abandonó por inadecuado. [...] El soñar es un rebrote de la vida infantil del alma, ya superada. (Freud, 1900: 559)

Se requiere una inhibición de esa descarga maquinal para dar lugar al desvío que permite el pasaje de un aparato cerrado en satisfacción alucinada hacia la búsqueda en la realidad. El tipo de satisfacción se realizará por vía del pensamiento y se logra de manera retrasada, es un tipo de satisfacción demorada donde la búsqueda a establecer una identidad se realizará en el exterior. Este segundo sistema se organiza a partir de cierto dominio sobre la motilidad, donde el pensar resulta un sustituto, una derivación de la actividad deseante. De esta manera, el deseo como primera actividad del Inconsciente da lugar a una segunda actividad que será el origen del pensamiento.

El yo tendrá la función de distinguir entre percepción y alucinación con el propósito de realizar el examen de realidad. Es para observar el carácter repetitivo del deseo que se sostiene en esos signos, restos de las percepciones del encuentro con la satisfacción alucinada. “Especie de nostalgia en acto [...] de una memoria perceptiva” dice Assoun, al detenerse en esa dimensión repetitiva del aparato psíquico, surge la hipótesis del Principio de Placer que regula la orientación en la búsqueda del placer y la evitación del displacer.

Esta satisfacción que originariamente halló inscripción resultará decisiva para toda posterior búsqueda de satisfacción, a través de las marcas que conforman una memoria deseante se orientará la búsqueda de los objetos que la harán posible, de esta manera se construye una teoría de la memoria, cuyo trazo, el deseo ancla en puntos que fijan en representaciones y produce un cuerpo erógeno.

El psicoanálisis, entre otras cosas, es una teoría de la memoria, una postulación de cómo la memoria embalsa fuerza, retiene al cuerpo en estado de intensidad, es lo que se trata de nombrar como ‘invertiduras’; aspecto constitutivo en la teoría de las huellas mnémicas, en las representaciones que fijan la magnitud de trabajo pulsional. El aparato psíquico freudiano produce una articulación fundamental: pulsión y memoria representacional. (Kuri, 1992)

Es así que el ingreso de la pulsión al psiquismo se produce al fijarse a su representante, vinculado a ese primer momento de la represión, donde la contrainvestidura produce una inhibición de la descarga. Esa prohibición que podrá ser leída en clave edípica, inaugura una primera separación en sistemas.

La experiencia edípica habrá de hacer posible ese encauzamiento del movimiento primario, que tropieza con el impedimento, y es al mismo tiempo, su canalización. Por tanto el objeto, será deseado en tanto prohibido. (Assoun, 2006).

Tenemos así enlazados pulsión, represión e inconsciente, conceptos que se explican y se referencian para dar cuenta del funcionamiento psíquico, y para brindar el andamiaje conceptual de la metapsicología.

Freud tiene la originalidad de explicar un aparato psíquico signado por las exigencias que las pulsiones producen, rompe así con la idea de un cuerpo naturalizado, distanciándose de cualquier explicación instintual para la sexualidad, producido por la falta de enlace original con el objeto.

Si la satisfacción se inscribe en el psiquismo a partir de la investidura de un objeto que produjo satisfacción, al tener esa presencia un carácter alucinado, es el resultado de la ausencia del objeto. La posibilidad de realizar inscripciones psíquicas se produce solo a condición de esa alternancia presencia-ausencia.

Bibliografía

Álvarez, A. (2018). *La noche. Una exploración de la vida nocturna, el lenguaje de la noche, el sueño y los sueños*. Fiordo. No ficción.

Assoun, P. (2006). *Figuras del Psicoanálisis*. Prometeo libros. Eduntref.

Freud, S. (2000 [1900- 1899]) La interpretación de los sueños (segunda parte). *Obras Completas*. Tomo V. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Kuri, C. (1992). Introducción al Psicoanálisis. [Archivo PDF]<https://es.scribd.com/doc/130907287/INTRODUCCION-AL-PSICOANALISIS-Carlos-Kuri>. Consultado agosto 2021

CAPÍTULO 4

LA PULSIÓN Y SUS ANCLAJES EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA

Contenidos

- La sexualidad en otros discursos: opinión popular, discurso médico y discurso religioso.
- Aproximación al concepto de sexualidad en psicoanálisis.
- Concepto de pulsión.
- Sexualidad infantil.
- Caracteres de la sexualidad infantil: apuntalamiento, autoerotismo, zona erógena.
- Fases del desarrollo libidinal.
- Pulsión parcial.
- El niño perverso polimorfo.
- Periodo de latencia.

La referencia freudiana por excelencia de la sexualidad son los *Tres ensayos de una teoría sexual*, publicado por vez primera en 1905, texto que guiará el presente texto. Para iniciar el recorrido sobre tema, es ineludible poder hacer una primer mención a la traducción del título de la obra del alemán, *Drie Abhandlungen zur Sexualtheorie*, al castellano. Esta consideración tiene como intención poder situar la importancia que ha tenido este escrito, relevancia que se pone de manifiesto si consideramos que fue la obra que Freud más modificó, reescribió y corrigió. En su traducción al castellano, la obra se titula “Una teoría sexual” en la edición de López Ballesteros; en cambio, en la traducción de Amorrotu se denomina “Tres ensayos de una teoría sexual”. Cabe consignar que dicha traducción ha perdido el sentido de “tratado” que el término alemán “*Abhandlungen*” tiene y al que remite. Y es este sentido, el que queremos recuperar, pues consideramos que la exposición que Freud realiza sobre una teoría sexual constituye un verdadero *tratado*, una exposición sistemática, rigurosa y científica sobre la sexualidad. Además, es importante señalar que tiene la cualidad de ser una minuciosa exposición sobre

el tema, dividida en tres partes, tres tratados sobre la teoría sexual. Por su parte, el término ensayo tiene otro sentido; ya sea considerado desde la dimensión del género literario o científico, el término alude a escritos más bien breves en lo que hay una dimensión subjetiva puesta en juego, esto es, la opinión personal del ensayista acerca de un tema en cuestión. Habiendo señalado esta diferencia entre el término tratado y ensayo, nos abocaremos a la investigación que Freud desarrolla sobre la sexualidad considerando los dos primeros tratados sobre teoría sexual: el primer tratado, “Las aberraciones sexuales” y el tratado segundo “La sexualidad infantil”.

Aproximación al concepto de sexualidad en psicoanálisis

La opinión popular, el discurso médico y el religioso

Seguidamente, es insoslayable poder cernir el concepto de sexualidad en el discurso psicoanalítico, a razón de poder separarlo de lo que es la opinión popular o vulgar de la sexualidad, así como del discurso médico y aun del discurso religioso. Freud comienza su primer tratado sobre sexualidad señalando:

La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de la pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. (1905: 123)

En este sentido, va de suyo enlazar la sexualidad al acto sexual, a la atracción ejercida de un sexo sobre otro, a la genitalidad, a la unión de los genitales en el acto sexual a los fines de la reproducción. Es así como, desde esta perspectiva, la

sexualidad normal irrumpe en la pubertad y estaría ligada a un proceso madurativo que brindaría las condiciones que determinan una atracción sexual hacia una persona y la realización del acto sexual. Por su parte, el discurso religioso pregona fuertemente que, de entrada, está comprometido un objeto sexual, signado por la atracción sexual entre personas de diferente sexo con el fin de procreación. Esta concepción de la sexualidad establece cierta naturalidad del sujeto con un objeto sexual y una meta o fin sexual señalado.

Por otra parte, si tomamos los enunciados médicos, el saber sobre la sexualidad tiene su anclaje en la dimensión biológica-anatómica del cuerpo. Para el discurso médico, el cuerpo es un organismo; es decir, nacemos con un organismo, es decir, con un conjunto de órganos y tejidos que conforman el cuerpo humano del que se ocupa la medicina. Freud indaga exhaustivamente el saber científico de la época sobre la sexualidad, una sexualidad ligada a las zonas genitales, se indagaban las desviaciones de la sexualidad. En ese entonces, existían tratados sobre sexualidad cuyos máximos exponentes eran los sexólogos Kraft-Ebing, Haverllock Ellis, A. Moll, entre otros, por lo que vemos que en el primer tratado de la sexualidad, Freud se sirve de las argumentaciones y postulados que estos médicos habían desarrollado. Ellos, contemporáneos y antecesores de Freud, realizaron una descripción con afán clasificatorio y fenomenológico de las manifestaciones sexuales observadas en la vida adulta, que eran expresión de una manifestación mórbida y anormal.

Esta es la idea más difundida de la sexualidad, sostenida en su esencia por diversos discursos y es la noción de sexualidad humana que Freud viene a problematizar, a cuestionar. Es precisamente de este concepto o idea de sexualidad que el psicoanálisis se aleja y separa las aguas.

La equiparación de la sexualidad a la genitalidad es limitada –sino reducida– y se sostiene en una visión a partir de la cual el sujeto estaría, desde el comienzo, naturalmente comprometido a un objeto en el cual satisface su pulsión sexual. Freud produce una ruptura con la idea de la sexualidad adulta normal y con la idea de un niño inocente carente de sexualidad. Así, señala que la sexualidad no comienza en la pubertad, sino que se encuentra desde el nacimiento. De este

modo, introduce un punto de quiebre con el saber acerca de la sexualidad de la época donde sexualidad y genitalidad no coinciden.

La sexualidad en psicoanálisis

Para introducir la delimitación del concepto de sexualidad en el discurso psicoanalítico podemos recuperar algunos de los textos abordados, siguiendo como eje vertebrador el concepto de sexualidad sobre el que trabajamos en este escrito. Veamos brevemente cómo Freud se encuentra con la sexualidad en el relato que le hacen sus pacientes en análisis:

[...] esos pacientes por mi analizados gozaron de salud psíquica hasta el momento en que sobrevino un caso de insociabilidad en su vida de representaciones [...] tales representaciones inconciliables nacen la mas de las veces sobre el suelo del vivenciar y el sentir sexuales. (1894: 49)

Sabemos que Freud advierte en la causación de una neurosis, una etiología sexual que enuncia de manera categórica, formulando en 1896 la teoría de la seducción. Los niños son seducidos por un adulto, que la mayoría de las veces es un familiar, el padre. El escenario de la seducción permite ubicar la etiología sexual de las neurosis en la infancia, siendo propiciada por un adulto por el que el niño es seducido. Vemos un niño asexuado, carente de sexualidad, en donde la sexualidad es algo que viene desde afuera, configurándose en esa escena de seducción. Freud elabora así la etiología traumática de las neurosis, y prontamente descubre que estas escenas que le relataban sus pacientes en el análisis no eran sucesos realmente vividos sino producto de la fantasía, y que estas tenían eficacia en el ámbito psíquico. Así, Freud reflexiona en una nota agregada en 1924, a pie de página del texto “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, de 1896:

Por aquel tiempo yo no sabía distinguir entre la fantasía de los analizados acerca de su infancia y unos recuerdos reales. [...] atribuí al factor etiológico de la seducción una sustantividad y una validez universal que no posee. (1986: 169)

Aquello que le relataban sus pacientes no eran hechos ocurridos realmente, sino que eran producto de la realidad psíquica, de la fantasía camino que lo lleva a Freud a formular la sexualidad infantil y el Complejo de Edipo. “Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres” (1897: 302).

Tomando nuevamente como referencia el primer tratado de la sexualidad, vemos cómo Freud se sirve de las perversiones para construir su propio edificio teórico-conceptual sobre la noción de sexualidad en psicoanálisis. Describe las desviaciones con respecto al objeto y la meta sexual enumerando todas las transgresiones que constituirían desviaciones de la sexualidad llamada normal. Así, divide en dos grandes grupos a los seres humanos; por un lado, aquellos que se satisfacen cambiando de objeto sexual y por el otro, los que encuentran satisfacción cambiando de meta o fin.

En cuanto al objeto de la pulsión sexual, es decir, la persona hacia la cual se dirige la pulsión sexual, hay sujetos que encuentran satisfacción con alguien del mismo sexo, o del sexo opuesto, o aun en el cabello, zapato, pañuelo o cualquier otra parte del objeto sexual amado. Freud concluye: “[...] debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto y tampoco debe su génesis a los encantos de este” (1905: 134). Volvemos a señalar entonces que entre la pulsión y el objeto no hay ninguna naturalidad ni el objeto está predeterminado de antemano. Entre la pulsión sexual y el objeto hay una soldadura, porque el objeto de la pulsión sexual es lábil, es lo más variable de la pulsión, puede variar y cambiar.

En relación con el fin: Freud enumera aquellas transgresiones de la sexualidad normal en la cual no se encuentra satisfacción sexual en el coito sexual o en la unión de los genitales en el acto sexual, sino que la procuración de placer se obtiene en actos preliminares y preparatorios a la unión genital: el mirarse, ser mirado, mostrarse. Además, señala que hay sujetos que renuncian a la unión de los genitales en el acto sexual y lo sustituyen por una parte o región del cuerpo: boca, ano u otra.

En este texto introduce por primera vez el concepto de pulsión:

Por pulsión podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (*Reprasentanz*) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir [...] uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal [...] medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. (1905: 153)

Ahora bien, vamos a diferenciar la pulsión sexual del instinto. En el ser humano no hay instinto sexual. El comportamiento animal es instintivo y responde a una programación hereditaria en la que se puede establecer una regularidad y fijeza propia de su especie. En tanto, en el ser humano hay pulsión y a partir de los desarrollos que estamos haciendo sostenemos que el objeto de la pulsión puede variar y que la meta, el placer sexual, puede hallarse de diversas maneras. En consecuencia, Freud acerca las perversiones a la sexualidad normal y la división tan tajante entre una y otra se diluyen:

La experiencia cotidiana ha mostrado que la mayoría de estas transgresiones, siquiera la menos enojosas de ellas, son un ingrediente de la vida sexual que raramente falta en las personas sanas, quienes la juzgan como a cualquier otra intimidad [...]. En ninguna persona sana faltara algún complemento de la meta sexual normal que podríamos llamar perverso, y esta universalidad basta por sí sola para mostrar cuan inadecuado es usar reprobatoriamente el nombre de perversión. (1905: 146)

Advertimos cómo el cuerpo se presenta como una fuente de pulsiones sexuales que no tienen un objeto ni una meta fija. En efecto, se trama un cuerpo erógeno, cuyas fuentes de excitación sexual son diversas, por lo que hablamos entonces de un cuerpo distinto del cuerpo biológico-anatómico propio del campo de la medicina. Podemos agregar que el cuerpo erógeno del adulto, la constitución de un cuerpo sexuado del adulto se establece en la temprana infancia, en los primeros años de la edad infantil.

La sexualidad infantil

Exteriorizaciones de la sexualidad en la temprana infancia

Como se ha señalado en párrafos precedentes, Freud se muestra crítico con la comunidad científica de la época, para quienes la sexualidad en el niño era señalada y leída desde la maquinaria de dispositivos médicos en el conjunto de aquellas sexualidades que quedaban en la periferia de la sexualidad normal:

Forma parte de la opinión popular acerca de la pulsión sexual la afirmación de que ella falta en la infancia y solo despierta en el periodo de la vida llamada pubertad [...] en la bibliografía hallamos ocasionales noticias acerca de una práctica sexual temprana en niños pequeños, acerca de erecciones, de la masturbación y aun de acciones parecidas al coito. Pero se las menciona siempre como procesos excepcionales, como curiosidades o como horrorosos ejemplos de temprana corrupción. Que yo sepa, ningún autor ha reconocido con claridad que la existencia de la pulsión sexual en la infancia posee el carácter de una ley. (1905: 157)

A partir de lo que venimos desarrollando, estamos en condiciones de afirmar que la sexualidad es producto de una historia infantil y no de una tendencia natural del ser humano. Que el cuerpo erógeno tiene una historia, esto es, la historia de la sexualidad infantil: “Parece seguro que el neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación” (1905: 160). Los diferentes órganos del cuerpo cumplen una doble función: por un lado son el asiento de determinadas funciones fisiológicas que son indispensables para la vida y además son órganos erógenos, dicho en otras palabras, son fuentes de excitación sexual. “El quehacer sexual se apuntala (*anlehnen*) primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y solo más tarde se independiza de ella” (1905:165).

De este modo, Freud describe las exteriorizaciones de la sexualidad infantil y le atribuye tres características: “Esta nace apuntalándose en una de las funciones

corporales importantes para la vida; todavía no conoce un objeto sexual, pues es autoerótica y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena” (1905: 165-166).

Las primeras manifestaciones sexuales de la infancia, nacen apuntaladas a la necesidad de alimento: la actividad de mamar el pecho materno, siendo esta una de las funciones que sirven para la conservación de la vida. Al comienzo la satisfacción está enlazada, se apunala, tiene su apoyatura en la nutrición y la zona buco-dental del niño se comporta como zona erógena, por el cálido aflujo de leche. Una zona erógena es una zona del cuerpo que tras cierta estimulación produce placer. Pronto, la pulsión sexual de independiza de la necesidad de buscar alimento y encuentra satisfacción sexual en el chupeteo, un contacto de succión que ya no tiene por fin la nutrición. El niño chupetea el pulgar, el dedo gordo del pie, una parte de los labios o un lugar de la piel son tomados como objeto sexual, encontrando allí una satisfacción en el propio cuerpo siendo de este modo, autoerótica.

Dentro de este orden de ideas, se puede inferir que las zonas erógenas, la constitución de un cuerpo erógeno está signada por la relación del infante con otro, especialmente la madre. A través de los cuidados maternos, se va libidinizando un cuerpo y se constituye un cuerpo erógeno. Podríamos afirmar que el cuerpo es un conjunto de zonas erógenas o que cualquier parte del cuerpo puede advenir fuente de excitación sexual, y más precisamente señalará Freud que hay zonas erógenas predeterminadas: zona oral, zona anal, zona genital.

Análogamente a lo que ocurre en la absorción de alimentos, las pulsiones sexuales se apuntalan a la función corporal de la eliminación de las heces: “La zona anal, a semejanza de la zona de los labios, es apta por su posición para proporcionar un apuntalamiento de la sexualidad en otras funciones corporales” (Freud, 1905: 168). Para el niño las heces son una parte del propio cuerpo y representan el primer regalo que el niño puede dar a su madre, a sus padres.

Desde luego, esto nos revela que el niño tiene múltiples fuentes de excitación sexual, en donde las pulsiones se satisfacen independientemente unas de otras en diversas partes del cuerpo. Por ello hablamos de pulsiones parciales, de una

satisfacción autoerótica –porque tiene lugar en el propio cuerpo– y cada pulsión parcial se satisface de manera anárquica. El niño es un perverso polimorfo, tamaña afirmación –que podríamos tildar de escandalosa– no quiere decir otra cosa que el niño encuentra satisfacción sexual a través de sus pulsiones parciales en el placer de órgano, en diversas partes del cuerpo, en zonas erógenas independientemente unas de otras:

“Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las clases de transgresiones posibles” (1905: 173). El término perverso alude a toda actividad sexual que renuncia a la procreación y tiende a la búsqueda de placer como fin en sí mismo.

Freud eleva, tiempo después, estas actividades sexuales orales y anales a la condición de fases o etapas del desarrollo de la libido, del desarrollo de la pulsión sexual. Ello siendo que hay una organización de la energía de la pulsión sexual, la libido, bajo la primacía de una zona erógena (oral, anal) determinada y emerge en dicha fase una estructura de relación nueva con el objeto (pecho materno, heces). En 1913, Freud introduce el concepto de organización pregenital, situando allí la fase oral y fase sádico-anal del desarrollo libidinal. Tardíamente, en 1923, introduce la fase fálica o genital infantil del desarrollo libidinal cuya zona erógena son los genitales, fase en la cual se consuma ya una elección de objeto sexual. Particularmente la madre o quien cumple esa función de cuidados deviene el primer objeto sexual:

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consuma una elección de objeto como lo hemos supuesto característica de la fase del desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirige a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. (1905: 181)

Por consiguiente, el niño ha de atravesar diversas fases del desarrollo libidinal, y el modo en que cada sujeto atraviesa esas fases hacen a la historia de la sexualidad singular de cada uno. Agregamos también que el interés, la curiosidad del niño en temas sexuales lo conducen con afán a iniciar una investigación y edificar

teorías que le esclarecen los grandes enigmas de la sexualidad. Un niño de entre 3 y 4 años que se encuentra en la fase sádico-anal del desarrollo libidinal, entiende que una relación sexual es una agresión que una persona realiza sobre otro (concepción sádica del coito) y explica el nacimiento de un hijo por comer un alimento y expulsarlo por el ano (teoría de la cloaca). Además, tiene la creencia de que todos los seres humanos e incluso los inanimados poseen un solo genital, el genital masculino (premisa universal de falo) Las teorías sexuales infantiles, entonces, surgen durante las fases del desarrollo libidinal.

Periodo de latencia

Freud establece un tiempo de declinación de la sexualidad infantil, un periodo de latencia y lo sitúa entre el quinto y sexto año de vida, justamente aquel que coincide con la etapa de escolarización del niño.

La amnesia infantil es una pieza que debemos pesquisar, pues aparece quitándole vigor a la sexualidad acontecida en los primeros años de vida. Esta nos revela algo fundamental: el resultado de la represión de la sexualidad infantil que se conserva en el inconsciente y constituye su núcleo, formando el acervo de huellas mnémicas, en otras palabras, el producto de la represión:

Ahora bien, ¿Cuáles son las fuerzas que provocan esta represión de las impresiones infantiles? [...] la sexualidad de los psiconeuróticos conserva el estado infantil o ha sido remitida a él [...] el individuo ya posee un acervo de huellas mnémicas que se han sustraído a su asequibilidad consiente. (1905: 159)

El periodo de la latencia conlleva la construcción de formaciones reactivas como son el asco, la vergüenza y la moral, verdaderas formaciones contrarias a la excitación sexual que impera en la sexualidad infantil:

Durante este periodo de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión

sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral). (1905:161)

Es preciso subrayar que, de ninguna manera, la producción de excitaciones sexuales queda suspendida, sino más bien aminoradas, atemperadas. Notemos cómo Freud se sirve de un término que proviene de otro campo, el vocablo “dique” alude a una construcción que se erige con el objetivo de contener el agua, impidiendo su paso o provocando un angostamiento del mismo. De modo idéntico, el asco, la vergüenza y la moral se edifican como diques anímicos –angostamiento del paso– de las pulsiones sexuales. Apelemos a un ejemplo: un niño de 3 años puede exhibirse en ropa ligera e incluso hasta desnudo, escena que es menos probable que ocurra entre los 5 o 6 años donde los diques anímicos se han instaurado y aparece el pudor o vergüenza.

En la latencia, las mociones sexuales van encontrando una orientación diversa, dirigiéndose a metas nuevas que posibilitan el aprendizaje escolar u otros logros culturales. La sublimación, como mecanismo psíquico, participa activamente en este proceso desviando las metas de la pulsión sexual a metas socialmente aceptadas.

A partir de lo desarrollado en estas páginas afirmamos entonces que en la infancia se configura la sexualidad. Luego sobreviene el periodo de latencia que produce un atemperamiento de la pulsión sexual. En lo referente a la pubertad entonces, se inaugura la posibilidad del acto sexual, esto es lo novedoso respecto a la sexualidad infantil.

Bibliografía

Freud, S. (1905/ 1992). Ensayo I: Las aberraciones sexuales. Ensayo II: La sexualidad infantil. En: Tres ensayos de una teoría sexual. *Obras completas. Vol. VII.* Eds. Amorrortu, Buenos Aires.

Foucault, M. (2018) Vol. I La voluntad de saber. *La historia de la sexualidad.* Editorial Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Massota, O. (1991). Punto I y Punto V. En: *Lecciones de Introducción al Psicoanálisis.* Ed. Gedisa, Méjico.

El concepto de pulsión y los avatares del primer dualismo freudiano

María Cecilia Poggio

El dualismo es epistemológicamente imprescindible: para no perder la probabilidad de determinar a lo sexual en tanto tal es preciso distinguirlo de un campo de pulsiones y tendencias no sexuales.

O. Masotta, *El modelo pulsional*.

Introducción

El concepto de pulsión (*Trieb*), un concepto básico (*Grundbegriff*) convencional (*konventioneller*) bastante oscuro pero del que no se puede prescindir como lo asegura Freud en 1915 (*Pulsiones y destinos de pulsión*), es formalizado como tal en 1905 en “Tres ensayos de teoría sexual”. Allí Freud conceptualiza a la pulsión, inaugurando de este modo lo que se conoce como su primer dualismo pulsional cuyo punto de llegada lo constituye el texto “Pulsiones y destinos de pulsión”.

Entre una elaboración y otra se interpola un decenio; durante ese período dicha conceptualización sufre avatares que ponen en jaque el *Gran Modelo Pulsional* (para utilizar una expresión de Masotta), dualista desde el inicio y hasta el final de su obra. Adelantamos aquí que hay dos puntos de inflexión (al menos) en la elaboración freudiana de la pulsión, correspondiente a su primer dualismo, que están marcados por el texto de 1910 “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” donde aparece por primera vez la expresión “pulsiones yoicas”, y por el texto “Introducción del narcisismo” de 1914 donde, como es harto conocido, no solo introduce y formaliza el concepto de narcisismo, grávido en consecuencias

para la teoría de la libido, sino que también inaugura la distinción “Libido yoica-Libido de objeto” (cabe aclarar que ambos textos están ligados a dificultades que se le plantearon a Freud de manera más o menos evidente al interior de su primer dualismo).

Pero además, hay otra noción que reviste especial interés ya que se constituye en un resorte central para la articulación entre los dos campos diferenciados de su primer dualismo (campo del Yo y campo de la sexualidad), sostenido en la elaboración freudiana sobre el “conflicto psíquico” que está en la base de los síntomas psico-neuróticos que retornan de lo reprimido como resultante del conflicto y, al mismo tiempo, como testimonio clínico de tal conflicto. Tal noción es la de “apuntalamiento” (*anlehnen*) tal como la define en *Tres ensayos...* y luego en “Pulsiones y destinos...” de la que se desprende el “concepto derivado” –si se nos permite la expresión– de “tipo de elección por apuntalamiento” (*Anlehnungstypus*) del texto de 1914.

El valor etiológico de “lo sexual”

Tomemos en primer lugar el texto de 1905, *Tres ensayos de teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), en donde Freud sienta las bases de una teoría sobre la sexualidad (infantil, o mejor dicho, que es tal –sexualidad–desde el inicio).

Si bien las vivencias de carácter sexual tuvieron tempranamente un lugar central en la etiología de las neurosis, es a partir de esta obra que se puede hablar propiamente de sexualidad infantil en tanto tal. Al respecto, cabe recordar el tratamiento que, a propósito de la etiología de la histeria hace Freud en el texto que escribe junto a Breuer e inaugura los *Estudios sobre la Histeria*, más conocido por su título abreviado “Comunicación preliminar”. Allí, ambos postulan que el ocasionamiento de la histeria está en relación con sucesos o vivencias que suelen remontarse muy atrás en el tiempo y que resultan desagradables al enfermo y/o no las recuerda: “[...] con harta frecuencia son sucesos de la infancia los que han producido para todos los años subsiguientes un fenómeno patológico más o menos grave”(Breuer y Freud, 1893: 30) y luego continúa (a propósito de lo que designan

como “trauma psíquico”): “En calidad de tal [trauma psíquico] obrará toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico[...]" (Ibídem: 31). Hacia el final del texto indican que una sofocación trabajosa de un “afecto sexual” *puede producir una escisión de grupos de representaciones* (Ibídem: 38). Esta es la única vez que aparece el término “sexual” en el texto y, como puede apreciarse, aparece asociado al *suceso ocasionador* del trauma.

Es menester poner en primer plano la cuestión central de que la diferencia entre las *vivencias de carácter sexual* y “sexualidad infantil” no es simplemente terminológica, o mejor dicho, no es un cambio de término caprichoso, sino que hay allí un punto de clivaje y un giro conceptual en la teorización freudiana que implica no solo la ya famosa “caída de la teoría del trauma”, sino también –y sobre todo– la introducción del concepto fundamental de pulsión y con él la formalización de una teoría de la sexualidad que se estatuye desde entonces como el fundamento de la etiología de las neurosis. Se produce así un pasaje que va de considerar a las vivencias de carácter sexual que tuvieron lugar en el período infantil², a considerar lo que Freud denomina las exteriorizaciones espontáneas de la sexualidad infantil. Aquí, el acento recae entonces en el carácter de lo *espontáneo* (en contraposición a la necesidad la seducción por parte de un adulto–lo que se conoce como “Teoría de la seducción”–) y de la sexualidad *infantil*, lo que implica dejar por fuera la necesidad de la interpolación de la pubertad y con ello la necesidad de los dos tiempos para que lo traumático sea tal³. Este pasaje es el que va de la

2 Diremos: “tiempo 1” de la Teoría del Trauma, asociado necesariamente a un “tiempo 2” e interpolando entre ambos, también necesariamente, a la pubertad y con él la posibilidad de que desde allí se resignifique lo sucedido en el “tiempo 1” volviéndose recién entonces propiamente traumática esa escena del “tiempo 1” (efecto que, como se sabe, no tuvo en su momento).

3 Esta doble temporalidad del trauma (de la “Teoría del Trauma”) con la interpolación de la pubertad, no debe confundirse con lo que podríamos denominar la “doble oleada de la sexualidad”, interpolada por el período de latencia durante la cual la sexualidad es como “puesta en suspenso” (por así decirlo), represión mediante, según lo planteado por Freud en el segundo ensayo. Adviértase que en el primer caso la sexualidad recién “aparece” en la pubertad interpolada entre ambos tiempos del trauma y en el segundo, es la sexualidad (que es tal desde el inicio) la “interpolada” por el período de la latencia sexual, aún con sus eventuales rupturas.

Interpolar: “Interrumpir o hacer una breve intermisión en la continuación de algo, y volver luego a proseguirlo” (Real Academia Española (s.f.), definición 3. Interpolar. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 08/10/21 de: <https://dle.rae.es/interpolar>).

caída de la teoría del trauma y con ella la de la seducción, ambas correlativas, al concepto de “sexualidad infantil” cuyo correlato es el concepto de pulsión que Freud acuña en 1905.

Freud (1905) lo dice sin ambages: “Resulta evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas”⁴ (Freud: 173).

Volvamos ahora a *Tres ensayos...*, donde dice Freud: “El quehacer sexual se apun-tala [*anlehn*en] primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella” (1905: 165). Aquí, las palabras claves son: apuntalamiento, quehacer sexual y funciones corporales importantes para la vida. Se debe recordar que esta obra es un texto al que Freud le introdujo muchas modificaciones y agregados hasta 20 años después de su primera edición. La cita anterior es un ejemplo de ello. Como quiera que fuese, la distinción entre “pulsiones yoicas o de autoconservación” (*Ich- oder Selbsterhaltungstriebe*) y pulsiones sexuales (*Sexualtrieb*) es formalizado en 1915, tomando como fundamento el “conflicto psíquico” que está en la base de las psiconeurosis, aunque esta distinción ya encuentra un antecedente en el texto de 1910 donde Freud también hace referencia al conflicto psíquico como fundamento.

De los desvíos sexuales de Krafft-Ebing a la “norma supuesta” de los *Tres ensayos...* de Freud

Antes de continuar avanzando en el desarrollo propuesto al inicio de este escrito, intercalaremos algunos comentarios relativos al texto que le sirven de base a Freud para escribir su primer ensayo. Se trata de la “*Psychopathia Sexualis*” (R. Von Krafft-Ebing) el que se constituye en referencia insoslayable para su lectura, no solo porque Freud lo menciona sino también por cómo el citado tratado funciona como pivote de la estructura misma del primer ensayo freudiano. Intentaremos

4 Aquí, “causas internas” es una referencia freudiana al concepto de pulsión presentado en su primer ensayo.

dar cuenta de algunos puntos centrales con el objetivo de ordenar y orientar la, sin dudas, difícil lectura de este primer ensayo el cual, por otro lado, nos da la clave para seguir la ilación de pensamiento freudiano y su argumentación al respecto del concepto de pulsión que introduce.

El primer ensayo se intitula “Las aberraciones sexuales” (*Die sexuellen Abirrungen*); nótese que Freud le agrega al título una nota al pie⁵ donde aclara que las referencias contenidas allí fueron tomadas de las “conocidas publicaciones” de Krafft-Ebing y otros. Intentaremos ahora recuperar algunas de esas referencias al tratado de Krafft-Ebing que, como se dijo antes, entendemos que funcionaron a modo de pivote de la estructura del ensayo primero.

En la primera edición de la “*Psychopathia Sexualis*” de Richard von Krafft-Ebing, psiquiatra alemán (1840-1902) que data de 1886, el autor presenta en el capítulo III “Patología general (Neurológica y psicológica)” un “Esquema de las neurosis sexuales” de origen orgánico dentro de las cuales incluye tres categorías, una de las cuales denomina “neurosis cerebrales” a la que subdivide en otras cuatro: *paradoxia*, *anesthesia*, *hyperesthesia* y *paraesthesia*. Esta última es la nos interesa especialmente dado que aquí incluye las “desviaciones” (o aberraciones) del deseo sexual con respecto a una norma (supuesta). Para Krafft-Ebing (y para muchos de sus contemporáneos) el fin del deseo sexual era la procreación (fin de la reproducción) con lo cual cualquier otro fin era considerado un desvío respecto de esa norma. Así, forman parte de la categoría “paresthesia” la homosexualidad, el fetichismo, el sadismo, el masoquismo.

Los términos “paresthesia y “aberraciones” (*Abirrungen*) están relacionados en el sentido de que apuntan al desvío, a algo anómalo, aunque el punto de llegada de Freud es bien diferente al del psiquiatra alemán e incluso, está en las antípodas. Tan es así que, si bien Freud toma la idea de “desvío” y de “sensación anómala”

5 Es harto conocido el carácter de ineludible (lectura) de las “notas al pie freudianas” que bien podrían constituir una categoría en sí misma dentro del conjunto de las notas al pie en la medida en que suelen incluir datos preciosos e incluso información que resulta decisiva relativa a puntos de inflexión y cambios en el edificio teórico del psicoanálisis. Sigo aquí el criterio de lo “ineludible” de las notas al pie freudianas.

contenida en la categoría “paresthesia”⁶ y hasta la enfatiza de alguna manera al utilizar el término alemán *Abirrungen*, de ningún modo entiende la cuestión al modo de pares antitéticos “normal/anormal”, más aún, al inicio mismo del texto destaca lo supuesto de la tal norma; dice con respecto al *objeto sexual* y a la *meta sexual*:

[...] la experiencia espigada científicamente nos muestra la existencia de numerosas desviaciones respecto de ambos, el objeto sexual y la meta sexual, desviaciones cuya relación con la norma supuesta exige una indagación a fondo. (Ibídem: 123)

Pongamos el foco ahora en la categoría krafftébiniana de “paresthesia” (sadismo, masoquismo, fetichismo y homosexualidad): de esas cuatro sub-categorías diferenciadas, las tres primeras se corresponden con lo que Freud denomina “desviaciones con respecto a la meta” y la última con una de las “desviaciones con respecto al objeto”, es decir la “inversión” como Freud la denomina, en relación a la cual también hace referencia a la alternativa “innato/adquirido” planteada por el psiquiatra alemán, para luego desestimarla por incompleta. No debe perderse de vista aquí que Freud está hablando de “Meta” (sexual o de la pulsión sexual) y de “Objeto” (sexual o de la pulsión sexual), dos de los cuatro elementos de la pulsión que formaliza como tales en 1915, de los cuales solo el “esfuerzo” (*drang*) no encuentra un desarrollo teórico en 1905.

Ahora bien, ¿qué nos dice Freud sobre las desviaciones con respecto al objeto? Freud divide en primer lugar esta categoría en otras dos: A. *La inversión* y B. *Personas genésicamente inmaduras y animales como objetos sexuales*. Luego de hacer un detallado desarrollo sobre lo que se ha entendido por “inversión” (la concepción de la inversión) ligada, por un lado, al concepto de “degeneración” de Magnan (tan en boga por entonces) y a la concepción de “carácter innato/carácter adquirido” por otro, concluye que *entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura*, cuyo corolario es que *debemos aflojar los lazos entre pulsión y objeto*:

6 Parestesia es un término de la medicina: “Sensación o conjunto de sensaciones anormales[...]hormigueo, adormecimiento o ardor que experimentan en la piel ciertos enfermos del sistema nervioso o circulatorio”(Real Academia Española. (s.f.). Parestesia. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 08/10/21 de: <https://dle.rae.es/parestesia>)

Paramos mientes en que concebíamos demasiado estrecho el enlace entre la pulsión sexual y el objeto sexual. La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. (Ibídem: 134)

Debe prestarse especial atención a la figura (retórica) de la “soldadura” utilizada por Freud para referirse al lazo entre la pulsión y el objeto de la pulsión, lo que nos hace pensar en una relación en la que los elementos no están *originariamente enlazados*; o dicho de otro modo, que no va de suyo que a la pulsión le corresponda tal o cual objeto. Esta misma idea es la que en 1915, en “Pulsiones y destinos de pulsión” lo lleva a definir al objeto como “lo más variable de la pulsión”:

El objeto {Objekt} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. (Freud, 1915: 118)

¿Y en relación a las desviaciones con respecto a la meta qué dice Freud en este primer ensayo? También aquí establece una subdivisión en dos categorías: A. *Transgresiones anatómicas* respecto de las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual (uso de la mucosa de los labios y orificio anal y fetichismo) y B. *Fijaciones de metas sexuales provisionales* (placer de ver/tocar, sadismo/masochismo), cuyo análisis le permite concluir que: “En ninguna persona sana faltará algún complemento de la meta sexual normal que podría llamarse perverso[...]

 (Freud, 1905: 146), cuyo corolario nos orienta a pensar la sexualidad (y no solo la de los psiconeuróticos) como “aberrante”, ya que tanto el objeto de la pulsión como su meta están “desviados”, o mejor dicho, siempre se constatan desviaciones (carácter variable del objeto, uso de la mucosa de los labios y orificio anal como metas, etc.): “La pulsión sexual de los psiconeuróticos permite discernir todas las aberraciones que en lo anterior hemos estudiado como variaciones respecto de la vida sexual normal y como manifestaciones de la patológica” (Ibídem: 151).

Hacia el final de este primer ensayo y más precisamente en su último párrafo deja abierto el camino para el ingreso al segundo ensayo (del que se deduce el sintagma freudiano “sexualidad infantil perversa polimorfa”) de esta manera: “Vislumbremos así una fórmula: los neuróticos han conservado el estado infantil de su sexualidad o han sido remitidos a él. De ese modo, nuestro interés se dirige a la vida sexual del niño” (Ibídem: 156).

La autoconservación y las pulsiones yoicas

Dijimos que Freud intenta armar un dualismo (el primero) que resulte solidario con los términos del conflicto psíquico donde hay dos instancias diferenciadas que se contraponen: la sexualidad y el yo, lo que tiene su correlato también en las dos instancias que componen el aparato psíquico según el primer modelo freudiano o primera tópica. Ahora bien, de lo que se trata es de una puesta en contraposición de la sexualidad o las pulsiones sexuales (*Sexualtrieb*) y las funciones corporales importantes para la vida (*der lebenswichtigen Körperfunktionen*) en las que las primeras se apuntalan. Así, Freud logra encontrar una correspondencia entre los términos del “conflicto psíquico” y su dualismo pero solo lo logra con las pulsiones sexuales, en lo que la autoconservación o las funciones corporales importantes para la vida atañe persiste una dificultad: las mismas quedan del lado “biológico”. Vale la pena recordar en este punto la referencia que utiliza Freud para intentar dar cuenta del concepto que es la diferencia o par de opuestos “hambre/amor”: el “hambre” no tiene estatuto pulsional sino biológico lo que hace que este primer dualismo adquiera un carácter en cierto modo ambiguo ya que las “pulsiones de autoconservación” le quedarían por fuera de la estructura del aparato psíquico. Nuestra hipótesis es que, hablando con propiedad, el dualismo a esta altura no es “pulsional” en la medida que no es de pulsiones de autoconservación o yoicas de lo que aquí se trata sino de *der lebenswichtigen Körperfunktionen*; de todos modos, es algo que habría que demostrar. Más aún, el hecho mismo de que en el término elegido por Freud “pulsiones yoicas o de autoconservación” (*Ich- oder Selbsterhaltungstriebe*) esté la conjunción disyuntiva “oder” luego de “ich” podría ser un índice de la ambigüedad en juego allí; es decir,

no va de suyo que los términos “pulsiones yoicas” y “autoconservación” sean necesariamente equivalentes. De todos modos, Freud lo sostiene porque necesita un dualismo solidario con el conflicto psíquico (y mantener el campo de lo sexual como diferenciado de otro no sexual) aun cuando la diferenciación tajante de los campos correlativos al conflicto (yo/sexualidad) queda configurada en sentido estricto (y no sin dificultades) en 1915.

Entonces, nos podemos preguntar cómo es que Freud logra resolver este problema que le suscita la imposibilidad de remitir a lo pulsional lo que corresponde a la biología; y la respuesta viene dada por el lado de la noción de apuntalamiento. A partir de esta noción, Freud logra conectar y articular las dos instancias y al hacerlo las modifica, ¿cómo lo logra?: la biología condiciona la sexualidad por la vía del apuntalamiento en la medida que determinados contornos del cuerpo se constituyen en zonas erógenas privilegiadas por su relación con las *lebenswichtigen Körperfunktionen*, y a la inversa, la sexualidad condiciona la conservación trascendéndola tanto que las funciones se “sexualizan” porque la pulsión al apoyarse en el cuerpo de la conservación lo libidiniza: interviene así el “apuntalamiento” en tanto tal como “condición de posibilidad” de la libidinización del ser viviente. No se debe olvidar que *Tres ensayos...* está organizado en torno a las pulsiones oral y anal, es decir, a los orificios corporales de la boca y del ano ligados a la función nutricia y excrementicia, respectivamente. Freud no deja de destacar el efecto de sexualización de las funciones corporales y sus consecuencias en materia de la clínica de las psiconeurosis: hace referencia a los trastornos alimentarios (asco frente a la comida, vómitos histéricos) ligados a la activación de la zona de la boca y a los trastornos intestinales vinculados a la activación de la zona anal, ambos de aparición frecuente en la infancia y que pueden perdurar en la adultez, por lo que dice: “La zona anal, a semejanza de la zona de los labios, es apta por su posición para proporcionar una *apuntalamiento* de la sexualidad en otras funciones corporales” (Ibídem: 168).

“Tres ensayos de teoría sexual”... y después

Cinco años después de que *Tres ensayos...* fuera publicado por primera vez, Freud publica *La perturbación...* (1910) donde, tomando la referencia clínica de la ceguera histérica, introduce lo que denomina la “doble función” de órgano según la cual el órgano en cuestión *sirve a dos amos (la boca sirve tanto para besar como para la acción de comer)*, y dice: “[...] son los mismos órganos y sistemas de órgano los que están al servicio tanto de las pulsiones sexuales como de las yoicas” (Freud, 1910: 213) Aquí utiliza por primera vez la expresión “pulsiones yoicas” a las que asimila u homologa a las que tienen por meta la autoconservación y establece su “inequívoca oposición” con las pulsiones sexuales, distinción que se constata también en el escrito sobre las pulsiones de 1915. Podríamos decir entonces: a partir de la introducción del término “pulsiones yoicas” se produce un desplazamiento de la autoconservación al yo, lo que, como se sabe, no está presente en el texto de 1905.

La “doble función de órgano” del texto de 1910 ya anticipa la sexualización del yo revelando así su inconsistencia este primer dualismo. Por su parte, la distinción “Libido yoica/Libido de objeto” del texto de 1914 también pone en evidencia la libidinización del Yo y, por lo tanto, también la inconsistencia del dualismo.

En 1915, Freud publica “Pulsiones y destinos...” (*Triebe und Triebschicksale*) poniendo en el centro la distinción entre dos grupos de pulsiones primordiales: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales (*Ich- oder Selbsterhaltungstriebe und die der Sexualtriebe*).

Este texto tiene la particularidad de que Freud desde el comienzo hace el esfuerzo de justificar, por un lado, la necesidad para el edificio teórico del psicoanálisis de un concepto tan básico como oscuro como lo es el de pulsión y lo hace en primera instancia tomando el ejemplo de la física en relación con los reclamos de claridad y precisión de los conceptos en el ámbito de la ciencia: “Como lo enseña palmariamente el ejemplo de la física, también los ‘conceptos básicos’ fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido” (Freud, 1915: 113). Y por otro lado, justifica el mantener su dualidad pulsional “pulsiones yoicas/pulsiones sexuales” en la contraposición que está en la base del conflicto psíquico neurótico: sexualidad/yo.

La ocasión que movió a establecerla [a la dualidad] brotó de la génesis misma del psicoanálisis, que tomó como su primer objeto las psiconeurosis, más precisamente el grupo de las llamadas ‘neurosis de transferencia’ (la histeria y la neurosis obsesiva), y en ellas obtuvo la intelección de que en la raíz de todas esas afecciones se hallaba un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo. (Ibídem: 120)

Una cuestión que resulta insoslayable es que Freud está advertido de la dificultad que persiste al interior de su *Gran Modelo Pulsional* en el sentido de que el campo de la sexualidad se le superpone con el campo del Yo, habida cuenta de que Yo ya se había libidinizado, es decir, que la separación (o sea, la dualidad) no sería tal; así como también está advertido (por esto mismo) que no cuenta con los fundamentos clínicos que se constituyan en el correlato de las denominadas “pulsiones yoicas”. Se podría incluso aventurar otra hipótesis (secundaria y solidaria de la anterior): esta denominación (“pulsiones yoicas”) solo se justificaría y/o se entendería si se la pone en relación con la exigencia lógica freudiana de constituir un dualismo que se corresponda con el modo en que estructura su aparato psíquico, al precio de imprecisiones teóricas cuyo corolario lo constituye la expresión “pulsiones yoicas” para referirse a lo que atañe a la conservación. Veamos cómo argumenta Freud esta dificultad con la que tropieza:

[...] debido a la trayectoria que ha seguido en su desarrollo, el psicoanálisis ha podido aportar hasta ahora datos más o menos satisfactorios únicamente sobre las pulsiones sexuales; es que sólo este grupo pudo observarse como aislado en las psiconeurosis. Cuando el psicoanálisis se extienda a las otras afecciones neuróticas, sin duda obtendremos también una base para conocer las pulsiones yoicas, aunque en este nuevo campo de estudio parece desmedido esperar condiciones tan favorables a la observación. (Ibídem: 121)

E incluso, apenas un poco más adelante en el texto, afirma en relación con los destinos de la pulsión: “Tendremos que circunscribir a las pulsiones sexuales, mejor conocidas por nosotros, la indagación de los destinos que las pulsiones pueden experimentar en el curso de su desarrollo” (Ibídem: 121-122).

Un argumento similar esgrime en 1920 a propósito de las “pulsiones yoicas” de las cuales dice que solo las discierne *de manera muy insatisfactoria* y que utiliza esa denominación de forma provisional:

Conjeturamos que en el interior del yo actúan pulsiones diversas de las de autoconservación libidinosas; sólo que deberíamos poder indicarnos. Es de lamentar que nos resulte harto difícil hacerlo, por el atraso en que se encuentra el análisis del yo. (Freud, 1920: 52)

Por último, merece una mención especial a la ya famosa definición freudiana de la pulsión como *concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático*, cuando dice Freud (1915):

Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico, de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. (1915: 117)

Nuevamente aquí la noción de “apuntalamiento” toma todo su valor. Si bien Freud no desarrolla conceptualmente esta “triple definición” de pulsión en el texto de 1915 ni mucho menos lo vincula de manera explícita con la noción de *anlehn*, es sin duda posible (y hasta recomendable) tomar como referencia el concepto de apuntalamiento como vía de acceso para intentar dar cuenta de lo que está en juego cuando Freud se refiere al carácter fronterizo de la pulsión.

No se insiste lo suficiente en el vínculo entre el apuntalamiento⁷ y la libidinización de esas funciones corporales, “biológicas” al inicio. Hablar de libidinización de los órganos importantes para la vida (boca, ano, etc.) implica necesariamente poner de relieve *lo fronterizo* (libido/órgano, psíquico/somático), en el sentido mismo que Freud estatuye las fases del desarrollo libidinal: que las dos primeras fases del desarrollo libidinal estén en relación con dos funciones fundamentales

7 Freud siempre destacó que en el “apuntalamiento” de lo que se trata es de cómo las pulsiones sexuales se apuntalan en las funciones importantes para la vida o la “autoconservación”.

para la vida como lo son la función nutricia y la excrementicia (boca y ano, respectivamente), también nos permite articular lo fronterizo de la pulsión con el apuntalamiento.

Algunas palabras finales

No es el objetivo de este escrito hacer una conclusión sobre las hipótesis formuladas, sino más bien dejar planteada la cuestión de las dificultades con las que se encontró Freud y pusieron en jaque, como se dijo al inicio, el Gran Modelo Pulsional, más precisamente su primer dualismo. Tales dificultades y sus resoluciones dan cuenta de *lo epistemológicamente imprescindible del dualismo*, como lo afirma Masotta, en el sentido de la necesidad conservar el campo de lo sexual (de la sexualidad) como diferenciado de otro (no sexual o de tendencias no sexuales) en la medida de que campo de lo sexual, como se sabe, está en la base de la etiología de las psiconeurosis.

Los avatares de este primer dualismo freudiano abren una vía que se continúa más allá de 1920 y que tiene un antecedente muy importante en lo que Masotta denomina *el convidado de piedra* de “Introducción del narcisismo” que es el odio (las tendencias agresivas, los componentes destructivos del yo, los componentes no libidinales del yo, tendencias no sexuales): “Entre 1914 y 1920 todo el problema de la teoría pareció residir en esos componentes no libidinales, el residuo de las dubitaciones y dificultades del trabajo sobre narcisismo” (Masotta, 1980: 63).

Es precisamente en 1920, en *Más allá del principio del placer*, que Freud le da tratamiento a este tema otrora soslayado en el marco de un intento de configurar un nuevo dualismo pulsional (pulsión de vida-pulsión de muerte): si bien ya plantea allí la cuestión del masoquismo como originario (al contrario del planteo de 1915 donde lo originario era el sadismo) es recién tres años más tarde, en “El problema económico del masoquismo”, que va a poder formalizar y darle estatuto conceptual definitivo a su nuevo dualismo a partir de la construcción de la noción de “masoquismo erógeno primario”.

Bibliografía

Breuer, J. y Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar en *Estudios sobre la histeria* (1893-95). En *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu Ed., 1997, t. II.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ed., 2003, t. VII.

Freud, S. (1910). La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis. En *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu Ed., 1997, t. XI.

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu Ed., 2007, t. XIV.

Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ed., 2007, t. XIV.

Freud, S. (1920): Más allá del principio del placer En *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu Ed., 2007, t. XVIII.

Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo En *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu Ed., 2003.t. XVIII.

Freud, S. (1905). Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie. Gesammelte Werke V Chronologisch Geordnet (1904-1905) Imago Publishing Co., Ltd. London, 1942, 5. Band. Recuperado el 06/03/21 de: <http://freud-online.de/index.php?page=445644700&f=1&i=445644700>.

Freud, S. (1915): Triebe und Tribschicksale Gesammelte Werke X Chronologisch Geordnet (1913-1917) Imago Publishing Co., Ltd. London, 1946, 10. Band. Recuperado el 06/03/21 de: <http://freud-online.de/index.php?page=445644700&f=1&i=445644700>.

Krafft-Ebing, R. (1894). *Psychopathia Sexualis*, III:General Pathology. Recuperado el 06/03/21 de: <https://archive.org/details/PsychopathiaSexualis1000006945/page/n193/mode/2up>.

Masotta, O. (1980). *El modelo pulsional*. Buenos Aires: Catálogos Editora, 1990.

CAPÍTULO 5

CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE METAPSICOLOGÍA

Sobre el Inconsciente como sistema

Juan Manuel Bigoritto

Un ensayo introductorio

Metapsicología. Puntualización de algunos antecedentes

El siguiente trabajo pretende un apoyo explicativo, un camino reflexivo para introducirnos en la lectura del texto de “Lo inconsciente (Freud, 1915)”.

Este texto pertenece al conjunto llamado escritos *metapsicológicos*, modo en que define Freud a las hipótesis conceptuales que le permiten abordar los procesos psíquicos, recorriendo un camino explicativo que tenga en cuenta una dimensión tópica, económica y dinámica. Para contextualizarlo, debemos reseñar que fue escrito en el mismo año que “Pulsiones y destinos de pulsión (Freud, 1915)” y que “La represión (Freud, 1915)”, ocupando el último lugar en la serie. Asimismo, podemos considerar parte de la metapsicología al texto de “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños (Freud, 1917 [1915])”.

Si tomamos como referencia de antecedentes del concepto, la organización del programa de la materia, podemos mencionar el texto de la obra freudiana “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Freud, 1893)”, señalando la hipótesis de una conciencia segunda; y en donde elabora la idea de que la experiencia traumática guarda en la memoria representaciones que tienen la característica de tener “cortado” el comercio asociativo con las representaciones de la conciencia. También contamos con los textos “Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria (Freud, 1898)” y “Sobre los recuerdos encubridores (Freud, 1899)”, donde Freud introduce como novedad, las formaciones

del Inconsciente como elaboraciones/producciones observables en hechos de la vida cotidiana que no están asociados a la patología. Otro señalamiento de una novedad introducida respecto del trabajo del Inconsciente, que estudiamos en la materia, es la idea de que, para que acontezca “el olvido” como falla de la memoria, es preciso que actúen dos fuerzas: una de repulsión y otra de atracción (ejercida por contenidos previamente reprimidos). En la misma unidad temática de la materia, introducimos el sueño como otra producción del Inconsciente en la vida cotidiana. El texto que le corresponde es “La interpretación de los sueños (Freud, 1900)”. En este texto, en el capítulo VII “Sobre la psicología de los procesos oníricos” Freud postula la llamada *primera tópica* del aparato psíquico. Define un aparato compuesto en sistemas: inconsciente, preconsciente/conciente. También incluye otras referencias como polos perceptivo y motor, y un sistema de *Huellas Mnémicas* que representan las alteraciones permanentes en el aparato producidas por los estímulos que ingresan al mismo. Este texto tiene una importancia principal como base para el cuerpo teórico del Psicoanálisis en cuanto formaliza los supuestos fundamentales del edificio teórico que explica la constitución y funcionamiento del aparato psíquico, la naturaleza del desear y las características de los distintos sistemas, por nombrar algunas de las cuestiones fundamentales.

Todo el trabajo explicativo que viene realizando Freud en su escritura, va a permitir la elaboración de *Lo Inconsciente* en su dimensión sistemática, que incluye una dimensión tópica y dinámica.

Cronológicamente anterior al texto sobre “Lo inconsciente” de 1915, ubicamos el texto de referencia introductoria al actual, “Notas sobre el concepto de lo Inconsciente en psicoanálisis (Freud, 1912)” en el cual aborda los usos descriptivo y dinámico del término.

Para una breve descripción de aquellos usos decimos que:

Por la diferenciación de pensamientos preconscientes e inconscientes nos vemos llevados a abandonar el ámbito de la clasificación y a formarnos una opinión sobre las relaciones funcionales y dinámicas de la actividad de la psiquis, hemos hallado un *preconsciente eficiente*, que sin dificultad pasa a la conciencia, y un *inconsciente eficiente*, que permanece inconsciente y parece estar cortado (cut off) de la conciencia. (Freud, 1912)

James Strachey señala que “[...] la intención de Freud nunca fue filosófica al intentar abordar este supuesto, sino más bien del orden de la práctica (Freud, 2012: 156)”.

Consideraciones sobre el punto de vista tópico

Freud se pregunta por la manera en que se produce un comercio entre los sistemas del aparato psíquico, ¿de qué manera se relacionan e influyen entre sí? Si hablamos sobre la cualidad de eficientes, tanto del preconsciente como del inconsciente como lo escribe en “Notas [...]” que es el texto que citamos en el punto anterior. Este trabajo teórico de Freud podemos leerlo a través de un hilo conductor que deja planteado en el capítulo II en las siguientes preguntas:

Si queremos tomar en serio una tópica de los actos anímicos, tenemos que dirigir nuestro interés a una duda que en este punto asoma. Si un acto psíquico (limitémonos aquí a los que son de la naturaleza de una representación) experimenta la trasposición del sistema Icc al sistema Cc (o Pcc), ¿debemos suponer que a ella se liga una fijación nueva, a la manera de una segunda transcripción de la representación correspondiente, la cual entonces puede contenerse también en una nueva localidad psíquica subsistiendo, además, la transcripción originaria, inconsciente? ¿O más bien debemos creer que la trasposición consiste en un cambio de estado que se cumple en idéntico material y en la misma localidad? (Freud, 2012: 169)

Dará respuesta a ello en el último capítulo de *Lo Inconsciente* (Freud, 1915), al cual nos referiremos finalizando este ensayo. Aun así, podemos adelantar que, tomando como referencia lo que trabaja en el “apéndice C. Palabra y cosa” (Freud, 1915), las representaciones palabras actúan como puente facilitador de las representaciones cosa hacia la Conciencia.

Retomando el capítulo II “La multivocidad de lo inconsciente y el punto de vista tópico”.

Como primera aproximación metapsicológica, Freud nos dice:

Lo inconsciente abarca, por un lado, actos que son apenas latentes, inconscientes por algún tiempo, pero en lo demás en nada se diferencian de los conscientes; y, por otro lado, procesos como los reprimidos, que, si devinieran conscientes, contrastarían de la manera más llamativa con los otros procesos conscientes. (Freud, 2012: 168)

Podemos leer en este pasaje el esfuerzo por explicar la distinción en los usos tóxico y dinámico del término Inconsciente para los procesos anímicos. Tiene la hipótesis de que estos procesos pueden encontrarse en localidades diferentes donde la dinámica de los mismos poseen propiedades particulares, según correspondan a representaciones anímicas inconscientes (dimensión descriptiva) o inconscientes pero también reprimidas y eficientes (dimensión dinámica incluida en un sistema). Podríamos aquí hacer el esfuerzo de pensar que nos plantea una dinámica del funcionamiento del decurso anímico inconsciente ordenado a las propiedades de un sistema que como tal se rige por leyes y mecanismos particulares (distintos de los del sistema Cc).

Freud propone, en la misma página, los símbolos Icc y Cc para referirse al uso sistemático de los conceptos que venimos trabajando. Lo explica de la siguiente manera:

Un acto psíquico en general atraviesa por dos fases de estado, entre las cuales opera como selector una suerte de examen (censura). En la primera fase él es inconsciente y pertenece al sistema Icc; si a raíz del examen es rechazado por la censura, se le deniega el paso a la segunda fase; se llama reprimido y tiene que permanecer inconsciente. Pero si sale airoso de este examen, entra en la segunda fase y pasa a pertenecer al segundo sistema, que llamaremos el sistema Cc. Empero, su relación con la conciencia no es determinada todavía unívocamente por esta pertenencia. No es aún consciente, sino susceptible de conciencia (según la expresión de Breuer en *Estudios sobre la histeria*), vale decir, ahora puede ser objeto de ella sin una particular resistencia toda vez que se reúnan ciertas condiciones. (Freud, 2012: 169)

En relación con esta explicación, propone que el Pcc participa de las propiedades del sistema Cc y que la censura rigurosa se encuentra en el paso del Icc al Pcc - Cc.

Observemos que Freud se está preguntando por el modo en que los contenidos de un sistema son aceptados en otro.

Sobre los sentimientos y el sistema Icc

Para abordar el entendimiento respecto de lo que Freud escribe como sentimientos inconscientes en el capítulo III del texto, nuevamente recurriremos a los aspectos indagados con anterioridad al incluir la mirada metapsicológica.

¿Qué nos dice Freud acerca de los sentimientos, emociones y afectos? Refiere que en los capítulos anteriores trató acerca de las representaciones y que ahora es el momento de preguntarse si también la distinción entre consciente e inconsciente es válida para las emociones y sentimientos. Va al núcleo de la cuestión y dice que una moción pulsional nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia, solo su representante que es la representación. Para complejizar el tema y poder darle un estatuto conceptual refiere que: “[...] en psicoanálisis hablamos de amor, odio y furia inconscientes [...] (Freud, 1915: 173)” y allí puede dar la explicación teórica diciendo que, si podemos tener alguna noticia de sentimientos o afectos inconscientes es debido a que la carga energética correspondiente a la moción pulsional, toma dos caminos o dimensiones a tener en cuenta. Por un lado, una vez que ha actuado la represión como mecanismo psíquico de defensa, el elemento cuantitativo de la pulsión sigue los tres destinos conocidos: puede ser sofocada, mudada en angustia o percibida como un afecto cualitativamente diferente al de la moción pulsional original. Aquí entonces lo que se plantea es que si bien podemos hablar de un componente energético/afectivo de la pulsión, este no es sino solo una posibilidad en su expresión: “[...] al afecto inconsciente sólo le corresponde una posibilidad –de amago– a la que no se le permite desplegarse” (Freud, 2012: 174). Y en este sentido es que, al final de la página, nos ilumina la oscuridad de esta explicación metapsicológica, proponiendo que las representaciones son investiduras de huellas mnémicas y que los afectos son procesos de descarga de estas cuyas exteriorizaciones se perciben como sensaciones. Por otro lado, es válido hablar de sentimientos o afectos inconscientes cuando nos topamos en el

análisis con representaciones sustitutivas a las cuales se adhirió el afecto de otra representación inconsciente y reprimida. Dicho de otro modo: cuando el afecto original de una representación que fue reprimida es adosada a otra representación sustitutiva de aquella, que ahora se abrió paso a la conciencia. Otro dato de relevancia para la clínica, es el que enuncia cuando dice que es posible que un afecto se desarrolle directamente desde el sistema Icc y que en todos aquellos casos es percibido como angustia. La posibilidad del afecto de expresarse cualitativamente diferente será en función de la representación sustitutiva a la que adhiera. Señalemos estas consideraciones como la dimensión económica de los procesos anímicos. Otra lectura posible respecto de la dimensión económica, la encontramos en la referencia a lo que (Freud, 1999) trabaja en “La interpretación de los sueños, Capítulo 7” cuando introduce “*la vivencia de satisfacción*”, como inaugural del funcionamiento del aparato psíquico, insistiendo en la hipótesis de que toda pulsión busca su descarga y/o satisfacción cumpliendo con la regulación que impone el principio del placer/displacer, derivado del Principio de Constancia. Esta propuesta o principio que regula el decurso de los procesos anímicos inconscientes ya había sido introducida en el texto “Puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa de (Freud, 1999: 61)” como la hipótesis auxiliar: “[...] un monto o quantum de energía en el aparato psíquico susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga [...]”.

La resistencia en la clínica. Sobre la represión y sus mecanismos

Podemos pensar la escritura del capítulo IV como una continuación del texto de “La represión (Freud, 1915)”. En “La represión” Freud trabajó sus tiempos, y la relación que ellos mantienen con la defensa. La represión como mecanismo que inaugura el aparato psíquico constituido por sistemas. También desarrolla una extensiva explicación respecto del mecanismo de la represión en las histerias de angustias, diferenciándolo de procesos que se continúan a partir aquel mecanismo en las histerias de conversión y las neurosis obsesivas (trabajando también de este modo la diferencia entre *formaciones sustitutivas y síntomas*). De esta manera

nos señala cómo distinguir la lectura metapsicológica en los procesos represivos en la frontera de lo Icc.

Lo novedoso en este apartado, a nuestro juicio, es que puntualiza especificaciones tópicas y dinámicas en cuanto a la represión. Individualiza qué tipo de investidura es quitada en el proceso represivo e introduce el sistema dentro del cual se lleva a cabo. Digámoslo así: en el proceso de la represión propiamente dicha es la investidura preconsciente la que se retira, dentro del sistema Pcc. Freud añade que, en este segundo tiempo represivo, se suma a la contrainvestidura (de la represión primordial) el quite de la investidura preconsciente (de la represión propiamente dicha o esfuerzo de dar caza).

Un aspecto u elemento que consideramos importante señalar es una doble función que Freud ubica para la representación sustitutiva; dice allí, tomando la referencia a la fobia a los caballos de un niño de 5 años, que él siente angustia cuando la moción de amor (hacia su padre) reprimida, experimenta un refuerzo; la segunda, cuando es percibido el animal angustiante: 1- “la representación sustitutiva se comporta, en un caso, como el lugar de una transmisión desde el sistema Icc, al interior del sistema Cc y en el otro, 2- como una fuente autónoma del desprendimiento de angustia” (Freud, 2012: 179). Esta descripción nos da pie para ingresar al camino explicativo de otros elementos de la metapsicología freudiana, como lo son los retoños psíquicos, los cuales incluyen las representaciones sustitutivas, los síntomas y fantasías. Nos introduce en un denso marco conceptual por la complejidad que requiere el esfuerzo reflexivo en su abordaje lógico conceptual. Con el cuidado de mantenerse a distancia de lecturas religiosas, Freud no deja de apoyarse en los observables clínicos y los fenómenos de la experiencia subjetiva sobre los cuales se apoya para proponer semejante posición epistemológica.

Sobre los retoños del Icc. Fantasías, formaciones sustitutivas y síntomas

Continuando con la lectura y trabajo del texto, tras enumerar las propiedades particulares del sistema Icc (capítulo V); luego, en el capítulo VI, nos introduce en la cuestión del papel de los retoños y las fantasías en el comercio entre los sistemas. Animémonos a un camino explicativo siguiendo la letra del texto ¡como antorcha!

[...] sería erróneo suponer que el comercio entre los dos sistemas se limita al acto de la represión [...] el Icc es más bien algo vivo, susceptible de desarrollo, y mantiene con el Pcc toda una serie de relaciones; entre otras, la de la cooperación. A modo de síntesis debe decirse que el Icc se continúa en los llamados retoños, es asequible a las vicisitudes de la vida, influye de continuo sobre el (Pcc) y a su vez está sometido a influencias de parte de éste” (Freud, 2012: 187).

¿Qué son, entonces, los llamados retoños? Freud nos advierte que el estudio de estos retoños nos llevará al desengaño de sostener el convencimiento de una separación tajante entre los sistemas. Este detalle teórico implica para la lectura propuesta una de las formas introductorias ofrecidas desde la cátedra por cortes o hitos, que ordenan una lectura que no es un continuo, entendiendo un esfuerzo por complejizar la mirada binaria de la lógica que rige en la investigación científica, hija de la Modernidad como camino del “conocimiento verdadero”. El estudio de los retoños de lo Icc también es una lectura preparatoria para la elaboración de la segunda tópica de aparato psíquico que propondrá (Freud, 1923) en “El yo y el ello”, donde una de las cosas que va a sostener es que “parte del yo y del súper yo hunden sus raíces en el ello”.

Dice Freud, al final de la primer página del texto, que los retoños son de las mociones pulsionales Icc, por lo cual decimos que pertenecen a ese sistema y que por lo tanto, anticipa su destino. Pero aclara que, cualitativamente pertenecen al sistema Pcc debido a que se encuentran altamente organizados y han aprovechado todas las adquisiciones del sistema Cc por lo cual muy difícilmente los podríamos distinguir de las formaciones de este sistema. Agrega que de esa clase de formaciones, como los retoños, lo son también las fantasías y las formaciones

sustitutivas. Las fantasías jamás ingresan en la conciencia. Las formaciones sustitutivas sí pueden hacerlo sirviéndose de la coincidencia con una contrainvestidura del preconscious. Las fantasías, como hemos visto en la formación del sueño y de los síntomas psiconeuróticos, sostienen un grado de satisfacción pulsional con la condición de mantener una carga de investidura baja. Si la investidura libidinal de la fantasía recarga de su quantum, produce un acercamiento a la conciencia, la censura es alertada y manda a reprimirlas¹. “Un sector muy grande de esto preconciente proviene de lo inconsciente, tiene el carácter de sus retoños y sucumbe a una censura antes que pueda devenir consciente. Otro sector del preconciente puede devenir consiente sin censura” (Freud, 2012: 188). Con esto último introduce la idea de una segunda censura psíquica ubicada entre Pcc. y Cc. y que en realidad, en el tránsito de un sistema a otro, sea el que fuere, siempre debe de actuar una censura, una suerte de selector psíquico, cuyo mecanismo estaría íntimamente asociado a la función de la atención. En los pies de página de aquellos pasajes encontramos una referencia a la pérdida de textos que se abocarían al trabajo de la Conciencia y la función de la atención. De todos modos, aquí Freud deja planteado que el comercio entre los sistemas no puede realizarse por medio de una transcripción del material psíquico. “Por tanto, ni con los sistemas ni con la represión mantiene la conciencia un vínculo simple” (Freud, 2012: 189). Podríamos pensar entonces que Freud busca introducir una complejidad en la cual aún no hay certezas respecto de cómo se relaciona –por medio de qué mecanismos, en qué condiciones– la conciencia con cada uno de los sistemas (Icc, Pcc/Cc.), recordando que cada sistema se rige por principios de funcionamiento distintos entre sí. Es este sentido, el que supone pensar a la conciencia como una cualidad del aparato psíquico. Y esta conciencia como cualidad, sería independiente de los procesos dinámicos, leídos en clave metapsicológica. Así se propone que parte del yo, por lo tanto de sus mociones pulsionales, son también inconscientes, aunque en su naturaleza ¿son opuestos funcionales a lo reprimido? Esta pregunta nos referencia a un problema conceptual que se le plantea a Freud en “Introducción del Narcisismo” de 1914, respecto de la libidinización de las pulsiones yoicas

1 Tema que desarrollaremos en las clases sobre “los caminos de la formación de síntomas”. Estudiaremos a las fantasías como camino intermedio, y participando de procesos económicos que dan por resultado la activación de la instancia criticadora para la formación del síntoma psiconeurótico (los antecedentes de esta dinámica los estudiamos en los caminos de la formación del sueño).

en el primer dualismo pulsional, y que luego resolverá en “Más allá del Principio del Placer” en 1920 proponiendo una nueva agrupación dual de las pulsiones.

El comercio entre los sistemas. Representación palabra y representación cosa

Freud toma el análisis de las psiconeurosis narcisistas para continuar elaborando un acercamiento a la explicación de lo inconsciente. En el desarrollo del último capítulo del texto, expone su hipótesis sobre los mecanismos a partir de los cuales se produce el comercio entre los sistemas, retomando las preguntas que se hiciese en el capítulo II.

En esta materia no trabajamos la cuestión clínica de los casos. Solo puntualizamos referencias que nos permitan comprender su relación con la teoría. De este modo no dejaremos de introducir el pasaje donde Freud menciona las características clínicas de las esquizofrenias incipientes y dentro de estas características, destaca la inusual y particular utilización del lenguaje y de las palabras que realizan estos pacientes. Lenguaje hipocondríaco o de órgano dice el autor en el texto. Menciona dos casos que el Dr. Víctor Tausk (Viena) puso a su disposición, en los cuales las enfermas utilizaban el lenguaje siempre refiriéndose a cuestiones de órganos. Cuando decimos cuestiones, nos referimos a dolencias, incomodidades, referencias a un malestar, donde también encontramos una particular desorganización sintáctica en el uso del lenguaje, que el autor caracteriza como amanerado [no natural]. Es a partir de estas observaciones clínicas que Freud se pregunta ¿cómo operan los mecanismos psíquicos del comercio entre los sistemas? ¿cuáles son las relaciones que establece el yo con el objeto teniendo en cuenta que en las psiconeurosis narcisistas el vínculo con la realidad se muestra subvertido?, la transferencia entre el médico y el paciente se torna inaccesible en la mayoría de los casos. Y es por aquel camino, del estudio del uso del lenguaje en estos pacientes que, vía una reflexión metapsicológica de los procesos anímicos, emprende un camino explicativo. Se apoya en la vida anímica del sueño, en su elaboración, en el trabajo al que el sueño somete a las palabras y pensamientos [pensamientos oníricos]

y expone: “En la esquizofrenia las palabras son sometidas al mismo proceso que desde los pensamientos oníricos latentes crea las imágenes del sueño, y que hemos llamado, el proceso psíquico primario” (Freud, 2012: 196). Afirma que lo que confiere un carácter extraño a los síntomas de la esquizofrenia es el predominio de la referencia a la palabra sobre la referencia a la cosa². Freud dice que en las psicosis, las palabras son utilizadas y manipuladas como los objetos mismos, como las cosas de la realidad externa. Freud da la referencia de que los esquizofrénicos profieren en sus dichos el contenido inconsciente que en el caso de las psicosis de transferencia [histeria, neurosis obsesivas, etc.] se encontrarían en el estado de la represión y sólo sabemos de ellas por sus sustitutos. Van a encontrar los ejemplos de esto que recién mencionamos, en los casos que describe en el texto.

Así las cosas expuestas, Freud retoma la idea de que en las esquizofrenias, las investiduras de objeto son resignadas, para aclarar lo siguiente:

[...] la investidura de las representaciones-palabra de los objetos se mantiene. Lo que pudimos llamar la representación-objeto consciente se nos descompone ahora en la representación-palabra y en la representación- cosa, que consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella. De golpe creemos saber ahora donde reside la diferencia entre una representación consciente y una inconsciente. Ellas no son, como creíamos, diversas transcripciones del mismo contenido en lugares psíquicos diferentes, ni diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar, sino que la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola. (Freud, 2012: 198)

Pensemos que, entonces, a partir de esta lógica podemos decir que el mecanismo de la represión, en las neurosis de transferencia, actúa, o bien quitando el monto de investidura de representaciones palabras a las representaciones-objeto, o bien, evitando que aquellas sobre-inviestan a las representaciones cosa para que no devengan conscientes como representaciones-objeto. Nos resulta interesante retomar aquí lo expuesto en el capítulo III donde Freud habla de sentimientos

2 Véase apéndice C. Palabra y cosa, en Lo inconsciente, 1915.

inconscientes y aclara que las representaciones son investiduras, en el fondo, de huellas mnémicas. Es posible vincular a lo planteado la “hipótesis auxiliar” que realiza (Freud, 1984) en su texto “Las neuropsicosis de defensa”, donde deja planteada la idea que atravesará toda su obra respecto de la existencia de un monto de afecto o suma de excitación que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y que se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones. Podemos observar una íntima relación en las analogías con los procesos orgánico-fisiológicos en los ensayos de explicar el funcionamiento de la vida anímica, y allí encontramos una de las mayores complejidades para la lectura y entendimiento del corpus teórico del psicoanálisis que nos lega Freud. Esa misma complejidad y esfuerzo, podemos suponer es lo que también atravesó el mismo Freud en el transcurso de su producción. Ni hablar de la renovada agudeza que este autor sostiene cuando introduce las referencias mitológicas y los análisis lingüísticos para la interpretación de las producciones de lo inconsciente y el funcionamiento de la vida anímica.

A modo conclusivo del ensayo: un ejemplo hipotético sobre metapsicología

Tomemos el caso hipotético de una moción pulsional hostil en el contexto del Complejo de Edipo e intentemos imaginar su recorrido distinguiendo, al mismo tiempo que señalando, los juegos de fuerza dinámicos y económicos de los elementos. De esta manera, podremos ubicar hipotéticamente los mecanismos de investidura, contrainvestidura y sobre investidura, que en su inter juego dan por resultado el sostenimiento de un síntoma neurótico. Por ejemplo: una moción pulsional hostil hacia el padre, diremos que es una investidura pulsional [proveniente de lo inconsciente] y dirigida hacia el objeto padre. Ahora, el padre es una representación palabra, que si la situamos en el sistema preconciente y la imaginamos sometida a su funcionamiento, la podemos ubicar en una cadena de otras representaciones –investiduras que signifiquen por ejemplo, un padre que también es rival con el niño en relación al triángulo edípico que constituyen junto con la madre. Así las cosas, este padre en tanto representación en las fantasías

puede devenir rival que amenaza con tomar venganza sobre el niño que desea tomar como objeto amoroso a su madre. Allí, como elemento de esa cadena de representaciones preconscientes, se erige como una *sobreinvertidura* preconsciente, respecto de la moción pulsional inconsciente, perteneciente al sistema Icc. Continuemos; si este deseo inconsciente, sumado a la fantasía preconsciente no puede devenir a la vida anímica consciente tal cual se presenta, imaginemos que es porque también el niño ama a su padre, y que también teme la realización de su fantasía de la toma de venganza por parte de este padre; mediante la represión, que se presenta como uno de los modos³ de hacer del aparato psíquico con la pulsión, una representación sustitutiva [vía condensación y desplazamiento de las representaciones palabras] accederá a la conciencia por ejemplo, como la representación fóbica del miedo hacia los caballos; y agreguemos que esta misma representación actúa como *contrainvertidura* Cc, sumada a la preconsciente, respecto de la moción hostil Icc.

Queremos señalar que no necesariamente la cualidad de consciente se corresponde con los respectivos sistemas Icc, Pcc y Cc. Observen que en este caso hipotético descrito, la representación sustitutiva [de la moción inconsciente] accede a la conciencia produciendo que el temor a los caballos se constituya en una realidad que le permite al sujeto poder defenderse de la misma ya sea por vía de la motilidad como preparación para la huida o el enfrentamiento o la inhibición como en el caso de fobia; modos defensivos que no tenemos contra el acecho de algo interno. Pero lo que importa señalar como sobresaliente de este movimiento anímico, es que aunque lo que accede a la conciencia es la representación sustitutiva, a la vez es lo que ejerce la *contrainvertidura* como mecanismo del sistema Pc-Cc que subyuga los elementos pertenecientes al sistema Icc. Así es como propone Freud que dilucidemos que las fronteras entre los sistemas no son tajantes, y es lo que lo lleva más adelante a proponer una segunda tópica del aparato psíquico que incluirá partes inconscientes en lo que hoy llamamos el sistema Cc.

3 Freud dice en el texto de “Pulsiones y sus destinos”, que la represión es uno de los cuatro destinos posibles de la Pulsión.

Bibliografía

“Teoría psicoanalítica I. Sigmund Freud”. 2020. 2021. Clases teóricas grabadas. (Instagram: teoriapsicoanalitica.uader). Paraná. Entre Ríos. Lic. en Psicología. FHAyCS. UADER.

Freud, S. (1999). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. *Obras Completas*. Tomo 2. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (1999). Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria. *Obras Completas*. Tomo 3. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (1999). Las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas*. Tomo 3. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (1999). La interpretación de los sueños. *Obras completas*. Tomo 4 y 5. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (1999). Nota sobre el concepto de Inconciente en psicoanálisis. *Obras Completas*. Tomo 12. Bs. As. Amorrortu Editores.

Freud, S. (2012). Lo inconsciente. *Obras Completas*. Tomo 14. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (2012). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas*. Tomo 14. Bs. As. Amorrortu Editores.

Freud, S. (2012). La represión. *Obras Completas*. Tomo 14. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (2012). Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños. *Obras completas*. Tomo 14. Bs. As., Amorrortu Editores.

Freud, S. (2018). El Yo y el Ello. *Obras completas*. Tomo 19. Bs. As., Amorrortu Editores.

La represión

Paula Malespina

*La doctrina de la represión
es ahora el pilar fundamental
sobre el que descansa
el edificio del psicoanálisis,
su pieza más esencial.
(Freud, 1995: 15)*

“La Represión” es un texto de 1915, incluido dentro de los textos metapsicológicos de Freud. En su libro *Introducción a la Metapsicología Freudiana*, Paul Laurent Ausson comenta al respecto:

La metapsicología constituye la superestructura teórica del psicoanálisis, pero también su identidad epistémica. Aquí están la cabeza y el corazón del saber sobre los procesos inconscientes, “laboratorio” que se construye tratando el material surgido de la observación y la escucha clínica. (Assoun, 1994: 9)

Descubrimiento y teorización que van mas allá de la psicología, a la existencia de lo Icc., que en su progreso intentará conquistar a través de hipótesis, conceptualizaciones y desarrollos teóricos que le permitan acceder a su objeto de estudio, a partir de su exploración clínica, desde los puntos de vista tópico, dinámico y económico. En ese sentido, Ausson también nos dice: “La metapsicología es ese anteojito que permite dar relieve a elementos en desplazamiento constante, cuyas metamorfosis se deben apreciar” (1994: 12).

Podríamos comenzar mencionando varias cuestiones sobre el mecanismo de la represión, a grandes rasgos lo situamos como una operación mediante la cual se rechaza o se mantiene alejada de la conciencia ciertas representaciones que, por su contenido y asociaciones, se tornan potencialmente generadoras de displacer.

Freud la ubica entre la huida –que sería la posibilidad de escapar como respuesta al efecto de un estímulo exterior– y el juicio adverso –implica desestimar (rechaza) la moción pulsional–.

Antecedentes del concepto

Si realizamos un recorrido rápido por los antecedentes de esta operatoria, tomando como referencia los textos que forman parte del programa de la materia, podemos fácilmente observar que la cuestión del afecto, del *quantum*, de la suma de excitación, de ese afecto adherido a ciertas representaciones que entran en conflicto y el mecanismo que operaría como respuesta, se encuentran presentes desde los inicios. Freud dedica sus comienzos a indagar la etiología, esto es, la causa, el mecanismo por el cual las histéricas enfermaban. En un primer momento, lo vincula a un suceso o varios que, por la carga emocional que poseían, no pudieron ser descargados de manera adecuada. Ese afecto se divorcia del recuerdo, quedará escindido de la CC. La histérica no logra vincular el suceso ocasionador con su enfermedad, no encuentra el nexo entre ambos hechos¹. A partir del desalojo de la conciencia del recuerdo de estos acontecimientos, se producirá el síntoma. Lo que va a destacar es que esos hechos conservan fresca su intensidad, incluso pueden haber ocurrido durante la infancia y ese vínculo puede ser simbólico. Lo importante, va a decir Freud, es el afecto que esos sucesos despierzan, pues esos recuerdos van a estar cargados de un *quantum* de energía que no logró ser descargado de la manera adecuada, lo cual produce efectos, síntomas, al modo de un cuerpo extraño, dado que esas representaciones con su afecto siguen siendo efectivas y no entran en conexión con las demás representaciones. En ese sentido, a partir del desalojo, conforman esa segunda conciencia, es decir, se produce una escisión de conciencia, hay algo no consciente que genera efectos en el sujeto, esas representaciones no acceden a la conciencia, fueron despojadas de su afecto y esto se manifiesta en lo corporal. Por esta razón, podemos observar como Freud va distanciándose de la posibilidad de una causa innata y sosteniendo la

1 Pueden encontrar desarrollado este tema en la clase: “El trauma y la operación de la defensa”.

opción de lo adquirido, quedando del lado del analizante el saber, las palabras vinculadas a su enfermedad².

Freud sigue profundizando en esa línea, e incluso en el texto “Neuropsicosis de Defensa” plantea su hipótesis auxiliar y dice:

[...] en las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguna para medirla–; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos. (Freud, 1994: 61)

Desde un comienzo, la cuestión del afecto se torna central en relación con el trauma, el aumento de tensión es percibido como displacentero por el aparato psíquico, el cual al romper su equilibrio, intentará recobrar aliviando el exceso de carga. El aparato es una respuesta a esa cantidad perturbadora, cantidad que surge a partir de la exigencia que ese esfuerzo somático implica a lo psíquico. Si buscamos la definición corriente del termino aparato, el mismo implica un objeto formado por piezas y elementos que sirve para desarrollar un trabajo o función determinada, generalmente funciona con energía eléctrica, por lo cual no es casual que Freud utilice este término para nominar al psiquismo, a su función y a los mecanismos que operan para aliviar la tensión.

Luego, siguiendo la línea del afecto y del mecanismo que opera para alguna tramitación, en el texto de “Nuevas Puntualizaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa”,

2 La relación entre analizante – analizado se trabaja en el texto: “Las influencias de Freud. El tratamiento desde el alma”.

“Psique es una palabra griega que en alemán se traduce “Seele” [alma]. Según esto, “tratamiento psíquico” es lo mismo que “tratamiento del alma”. Podría creerse, entonces, que por tal se entiende tratamiento de los fenómenos patológicos de la vida anímica. Pero no es este el significado de la expresión “tratamiento psíquico”, quiere decir, más bien, tratamiento desde el alma...” (Freud, 1890: 115).

“Esta es la frase con la que inicia este artículo y encontramos allí una notable afirmación, Freud propone revisar la idea de que un tratamiento se “aplica” sobre el enfermo o el paciente, más bien propone un tratamiento “desde” el alma. Esta afirmación es una subversión de los lugares de distribución de poder referidos a la cura, el poder estará en el psiquismo de quien padece y no en manos del médico”.

Freud señala que no son las vivencias las que contienen el efecto traumático: es la reanimación del recuerdo luego de haber atravesado la pubertad, el efecto póstumo del trauma infantil sexual. Ese afecto que surge a partir de la puesta en vigor, de revivir la huella mnémica es lo que pone en movimiento la operación de la defensa. La defensa busca disminuir la tensión en el aparato, en otras palabras, evitar el displacer.

El afecto es desplazado a una representación que, por su insignificancia, no entra en conflicto con el yo, esa representación va a quedar escindida, separada y no va a entrar en asociación con las otras representaciones, por lo cual la defensa a partir de la separación entre la representación y su afecto logra cumplir su cometido, evita el displacer en el aparato.

En esta misma línea, otro antecedente que podemos incluir es el olvido del nombre Signorelli, Freud nos dirá:

En el empeño por recuperar un nombre así, que a uno se le va de la memoria, acuden a la conciencia otros –nombres sustitutivos–, y estos, aunque discernidos enseguida como incorrectos, una y otra vez tornan a imponerse con gran tenacidad. El proceso destinado a reproducir el nombre que se busca se ha desplazado {descentrado}, por así decir, llevando de tal suerte hasta un sustituto incorrecto. Pues bien, mi premisa es que tal desplazamiento no es dejado al libre albedrío psíquico, sino que obedece a unas vías {Bahn} calculables y ajustadas a ley. (Freud, 2004: 10)

Mas bien será preciso suponer que a su turno, ese tema posee íntima conexión con unas ilaciones de pensamiento que en mí se encuentran en el estado de la represión; es decir que, no obstante la intensidad del interés que sobre ella recae, tropiezan con una resistencia que las mantiene apartadas de su procesamiento por cierta instancia psíquica y, así, de la conciencia. (Freud, 1994: 285)

Puede leerse que nos encontramos mencionando el termino represión, donde Freud va a situar algo anteriormente reprimido que se pone en conexión con el nombre olvidado y que va a dar por resultado, a partir de la formación de compromiso, dos sustitutos que son Boticelli y Boltraffio. Por formación de compromiso se entiende, según la definición brindada en el diccionario de Psicoanálisis:

Forma que adopta lo reprimido para ser admitido en lo consciente, retornando en el síntoma, en el sueño y, de un modo más general, en toda producción del inconsciente: las representaciones reprimidas se hallan deformadas por la defensa hasta resultar irreconocibles. De este modo, en la misma formación, pueden satisfacerse (en un mismo compromiso) a la vez el deseo inconsciente y las exigencias defensivas. (Laplanche & Pontalis, 1998: 161)

Podemos observar entonces que la idea freudiana del cuerpo extraño y la falta de asociación de las representaciones escindidas de la conciencia va perdiendo fuerza y contemplando la idea de una asociación ineludible, lo que posibilitará, vía asociación libre, recorrer el camino hacia los contenidos reprimidos.

También en este texto, Freud va a situar el mecanismo mediante el cual se lleva a cabo el olvido, como un modelo de los procesos patológicos que encontramos en la formación de síntomas en las psiconeurosis, e incluso plantea en ambos un idéntico juego de fuerzas.

De igual manera, y por medio de unas asociaciones de parecida superficialidad, una ilación de pensamiento reprimida se apodera en la neurosis de una impresión reciente inofensiva, y la atrae hacia abajo, junto a ella, a la represión. (Freud, 1994: 286)

Como Freud nos sitúa en “Pulsión y destinos de pulsión” esta no opera de un solo golpe, sino que es una fuerza constante que proviene del interior del organismo, de la que no podemos huir, ni reducir en su totalidad.

Ingresando al texto

A partir del texto “La Represión”, podemos pensar que si bien el afecto, la pulsión pueden tomar el destino la represión, “chocar con resistencias que quieran hacerlas inoperantes” con la concepción metapsicología, planteando un aparato psíquico desde lo tópico, lo dinámico y lo económico, con la represión primaria ya no podemos pensar en una lógica del recuerdo, de un lcc. que podría vaciarse

si logramos hacerlo Cc, sino de un Icc. permanente, imposible de recuperar y el cual precisa de un gasto constante de energía para su sostenimiento. El lema que guió la clínica freudiana años anteriores “hacer consciente lo Icc” ya no podrá concretarse en su totalidad. Sin embargo, debemos destacar que Freud continúa sosteniendo la noción de conflicto psíquico juntamente con un mecanismo que opera produciendo una escisión, un quiebre, una fractura en el psiquismo, donde gran parte de nuestros actos anímicos no vienen comandados desde la Cc. sino desde un sector de nuestro psiquismo constituido a partir de este mecanismo central de la teoría psicoanalítica. Retomando la cita inicial, el padre del psicoanálisis ubica a la represión como la pieza fundamental, ya que su idea de que no somos totalmente dueños de nuestros actos, sino que gran parte de ellos vienen comandados desde lo Icc., instancia psíquica estructurada a partir del mecanismo de la represión.

En relación con la pulsión, Freud va desplegando la constancia de esa fuerza, la búsqueda implacable de su satisfacción y acceso a la Cc, vedando la posibilidad de reprimir de una vez y para siempre, exigiendo así un trabajo de fuerzas que operan constante y dinámicamente. Entonces, para sostener la represión, ya no alcanza con la repulsión que se ejerce desde lo Cc, sino que también entraña esta fuerza que desde lo reprimido primordial va a ejercer un efecto de atracción.

Represión e inconsciente son conceptos solidarios a partir del momento en que un representante psíquico de la pulsión se fija (represión primaria), algo queda fijado e inaugura lo Icc., y a la vez va a ejercer un efecto de atracción para otros representantes que le permitirán por cadena asociativa (represión secundaria) ponerse en conexión con aquellos que son susceptibles de emerger en la conciencia (retorno de lo reprimido).

La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes de que se haya establecido una separación nítida entre consciente y actividad inconsciente del alma, y su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella. Este modo de concebir la represión se complementaría con un supuesto, a saber, que antes de esa etapa de la organización del alma los otros destinos de la pulsión, como la mudanza hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia

persona, tenían a su exclusivo cargo la tarea de la defensa contra las mociones pulsionales. (Freud, 1995: 142).

Entonces Freud va a utilizar, en relación con la represión primaria, algunos términos que nos van a orientar con respecto a esta operación que **fija** ciertos contenidos, los que van a permanecer de manera **inmutable** e intentarán entrar en conexión con otros a través de los cuales podrán emerger en lo Cc. Esto, sin embargo, nos implica una dificultad, ya que si es a partir de la represión que podemos pensar en lo Icc., debemos considerar un movimiento anterior a lo reprimido secundariamente que inaugura esa instancia psíquica y el psiquismo también, por lo cual cuando hablamos de represión primaria u originaria suponemos una anterioridad lógica que inauguró ese espacio, que vendría dado por la fijación de la pulsión a ciertos representantes que nunca fueron conscientes, la pulsión queda inscripta, abrochada a los representantes.

Pues bien; tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {Representanz} psíquica (agencia representante – representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella. Esto acontece a consecuencia de las propiedades de los procesos inconscientes, que hemos de considerar después. (Freud, 1995: 143)

En el texto “Tres ensayos de una teoría sexual”, sitúa para graficar este doble juego de fuerzas, la **atracción** que ejerce lo reprimido primordial y la **repulsión** sobre las representaciones a reprimir.

No puede comprenderse el mecanismo de la represión si se toma en cuenta uno solo de los dos procesos que cooperan entre sí. A título de comparación, puede servir el modo en que los turistas son llevados hasta la cúspide de la gran pirámide de Giza: de un lado los empujan, del otro los atraen. (Freud, 1995: 159. Nota 4)

Lo reprimido primordialmente, aquello inmutable que permanece fijo, inaccesible pero que como todo lo reprimido insiste por emerger en lo consciente requerirá del enlace con otras representaciones para alcanzar, desfiguradamente, su cometido.

Freud sostiene la hipótesis de lo primario como construcción teórica que le posibilita generar una hipótesis para entender los efectos de la represión secundaria, construcción que intenta explicar a partir de los otros tiempos, aquel primer tiempo lógico que posibilita intuir que aquello reprimido secundariamente requiere de una operación anterior constitutiva del psiquismo, operación que posibilitó la separación en instancias psíquicas que no es observable.

En esa línea, Kuri aporta: “Habíamos dicho que el término fijación, del alemán, se puede entender también como inscripción, es decir que la pulsión queda inscrita, queda registrada en el orden de los representantes” (Kuri, 1992: 8).

Represión como destino

Retomando, Freud sostiene que la represión no es un mecanismo presente desde el origen, incluso en “Pulsiones y destinos de pulsión” va a situar dos destinos anteriores (el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia). Luego va a ubicar la represión como el tercer destino de la pulsión, situando a la sublimación en cuarto lugar, aquella que permite la satisfacción de la pulsión eludiendo su fin sexual.

En el texto “La represión”, Freud se pregunta:

¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino? Para ello, evidentemente, debe llenarse la condición de que el logro de la meta pulsional depara displacer en lugar de placer. Pero este caso no se concibe bien. Pulsiones así no existen, una satisfacción pulsional es siempre placentera. Deberían suponerse constelaciones particulares, algún proceso por el cual el placer de la satisfacción se mudara en displacer. (Freud, 1995: 141)

No alcanza con que la tensión sea lo suficientemente grande para explicar cómo un aumento de tensión no necesariamente finaliza en un proceso represivo, dado que la tensión provocada por la insatisfacción no es una condición suficiente para poner en movimiento este mecanismo. Freud se vale del ejemplo del hambre para mostrar cómo, a pesar del aumento de tensión, el organismo no se sirve de la represión ya que la disminución de esa cantidad genera placer. Ahora, algo sucede cuando la satisfacción genera displacer en lugar de placer. Para que la represión opere “la condición debe ser que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción”. “En sí la satisfacción de la pulsión es siempre placentera pero inconciliable con otras exigencias y designios” (Freud, 1995: 142). No podemos pensar la represión sin la noción de conflicto psíquico.

La represión y sus tiempos

Freud va a situar una represión primaria, luego un segundo momento de la represión, secundaria o propiamente dicha, donde utiliza la palabra retoños (un retoño es un tallo nuevo que brota de un árbol, de una planta) para nominar los contenidos sobre los cuales recae, lo cual nos da la idea de que esos representantes o itinerarios de pensamiento se encuentran íntimamente vinculados a los contenidos reprimidos primariamente, por lo cual hablamos de momentos de la represión, ya que es a partir de la represión primaria que la propiamente dicha se constituye en secundaria, ambas son necesarias para el sostenimiento de la represión.

En otro de los textos metapsicológicos “Lo Inconciente”, en el capítulo IV Tópica y dinámica de la represión, Freud nos va a decir que la represión es un proceso que involucra a las representaciones en la frontera entre los sistemas. Este proceso supone la sustracción de las investiduras adheridas a ellas, conservando la capacidad de producir efectos a pesar de su condición de reprimida. La represión propiamente dicha se llevará a cabo mediante la sustracción de la investidura Pcc. pero conservando la investidura Icc. Esa investidura Prcc. sustraída de la representación será desplazada a otra representación, fuerza que tendrá la capacidad de operar como contrainvestidura, evitando que la carga sustraída se vincule

nuevamente al representante ahora reprimido. La representación que asume sobre sí la carga desplazada, lo hace, por encontrarse en conexión asociativa con la original reprimida, aquella que tensiona el aparato.

La explicación elaborada por Freud sobre la represión contempla una perspectiva tópica, en referencia a lugares psíquicos donde se realizan los pasajes con leyes y mecanismos propios de cada sistema. El punto de vista dinámico incluye la descripción de los movimientos y recorridos de las investiduras psíquicas. Si bien en el título del apartado no se incluye la perspectiva económica, el cometido de la represión es aliviar la tensión y lo consigue a partir de evitar que ciertos representantes emerjan nuevamente en la conciencia.

Ahora, ¿qué sucede con lo reprimido primariamente, que nunca recibió investidura Prcc., de qué manera se evita su fuga? ¿Cómo poder ubicar de qué modo lo reprimido primariamente queda fijado en el Icc. y cómo podríamos pensar la contrainvestidura en la represión primaria, considerando que aun no hay investidura?

Dificultades de la teoría freudiana, sobre las cuales echarán luz aquellos que releerán sus escritos. Siguiendo a Freud, podemos vincularlo con el ombligo del sueño, ese límite a las asociaciones que Freud ubica en “La interpretación de los sueños”, allí donde en lugar de encontrar representaciones se confronta con una falta, un agujero, un límite a lo representable.

La creencia de que primero está la pulsión y después el representante, es absolutamente falsa. En realidad, evidentemente, y tal es el sentido de la represión originaria, el encuentro, la determinación psíquica de la pulsión, son los originarios, es decir, que es a partir del encuentro que se fundan originariamente pulsión y representante. Que la pulsión no puede ser captada sino en sus representantes, significa que antes de estar fijada a un elemento significativo, es una pura cantidad psíquica, es decir, nada. (Kuri, 1992: cap. 8)

Pensamos entonces que esa unión entre la cantidad y un representante es lo que permite inscribir, fijar ciertos representantes psíquicos. Nos encontramos en la represión primaria con las complejidades de la teoría, con la dificultad para abordar

esos puntos de inicio de constitución del aparato psíquico comprendido desde los puntos de vista tópico, dinámico y económico.

Retomando lo trabajado en el texto “Lo Inconciente”, Freud sostiene allí que la represión mejor lograda se llevaría a cabo en la histeria, ya que la conversión, el desplazamiento a lo corporal cautiva esa investidura, evitando la aparición del afecto displacentero. En la fobia, la confrontación con el objeto fobígeno no logra finiquitar el desarrollo de angustia, requiere de sucesivos desplazamientos para conseguir su merma, algo similar ocurre en la neurosis obsesiva, donde el síntoma en su formación requiere de distintos pasos hasta constituirse. Freud plantea que los síntomas deben cumplir con un alto grado de distanciamiento con respecto a lo reprimido, de ese modo a través de los síntomas ingresa el denegado acceso a la conciencia.

En ese sentido, la represión es individual, ya que dependerá de las particularidades, de la desfiguración de cada retoño de lo reprimido primordial su destino. También es móvil, pues la presión ejercida hacia la Cc. requiere de una contrapresión continua que implica un alto y constante gasto psíquico.

Freud va a otorgarle tres destinos posibles al monto afecto, energía psíquica, libido separada de la representación: la pulsión es sofocada por completo, sale a la luz como afecto coloreado cuantitativamente de algún modo o se muda en angustia. Siempre va a quedar un resto de esa operación. Vamos a tener por un lado la representación que divorciada de su afecto va a disminuir su exigencia, pero por el otro lado tenemos el afecto, aquello que es imposible de finiquitar, de reprimir.

Nos queda hablar del tercer tiempo de la represión o retorno de lo reprimido, es el modo en que los elementos reprimidos reaparecen en la conciencia, a partir de las desviaciones que va tomando el afecto, se manifiesta a través de formaciones de compromiso entre las instancias en conflicto, entre el deseo y la defensa. Freud en su extensión del concepto de represión, más allá de la psiconeurosis, sosteniendo como aquel mecanismo no solo productor de síntomas, sino que implica la estructuración del aparato, que pone freno a la descarga absoluta, también considera como retorno de lo reprimido aquellas manifestaciones como sueños,

lapsus, chistes, recuerdos encubridores, olvidos, etc. En “Notas sobre el concepto de lo Inconsciente en psicoanálisis”, propone la “grosera” analogía con la fotografía, donde explica que esta debe pasar por un proceso negativo para convertirse en imagen, pero el negativo nunca será igual a fotografía, por lo cual no podemos pensar que los contenidos inconscientes emergerán en la conciencia tal cual se encuentran inscriptos, sino que su irrupción será inevitablemente a través de disfraces, desfiguraciones, al modo del proceso secundario, en una escritura distinta, imposible de recuperar en su estado original.

Resistencia

Para finalizar, no podríamos dejar de mencionar el fenómeno de la resistencia, pesquisado desde los inicios del trabajo psicoanalítico, obstáculo en la progresión de la cura. La misma fuerza que se ejerce contra las representaciones penosas, es la que resiste su emergencia en lo consciente. Si bien Freud incluye este fenómeno desde los inicios, como aquello que coarta la posibilidad de asociación, de acceso a los contenidos reprimidos, será a partir de la segunda tópica que podrá develar el origen de este fenómeno que dificulta la progresión del tratamiento, esa parte inconsciente del yo que ejerce su influencia sobre los contenidos reprimidos, es la que a través de la resistencia intenta evitar que afloren, ya que como sabemos lo Icc. insiste. También lo vinculará a la transferencia (motor y obstáculo en la cura) allí donde repite con el analista, reactualiza lo que para el analizante constituye un obstáculo. En su interés de avanzar sobre este fenómeno, que complejiza la posibilidad de desarrollo de la cura, Freud continuará profundizando sobre la resistencia del Súper Yo y su ligazón con la pulsión de muerte. Con lo cual continuará en la vía de explorar y demostrar el dominio de lo Icc; la falta de recuerdo, la imposibilidad de asociación como las banales excusas que evitan la prosecución de la asociación en el trabajo analítico, no provendrían de la falla de la función memoria o de secretos guardados a voluntad, sino de todo un trabajo que pone en juego la dimensión tópica, dinámica y económica, en el cual la represión cumple un cometido central.

Bibliografía

Ausson, P. (2018). *Introducción a la metapsicología freudiana*. Editorial Paidós, Bs. As.

Clases teóricas grabadas de “Teoría psicoanalítica I. Sigmund Freud. Instagram: teoriapsicoanalitica.uader. Lic. en Psicología. FHaYCS. UADER. 2020, 2021.

Campins, C. (2020-2021) “Las influencias de Freud. El tratamiento desde el alma”. Clases teóricas escritas de Teoría psicoanalítica I. Sigmund Freud. Lic. en Psicología. FHaYCS. UADER.

Campins, C. (2020-2021) “El trauma y la operación de la defensa”. Clases teóricas escritas de Teoría psicoanalítica I. Sigmund Freud. Lic. en Psicología. FHaYCS. UADER.

Freud, S. (1994) “Las neuropsicosis de defensa” en *Obras Completas. Tomo III*. Amorrortu Editores. Bs. As.

Freud, S. (1994) “Las nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” en *Obras Completas. Tomo III*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (1994) “Sobre el mecanismo psíquico de las desmemoria” en *Obras completas. Tomo III*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (2004) “El olvido de los nombres propios”. *Obras completas. Tomo VI*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, Sigmund (1999) “La interpretación de los sueños”. *Obras completas. Tomo V*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (1995) “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas. Tomo VII*. Amorrortu Editores. Bs. As.

Freud, S. (1995) “La represión”. *Obras Completas. Tomo XIV*. Amorrortu Editores. Bs. As.

Freud, S. (1995) “Lo inconsciente”. *Obras Completas. Tomo XIV*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud Sigmund (1995) “Pulsiones y destino de pulsiones”. *Obras Completas. Tomo XIV*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (1995) “Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico”. *Obras Completas. Tomo XIV*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Laplanche & Pontalis (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Kuri, Carlos (1992). Introducción al Psicoanálisis. [Archivo PDF] <https://es.scribd.com/doc/130907287/INTRODUCCION-AL-PSICOANALISIS-Carlos-Kuri>

CAPÍTULO 6

DEL MITO A LA ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

Comentarios sobre *Introducción del narcisismo*

Diego Franzoy

Primeras consideraciones

Quizás un primer comentario que podemos hacer acerca de este artículo, *Introducción del narcisismo*, es sobre la diferencia en torno al título al comparar las dos traducciones al español más conocidas. Así, tenemos *Introducción del narcisismo* correspondiente a la traducción de José Luis Etcheverry, e *Introducción al narcisismo* correspondiente a la traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. El “del” pone énfasis en una cuestión clave “[...] justificar una introducción del narcisismo {como concepto de la teoría de la libido}” (Freud, 1914: 73). Es decir, introducir el narcisismo como una fase en el desarrollo de la libido, situando de esta manera un punto de inflexión en la obra freudiana que marca el comienzo de los estudios acerca del yo y de la crisis del primer dualismo pulsional. Por su parte, el “al” parece indicar que Freud estaría haciendo un comentario introductorio sobre el narcisismo. Si bien en *Teoría Psicoanalítica* tomamos como referencia la traducción de José Luis Etcheverry correspondiente a la edición de Amorrortu, el artículo de Freud puede ser pensado también por momentos –aunque no fundamentalmente– en este último sentido, es decir, como una introducción *al* narcisismo.

Por otra parte, la impresión de ser un texto comprimido, apretado, resulta notorio al leer este trabajo de Freud, tal como lo indica J. Strachey en su *Nota introductoria* al texto en cuestión. Efectivamente, es un artículo que aborda numerosos temas complejos tales como los delirios de grandeza, la hipocondría, la enfermedad orgánica, el estado del dormir, la vida amorosa de los sexos, la actitud de padres

tiernos hacia sus hijos, entre otros tópicos¹, que Freud considera vías de acceso para el estudio del narcisismo, dado que los comprende como formas de un narcisismo secundario. En este sentido, sostiene, por ejemplo, lo siguiente:

[...] nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias. (Freud, 1914: 73)

Entonces, para que una de las situaciones anteriormente nombradas pueda existir en la vida de una persona adulta, resulta necesario que haya tenido lugar antes un *narcisismo primario*².

1 Una lista con algunos de los temas trabajados por Freud en este artículo, puede ayudarnos a dimensionar la vastedad de lo que pretender abordar. Punto I: *narcisismo como perversión, homosexualidad, conducta narcisista de los neuróticos, dementia praecox-esquizofrenia-parafrasia, extrañamiento del parafrásico respecto del mundo exterior y extrañamiento del histérico y el neurótico obsesivo respecto del mundo exterior e introversión de la libido, vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos, narcisismo y autoerotismo, disputa con Jung*. Punto II: *enfermedad orgánica, estado del dormir, hipocondría, erogenidad, estasis de la libido, diferencias entre las parafrasis y neurosis de transferencia, vida amorosa del ser humano, elección de objeto por apuntalamiento, elección de objeto narcisista, hombre-amor de objeto-sobrestimación sexual-enamoramiento, mujer-acrecentamiento del narcisismo originario- ser amada, mujeres narcisistas y amor de objeto hacia el hijo, actitud de padres tiernos hacia sus hijos y reproducción del narcisismo propio, bebé como núcleo de la creación*. Punto III: *perturbación del narcisismo originario del niño y complejo de castración, “protesta masculina” de Adler, ideal del yo como condición de la represión, ideal del yo como sustituto del narcisismo perdido de la infancia, sublimación, idealización, auto-crítica de la consciencia moral-observación de sí-censor del sueño, delirio de ser notado, sentimiento de sí-grandor del yo-libido narcisista, no-ser-amado y depresión del sentimiento de sí, ser-amado y aumento del sentimiento de sí, desarrollo del yo y distanciamiento respecto del narcisismo primario, ausencia de ideal del yo y perversión, ideal sexual e ideal del yo, ideal del yo y psicología de las masas*.

2 Lógica similar a la que planteó sobre el olvido al vincular la amnesia histórica con la amnesia infantil (Cf. Tres ensayos sobre teoría sexual: 159), Freud se encontró primero con la falta de recuerdo del suceso ocasionador en la histeria, advirtiendo posteriormente que, para que un olvido de esa índole se produzca en la vida de un adulto –el olvido del trauma psíquico– era necesario un olvido anterior, en la infancia.

¿Por qué Freud introduce el narcisismo?

Responder esta pregunta implica recuperar el proceder de Freud respecto a su forma de construir teoría y conocimiento³. Rápidamente podríamos decir que introduce el narcisismo porque en su investigación fue encontrándose con fenómenos que no podían ser explicados por las construcciones que había elaborado hasta el momento. Por ejemplo, al emprender el estudio de *Leonardo Da Vinci* o, también, al efectuar *interpretaciones psicoanalíticas* sobre el historial clínico de un paranoico (*caso Schreber*). Algo en un todo coherente con su abordaje de la histeria, padecimiento rechazado por el saber médico de su época –saber en el cual Freud se había formado– y que implicó la construcción de hipótesis y conjeturas acerca de aquellos mecanismos que daban lugar a ese singular sufrimiento que se expresaba en el cuerpo, pero que no tenía una causa orgánica.

Tal procedimiento se sustenta en una *interpretación de la empiria*, sostiene Freud (1914). Y seguidamente agrega:

Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de una fundamentación tersa, incontrastable desde el punto de vista lógico; de buena gana se contentará con unos pensamientos básicos que se pierden en lo nebuloso y apenas se dejan concebir; espera aprehenderlos con mayor claridad en el curso de su desarrollo en cuanto ciencia y, llegado el caso, está dispuesta a cambiarlo por otros. Es que tales ideas no son el fundamento de la ciencia, sobre la cual descansaría todo; lo es, más bien, la sola observación. (1914: 75)

Caio Padován (2017), por su parte, afirma que el primer psicoanalista en utilizar el término narcisismo con objetivos teórico clínicos fue Isidor Sadger en 1908. Según Padovan, Sadger refiere que el amor a sí mismo podría ser una reproducción del que fuera dado por la madre. Sostiene que el “sujeto reuniría en su propio cuerpo aquella que acaricia y aquel que es acariciado” (2017: 640). Así, por ejemplo, una de las pacientes de 29 años, reunía en su fantasía a la madre y a la criatura en un solo cuerpo (2017: 640). Por su parte, la primera referencia de Freud al

3 Cuestión que también puede apreciarse, por ejemplo, al comienzo de su artículo *Pulsiones y destinos de pulsión*.

narcisismo fue realizada para dar cuenta de la posible inclinación *homosexual* de Leonardo da Vinci:

El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su persona propia como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor. Así se ha vuelto homosexual [...] los muchachos a quienes ama ahora [...] no son sino personas sustitutivas y nuevas versiones de su propia persona infantil, y los ama como la madre lo amó a él de niño. Decimos que halla sus objetos de amor por la vía del narcisismo. (Freud, 1910: 93)

Podemos apreciar que el punto en común es la reproducción del amor que fuera dado por la madre: amándose a sí mismo –según el caso abordado por Sadger–, o eligiendo amar a otros que sean parecidos a uno mismo⁴ –que es la forma en que Freud explica la inclinación homosexual–.

Posteriormente, en *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente* (Schreber), vuelve a utilizar la noción de narcisismo al explicar el papel del deseo homosexual en la contracción de la paranoia. Entonces, sitúa *un estadio en la evolución de la libido por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto*. Denomina narcisismo a ese estadio consistente en que:

[...] el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza [...] en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena. Una fase así, mediadora entre autoerotismo y elección de objeto, es quizá de rigor en el caso normal. (Freud, 1911: 56)

4 En la página 85 de *Introducción del narcisismo*, Freud aclara que este *buscarse a sí mismo como objeto de amor* es el motivo más fuerte que lo llevó a adoptar la hipótesis del narcisismo.

¿Qué es lo que introduce Freud?

A veces resulta necesario volver sobre lo obvio, y entonces es importante no confundir el planteo que Freud retoma de Näcke: [el narcisismo como] “aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual” (Freud, 2017: 71) y que da lugar a una perversión⁵ con la idea que Freud va a introducir. Freud no introduce el narcisismo como una perversión, sino la existencia de un *narcisismo primario* “[...] una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos” (Freud, 1914: 73). Un *narcisismo primario* como estadio intermedio entre el autoerotismo y la elección de objeto, que hay que distinguir de un *narcisismo secundario*, posterior a la elección de objeto⁶. Es importante, entonces, destacar que Freud parte de esa descripción clínica hecha por Näcke para introducir su propio planteo vinculado a la existencia de un *narcisismo primario*. “Por fin, surgió la conjetura de que una colocación de la libido definible como narcisismo podía entrar en cuenta en un radio más vasto y reclamar su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre” (Freud, 1914: 71). Nuevamente, Freud recurre aquí al expediente de partir de lo patológico para arribar a la comprensión de lo normal, considerando que lo patológico es lo normal exagerado, *aumentado* (Freud, 1914: 79).

Entonces, en el primer punto de este artículo Freud parte de la idea de Näcke sobre el narcisismo como una perversión en la medida que “[...] ha absorbido toda la vida sexual de la persona [...]” (Freud, 1914: 71), y sostiene que rasgos aislados de esta conducta se pueden encontrar entre los homosexuales (según Sadger), también en el psicoanálisis de muchos neuróticos, en el delirio de grandeza de los estados esquizofrénicos y en la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos. A partir de considerar estas situaciones, sostiene:

Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite. (Freud, 1914: 73)

5 Suele llamarse perversión en este contexto a la sexualidad sin fines reproductivos.

6 Así, tenemos: *autoerotismo-narcisismo primario-elección de objeto-narcisismo secundario*.

En este sentido, Freud aclara que al inicio de la investigación psicoanalítica esta *pieza de la colocación libidinal* –es decir, la libido en el yo– era difícil de apreciar, dado que de los dos polos del *conflicto psíquico* (por ejemplo, ansiar erótico y representaciones ético morales) se interesó en primera instancia en dilucidar aquello concerniente a la sexualidad. De esta forma, el otro polo del conflicto quedó menos estudiado, pero sin dudas ya en esos momentos iniciales se correspondía con lo que se llama el *yo*. Freud, en ocasiones, habló del *yo defensor* –por ejemplo, en *Las neuropsicosis de defensa– que se impone la tarea de considerar como no acontecida la representación inconciliable*. Es decir, en esos momentos iniciales de su obra en los cuales estudió de manera más detenida el desarrollo sexual tuvo algunas nociones, aunque imprecisas, acerca del yo. Así, hasta *Introducción del narcisismo*, el yo podría coincidir con la Cc y ser aquel encargado de la defensa contra las representaciones inconciliables. Pero aquí, en *Introducción del narcisismo*, Freud tiene que admitir *una originaria investidura libidinal del yo*. Aunque en este artículo no dice nada concluyente ni definitivo acerca de cómo surge el yo, ni mucho menos sobre qué es el yo, es importante notar este deslizamiento en la mirada de Freud. De ahora en más comenzará a investigar esta instancia, y la primera novedad que tiene para decir es que el yo también ha sido, y puede serlo nuevamente, un objeto sexual para la propia persona. A su vez, encontrará una diferenciación en el yo que se formará como consecuencia del abandono del narcisismo primario y de la intensa aspiración a recobrarlo: el *ideal del yo*.

De estas consideraciones se deriva un problema que es planteado por Freud de la siguiente manera: “Si admitimos para el yo una investidura primaria con libido, ¿por qué seguiríamos forzados a separar una libido sexual de una energía no sexual de las pulsiones yoicas?” (Freud, 1914: 74); es decir, comienza a ser cuestionado el dualismo pulsional con el que venía trabajando hasta ese momento. En este punto, es importante destacar que la relación entre los dos grupos pulsionales tiene dos aspectos centrales. El primero, es el *apuntalamiento* –las pulsiones sexuales se apuntalan, se apoyan, al principio en la satisfacción de las pulsiones de autoconservación, y solamente más tarde se independizan–; y el segundo, el conflicto psíquico que, justamente, no podría sostenerse sin dualismo pulsional. Recordemos que el conflicto psíquico es una noción medular para pensar las formaciones de compromiso. En *Sobre los recuerdos encubridores*, Freud lo sitúa como

un aspecto principal de un proceso que retorna en la formación de síntomas psiconeuróticos y, en realidad, en todas las formaciones de compromiso. Allí hace la siguiente anotación del proceso: *conflicto, represión, sustitución con formación de compromiso* (Freud, 1899: 302). Entonces, para seguir sosteniendo un dualismo y consecuentemente la posibilidad del conflicto psíquico, la solución provisoria que encuentra en *Introducción del narcisismo* es la distinción entre libido del yo y libido de objeto. Posteriormente, a partir de *Más allá del principio del placer*, arribará a un nuevo dualismo pulsional.

Autoerotismo y narcisismo

Otro aspecto fundamental del artículo de Freud es la relación entre *narcisismo* y *autoerotismo*. En el primer punto encontramos la siguiente afirmación:

Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.

(Freud, 1914: 74)

Entonces, del lado del yo tenemos unidad y, por lo tanto, fragmentación del lado del autoerotismo. Ahora bien, ¿de qué se trata esa *nueva acción psíquica* que tiene que agregarse al yo para que el narcisismo se constituya? Freud no explica esto aquí, pero girando sobre lo ya dicho podemos suponer que esa *nueva acción psíquica* tiene que ver con lograr la unidad, la síntesis. Sin embargo, es posible conjeturar que el bebé necesita de otros para que la misma ocurra. Sobre el final del punto II, encontramos algunas consideraciones para pensar esto. Allí Freud habla de la *actitud de padres tiernos hacia sus hijos*, que es considerada como “[...] renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado [...]” (Freud, 1914: 87). Esta relación está marcada por la *sobrestimación* y, de este modo, los padres atribuyen al niño todas las perfecciones situándolo en el *centro de la creación*. Es decir, situando al niño como *Su Majestad el Bebé*. Y es en este punto

donde Freud nos aclara cómo la *inmortalidad del yo*, que es el punto más espinoso del narcisismo, encuentra refugio en el niño. (1914: 88). Podríamos suponer que, al ubicar al niño en posición de *Su Majestad el Bebé, sede de todas las perfecciones*, los padres favorecen esa *nueva acción psíquica*. Por lo tanto, la constitución del narcisismo no es sin otros. Una última cuestión sobre esta *actitud de padres tiernos hacia sus hijos*: Freud destaca que ese *conmovedor amor parental tan infantil en el fondo*: “[...] no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su transmutación al amor de objeto, revela inequívoca su prístina naturaleza” (1914: 88). Es decir, hay un aspecto de ese amor parental que se sostiene en la posibilidad de revivir el propio narcisismo. Es como si, en algún punto –aunque no totalmente, por supuesto– cada uno estuviera atrapado en su propio narcisismo. Quizá fue Oscar Wilde (2003) quien haya desnudado este punto. En su relato, *La leyenda de Narciso*, hace hablar al lago en cuyas márgenes Narciso iba todos los días a contemplarse: “Yo lloro por Narciso, pero nunca me di cuenta de que fuera bello. Lloro por Narciso porque cada vez que él se inclinaba sobre mis márgenes yo podía ver, en el fondo de sus ojos, mi propia belleza reflejada” (2003: 5). Aunque es cierto que ese amor parental descrito por Freud implica, también, una forma de trascendencia que el relato de Wilde no *refleja*.

En *Tótem y tabú*, texto previo a Introducción del narcisismo, Freud afirma que en un estadio inicial del *desarrollo de las aspiraciones libidinosas del individuo* nos encontramos con que los “[...] diversos componentes pulsionales de la sexualidad trabajan en la ganancia de placer cada uno para sí, y hallan satisfacción en el cuerpo propio” (Freud, 1913: 92). A este estadio lo llama *autoerotismo*. Seguidamente, agrega que entre el autoerotismo y la elección de objeto se sitúa un estadio intermedio en el que:

[...] las pulsiones sexuales antes separadas ya se han compuesto en una unidad y también han hallado un objeto; pero este objeto no es uno exterior, ajeno al individuo, sino el yo propio, constituido hacia esa época [...] llamamos narcisismo a esta nueva etapa.
(Freud, 1913: 92)

Encontramos, nuevamente, la fragmentación del lado del autoerotismo: los *diversos componentes* trabajando para sí, por su cuenta. Y del lado del narcisismo, la unidad... *en el yo propio constituido hacia esa época*.

Finalmente, en torno al vínculo entre autoerotismo y narcisismo, es importante aclarar que podemos encontrar dos usos del término *autoerotismo*. Entonces, una cosa es el autoerotismo como fragmentación, momento en el cual no está presente esa unidad, esa síntesis que es el yo, es decir, el *autoerotismo como estadio inicial*; y otra, es el *autoerotismo como forma de satisfacción*, dado que en el narcisismo primario si bien dejamos atrás la fragmentación, la modalidad de satisfacción es autoerótica porque se produce en el cuerpo propio prescindiendo de un objeto externo. A este respecto, en su 26a conferencia, *La teoría de la libido y el narcisismo*, Freud aclara que “[...] el autoerotismo era la práctica sexual del estadio narcisista de colocación de la libido” (1917: 379). Así, tenemos autoerotismo como fragmentación, es decir, como estadio inicial, y autoerotismo como práctica sexual, es decir, como modalidad de satisfacción propia del narcisismo.

Ideal del yo

Es importante destacar que, como dijimos anteriormente, en *Introducción del narcisismo* Freud no solamente introduce el narcisismo primario como una fase intermedia entre el autoerotismo y la elección de objeto, sino que también introduce el *ideal del yo*.

Al comienzo del punto III, Freud sostiene que el narcisismo originario del niño está expuesto a distintas perturbaciones, situando al *complejo de castración* como la pieza fundamental de las mismas (Freud, 1914: 89). Esto es clave, dado que introduce el *ideal del yo* en el momento de hablar del abandono del narcisismo primario.

Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha demostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la satisfacción narcisista de su infancia, y [...] procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo.

Lo que proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su ideal. (1914: 91)

Entonces, esa *renuncia* adopta la forma de una *sustitución*. En este sentido, Freud ya había aclarado que esa *originaria investidura libidinal del yo que se cedía a los objetos, continuaba persistiendo*. En este caso, persistiendo en la formación del ideal del yo. De este modo, podemos apreciar que existe un desarrollo del yo que ocurre *distanciándose respecto del narcisismo primario*. ¿Cómo se produce este distanciamiento? *Desplazando la libido a un ideal del yo* (1914: 96).

Ahora bien, podemos suponer que el ideal del yo consiste en *representaciones culturales y éticas de un individuo*⁷ que son aceptadas por la propia persona como *normativas*, por lo que “[...] se somete a las exigencias que de ellas derivan” (Freud, 1914: 90). En este sentido, el ideal del yo es la condición de la represión, dado que “[...] abarca la suma de todas las restricciones que el yo debe obedecer” (Freud, 1921: 124).

Entonces, si el ideal del yo es el sustituto del narcisismo de la infancia, ahora la satisfacción va a provenir de cumplir con las exigencias de dicho ideal, lo cual implica distanciarse de la *satisfacción perversa polimorfa*. “El ideal del yo ha impuesto difíciles condiciones a la satisfacción libidinal con los objetos [...]” (Freud, 1914: 97). De esta manera, es rechazada *por inconciliable* una parte de esa satisfacción libidinal.

Así, puede apreciarse que el cumplimiento del ideal produce una satisfacción narcisista, dado que es el sustituto del narcisismo originario. Y en este punto Freud sostiene que existe una función que está vinculada con el ideal del yo, pero que no se confunde con él (cuyo cometido es asegurar la obtención de dicha satisfacción narcisista). Tal función consiste en la *observación de sí*, que mide al yo actual –es decir, al yo que ya no es el del narcisismo primario– comparándolo con el ideal del yo. Freud nos aclara que es la *conciencia moral* quien lleva a cabo esa función de *observación de sí* (Freud, 1914: 92).

7 Aunque también “[...] este ideal tiene un componente social; es también el ideal común de una familia, de un estamento, de una nación” (Freud, 1914: 98).

En este sentido, pueden resultar necesarias dos aclaraciones sobre el ideal del yo. La primera, es que Freud no distingue entre ideal del yo y yo ideal. De hecho, en las dos oportunidades que escribe yo ideal lo hace como equivalente a ideal del yo. La otra, es una referencia sobre la génesis del ideal del yo. Al respecto Freud afirma:

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública). (1914:92)

Conclusiones

Introducción del narcisismo es un trabajo crucial de Freud, dado que marca un antes y un después en su obra. En cierta forma, indica el comienzo de un estudio más detenido y cuidadoso del yo, cuestión que le permite vislumbrar otros aspectos de su arquitectura, tales como el *ideal del yo* y la *instancia de observación de sí*.

Dado que el yo pasa a ser también un objeto sexual entra en crisis el primer dualismo pulsional, sostenido en la diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas que tienen como finalidad defenderse de lo inconciliable de la sexualidad.

En este artículo, Freud introduce el *narcisismo primario* como una fase intermedia entre el *autoerotismo* y la *elección de objeto*. Pero también introduce, como vimos, el *ideal del yo* y la *instancia de observación de sí*. Aunque no se detiene a explicar los mecanismos psíquicos intervinientes en la constitución del narcisismo primario, ni tampoco del ideal del yo, parece que asigna un papel importante a los padres en ambos casos. En relación con el narcisismo primario, en tanto ubican al bebé como centro de la creación toda vez que puedan revivir algo de su propio narcisismo *hace tiempo abandonado*, facilitando así la conformación de ese nuevo acto psíquico y, de esta manera, de esa unidad comparable al yo. Y en relación al ideal

del yo, en la medida que se sitúan como agentes de las representaciones éticas y culturales del individuo, y de ese modo ejercen una influencia crítica.

Como hemos podido ver, al introducir el narcisismo, Freud está introduciendo una serie de problemas que *alteran* la teoría psicoanalítica constituida hasta ese momento; lo cual puede indicar que la teoría, el cuerpo teórico, actúa como un *organismo vivo* que *hace lugar* a aquello que lo interpela. Quizá, en esa capacidad de *alterarse* puede residir algo de su potencia.

Bibliografía

- Padován, C. (2017). “As origens médico-psiquiátricas do conceito psicanalítico de narcisismo” en Revista Ágora- Estudos em Teoria Psicanalítica, Río de Janeiro. Disponible en sitio web Agosto de 2021. <https://www.scielo.br/pdf/agora/v20n3/1809-4414-agora-20-03-00634.pdf>
- Freud, S. (2013) “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)” en *Obras completas. Tomo XVI*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2017) “Introducción del narcisismo” en *Obras completas. Tomo XXI*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2013) “Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber) en *Obras completas. Tomo XII*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2013) “Las neuropsicosis de defensa” en *Obras completas. Tomo III*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2013) “Más allá del principio de placer” en *Obras completas. Tomo XVIII*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2013) “Psicología de las masas y análisis del yo” en *Obras completas. Tomo XVIII*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2017) “Pulsiones y destinos de pulsión” en *Obras completas. Tomo XXI*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2013) “Sobre los recuerdos encubridores” en *Obras completas. Tomo III*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- Freud, S. (2012) “Tótem y tabú” en *Obras completas. Tomo XIII*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (2017) “Tres ensayos de teoría sexual” en *Obras completas. Tomo VII*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Freud, S. (2013) “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” en *Obras completas. Tomo XI*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Wilde, O. (2003). “Poemas en prosa”. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en sitio web Agosto de 2021. http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Poemas_en_prosa-Wilde_Oscar.pdf

El complejo nuclear de las neurosis

Milton Chajud

*Ninguno de los descubrimientos de la investigación psicoanalítica ha provocado una oposición tan acerba, una negativa tan feroz ni unos malabarismos tan divertidos por parte de la crítica como esta referencia a las inclinaciones incestuosas infantiles, conservadas en lo inconsciente...*¹

S. Freud, *La interpretación de los sueños* (nota agregada en 1914).

En este texto abordaremos el complejo de Edipo, fundamentalmente, desde la conceptualización que Freud realiza a partir de la fase fálica (formulada en el año 1923), señalando la diferencia que establece para el niño y la niña en el atravesamiento por dicho complejo.

Comenzamos con algunas aclaraciones.

Primera aclaración: trabajaremos con tres textos de años consecutivos: “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”, “El sepultamiento del complejo de Edipo” y “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, de 1923, 1924 y 1925 respectivamente. Si bien –como sus fechas de publicación lo indican– son artículos que aparecieron en distintos momentos, se los puede adoptar como un todo, puesto que hay una interrelación tal, una imbricación entre uno y otro, que es una necesidad leerlos con las articulaciones que se van planteando entre ellos. La lectura de uno va llevando a la lectura del otro. Sucintamente:

- en 1923 Freud formula la fase fálica (fundamental para contextualizar en este período del “desarrollo” sexual la significatividad que el complejo adquiere);

1 Podemos imaginar a Freud citando la frase apócrifa que se le atribuye al Quijote: “Ladran, Sancho, señal que cabalgamos”. En muchas ocasiones Freud se ha encontrado con fuertes críticas que se esgrimían en contra de sus teorías, pero esta, según su propia nota al pie, ha sido la que más.

- en 1924 plantea los efectos que la fase fálica y el complejo de castración tiene para el niño en el complejo de Edipo;
- en 1925 aborda cómo se producen estos efectos en el caso de la niña. En este punto Freud avanza en la investigación acerca de la sexualidad femenina. Se trata de un tema que le resulta enigmático, tanto es así que este es su “*dark continent*” (1926: 199), su continente oscuro, inexplorado, desconocido.

Segunda aclaración: si bien vamos a plantear la diferencia entre el niño y la niña a partir de 1923, situaremos previamente y de modo breve la temprana aparición del Edipo en la obra de Freud, señalando que no establece dicha diferencia entre un sexo y el otro al inicio de su formulación.

Tercera aclaración: cuando hablamos de complejo hacemos referencia al “entramado”, esto es, al conglomerado que da lugar al complejo. La noción de complejo apunta justamente al entramado de: representaciones, fantasías, deseos y prácticas sexuales que se aglutinan y giran, en este caso, en torno a la fase genital infantil. Y al referirnos al complejo nuclear de las neurosis damos cuenta de este entramado entre: castración, fase fálica y Edipo que es nuclear, central, preponderante al momento de las neurosis.

Cuarta y última aclaración: la teorización que Freud realiza al respecto es en base a los relatos que sus pacientes adultos le formulaban acerca de su propia infancia. Todos estos relatos se presentan *atravesados* por la significatividad de la premisa universal del falo y por las fantasías originarias de seducción por parte de un adulto y de castración. Tengamos en cuenta que los recuerdos de infancia, la memoria, no es una sumatoria e inscripción de acontecimientos que coinciden punto por punto con la realidad material. Como el mismo Freud aclara: no hay recuerdos *de* la infancia, sino *sobre* la infancia, es decir, son siempre encubridores.

Tempranas apariciones

La primera mención que hay acerca del tema podemos encontrarla en el Manuscrito N (anexo a la carta 64 a Fliess fechada en Viena el 31 de mayo de 1897). Allí Freud escribe:

Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis [...] Parece como si en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre [...] (1950 [1892-99]: 296).

Tal como aparece en una nota al pie de Strachey: “Tal vez fue este el primer atisbo sobre el complejo de Edipo, que emergería con plenitud en la Carta 71 (p. 307), unos cinco meses después” (nota 174 de la p. 296). Interesante señalar que este atisbo de Freud apunta al deseo de muerte –parricidio–, uno de los deseos en juego en el complejo de Edipo. En esta primera sospecha aún no aparece la moción sexual.

Al poco tiempo de esta primera mención, hablando de su autoanálisis en la carta 71 a Fliess (a la que Strachey hacía referencia) le señala:

[...] Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana [...] Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de *Edipo rey* [...] la saga griega captura una compulsión que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así [...] (1950 [1892-99]: 307).

Ya contamos aquí con la referencia a Edipo, aunque aún falta la nomenclatura completa: complejo de Edipo.

Algunos años después, en *La interpretación de los sueños* Freud vuelve a abordar el tema y se expone al respecto. Lo citamos en extenso:

[...] los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil [...] el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior [...] esos deseos enamoradizos u hostiles hacia los padres [...] con menor nitidez e intensidad ocurren en el alma de casi todos los niños. En apoyo de esta idea la Antigüedad nos ha legado una saga cuya eficacia total y universal sólo se comprende si es también universalmente válida nuestra hipótesis sobre la psicología infantil. Me refiero a la saga de Edipo rey y al drama de Sófocles que lleva ese título [...]

La acción del drama no es otra cosa que la revelación, que avanza paso a paso y se demora con arte —trabajo comparable al de un psicoanálisis—, de que el propio Edipo es el asesino de Layo pero también el hijo del muerto y de Yocasta. Sacudido por el crimen que cometió sin saberlo, Edipo ciega sus ojos y huye de su patria. El oráculo se ha cumplido.

[...] Si Edipo rey sabe conmover a los hombres modernos [...] la única explicación es que el efecto de la tragedia griega no reside en la oposición entre el destino y la voluntad de los hombres, sino en la particularidad del material en que esa oposición es mostrada. *Tiene que haber en nuestra interioridad una voz predispuesta a reconocer el imperio fatal del destino de Edipo* [...] Su destino nos conmueve únicamente porque *podría haber sido el nuestro, porque antes de que naciéramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre*; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. Pero más afortunados que él, y siempre que no nos hayamos vuelto psiconeuróticos, hemos logrado después desasir de nuestra madre nuestras pulsiones sexuales y olvidar los celos que sentimos por nuestro padre [...]. Como Edipo, vivimos en la ignorancia de esos deseos que ofenden la moral, de esos deseos que la naturaleza forzó en nosotros, y tras su revelación bien querríamos todos apartar la vista de las escenas de nuestra niñez (1900: 269-272) [el destacado nos pertenece].

El Edipo como complejo nuclear²

En la 4ta conferencia de las “5 Conferencias sobre psicoanálisis” (1910 [1909]) Freud aborda nuevamente la temática, donde señala al complejo de Edipo como el complejo nuclear de las neurosis:

[...] La primitiva elección de objeto del niño, que deriva de su necesidad de asistencia [...] Primero apunta a todas las personas encargadas de su crianza, pero ellas pronto son relegadas por los progenitores [...] El niño toma a ambos miembros de la pareja parental, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por lo común obedece en ello a una incitación de los padres mismos, cuya ternura presenta los más nítidos caracteres de un quehacer sexual si bien inhibido en sus metas. El padre prefiere por regla general a la hija, y la madre, al hijo varón; el niño reacciona a ello deseando, el hijo, reemplazar al padre, y la hija, a la madre. Los sentimientos que despiertan en estos vínculos entre progenitores e hijos, y en los recíprocos vínculos entre hermanos y hermanas, apuntalados en aquellos, no son sólo de naturaleza positiva y tierna, sino también negativa y hostil. *El complejo así formado está destinado a una pronta represión, pero sigue ejerciendo desde lo inconsciente un efecto grandioso y duradero.* Estamos autorizados a formular la conjetura de que con sus ramificaciones *constituye el complejo nuclear de toda neurosis*, y estamos preparados para tropezar con su presencia, no menos eficaz, en otros campos de la vida anímica. El mito del rey Edipo, que mata a su padre y toma por esposa a su madre, es una revelación, muy poco modificada todavía, del deseo infantil, al que se le contrapone luego el rechazo de la barrera del incesto [...] (1910 [1909]: 42-43) [el destacado nos pertenece].

Podemos notar que en estas tempranas apariciones el complejo de Edipo está definido por la rivalidad, hostilidad, hacia el progenitor del mismo sexo, y el “enamoramamiento” hacia el progenitor del sexo contrario, sin establecer diferencias sustanciales de lo que al respecto puede acontecer en el caso del niño y de la niña.

2 Si bien la fórmula complejo de Edipo aparece por primera vez en una obra publicada en Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (1910), al hablar de complejo nuclear, Freud está haciendo referencia justamente al complejo de Edipo.

El reparo de un descuido. La organización genital infantil: fase fálica

En 1923, con el texto “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)” Freud viene a enmendar, a corregir, un descuido en el campo del desarrollo sexual infantil. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) es uno de los libros (junto a *La interpretación de los sueños*) que más agregados, revisiones, “correcciones” Freud le fue realizando durante largos años de trabajo. En cuanto a las fases libidinales del “desarrollo”³ sexual, fueron teorizadas en distintos momentos, y cada una de ellas incorporadas a los *Tres ensayos...*: primero teorizó la fase sádico-anal (1910), y en segundo lugar teorizó la fase oral (1913)⁴. Como decíamos anteriormente, estas teorizaciones fueron incorporadas al texto en las sucesivas ediciones del mismo. La fase fálica, que hace su aparición en 1923, aparece mencionada en los *Tres ensayos...* en una nota al pie. Todo esto nos habilita a señalar que esta formalización de 1923 puede leerse como un agregado a los *Tres ensayos...*, donde ahora sí queda completo el cuadro del “desarrollo” libidinal: fase oral (1913), fase sádico-anal (1910), fase fálica (1923), período de latencia, genital adulta.

En “La organización...” luego de citar un párrafo de 1915 de los *Tres ensayos...*⁵ –donde podríamos decir que tiene casi al alcance de la mano la idea de la organización genital infantil– se propone “enmendar” un error, un descuido de lo infantil (significativo que él mismo hable de descuido, término con el que critica a sus contemporáneos cuando no querían saber nada de sus formulaciones acerca de la existencia de la sexualidad infantil). Las diferencias entre la sexualidad

3 Debemos aclarar que la teoría de Freud no es desarrollista. No piensa una etapa superadora de la anterior, sin posibilidades de retrocesos, sino muy por el contrario, hay convivencia de las distintas etapas. En todo caso la preponderancia, el “foco” está puesto en un tipo de satisfacción, pero esto no significa que no hay otro tipo de satisfacciones. Y una vez “abandonada” una etapa, con la siguiente, tampoco deja de existir la anterior. Además, todo este camino puede sufrir “regresiones”, con lo cual no es un camino escalonado que supone un progreso al momento de pasar de una etapa a la otra.

4 Nótese que estamos ubicando el orden de teorización, más adelante queda “ordenado” según la secuencia que puede esbozarse al respecto.

5 Al señalar que es un párrafo de 1915, damos cuenta que no leemos el texto en su versión original, sino con todos los agregados que señalamos más arriba.

llamada adulta (bajo el primado de los genitales y la unificación de las pulsiones) con la infantil no son tantas, descontada aquella que se relaciona con la posibilidad de reproducción –no perdamos de vista que la sexualidad genital llamada “normal” para Freud apunta a la unión heterosexual de los genitales con fines reproductivos, motivo por el cual cataloga la práctica sexual de los niños como perversa, justamente porque cualquier tipo de práctica que el niño lleve a cabo no persigue la reproducción–. En cualquier caso, la diferencia mayor está dada en que es un genital, el masculino, el que entra en cuenta o desempeña un papel. De allí que Freud hable no de primado genital, sino de un primado del falo.

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace sólo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, y no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo* (1923: 146).

Freud señala, respecto del varoncito, que es natural para él suponer en *todos* y en *todo* un genital similar al suyo. Esta “premisa universal” es desde el lugar que el niño mira el mundo. Una premisa –un a priori, un pre-juicio, que no se cuestiona, o que cuando se cuestiona no es sin efectos– universal. *Todos* tienen pene: hombres, mujeres, niños, niñas, animales macho y hembra, etc. Y *todo*: también los objetos inanimados. Aquí la referencia es Juanito. Este niño de 5 años de edad buscaba el *hace-pipí* (wiwi-macher) en todos los animales e incluso en los objetos inanimados. En cierta ocasión observa a una locomotora largar agua, entonces conjetura que allí se encuentra el *hace-pipí* y el tren está orinando. O ve ordeñar una vaca y exclama que del *hace-pipí* sale leche. Lo busca también en una mesa, o lo agrega al dibujo de una jirafa que el padre le alcanza.

Esta parte del cuerpo ocupa todo el interés del niño. Quiere verlo en otras personas. Hay una curiosidad sexual, un esfuerzo de investigación en el niño.

En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Da ocasión a ello la visión casual de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos [...] Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona [...] (1923: 147).

Tan arraigada está la premisa universal que el niño ve aún donde no ve. No le resulta sencillo abandonar esta premisa, y al punto tal no la abandona que la conclusión a la que llega es que la niña tenía un pene como él y le fue removido (sigue intacta la premisa *todos tienen*, solo que a esta niña se lo cortaron). Esto empieza a conmoverlo del paraíso en el que se encontraba, puesto que ahora tiene que vérselas con la posibilidad de su propia castración, con que también a él se lo pueden cortar.

Es en este sentido que Freud plantea: “[...] sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo” (1923: 147).

Es decir: el complejo de castración tiene sentido, tiene un valor particular en la fase genital infantil, en la fase del primado del falo, cuando se instaura la premisa universal del falo. Sino la castración no tendría ningún efecto. Otro tanto sucede con el complejo de Edipo. Solo se puede entender la lógica que Freud plantea *en esta fase particular del desarrollo sexual*, puesto que es trascendental el papel que desempeña el complejo de castración tanto en el niño como en la niña.

Pero no se crea que el niño generaliza tan rápido ni tan de buen grado su observación de que muchas personas del sexo femenino no poseen pene; ya es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. El niño cree, al contrario, que sólo personas despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta del pene [...] (1923: 148).

El hundimiento del complejo

En el texto de 1924 –al contar con la fase fálica– el complejo de Edipo cobra mayor significatividad, vinculado a la castración y a la diferencia sexual entre niño y niña. Solo podemos pensar la relevancia que tiene el complejo de castración y los efectos que produce respecto a la fase fálica y al complejo de Edipo que es contemporáneo, si precisamos que todo esto se da en el cénit, en el apogeo de la fase fálica.

En “El sepultamiento...” Freud dirá: “El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión –como decimos–, y es seguido por el período de latencia. Pero todavía no se ha aclarado a raíz de qué se va a pique {al fundamento}” (1924: 181).

Para aclarar los motivos de este sepultamiento del complejo, en tanto fenómeno central de la sexualidad infantil (directamente relacionado con la fase fálica y con el complejo de castración), comienza a formular algunas hipótesis:

Hipótesis I: se iría al fundamento por una imposibilidad interna (de cumplirse las expectativas tanto del niño como de la niña). No, esta hipótesis no dice nada, no aporta nada. No es una respuesta que lo conforme.

Hipótesis 2: cae porque ha llegado su momento. Freud refiere “... otra concepción dirá...”, no es él quien sostiene dicha hipótesis. Tampoco dice nada esta segunda hipótesis. No es una respuesta que lo satisfaga.

Entonces, comienza a distinguir que el atravesamiento por el Edipo no es igual en el caso del niño y de la niña. Con anterioridad afirmaba que existía un paralelismo entre uno y otro. Sin entrar en detalles, podríamos decir que en el caso del varoncito el complejo de Edipo daba cuenta de la rivalidad del niño con el progenitor del mismo sexo y el amor sexual hacia el progenitor del sexo opuesto. Esto, en definitiva, era lo que Freud tomaba en cuenta al pensar en el Edipo. El paradigma es el caso del niño: pequeño Edipo. Y en el caso de la niña es, podríamos decir, “igual, pero al revés”. Es decir: si en el niño el padre es quien aparece como rival y la madre como objeto de deseo, en el caso de la niña será la madre la rival y el padre el objeto al que apunta su libido. A partir de este texto, dicha explicación ya no se sostiene y para ampliarla se sirve de la fase fálica.

Antes le faltaban elementos para dar cuenta de esta diferencia. Ahora queda anudado el destino del complejo de Edipo a la fase fálica:

[...] Esta fase fálica, contemporánea a la del complejo de Edipo, no prosigue su desarrollo hasta la organización genital definitiva, sino que se hunde y es relevada por el período de latencia [...] su desenlace se consuma de manera típica y apuntalándose en sucesos que retornan de manera regular (1924: 182).

El interés por los genitales lleva al niño a ocuparse manualmente de ellos, y a experimentar que los adultos no están de acuerdo con esta práctica. “[...] Más o menos clara, más o menos brutal, sobreviene la amenaza [de castración] de que se le arrebatará esta parte tan estimada por él [...]” (1924: 182). Puede que la amenaza no recaiga sobre el miembro, sino que tenga un atemperamiento, una “mitigación simbólica”, al anunciar que recaerá sobre la mano que ejecuta el papel activo.

A partir de esto emerge la tercera hipótesis –la válida en definitiva–: “Ahora bien, la tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de esta amenaza de castración” (1924: 183) y con esto, también, se hunde el complejo de Edipo.

Esta amenaza será resignificada. Al principio el niño no cree en su posibilidad. Podríamos imaginar al pequeño varón, portador del pene, diciendo “a mí con pavadas no, qué me lo van a cortar”. Pero algo pone fin a esa incredulidad. Cuando el niño ve los genitales femeninos, en realidad, lo que ve –atravesado por la premisa universal– es que ahí no hay lo que él esperaba encontrar, y concluye que estaba, pero fue removido. Entonces: “[...] con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad {nachträglich}” (1924: 183). El niño cae bajo los efectos de la angustia de castración. Podemos imaginarlo ahora diciendo “sonamos, era cierto, en cualquier momento me lo pueden cortar”.

Ubica el autor dos posibilidades de satisfacción que el complejo de Edipo ofrece: una positiva y la otra negativa⁶. Para el niño es posible hallar satisfacción de modo positivo o activo, al ubicarse de modo masculino: sustituyendo al padre, y tomando a la madre como objeto de satisfacción y al padre como rival. Este es el complejo de Edipo simple. El otro modo es el negativo o pasivo, ubicándose de modo femenino: rivalizando con la madre y tomando al padre como objeto. Tanto una modalidad de satisfacción como la otra comportan la castración. En una como castigo, en la otra como premisa:

[...] la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada (sic)⁷, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los

6 El complejo de Edipo *completo* se da cuando se ponen en juego estas dos posibilidades de satisfacción, tanto la positiva (activa o masculina), como la negativa (pasiva o femenina). Hay una ambivalencia de las tendencias en juego, en tanto que el progenitor del mismo sexo, aparece *a la vez* como rival y como objeto de deseo, y lo mismo sucede con el progenitor del sexo opuesto, como objeto de deseo, y *al mismo tiempo*, como rival. Todas estas tendencias se presentan al mismo tiempo. Lo que no solo lleva al conflicto, sino también favorece las identificaciones.

7 Quizá sea superfluo, pero va la aclaración de todos modos: está claro que la mujer no es castrada, o en todo caso, por ser un *parlêtre*, un ser hablante, está tan castrada como lo está el hombre.

objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo (1924: 184).

Este extrañamiento produce efectos, deja secuelas. La conformación del superyó –vía identificación– es su consecuencia directa (es decir, son los efectos estructurantes en la constitución subjetiva); y, además, marca el inicio del período de latencia (al que podemos describir como la “calma que antecede la tormenta”: la pubertad).

A continuación, nos encontramos con la versión *idealista* de Freud. Plantea que en el caso “ideal” se produce una destrucción del complejo de Edipo, del cual no quedarían rastros. Pero, cuando de lo que se trata es de una represión, sigue operando desde el *ello*, donde exterioriza sus efectos (en tanto complejo nuclear):

[...] las represiones posteriores son llevadas a cabo la mayoría de las veces con participación del superyó, *que aquí recién se forma*. Pero el proceso descrito es más que una represión; equivale, cuando se consume *idealmente*, a una destrucción y cancelación del complejo. Cabe suponer que hemos tropezado aquí con la frontera, nunca muy tajante, entre lo normal y lo patológico [...] (1924: 185) [el destacado nos pertenece].

Luego del recorrido trazado, el autor vuelve a enunciar la tesis válida: “Tales son los nexos [...] entre organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del superyó y período de latencia. *Justifican la tesis de que el complejo de Edipo se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración*” (1924: 185) [el destacado nos pertenece]. Lo que echa por tierra al complejo de Edipo, lo que produce su hundimiento, su zozobra, es la castración.

Desde este punto del texto Freud comienza a abordar cómo todo esto se pone en juego en el caso de la niña. Señala:

[...] Nuestro material se vuelve aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero *las cosas no pueden suceder de igual manera*

que en el varón [...] la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico [...] (1924: 185) [el destacado nos pertenece].

Es decir, aquel paralelismo que trazaba con anterioridad entre el niño y la niña, realizando los cambios pertinentes (para la niña se trataba de la rivalidad con la madre y el padre como objeto libidinal), ya no es válida. No se trata de “lo mismo, pero al revés”.

Al esbozar cómo se produce esto en la niña, señala el camino que transitará con mayor precisión en el texto del año siguiente. Como Freud mismo argumenta: “[...] nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas” (1924: 186). Desde aquí es donde retoma el tema en el texto siguiente.

La anatomía es el destino

En el artículo de 1925 Freud se adentra en este continente desconocido. Reconoce que previamente el foco para investigar la vida sexual del niño había estado puesto en el varoncito, y “[...] Suponíamos que en el caso de la niña todo sería semejante, aunque diverso de alguna manera [...]” (1925: 267).

Como señalamos algunos párrafos más arriba, este paralelismo no tiene vigencia, no se sostiene. Y al explorar este terreno Freud explicita algunos puntos acerca del período pre-edípico en la niña, lo que antecede y prepara el terreno para que se despliegue el mencionado complejo.

Acerca del cambio de objeto que debe realizar la niña (pasar de la madre al padre), Freud se pregunta: “[...] ¿cómo llega la niña a resignarlo y a tomar a cambio al padre por objeto? Persiguiendo este problema he podido hacer algunas comprobaciones que acaso echen luz, justamente, sobre la prehistoria de la relación edípica en la niñita” (1925: 270), en quienes “[...] el complejo de Edipo tiene [...] una larga prehistoria y es, por así decir, una formación secundaria” (1925: 270).

Señala Freud una cabal diferencia de lo que acontece en la fase fálica para la niña, respecto del niño. Este último al ver en una niña o en una mujer “la falta de pene”, al principio descree, ve a pesar de todo, etc. Hasta que, en algún momento, “le cae la ficha” de que está amenazado y cae víctima de la angustia de castración (teme que la misma acontezca, teme perder su posesión). En la niña esto es diametralmente opuesto, al notar esta diferencia: “[...] En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo” (1925: 271)⁸ y “[...] a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene” (1925: 270).

Esta envidia trae varias consecuencias (la formación reactiva del complejo de masculinidad, el sentimiento de inferioridad, los celos, etc.). Ahora bien, el efecto más significativo es el que produce en el vínculo de la niña con su madre:

Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto-madre. La concatenación no se comprende muy bien, pero uno se convence de que al final la madre, que echó al mundo a la niña con una dotación tan insuficiente, es responsabilizada por esa falta de pene [...] (1925: 273).

Freud señala que hasta este momento el complejo de Edipo no estaba en juego. Todo esto anterior, justamente, se trataba de lo pre-edípico. A partir de ahora, con el aflojamiento de este vínculo de la niña con la madre, y el acercamiento hacia el padre, la niña *ingresa* al complejo:

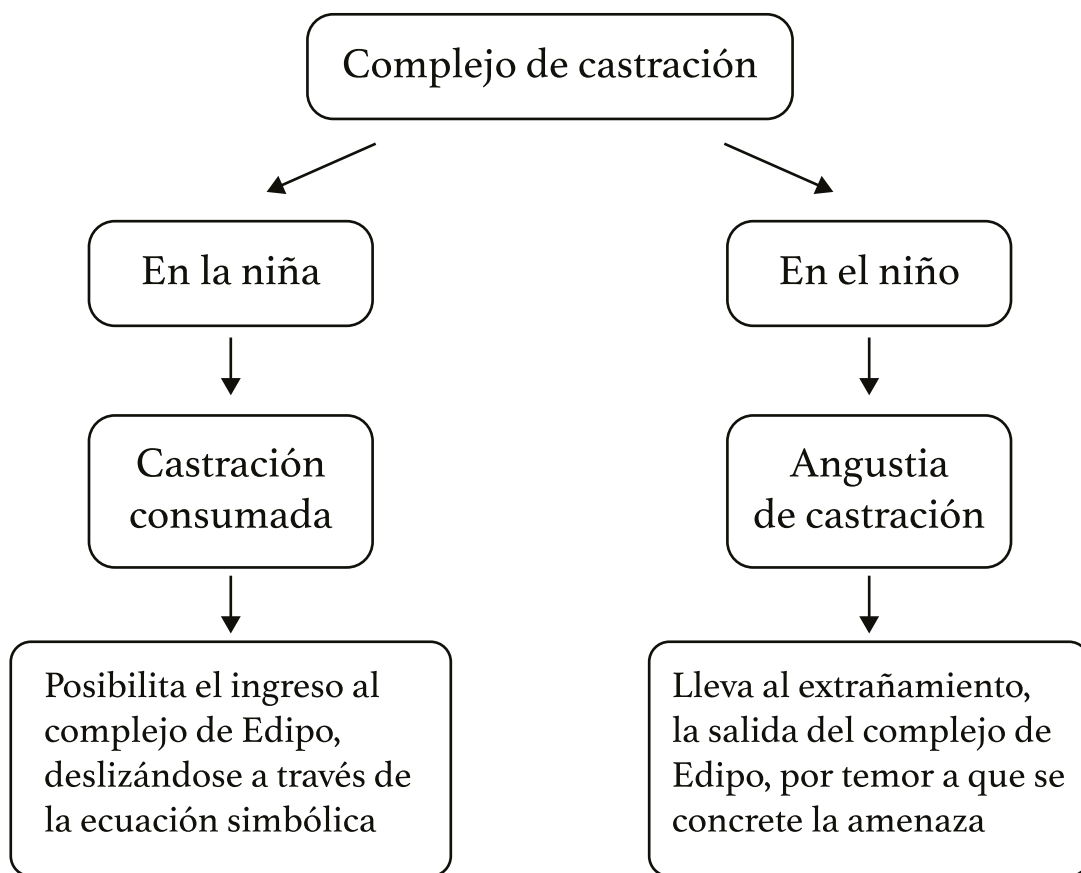
[...] la libido de la niña se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la *ecuación simbólica* prefigurada *pene = hijo*— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito *toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos*, y la niña deviene una pequeña mujer [...] (1925: 274) [el destacado nos pertenece].

8 Hace algunos años una niña, mientras casualmente observaba a su padre orinar, profería las siguientes palabras de modo espontáneo: “... cuando yo sea grande voy a tener uno como ese...”. Es una obviedad que esta niña a su corta edad (por aquel entonces no alcanzaba los 5 años) no tenía noticias de Freud, del psicoanálisis, ni de la conceptualización del complejo de Edipo, etc...

Entonces, el complejo de Edipo en la niña es una formación secundaria, el complejo de castración –que lo antecede– prepara el camino para que la niña ingrese en el mismo. Aquí es donde podemos ver, claramente, la diferencia entre niño y niña respecto tanto del complejo de castración como del complejo de Edipo:

[...] En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último* [...] La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración [...] (1925: 275).

Esquemáticamente podemos ubicarlo así:



Estos caminos que se bifurcan dan cuenta del diferente atravesamiento que por el complejo realizan el niño y la niña. Como Freud señala, el complejo de castración está presente en ambos casos, pero en cada uno de ellos se pone en juego y produce distintos efectos. Para el niño es la angustia de castración el modo particular en que este complejo se manifiesta, y lleva al abandono del complejo de Edipo. Es decir, el niño sale del Edipo por este motivo:

[...] En el varón [...] el complejo no es simplemente reprimido; zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración. Sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó [...] [que] ha devenido su heredero [...] (1925: 275).

En otras palabras, el niño sale *eyectado, catapultado* de esa posición. La amenaza de la pérdida lo lleva a retirar de modo brusco las investiduras libidinales, y esto trae como consecuencia que se introyecten, se incorporen estos objetos y conformen una nueva instancia psíquica, el superyó, que resulta su heredero.

En cambio:

En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer [...] (1925: 276).

Vemos entonces que, para la niña, el complejo de castración es lo que marca su ingreso al Edipo, y falta el motivo para que se produzca su zozobra.

Bibliografía

- Freud, S. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1923).
- Freud, S. Análisis de la fobia de un niño de cinco años, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 10: 1-118). Buenos Aires, Amorrortu, 2005. (Originalmente publicado en 1909).
- Freud, S. Carta 71, Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 305-307). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1950 [1892-99]).
- Freud, S. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 11, pp. 1-52). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1910 [1909]).
- Freud, S. El sepultamiento del complejo de Edipo, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-188). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1924).
- Freud, S. La interpretación de los sueños, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 4). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad), en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 141-150). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1923).
- Freud, S. Manuscrito N., Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 296-298). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1950 [1892-99]).

Freud, S. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 20, pp. 165-244). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1926).

Freud, S. Sobre los recuerdos encubridores, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 3, pp. 291-315). Buenos Aires, Amorrortu, 2002. (Originalmente publicado en 1899).

Freud, S. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I), en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 11, pp. 155-168). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1910).

Freud, S. Tres ensayos de teoría sexual, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1905).

CAPÍTULO 7

EL SÍNTOMA COMO SATISFACCIÓN SUSTITUTIVA

Formación de Síntoma

Nancy Soledad Lallana

Freud siempre pensó que lo que él descubría en el inconsciente anticipaba lo que sucedía a los hombres en la realidad. Por mi parte he decidido invertir esa proposición y mostrar que lo que Freud creyó descubrir no era en el fondo, sino el fruto de una sociedad, de un entorno familiar y de una sociedad política cuya significación él interpretaba magistralmente para presentarla como una producción del inconsciente¹.

Desde el inicio de sus investigaciones, Freud –en su búsqueda de respuestas a los padecimientos que parecían no encontrar alivio en los tratamientos tradicionales–, hubo de profundizar mediante hipótesis diversas el modo de conocer no solo el desarrollo del padecimiento sino fundamentalmente su causación en plena vinculación con el historial del sujeto, logrando tras largos análisis y constataciones de hipótesis esquematizar el juego de relaciones que se establece en la causación de la neurosis, las denominadas “Series Complementarias”².

En el presente escrito haremos un recorrido por algunas de las Conferencias de Introducción al Psicoanálisis teniendo como eje las números 17, 18 y 23 (fundamentalmente centradas en los diversos caminos que ha recorrer la libido para la formación de un síntoma). En la conferencia 17 “El sentido de los síntomas” demuestra que el síntoma tiene un sentido y que este es sexual, lo que emparenta al síntoma con otras formaciones del inconsciente que también se caracterizan por tener un “desde donde” y un “hacia donde”, las cuales se configuran a partir de la acción de mecanismos propios del Inconsciente como son la Condensación y el Desplazamiento. Por su parte, la conferencia 18 “La fijación al trauma, lo inconsciente” introduce la idea de la existencia a una fijación del sujeto enfermo a un fragmento determinado de su pasado, del que no puede desligarse por lo que

1 Roudinesco, E. (2015). *Freud, en su tiempo y en el nuestro*. 1º ed. Debate, Buenos Aires.

2 Freud, S. (1999). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis [1916-1917]. *Obras completas* Vol. XVI, Conf. 23, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu, Buenos Aires.

quedan enajenada del presente y de posibilidad del futuro. Esta noción de contenido del pasado que irrumpe a posteriori en la vida del sujeto a modo de efecto traumático ya aparece en textos como “Las neuropsicosis de defensa” (1894) y “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896) donde el síntoma es pensado como el resultado de un mecanismo de defensa por el cual el yo trata de defenderse de una representación inconciliable, justamente por su carácter sexual. Finalmente, en la conferencia 23 “Los caminos de formación de síntoma”, Freud plantea al síntoma como resultado de un conflicto psíquico entre una aspiración a la satisfacción pulsional y el rechazo del yo a la misma, dejando o más bien complejizando la concepción de trauma como generadora del padecimiento anímico.

El título que Freud escoge para su conferencia da cuenta de los rodeos que deberá dar la libido en su búsqueda de la satisfacción tras haber sido vetada en su descarga, al haber sido frustrada. Él dirá que “los rodeos son los caminos de la formación de síntoma; los síntomas son la satisfacción nueva, sustitutiva que se hizo necesaria por la frustración”³. Sin embargo, para el sujeto son experimentados como acciones displacenteras, que generan sufrimiento al punto de afectar su vida cotidiana ya que psíquicamente generan un gran desgaste de energía. El efecto traumático de la vivencia escinde al sujeto en un antes y un después, sea o no factible de ser recordado o anudado el aparato psíquico se ve compelido a realizar una contracatexis que tienda a regular los montos de energía a fin de recuperar el equilibrio perdido, respondiendo a la serie placer – displacer. Ese displacer que percibe el sujeto frente a la irrupción, compulsivamente repetida, del síntoma es sin dudas variable y responde a múltiples causas: por ejemplo, en las neurosis histéricas pareciera más claro de ser percibido debido a la objetivación tras la conversión del afecto en lo somático mientras que en las neurosis obsesivas serán “[...] de dos clases y de contrapuestas tendencias”⁴.

3 Freud, S. (1999) Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis [1916-1917]. *Obras completas*, Vol. XVI, Conf. 22, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

4 Freud, S. (1999) Presentación autobiográfica. Inhibición, síntoma y angustia. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? y otras obras [1925-1926]. *Obras completas*, Vol. XX, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

Será un cuerpo extraño, según las primeras definiciones freudianas. Sin embargo, el Yo buscará cancelar esa ajenidad e incorporarlo a su organización, establecerá lazos con esos contenidos siguiendo su tendencia a la unificación, a la adaptación de aquello extraño e interno a lo conocido del mundo exterior. Freud lo formula en términos de “el valor de la adaptación secundaria al síntoma”⁵ no sin ciertas consecuencias ni en términos generales, pero sí en algunas subjetividades. La etiología del síntoma neurótico ha sido una búsqueda constante en el desarrollo teórico freudiano, una primera noción estaba ligada al componente cuantitativo, al quantum de afecto que ante la imposibilidad de ser tramitado, irrumpe en el sujeto de modo traumático, generando un despliegue sintomático experimentado con gran displacer. La teoría del trauma supone la existencia de dos momentos, separados temporalmente en un inicio y finalmente separados por el atravesamiento de la pubertad lo que permite cualificar a la primera vivencia como sexual, sentido que no tuvo al momento de suceder y que ahora como efecto retroactivo aparece traumáticamente. Es la actualización es un pasado, ahora percibido como traumático.

Con el advenimiento de nuevas conceptualizaciones como el desarrollo libidinal, la fijación, el mecanismo de represión, lo inconsciente, la primera dualidad pulsional, la nueva propuesta de la metapsicología; la causación del síntoma es a partir de un Conflicto Psíquico, sin embargo el valor etológico de la noción de trauma no es abandonada del todo pues podemos percibir una vuelta a ella ligada a la compulsión a la repetición que aparece en fenómenos como los sueños traumáticos, en las neurosis de guerra (Mas allá del principio del placer, Psicología de las masas y análisis de yo, y otras obras, 1920-1922). Freud los define como intentos repetitivos del sujeto para inscribir la vivencia en el psiquismo y reelaborar aquella experiencia traumática ya sin la carga angustiosa que conlleva.

El síntoma, como todas las Formaciones de Compromiso, tiene un sentido que es inconsciente que es necesario hacer devenir consciente a fin de lograr su cancelación. Un origen, un “desde donde” que está entramado en el vivenciar del

5 Freud, S. (1999) Presentación autobiográfica. Inhibición, síntoma y angustia. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? y otras obras [1925-1926]. *Obras completas*, vol. XX, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

enfermo, parte de su historia que ha olvidado o bien logra recordar como escena perturbadora solo que se ha interrumpido la conexión entre esta y la reproducción posterior a modo de acción sintomática. En uno y en otro punto hace referencia a la memoria, tanto en el no recordar como en el recuerdo sin nexo con el efecto presente hay un efecto traumático sobre un sujeto; el recordar es poder disponer de un conjunto de imágenes, palabras, sensaciones e incluso un conjunto de signos en los cuales el sujeto se puede reubicar, mientras que en aquello olvidado la irrupción de contenido es ajeno para la conciencia pues el sujeto no se reconoce allí.

Además, el síntoma presenta un “hacia donde” que revela los propósitos a los cuales sirve su formación, la búsqueda sustitutiva de esa satisfacción que falta en su vida. En eso vamos a detenernos, en lo que Freud plantea como la formación del síntoma: esta formación sustitutiva es el resultado de un conflicto a partir de una nueva (o vieja) modalidad de satisfacción pulsional que la libido ha hallado tras enfrentar una realidad que se presenta como inalterable y que le impide alcanzar la satisfacción pulsional deseada; un objeto que ha escogido con exclusividad como el único capaz de permitirle placer. Uno de los caminos que encuentra la libido frente a esta Frustración externa está precisamente en el recuerdo de experiencias satisfactorias: “[...] se vuelve rebelde y se acuerda de tiempos pasados que fueron mejores”⁶. El punto de partida en este camino de la libido que deriva en un síntoma es originado por una realidad que le impide la satisfacción, un objeto del mundo exterior que se ha elegido con exclusividad, al que se ha fijado por lo que es no es posible el cambio que permita continuar hacia la meta pulsional.

Ese camino se encuentra mediante el proceso de Regresión, el movimiento inverso al funcionamiento normal del Aparato Psíquico que Freud plantea de tres clases: tópico en sentido de las diferentes instancias psíquicas que recorre la excitación, temporal por la vuelta hacia fases del desarrollo libidinal ya superadas, y finalmente formal, que refiere al modo de expresión y representación propio del inconsciente (que es arcaico, representación cosa y de organización menos

6 Freud, S. (1999). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis [1916-1917]. *Obras completas* Vol. XVI, Conf. 23, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

compleja que la expresada en los sistemas preconsciente y consciente; aunque se dan de modo simultáneo). “Freud insistió a menudo en el hecho de que el pasado infantil [...] persiste siempre en nosotros: Los estados primitivos pueden siempre volver a instaurarse. El psiquismo primitivo es, en este sentido pleno, imperecedero”⁷. Ahora bien, esta regresión es posibilitada desde dos polos; por un lado, está la moción pulsional que ha sido frustrada en su intento de satisfacción y por otro, la necesaria existencia de Fijaciones. Puntos en el inconsciente que han quedado a modo de huellas mnémicas de vivencias acaecidas durante el atravesamiento de las diferentes fases del desarrollo libidinal, prácticas y objetos resignados de la sexualidad infantil. Huellas que conservan cierto monto de energía y que Freud representa como análoga a esos pueblos primitivos que, en pos de conquistar y crecer en su dominio, colonializan arrasando pueblos a su paso hasta que se enfrentan a uno que les limita su avance y deciden ir en busca de aquellos reservorios de soldados que han dejado a su paso y reforzarse para seguir avanzando. Así también, la libido regresará a tiempos pasados. Estos puntos de fijación actúan como polos de atracción de aquella moción pulsional que busca satisfacerse.

Las Series Complementarias que Freud propone como esquematización de la causación de la neurosis plantean que el concepto de Fijación incluye tanto la disposición heredada vía filogénesis como la predisposición adquirida en la primera infancia (atravesamiento de las fases del desarrollo libidinal), es por ello que atrae la libido ofreciéndole un nuevo (o viejo) modo de satisfacción. Esta regresión es vía Fantasía: “guión imaginario en el que halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente” (Laplanche – Pontalis, 1996); es el modo que encuentra esa moción pulsional de alcanzar la meta, es recarga de una huella de vivencia satisfactoria. Tal es el valor de aquella construcción psíquica que Freud utiliza la metáfora de los “parques naturales” para dar cuenta de aquel lugar resguardado de todo factor externo que busque invadir y modificar un territorio que, aun en medio de cambios necesarios, de renuncias al principio del placer por un desarrollo con miramientos por la realidad,

7 Laplanche, J., Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial PAIDOS. Buenos Aires.

conserva ese modo de representación donde todo es posible, donde se puede hallar el camino a la satisfacción plena: “[...] Una reserva así, sustraída del principio de realidad, es también en el alma el reino de la fantasía”⁸. Sin embargo, es sabido que el desarrollo libidinal implica renuncias a su paso, restricciones a ese placer sin límite, al reinado del Principio de Placer donde la descarga debe ser inmediata y una realidad que se muestra inexorable, donde un Yo desarrollado regido y/o observado por un Ideal jamás prestará acuerdo para tal realización en la realidad.

Freud diferencia Fantasías primordiales u originarias de las preconsciouses/consciouses. Así, las primeras son del orden del vivenciar prehistórico, patrimonio filogenético, a saber: escena originaria, castración y seducción (resabio de aquella hipótesis finalmente abandonada por Freud, la Teoría de la seducción) y las segundas, derivadas de las originarias, son a partir del vivenciar subjetivo, llamados “sueños diurnos”. Las fantasías preconsciouses siempre están presentes pero con un nivel energético que es tolerable, admitido por el Yo hasta que una libido frustrada que inicia el camino regresivo las sobrecatextiza exigiéndose así un cumplimiento en la realidad exterior.

Nuevamente aparece el conflicto, esta vez entre este modo de satisfacción libidinal que propone la fantasía y la denegación del parte del Ideal que enviará al Yo, como agente, a ejecutar la Represión: “[...] la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción”⁹. Este segundo tiempo del proceso represivo también denominado “esfuerzo de dar caza” o “represión propiamente dicha” es el modo de defensa frente al peligro de la irrupción en la conciencia de aquellos retoños. Un retiro de la investidura preconsciouses de estos permite que la representación, representante de la pulsión quede alojada en el Inconsciente donde recibirá una nueva o su anterior investidura y desde allí comenzará a enlazarse, a organizarse con otras representaciones

8 Freud, S. (1999). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis [1916-1917]. *Obras completas*, Vol. XVI, Conf. 23, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

9 Freud, S. (1999) “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), *Obras completas*, vol. XIV, La Represión, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

buscando una nueva oportunidad para lograr así llegar a la descarga antes impedida. Mientras que el afecto que le fue quitado, Freud dice que puede tener tres destinos de aplicación: “La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia”¹⁰ además de ejercer la acción de contrainvestidura que permite al proceso represivo cumplir con su esencia de alejar un contenido que pueda ser displacentero para la conciencia y mantenerlo así alejado de ella. Por eso las fuerzas actúan de modo complementario donde, a mayor exigencia de los retoños por penetrar en el preconsciente consciente, mayor será la fuerza contraria que evita tal emergencia, muestra clara de las características que Freud propone como propias del proceso represivo: móvil e individual.

El Yo logra evitar el displacer, cumple las exigencias de su Ideal pero inevitablemente la libido seguirá buscando un camino que le garantice llegar a su meta. El Ideal del yo, como instancia reguladora del yo frente a sus exigencias pulsionales, cumple la función de medirlo en su intento permanente de recuperar algo de aquel Narcisismo Primario perdido, de aquella fase donde fue constituido como un Yo Ideal, reservorio libidinal que lo posicionaba en el estado de máxima valoración posible.

El desarrollo del Ideal como instancia crítica tuvo su punto de partida en las exigencias externas que recibía el niño por parte de sus padres, aquellos que empiezan a introducir las marcas de la educación, las normas y el límite frente a los deseos de un niño solo en búsqueda de satisfacción inmediata, restricciones diferenciadas en cada fase de la organización genital infantil según la zona erógena rectora y el modo de relación con el objeto que le permite alcanzar la satisfacción. Sin embargo, el imperativo que surge tras la acción de la Represión Primordial, aquella fundante del Aparato Psíquico, le imposibilita dar consentimiento a modos de satisfacción que rememoran sus displicencias del periodo de la organización libidinal, del atravesamiento de las fases libidinales donde la satisfacción

¹⁰ Freud, S. (1999) “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), *Obras completas*, vol. XIV, La Represión, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

era plena y alcanzada sin restricciones a través del objeto externo o del propio cuerpo. Aquel primer tiempo del proceso represivo delimitó los contenidos que pertenecen a la conciencia de aquellos que formarán parte del dominio inconsciente cuyo núcleo será resultado de la acción de la fuerza de la contrainvestidura que fija al agente representativo de la pulsión.

El Yo Ideal se ha perdido al constituirse un Yo real, tras alcanzar el desarrollo como yo maduro debe restringir sus deseos de alcanzar la descarga en el exterior al consentimiento que garantice la satisfacción libidinal pero con miramiento de la realidad. Freud plantea que la relación entre la formación del Ideal del Yo o Yo Ideal (para él no existe distingo entre ambos modos de denominación) y la causación de la neurosis es indudable ya que este aumenta las exigencias para el Yo y favorece la acción represiva como único medio de evitar el displacer. Es el Ideal del Yo la condición para la represión.

Ante esta Frustración se plantea un nuevo Conflicto esta vez interno, la acción de la Represión propiamente dicha podría garantizar al Yo librarse de las consecuencias; sin embargo “[...] no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza de constante”^{II} por lo que encontrará mediante un proceso de desfiguración o deformación una vía para lograr retornar y alcanzar la conciencia.

Cuando estos contenidos inconcientizados han sufrido la suficiente acción de los mecanismos de desfiguración o deformación propios del sistema Inconsciente, como son la Condensación y el Desplazamiento, pueden retomar la dirección progrediente y ser admitidos en la conciencia bajo la figuración del Síntoma. Lo que claramente muestra un fallo en la represión secundaria, la emergencia de aquellos contenidos en la conciencia y el comercio dinámicamente constante entre los diferentes sistemas del aparato psíquico. Esta Formación de Compromiso

II Freud, S. (1999) “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), *Obras completas*, vol. XIV, Pulsiones y destinos de pulsión, trad. José L. Etcheverry. Amorrortu. Buenos Aires.

es un retorno de lo reprimido, un sustituto de una satisfacción libidinal frustrada. Por eso se plantea a la represión como la condición para la formación de síntoma.

Síntoma que siempre aparece frente al sujeto como un enigma, una construcción con la que no se sabe qué hacer cuando irrumpe y para la que demanda interpretación.

CAPÍTULO 8

**MÁS ALLÁ DEL REINADO
DEL PRINCIPIO DE PLACER
LOS DOMINIOS DE LA
PULSIÓN DE MUERTE**

La caída de un imperio. El giro de los años 20

Milton Chajud

*[...] en verdad, es incorrecto hablar de un imperio
del principio de placer sobre el decurso
de los procesos anímicos.
S. Freud, Más allá del principio de placer.*

De nuestra mitología

Si bien para Freud las pulsiones “son seres míticos, grandiosos en su indeterminación” (1933 [1932]: 88), son un concepto “bastante oscuro” (1915: 113), constituyen “el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica” (1920: 34), esto no lo hace retroceder al momento de intentar echar luz sobre dicho concepto. Ubicamos determinados cortes en esta conceptualización que apuntan a las distintas dualidades pulsionales¹:

- Un primer momento donde Freud establece lo que llamamos primera dualidad pulsional. Esta distinción, por primera vez trazada así, aparece en 1910 en “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, donde singulariza que, además de las pulsiones sexuales, hay otras que persiguen la conservación del individuo, a las que nombra pulsiones yoicas. A partir de allí pasan a ser sinónimos pulsiones yoicas y pulsiones de autoconservación.

¹ Sabemos que Freud es *dualista*, como él mismo afirma. Ejemplos de dualismos tenemos varios: principio de placer-principio de realidad, energía libre-energía ligada, etc. Las pulsiones no son la excepción. Incluso este motivo lo lleva a discusiones con su ex discípulo Jung que quiere eliminar ese dualismo.

Incluimos, en este primer momento, el trabajo metapsicológico específico que el autor le dedica al tema en 1915, “Pulsiones y destinos de pulsión”².

- Ubicamos un segundo momento en “Introducción del narcisismo” (1914), como momento *crítico* respecto a la dualidad pulsional. Si bien la publicación de este texto es anterior a “Pulsiones y destinos de pulsión” –donde Freud, a pesar de la dificultad que surge, sostiene a *rajatabla* la dualidad establecida–, ubicamos este segundo momento justamente por ser bisagra.

El *narcisismo* produce ciertas dificultades debido a la *libidinización* del yo. Dicho en otras palabras: que el yo pase a ser un objeto libidinal es una dificultad. Trataremos de abordar la misma.

Como dijimos anteriormente, la dualidad establecida desde 1910, –y que perdurará por algunos años– es:

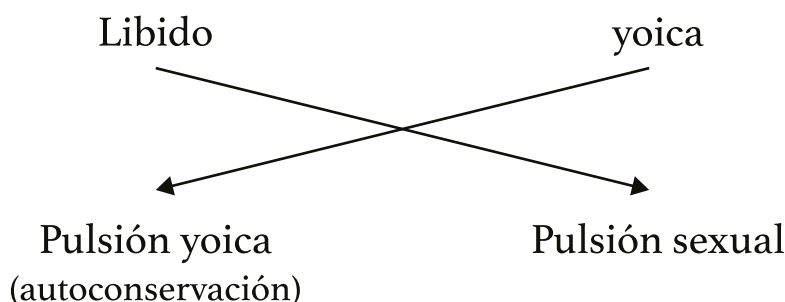
- pulsiones de autoconservación (o yoicas)
- y pulsiones sexuales.

Freud, con el estudio del narcisismo, advierte que también el yo puede ser un objeto libidinal. De allí que distingue entre libido objetal (libido invistiendo al objeto) y libido yoica (libido invistiendo al yo³). Utiliza una hermosa metáfora para explicar la interrelación que se da entre una y otra: la ameba y los pseudópodos que extiende.

2 Quizá sea superfluo, pero va la aclaración de todos modos: este corte que realizamos de estos momentos no deja de ser arbitrario. Tempranamente aparece el concepto de *pulsión* en la obra de Freud. Incluso, una pulsión sexual opuesta a una pulsión de nutrición (hambre) por ejemplo en 1905 –*Tres ensayos de teoría sexual*–. Con lo cual, si bien ubicamos como inicio del primer momento 1910, podemos encontrar antecedentes de esta dualidad en teorizaciones previas; aunque, estrictamente hablando, aparece por primera vez la enunciación “pulsiones yoicas” en el mencionado año.

3 Esta colocación particular de la libido invistiendo al yo es lo que constituye, en definitiva, el narcisismo.

Si tenemos en cuenta que libido refiere a la energía de la pulsión sexual, entonces queda la dificultad planteada:



Aquello que Freud pretendía mantener *separado* en la dualidad –lo *yoico* y lo *sexual*– al hablar de *libido yoica* se *junta*.

Esta dificultad, entonces, surge en 1914, pero un año después Freud sigue sosteniendo la dualidad formulada.

Planteamos un tercer momento como solución a esta dificultad. Es la aparición, en 1920, de la segunda⁴ dualidad pulsional: pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte. ¿Qué lugar existe, entonces, para la dualidad anterior? Quedan incorporadas o subsumidas en las pulsiones de vida (es decir, las pulsiones yoicas y las pulsiones sexuales forman parte de las pulsiones de vida).

4 Al encontrarnos con una nueva dualidad, es que podemos numerarlas como primera y segunda. Esta nominación de primera y segunda es a posteriori (*nachträglich*), puesto que “la primera” al momento de ser establecida era *la* dualidad pulsional, pasará a ser nombrada como *primera* a posteriori del surgimiento de esta segunda.

Algo no cierra

Antes de adentrarnos en la nueva dualidad señalaremos algunos pasajes, anteriores a la formulación de la misma, donde Freud (astuto) advierte que el establecimiento de pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación es una distinción provisional, y llegado el caso, si hay que sustituirla por otra, eso no tira por tierra todas las conceptualizaciones desarrolladas. Además, esto está estrechamente vinculado con la pretensión del asidero biológico en el que, en última instancia, se asienta toda su teorización (pretensión, de más está decirlo, nunca lograda).

Encontramos en “Introducción del narcisismo”:

Dada la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente, está permitido o, mejor, es obligatorio adoptar *provisionalmente* algún *supuesto* y someterlo a prueba de manera consecuente hasta que fracase o se corrobore. Ahora bien, el *supuesto* de una separación originaria entre unas pulsiones sexuales y otras, yoicas, viene avalado por muchas cosas [...] (1914: 75) [el destacado nos pertenece], [...] la hipótesis de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por tanto la teoría de la libido, descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico. Así pues, tendré la suficiente consecuencia para *desechar esta hipótesis* si del trabajo psicoanalítico mismo *surgiere una premisa diferente y más servicial acerca de las pulsiones*. Hasta ahora ello no ha ocurrido [...] (1914: 76) [el destacado nos pertenece].

Y así en un pasaje de “Pulsiones y destinos de pulsión”:

He propuesto distinguir dos grupos de tales pulsiones primordiales: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. *Pero no conviene dar a esta clasificación el carácter de una premisa necesaria [...] es una mera construcción auxiliar que sólo ha de mantenerse mientras resulte útil, y cuya sustitución por otra en poco alterará los resultados de nuestro trabajo descriptivo y ordenador [...] es posible que un estudio más exhaustivo de las otras afecciones neuróticas (sobre todo de las psiconeurosis narcisistas: las esquizofrenias) obligue a enmendar esa fórmula y, por tanto, a agrupar de otro modo las pulsiones primordiales. Pero en la actualidad no conocemos esa fórmula nueva y tampoco hemos descubierto argumento alguno desfavorable a la contraposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales* (1915: 119-120) [el destacado nos pertenece].

El no-todo del principio de placer

Un siglo atrás, Freud producía con *Más allá del principio de placer* (1920) un giro en su obra. Este giro está vinculado con la nueva (o segunda) dualidad pulsional como veníamos anticipando.

Breve comentario acerca del título *Más allá...* Como sucede siempre en Freud, podríamos decir en términos coloquiales que “da en el blanco”. Cada vez que titula lo hace de un modo certero. Sus títulos son siempre sugestivos, elocuentes. Este no es la excepción. Freud va a formular la nueva dualidad pulsional: pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Estas últimas son, justamente, las que escapan al dominio del principio de placer. Son las pulsiones de muerte las que se encuentran más allá del principio de placer. Es por esto que el autor nos dirá que queda cuestionado el “imperio irrestricto” del principio de placer, aunque no deja de estar en juego una fuerte tendencia hacia el mismo.

Puntuamos algunas cuestiones específicas del texto. Freud señala la preponderancia que tiene el principio de placer para regular los procesos anímicos. Es el factor económico el aspecto clave para esta regulación. Sabemos que el punto de vista económico está tempranamente en la obra del autor. Por ejemplo, la “representación auxiliar” o hipótesis auxiliar, que aparece ya en “Las neuropsicosis de defensa” de 1894, que señala las propiedades de la cantidad: tiene la posibilidad de desplazarse, aumentar, disminuir y ser descargada. Se define la serie placer-displacer desde este punto de vista, de modo tal que un *aumento* de la tensión (de la excitación, de la cantidad) es experimentada como *displacer*; y, por el contrario, la *disminución* o *descarga*, se traduce en *placer* (o satisfacción).

Esta regulación de los procesos anímicos por el principio de placer, según Freud, se produce de modo automático. Y distingue al principio de placer del principio de constancia (que apunta a mantener constante la cantidad de energía en el aparato). Dirá: “En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer [...]” (1920: 7).

Luego va a preguntarse por las experiencias de *displacer*, acaso estas ¿no cuestionan el *imperio* del principio de placer?

[...] es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él [...] la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer [...] (1920: 9).

Toma algunos ejemplos: el reemplazo del principio de placer por el principio de realidad, y la represión de las pulsiones. Dirá que en estos casos no se trata –en última instancia– de un cuestionamiento a este imperio, sino más bien apunta a la dimensión conflictiva del sujeto. Lo que puede ser placentero para una instancia psíquica puede no serlo para otra. En todo caso, hay otros ejemplos que sirven para cuestionar este imperio.

Repetir lo displacentero

Toma en primer término las neurosis traumáticas, en particular los sueños de guerra de las neurosis traumáticas⁵. Estos sueños son la excepción que confirma la regla. No van en el sentido del placer. No son un cumplimiento de deseo como había formulado en *La interpretación de los sueños* (1905), sino que aquí el soñante repite en el sueño el acontecimiento traumático una y otra y otra vez, sin ningún tipo de “elaboración”.

5 No perdamos de vista que el período en que Freud escribe este texto es de post guerra, apenas unos años antes había culminado la Primera Guerra Mundial. No es casual que Freud aborde la pulsión de muerte en este contexto. Algo más... a inicios de ese año muere su hija Sofía –¿casualmente? la madre del niño que Freud observa creando el juego del Fort-Da–, a causa de la “gripe española”, pandemia que azotaba al mundo por aquellos días. La muerte estuvo muy *presente* en su vida por aquellos tiempos.

En segundo término, analiza el juego de su nieto –aunque no dice explícitamente que se trata de él– de un año y medio de edad. Es el conocido juego del Fort-Da que consistía en hacer desaparecer los juguetes, tirándolos debajo de la cama o de algún mueble, práctica molesta por momentos porque hacía difícil recogerlos (podemos imaginarnos al viejo Freud de cuatro patas tratando de juntar estos juguetes). Cuando el niño arrojaba los juguetes, en su media lengua, exclamaba: se fue. También con un carretel atado con un piolín jugaba a desaparecer-aparecer. No solo hacía desaparecer este elemento, sino que lo hacía aparecer celebrando esta aparición, también en su media lengua: Da, acá está.

[...] este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado «o-o-o-o» [...] que significaba «fort» {se fue} [...] el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que «se iban» [...] El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín [...] con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso «Da» {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo. (1920: 14-15)

Este juego, según el observador, está vinculado a la presencia-ausencia de la madre. Es decir, representa esta presencia-ausencia, con la particularidad de que el niño pasa a ocupar un rol activo, para dejar de vivir pasivamente esta alternancia. Incluso Freud agrega que el niño se “venga” de su madre, ella no se ausenta, él la expulsa (un simple ejemplo nos puede hacer pensar en esta cuestión: en una relación amorosa ¿es lo mismo dejar que ser dejado?). Si bien Freud toma este juego particular de su nieto, extrapola a los juegos en general esta explicación: el niño le hace a alguien o a algo lo que a él le hicieron (por ejemplo: un niño que viene del doctor, entonces él ahora juega al doctor y le revisa la garganta a otro

niño como a él le tocó a su vez –resuenan aquí las argumentaciones que encontramos en la teoría de la seducción cuando Freud habla del rol activo que adopta el pequeño seductor luego de haber sido seducido–).

Freud señala que el niño, en mayor medida, juega a esta primera parte del juego, a la ausencia del objeto (ausencia de la madre). De allí surge entonces la pregunta ¿cómo es posible que el niño repita esa parte que claramente no le resulta placentera? Si bien estas explicaciones dan una respuesta (asumir un rol activo y echar a la madre), Freud vislumbra que hay algo más allí. Esto no alcanza para explicarlo todo. El imperio del principio de placer está cuestionado. Freud sigue tras la búsqueda de “[...] la acción de tendencias situadas más allá de este, vale decir, tendencias que serían más originarias que el principio de placer e independientes de él” (1920: 17).

Para decirlo claramente: hay algo, tanto en los sueños de las neurosis traumáticas que se repiten de manera insistente, como en este juego que escenifica la ausencia de la madre repetidamente, que no está regulado por el principio de placer. Justamente, encuentra en estos fenómenos lo que llamará compulsión de repetición.

Compulsión de repetición

En tercer término, hace foco en la transferencia y los fenómenos resistenciales en el análisis. El sujeto repite *actuando* en transferencia –en vez de recordar– ciertos acontecimientos de su vida, que ni siquiera en el momento de haber sido vividos fueron placenteros. Con lo cual, si no fueron placenteros en aquel momento, tampoco lo son ahora que se repiten, y sin embargo se repiten, insisten. De allí extrae la hipótesis de esta compulsión de repetición, el “eterno retorno de lo igual”, sea que se de en el marco de un tratamiento o por fuera del mismo. Con esta compulsión a repetir vivencias anteriores –que claramente de entrada no apuntan al placer, que no están reguladas por el principio de placer– Freud termina de explicar los fenómenos que había analizado anteriormente. Es decir, lo que

une a los sueños traumáticos de las neurosis de guerra, al juego infantil del Fort-Da, con la repetición en transferencia es, justamente, esta compulsión de repetición.

En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer. Y ahora nos inclinaremos a referir a ella los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño. (1920: 22)

Califica esta compulsión como más originaria, más elemental que el principio de placer. Es la compulsión de repetición la que destrona el imperio del principio de placer. Hay algo que escapa a este dominio, que este principio no regula.

Breve digresión, una arista que apenas dejamos señalada. Al ocuparse de las resistencias, Freud dirá que:

[...] hemos de salvar un desacierto de nuestra terminología. Eliminamos esta oscuridad poniendo en oposición, no lo consciente y lo inconsciente, sino el *yo* coherente y lo *reprimido*. Es que sin duda también en el interior del yo es mucho lo inconsciente: justamente lo que puede llamarse el «núcleo del yo»; abarcamos sólo una pequeña parte de eso con el nombre de *preconsciente* [...] (1920: 19) [el subrayado nos pertenece].

Claramente enuncia que el yo también tiene partes que son inconscientes (de donde parten las resistencias). Esta breve frase hace no coincidir *yo* con *conscien-*
cia ni con *preconsciente*. Es el puntapié inicial –deberíamos aclarar que no tan inicial, puesto que ya en *Introducción del narcisismo* algo empezó a anticipar– de lo que se ocupará algunos años más tarde en *El yo y el ello* (1923), donde estipula la segunda tópica, ese nuevo modelo de aparato psíquico: ello, yo y superyó.

Retomando, estos fenómenos de los que se viene ocupando –algunos que no contradicen el principio de placer, otros que sí–, en definitiva, le sirven para plantear la hipótesis de esta compulsión de repetición que no está regulada por el principio de placer. Ahora solo queda “demostrar” esta hipótesis.

Para esto, como el mismo autor aclara: “Lo que sigue es especulación, a menudo de largo vuelo” (1920: 24). Freud abandona el terreno firme de la clínica y las observaciones, para adentrarse en la especulación y confirmar su tesis de la existencia de una pulsión que no está alcanzada por el imperio del principio de placer.

Representa al organismo vivo como una vesícula. La capa más externa de esta vesícula es una barrera antiestímulos, que funciona –como su nombre lo indica– como barrera que protege de los estímulos externos. La misma se forma a partir de la parte exterior de esta sustancia viva que muere. Esta parte inorgánica es la que se convierte en barrera. Con lo cual, la parte que muere, lo hace justamente para proteger la parte viva que queda en el interior –vamos acercándonos cada vez más a la formulación de la pulsión de muerte–.

El trauma, a partir de ubicar la existencia de una barrera antiestímulo, queda definido por un estímulo tan fuerte que rompe la misma:

[...] Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo [...] Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía {Betrieb} energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. *Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido.* Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación. (1920: 29) [el destacado nos pertenece].

Es, en este sentido, que aparece la idea de algo más primitivo, anterior, que derriba el imperio del principio de placer. Esto anterior intenta ligar las energías no ligadas que generan el trauma por haber ingresado luego de atravesar –rompiendo– la barrera antiestímulo. La angustia es lo que protege del trauma, porque genera un apronte angustiado –también estamos dando pasos para acercarnos a la idea de angustia como señal de 1926–.

Aquí sí estamos frente a la excepción del sueño como cumplimiento de deseo. Tanto los sueños de angustia, como los sueños punitivos, son cumplimientos de deseo. Están bajo el primado del principio de placer (tempranamente Freud argumentó que lo que no es placentero para un sistema puede serlo para otro). El contraejemplo, la excepción que confirma la regla, son los sueños de las neurosis traumáticas, que no persiguen el cumplimiento de un deseo, sino más bien están tratando de procesar toda esa cantidad excesiva de energía para poder ligarla, procesarla, para que luego sí pueda ser trabajada por el principio de placer. Pero esto es posterior. Entonces esta es la compulsión de repetición.

Los sueños traumáticos que Freud recorta de las neurosis de guerra son, en ese sentido, similares a cualquier sueño que repite (insistentemente, puesto que esa energía no se puede ligar) la vivencia traumática, sin elaboración por parte del aparato psíquico. No hay ninguna elaboración, la vivencia se repite una, otra y otra vez, tal cual se la vivenció en aquella ocasión y esto claramente no persigue la consecución del placer. Este tipo de sueño “[...] reconduce al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con *renovado terror* [...]” (1920: 13) [el destacado nos pertenece].

Para pensar el trauma y la barrera antiestímulo, podemos tomar como ejemplo los estabilizadores de tensión que utilizamos para proteger nuestras computadoras. Este funciona mientras las variaciones de tensión no sean tan grandes. Ahora, ante una tensión exagerada –la caída de un rayo, por ejemplo– chau estabilizador, computadora y todo lo que se encontraba a su paso. La barrera antiestímulos protege, pero hasta cierto punto.

En el inicio era lo inanimado

Freud continúa con sus especulaciones de largo vuelo. De tan largo vuelo que se sitúa en el origen de la vida. El inicio de la misma se dio a partir de lo inanimado. Lo inanimado era primero, anterior, estaba ahí. Y la vida surgió animando lo inanimado, por un pequeño instante. Con lo cual, hubo una primera tendencia a

volver al estado anterior, al estado inanimado. De allí Freud extrae la conclusión de la naturaleza conservadora de las pulsiones, que viene a cuestionarnos la manera en que las pensábamos:

Esta manera de concebir la pulsión nos suena extraña; en efecto, nos hemos habituado a ver en la pulsión el factor que esfuerza en el sentido del cambio y del desarrollo, y ahora nos vemos obligados a *reconocer en ella justamente lo contrario, la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo*. (1920: 36) [el destacado nos pertenece]

Entonces, la naturaleza conservadora de las pulsiones es volver a un estado anterior, inanimado. Dicho de otro modo: primero lo inanimado, de allí surge lo vivo, y una primera tendencia conservadora, a volver a ese estado anterior. Esta es la pulsión más originaria, primitiva.

Esta deducción Freud la construye pensando en que la tendencia de toda vida es la muerte. Con lo cual la muerte, lo inanimado, estuvo allí primero:

[...] Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas*, no podemos decir otra cosa que esto: *La meta de toda vida es la muerte*; y, retrospectivamente: *Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo*. (1920: 38)

Y hay una tendencia conservadora de querer volver a ese estado anterior. *Provisionalmente* a esta compulsión de repetición Freud la nombra pulsión yoica. Que no cunda el pánico, a no desesperar. El mismo Freud aclara en una nota de la página 40 –agregada en 1925–, que sigue el primer bautismo pulsional (yoicas y sexuales).

También a las pulsiones sexuales las cataloga de conservadoras. Conservadoras de la vida. Si bien la meta de toda vida es la muerte, dice el autor, para llegar a esa muerte las pulsiones sexuales (luego rebautizadas pulsiones de vida), son las que les ponen un freno a las pulsiones yoicas (luego pulsiones de muerte), para que la vida se conserve un poco más. Que la vida llegue a la muerte, pero con cierto rodeo y no por el camino más corto que impone la tendencia primitiva de volver a lo inanimado.

[...] las pulsiones sexuales. Son conservadoras en el mismo sentido que las otras, en cuanto espejan estados anteriores de la sustancia viva; pero lo son en medida mayor, pues resultan particularmente resistentes a injerencias externas, y lo son además en otro sentido, pues conservan la vida por lapsos más largos. Son las genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte), se insinúa una oposición entre aquellas y estas. (1920: 40)

Vemos en juego la mezcla y desmezcla pulsional, o imbricación pulsional. Hay un interjuego permanente entre una pulsión y otra. Una funciona al modo de límite de la otra. Cuando no operan así, cuando están *sueeltas*, cualquiera de las dos lleva a la meta final de toda vida: la muerte. Pura pulsión de muerte lleva a la muerte, pero pura pulsión de vida, sin freno, también lleva a la muerte.

Surge entonces, con todas las letras, “[...] la oposición entre pulsiones yoicas (de muerte) y pulsiones sexuales (de vida) [...]” (1920: 43).

Freud abandona el modo provisional con el que venía nombrando la nueva dualidad con la nomenclatura anterior. Las pulsiones sexuales pasan a ser pulsiones de vida. Y las pulsiones yoicas ya no son sinónimo de pulsiones de muerte. Uno se pierde rápidamente si no ubica este modo temporal de llamar a la pulsión de muerte hasta que la bautiza con su nombre definitivo. Máxime si tenemos en cuenta que pulsiones yoicas son sinónimo de pulsiones de autoconservación en la primera dualidad. Con lo cual surge esta aparente gran contradicción: que la pulsión de autoconservación tiene por objetivo... la muerte, volver al estado inorgánico. O sea que de autoconservación... nada. Nuevamente, todo se aclara si tenemos en cuenta que es el modo provisorio de nombrar a la pulsión de muerte.

[...] Más bien hemos partido de una tajante separación entre pulsiones yoicas = pulsiones de muerte, y pulsiones sexuales = pulsiones de vida. Estábamos ya dispuestos a computar las supuestas pulsiones de autoconservación del yo entre las pulsiones de muerte, de lo cual posteriormente nos abstuvimos, corrigiéndonos. Nuestra concepción fue desde el comienzo dualista, y lo es de manera todavía más tajante hoy, cuando hemos dejado de

llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte. (1920: 51-52)

En este terreno “oscuro” de la doctrina de las pulsiones, Freud da un tercer paso: el primero es la extensión del concepto de sexualidad (rompe la equiparación entre sexualidad y genitalidad), el segundo es el narcisismo, y el tercero la existencia de estas pulsiones de muerte que escapan al dominio del principio de placer. Aunque como él mismo aclara, no está tan convencido de esto.

[...] No desconozco que el tercer paso de la doctrina de las pulsiones, este que emprendo aquí, no puede reclamar la misma certeza que los dos anteriores, a saber, la ampliación del concepto de sexualidad y la tesis del narcisismo. (1920: 57)

Reconoce que, justamente, la introducción del narcisismo, fue un problema en la dualidad pulsional al momento de que el yo también puede ser un objeto libidinal.

[...] la oposición originaria entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales se volvía insuficiente. Una parte de las pulsiones yoicas fue reconocida como libidinosa; en el interior del yo actuaban –junto a otras, probablemente– también pulsiones sexuales [...]. (1920: 51)

Freud viene a “enmendar” esa dificultad, estableciendo este nuevo dualismo pulsional, puesto que su concepción sigue siendo dualista (no reniega de ello, y sigue discutiendo a su ex discípulo Jung en este sentido).

Al considerar al principio de placer como una modificación del principio de Nirvana (que tiende al nivel cero de tensión en el aparato), a Freud no le resulta difícil argumentar la existencia de la pulsión de muerte con características conservadoras, que tiende a volver a un estado anterior inanimado (es decir, tensión cero). La compulsión de repetición es palmaria aquí.

La conclusión obtenida hasta este momento, que estatuye una tajante oposición entre las «pulsiones yoicas» y las pulsiones sexuales⁶, y según la cual las primeras se esfuerzan en el sentido de la muerte y las segundas en el de la continuación de la vida, resultará sin duda insatisfactoria en muchos aspectos, aun para nosotros mismos. A esto se suma que en verdad sólo para las primeras podríamos reclamar el carácter conservador –o, mejor, regrediente– de la pulsión que correspondería a una compulsión de repetición [...].

(1920: 43)

¿Qué sucede con la pulsión de vida y su vínculo con la compulsión de repetición? ¿Cómo pensar la naturaleza “conservadora” del Eros que cohesiona todo lo viviente? Freud busca respuestas por el lado de la biología (en las investigaciones de Weismann que cita), pero no las encuentra ahí. ¿Dónde sí? Nuevamente... en la mitología. Freud toma del Banquete de Platón los seres andróginos que Zeus divide y que incansablemente deambulan por la vida buscando su otra mitad para volver a fundirse en un abrazo interminable (tenemos la versión más popular de la búsqueda –o el encuentro– con la media naranja).

Aunque Freud busca argumentar y vincular la pulsión de vida (Eros) con la compulsión de repetición, de cualquier modo, esta última “le queda mejor” podríamos decir a la pulsión de muerte, allí donde el principio de placer pierde su poder.

Recapitulando: hemos trazado un recorrido que inició con la primera dualidad pulsional; a continuación, señalamos la dificultad de la misma con la introducción del concepto *narcisismo*; para arribar, luego, al giro en la obra de Freud de los años '20, donde formula la nueva dualidad. Para enunciar la misma, el autor, analiza una serie de fenómenos que contradicen el principio de placer: los sueños traumáticos de las neurosis de guerra, el juego del Fort-Da, y la repetición que se actúa en transferencia en el dispositivo analítico. De estos concluye la existencia de una compulsión de repetición que no está regulada por el principio de placer. A partir esta compulsión de repetición, Freud supone la existencia de tendencias originarias que llama pulsiones de muerte, a las que les opone las pulsiones de vida.

6 Deberíamos decir: pulsiones de muerte y pulsiones de vida.

Bibliografía

Freud, S. 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 22: 75-103). Buenos Aires, Amorrortu, 2004. (Originalmente publicado en 1933 [1932]).

Freud, S. Introducción del narcisismo, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14: 65-98). Buenos Aires, Amorrortu, 2007. (Originalmente publicado en 1914).

Freud, S. La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. II: 205-216). Buenos Aires: Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1910).

Freud, S. Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias), en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 3: 41-68). Buenos Aires, Amorrortu, 2003. (Originalmente publicado en 1894).

Freud, S. Más allá del principio de placer, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18: 1-62). Buenos Aires, Amorrortu, 2006. (Originalmente publicado en 1920).

Freud, S. Pulsiones y destinos de pulsión, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14: 105-134). Buenos Aires, Amorrortu, 2007. (Originalmente publicado en 1915).

Freud, S. Tres ensayos de teoría sexual, en J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 7: 109-224). Buenos Aires, Amorrortu, 2007. (Originalmente publicado en 1905).

La Segunda Tópica freudiana

Claudia Campins

El ordenamiento del psiquismo como Primera Tópica es presentado por Freud a partir del trabajo de discernimiento de los procesos oníricos. La propuesta metapsicológica –que hace su aparición en el capítulo VII de *La Interpretación de los sueños* (1900)– incluye los desarrollos de procesos psíquicos observados desde los puntos de vista tópico, dinámico y económico. Freud se aboca a describir el recorrido de la excitación en un aparato dividido en sistemas –Cc, PCc, e ICc– siendo el Inconsciente quien aloja esa fuerza pulsionante esencial. Este deseo motoriza la organización del psiquismo, y es en el Inconsciente donde las huellas de percepciones de satisfacción son inscriptas, memoria olvidada de satisfacciones experimentadas.

Una amplia revisión se produce en la teoría en el texto “El Yo y el Ello” (1923), que se inicia con la introducción del Narcisismo en la teoría de la libido, las dificultades teóricas que genera, precipitan plagadas de consecuencias en el “Más allá del Principio de placer”.

Para ingresar en la importante modificación conceptual a la que dio lugar la Segunda Tópica freudiana, es necesario situar como antecedente tanto a este texto bisagra que es “Introducción del Narcisismo” (1914) como a “Más allá del principio de placer” (1920), texto de reconocida relevancia por la productividad teórica a la que dio lugar.

Para definir al texto sobre Narcisismo, Assoun dice: es el “texto jalón de la evolución de la metapsicología freudiana, que prepara el camino para “Más allá del Principio de Placer” (Assoun, 2005: 222). Es un texto que permite múltiples ingresos, donde Freud va a describir al yo y su capacidad de ser tomado como objeto libidinal. De esta manera hace su aparición el Ideal del yo, antecedente directo del Superyó, que reúne dos aspectos a considerar:

1. resulta un lugar de concentración libidinal, donde el Yo empieza a formar parte de los objetos,
2. constituye una instancia crítica que desencadena el proceso de la represión¹.

Al describir el surgimiento del Yo en el psiquismo y el alcance de sus funciones, se produce una ampliación de la capacidad explicativa de las fuerzas represoras que lo tienen como protagonista. El Yo se produce como resultado de “una nueva acción psíquica” (Freud, 1914: 74) donde la concentración de la energía sexual en ese Yo incipiente produce un Narcisismo originario. En esta etapa libidinal el Yo es objeto de amor de los padres asumiendo la condición de un ideal del Yo.

Las modificaciones conceptuales se sucederán producto del desajuste que provoca la confluencia en un mismo objeto –el Yo– de los dos tipos de pulsiones: las sexuales y las yoicas. La diferenciación entre ambas resulta necesaria para sostener la hipótesis de un psiquismo dominado por el conflicto, que no es más, en definitiva, que dos tendencias en franca oposición. El primer dualismo pulsional tambalea, y es en 1920 cuando propone incluir a ambas dentro de las Pulsiones de vida, donde la auténtica novedad la produce el ingreso de Tánatos, aquella pulsión muda y destructiva que va a poner fin a la idea de que el psiquismo está regulado por el Principio de Placer, para considerarlo solo una tendencia.

En la Primera Tópica, el Yo se encuentra reducido a la conciencia y escasamente abordado. Apenas bosquejado e identificado con las fuerzas encargadas de reprimir. Esto, producto del interés de Freud en otorgar a la sexualidad su lugar relevante en la constitución psíquica. En este momento teórico el Inconsciente se opone al Yo y lo reprimido es frenado por su fuerza represora.

1 Estos son los aspectos despejados por Freud en el texto; a partir de ellos, Lacan propone una diferenciación en la organización del Yo sostenida en dos tipos de identificaciones: una eminentemente imaginaria para el Yo ideal, y otra de tipo simbólica para el ideal del Yo.

Es en 1910 cuando propone a las pulsiones yoicas en el artículo “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, y las define como aquellas encargadas de la autoconservación y de la represión.

En el punto I del texto el “Yo y el Ello”, Freud aborda esta separación entre conciencia e Inconsciente, considerándola “premisa básica del psicoanálisis” (Freud, 1923: 15). Pareciera que necesita volver a estos lugares ya transitados y consolidados para realizar el salto de incorporar la Primera Tópica en la nueva propuesta estructural del psiquismo, aquella separada en Yo, Superyó y Ello.

En el título de esta obra vemos la anticipación de aquel concepto que –con influencia nietzscheana– hará su aparición: el Ello. Un mayor recorrido (en el punto III), será necesario para reconocer la aparición de otra nueva instancia: el Superyó.

El Yo “ese payaso”²

El importante avance en el discernimiento del Yo se realiza partiendo de las definiciones conseguidas y prontas a ser ampliamente tratadas. Es así que sostiene: llamamos Yo a la “[...] organización coherente de los procesos anímicos en una persona [...] De ese Yo depende la conciencia; él gobierna el acceso a la motilidad, vale decir: a la descarga de las excitaciones en el mundo exterior”; asimismo le atribuye la “censura onírica”, y “las represiones” (Freud, 1923: 18-19).

El hecho de que el Yo pretenda desentenderse de aquello que perturba desde lo reprimido, encontrará su manifestación también como resistencia a la cura, cuando el analista busque acceder a esos contenidos reprimidos. De esta manera se presenta un problema, a saber: las resistencias parten del Yo, pero al mismo

2 Rodrigué en su biografía de Freud, titula el capítulo sobre la Segunda Tópica nombrando al Yo como payaso, en referencia a la carta que le escribe Freud a Jung el 8 de marzo de 1911: “El Yo es un verdadero payaso que está siempre metiendo la nariz donde no es llamado, para probar a los espectadores que todo lo que sucede en el circo es obra de él” (Rodrigué Emilio, “Sigmund Freud El siglo del Psicoanálisis”, Editorial Sudamericana, 1996).

tiempo no hay conciencia de ellas; por tanto, estas deberán ser inconscientes (Freud, 1923: 19). Es así que la –hasta el momento– equivalencia entre Yo y conciencia se desploma.

Aparece así una nueva escisión entre el Yo coherente y lo reprimido, formulada en la famosa frase: “Discernimos que lo *Icc* no coincide con lo reprimido; sigue siendo correcto que todo reprimido es *icc*, pero no todo *Icc* es, por serlo, reprimido. También una parte del Yo, Dios sabe cuán importante, puede ser *icc*, es seguramente *icc*” (Freud, 1923: 19).

Como consecuencia, el inconsciente como sistema, eje organizador de la Primera Tópica, es revisado para definirlo –a partir de ahora– como una “cualidad multívoca” (Freud, 1923: 20). El inconsciente como cualidad pierde la mayúscula que lo identificaba como uno de los sistemas que formaba parte del esquema del peine, para describir a las instancias como el Ello, el Superyó y parte importante del Yo.

En el punto II, Freud propone la denominación de Ello para aquella instancia psíquica sede de las “pasiones” y las pulsiones. La superficie en contacto con las percepciones del mundo y sensaciones corporales va conformando una instancia diferenciada que envuelve al Ello parcialmente y que forma al Yo. Este se encuentra apremiado por la influencia del Ello y también por la realidad que le imprime sus exigencias. La vecindad entre el Yo y el Ello no se constituye por límites precisos como en la primera tópica, sino a partir de una inmersión de contornos difusos de uno en el otro. Esto se explica por el origen del Yo, al ser este una parte del Ello modificada por el contacto asiduo con el mundo exterior. Cuenta entre sus funciones el acceso a la motilidad.

Reconocemos en el trabajo de génesis y descripción del Yo, una “ampliación en la doctrina del narcisismo” (Freud, 1923: 47). En “Introducción del Narcisismo” (1914) se propone al Yo como el lugar de concentración libidinal, una suerte de sede de la libido desde donde se orienta hacia los objetos externos y desde donde retorna al Yo (introversión). “Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del Yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste,

y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite” (Freud, 1914: 73). Esta metáfora es utilizada por Freud en otros artículos.

Sin embargo, en el marco de la propuesta de un psiquismo estructurado en una Segunda Tópica, será el Ello el encargado de cumplir esta función de “reservorio de la libido” (Freud, 1923: 32).

En el apéndice B del “El Yo y el Ello”, encontramos el trabajo de rastreo de las modificaciones planteadas por Freud sobre la instancia encargada de concentrar la libido.

Al principio toda libido está acumulada en el Ello, en tanto el Yo se encuentra todavía en proceso de formación o endoble. El Ello envía una parte de esta libido e investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el Yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al Ello como objeto de amor. (Freud, 1923: 47)

La siguiente cita pertenece al texto “Dos artículos de enciclopedia” de 1923: “[...] era preciso ver en el Yo más bien un gran reservorio de libido, desde el cual esta última era enviada a los objetos, y que siempre estaba dispuesto a acoger la libido que refluye desde los objetos” (Freud, 1923: 252, tomo 18). Resulta central el lugar que asume el proceso de la identificación en la estructuración del psiquismo.

Con el propósito de esclarecer la génesis del Yo, Freud hace intervenir otro aspecto que resulta de considerable importancia: “el cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas” (Freud, 1923: 27). El Yo es una “proyección psíquica de una superficie del cuerpo” (Freud, 1923: 28). Esta definición fue ampliamente recogida para elaboraciones que enriquecieron el Psicoanálisis, como las de Lacan y su estadio del espejo.

Freud señala que hay una parte del Yo que se separa “tajantemente” del Ello, aquella que corresponde a la parte reprimida “[...] pero puede comunicar con el yo a través del ello” (Freud, 1923: 26). Estas características son las que obligan al Yo a sus “vasallajes”, que se constituyen por el origen de dependencia hacia la autoridad de los padres, lugar que ocupará luego el Superyó.

Por su parte, las cualidades atribuidas al sistema inconsciente son conservadas para el Ello y su funcionamiento. En *La Interpretación de los sueños* (1900) el deseo Icc constituye la fuerza que posibilita el armado del sueño para conseguir su realización, comparándolo con aquel socio que aporta el capital necesario. En el “*El Yo y el Ello*”, la metáfora que elige Freud para describir la intensidad del Ello es la de un brioso corcel, cuya fuerza pulsionante requiere ser domeñada por el Yo.

En el texto “Más allá del principio de Placer” (1920), Freud centra sus esfuerzos en esclarecer los fenómenos donde la búsqueda del placer pierde su capacidad explicativa. Fenómenos como los sueños traumáticos o el juego infantil plantean el enigma de una fuerza destructiva que le permite reconocer un “lugar otro”, un más allá. El término en alemán usado por Freud para nombrar el “Más allá” es “Jenseits”, designa lo que está “del otro lado” del lugar donde uno se encuentra” (Assoun, 2005: 236). Así es que las fronteras que con tanta firmeza separaban los sistemas de la Primera Tópica, se ven diluidos en esta segunda. Esta frontera metapsicológica, donde el deseo inconsciente imperaba como motor en búsqueda de satisfacción, encuentra un más allá, un “otro lado”, donde el dominio le pertenece a la pulsión de muerte. Es así que, al interior del Psicoanálisis, se inaugura un novedoso modo de pensar y una renovada capacidad de intervenir clínicamente, al adentrarse en la compulsión repetitiva.

El surgimiento del Superyó en la trama edípica

En el capítulo III de “*El Yo y el Ello*” Freud propone una diferenciación en el Yo, que guarda mayor distancia con la conciencia, y la nombra: Superyó (el término en alemán: Super-yo ÜberIch, es SOBRE el Yo, reconocemos dos sentidos: por un lado porque es una parte del Yo que se separa, pero además que está sobre, encima, midiéndolo, observándolo...). Para situar su origen, establece una trayectoria explicativa que es muy frecuente en Freud: dirigirse hacia ejemplos clínicos sintomáticos para reconocer los mecanismos y generalizarlos. Es así que se apoya en el mecanismo propio de la melancolía donde “un objeto perdido se vuelve a

erigir en el Yo” (Freud, 1923: 30). De esta manera Freud propone que el abandono de la investidura de objeto da lugar a una identificación en el Yo.

Esta sustitución de investidura de objeto por identificación, se corresponde con el pasaje desde “querer el objeto” a “querer parecerse a él”. El Yo se ofrece para ser amado, asumiendo a través de la identificación al objeto amado asumiendo las características del objeto amado identificándose con él, dando lugar a una “erectión de objeto en el Yo” (Freud, 1923: 31). Este es el modo en que Freud propone la formación del Yo, a través de las sucesivas identificaciones.

El distingo entre investidura de objeto e identificación no sería propio de la fase oral, en esa etapa libidinal coinciden ambas. Desde el Ello parten las investiduras de objeto, transformándose en exigencias para el Yo. La resignación de esos objetos suele dar lugar a una “alteración”, a la que nombramos identificación. La identificación es el modo ofrecido por el Yo para que el Ello acepte el abandono de los objetos investidos, al haber sido incorporados al Yo.

La melancolía le permite a Freud teorizar acerca del duelo, y esa explicación es la que tensa para describir las sucesivas sedimentaciones acontecidas en el Yo, que se constituye a partir de portar sobre sí las marcas de los objetos amados, las identificaciones. “El Yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas” (Freud, 1923: 31).

De esta manera, Freud describe una identificación primaria al “padre de la prehistoria personal”, no al padre real que se correspondería con el de la historia del sujeto. Describe, más bien, una operación anterior en referencia a lo generacional, y su particularidad es que “es directa e inmediata”. Se produce sin mediación y no tiene por antecedente una investidura objetual. La incorporación oral –de tipo canibalística– le brinda el modelo de incorporación, y se caracteriza por ser “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva” con un objeto (Freud, 1921: 99). Esta identificación originaria resulta necesaria para el surgimiento del ideal del Yo: “[...] tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal” (Freud, 1923: 33).

En esta cita describe dos momentos diferentes, que se corresponden con dos tipos de identificación: una identificación primaria al padre de la prehistoria, que es condición para que la identificación propia de la salida del Edipo tenga lugar y con ella el Superyó.

Freud explica el Edipo en el varón y hace extensiva la explicación a la mujer. Describe un incremento en la intensidad de la investidura de objeto incestuosa hacia la madre y, por lo tanto, también se magnifica la hostilidad propia de la identificación al padre. De esta manera, se instala el conflicto que da lugar al surgimiento del Complejo de Edipo. Freud reconoce que esta explicación es una simplificación, por lo que plantea al “Edipo completo”: cuando el padre también es objeto de amor y la hostilidad se extiende a la figura materna.

La fase fálica (teorizada tardíamente, en 1923), nos permite entender el valor atribuido a este objeto, por su capacidad de dispensar placer autoerótico. Por lo que su amenaza provoca el abandono de las exigencias incestuosas y una salida del Edipo, con el fin del resguardo narcisista de esa parte del cuerpo. Esta explicación –válida para el varón– difiere en la mujer, porque la castración, en ella, marca el ingreso al Edipo junto con la resignación del objeto materno. La femineidad, deuda pendiente en este artículo que comentamos, es retomada en una conferencia de 1933: “La femineidad”, pero sin considerar que se producía un cierre de tan compleja temática. Freud define como continuadoras a las psicoanalistas mujeres, considerando que eran las que estaban en mejores condiciones para enriquecer y revisar sus postulados.

Al adquirir el falo el alcance de articulador central del Edipo, la amenaza de castración –que hasta este momento ocupaba un lugar junto a las otras fantasías originarias (seducción de un adulto y observación del coito de los padres)– adquiere su valor estructurante. Las otras fantasías se leen en clave edípica, incorporándose en su trama. La amenaza de castración, al lograr inscripción psíquica, resignifica todos los objetos anteriormente perdidos (el pecho y las heces), ocasionando una rápida salida del Edipo.

Así, es que el desenlace propuesto para el Edipo, incluye una identificación que cumple la función de “reforzar” la identificación primaria, produciendo una “sedimentación en el Yo, que consiste en el establecimiento de dos identificaciones, unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del Yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del Yo como ideal del Yo o Superyó” (Freud, 1923: 36).

De esta manera, el surgimiento del Superyó se produce como precipitado de las operaciones propias del Complejo de Edipo, que marcan su fin a partir de la desexualización de los objetos incestuosos. El sepultamiento del Edipo da lugar a que esas investiduras parentales –que fueron desexualizadas como consecuencia de la amenaza de castración– sean introyectadas, precipitando de manera masiva en el psiquismo como Superyó e incorporando la marca de la prohibición.

Freud sitúa el vínculo ambiguo del Superyó con el Yo: “Así (como el padre) *debes* ser, sino que comprende también la prohibición: Así (como el padre) *no te es lícito ser...*” (Freud, 1923: 36), y le da un carácter de “imperativo categórico”. Dimensión torturante por su carácter de imposibilidad lógica de ser cumplida, en la que el sujeto queda más o menos atrapado, en consonancia con la saña con la que ese Superyó trata al Yo.

Es así que la identificación que da lugar al Superyó, expresada en “lo que uno quiere ser (pero también lo le que está prohibido ser)”, se distingue de la previa elección de objeto paterno, que es aquello que “uno quiere tener”. De esta manera es que, la identificación, es producto de la desinvertidura libidinal. Freud dice:

Cuando el Yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al Ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: «Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto». (Freud, 1923: 32)

Entre la elección de objeto y la identificación, reconocemos la eficacia de la Castración.

Freud describe dos momentos, que dan por resultado la incorporación del Superyó en el psiquismo: una primera identificación de un Yo incipiente; y condición

para aquella posterior identificación que marca la salida del Edipo, y que involucra la incorporación de la autoridad.

El Superyó debe su posición particular dentro del Yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el Yo era todavía endeble; y el segundo es el heredero del Complejo de Edipo.

(Freud, 1923: 49)

Estas frases nos permiten reconocer la lectura atenta que realizó Lacan de la obra de Freud, insumo que le valió la elaboración de un ordenamiento original en 3 momentos. Lacan distingue al Yo ideal para el primer tiempo, aquel cuya concentración libidinal es producto de una clausura narcisista; un segundo momento, donde el conflicto se instala y la tensión entre las investiduras incestuosas y la amenaza de castración permite un desenlace; en un tercer momento, que deja por residuo la incorporación de la prohibición en un ideal del Yo. Este aporte que hace Lacan permite reconocer distintas operaciones psíquicas para el Edipo que, aunque posibles de rastrear en Freud en las citas elegidas, no dejan de ser un aporte original. Lacan permite esclarecer nudos en la obra de Freud, que pueden resultar muy áridos si lo que pretendemos es analizar la estructura de los textos y despejar su lógica interna. Esclarece las consecuencias estructurantes que quedan como saldo en el psiquismo, y las dificultades posibles en estas operaciones, que cuanto más tempranas, más graves son sus consecuencias.

Los tres tipos de identificación

Concluimos, tras el seguimiento del texto “El Yo y el Ello” que, en este momento teórico, la identificación asume un lugar de articulador central en la estructuración del psiquismo. Lugar de las relaciones de objeto tempranas, sus abandonos y restos, producen operaciones que tienen efecto estructurante en la organización psíquica. Esta compleja trama se corresponde con los avatares propios del Complejo de Edipo.

En el texto “Psicología de las masas y análisis del Yo” (1920), encontramos los 3 tipos de identificación que Freud describe:

1. la identificación primaria: sería aquella que permite incorporar al padre de la prehistoria edípica;
2. un tipo de identificación producida por la sustitución de la investidura de objeto al introyectar el objeto en el Yo (como aquella que da origen al Superyó);
3. un tercer tipo de identificación que se origina “en cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales” y el ejemplo que usa es la de los celos que podrían generarse entre los miembros de un internado, donde este tipo de identificación se sostiene en un rasgo que se quiere apropiar del otro (Freud, 1921: 101).

El Superyó y la pulsión de muerte

Retomando lo expuesto, el Superyó se erige en el psiquismo como el “heredero del Complejo de Edipo” –según la ya clásica expresión freudiana–. La castración precipita su constitución, y se sostiene en el ambiguo mandato entre los ideales y sus prohibiciones (sobre cómo “se debe ser” y cómo “no se le está permitido ser”). Es el intento de evitar la castración lo que inaugura manifestaciones clínicas que Freud reconoce, razón por la que se detiene en el “sentimiento inconsciente de culpa”.

La explicación que aporta, para esclarecer el sentimiento inconsciente de culpa, es que el Superyó resulta el lugar apto para el “cultivo” de la pulsión de muerte, aquella pulsión muda que no forma parte de esa memoria de representaciones. El sadismo de esta instancia, dirigido al Yo, le impone la enfermedad. Los síntomas aplacan la necesidad de castigo, originado en una culpa que el Yo desconoce. Freud teoriza la imbricación primordial de las pulsiones de vida con las de

muerte. La desimbricación de las pulsiones da lugar a diferentes manifestaciones clínicas, la más extrema es la del suicidio.

La explicación metapsicológica sobre el origen de la severidad del Superyó, es que la desimbricación se produce en el Ello, y desde allí avanza la pulsión de muerte liberada de los componentes del Eros, descargando sus componentes destructivos sobre Yo (Freud, 1923: 55). Es así que propone un interesante análisis sobre la delincuencia de algunos jóvenes, que resulta de la búsqueda de un encuentro con la ley. Esta elección estaría al servicio de la necesidad del castigo que le impone el Superyó al Yo (Freud, 1923: 53).

Lo propuesto en este texto sobre el Superyó y su aguijoneo constante sobre el Yo, es un articulador fundamental que permite el análisis de las posiciones del sujeto ante la ley, la felicidad, el crimen y la culpa. Esta contribución esencial del Psicoanálisis, se sostiene en el “delito mitológico” (Assoun, 2005: 171). La falta de intención de Edipo al perpetrar sus crímenes, no lo libera de su responsabilidad frente al incesto y el asesinato, permitiéndole a Freud pensar la culpabilidad neurótica originada en aquella instancia psíquica configurada como resabio, como resto, como heredero: el Superyó.

Bibliografía

Assoun, P. (2005). *Figuras del Psicoanálisis*. Prometeo Libros.

Assoun, P. (2005). *Perspectiva del Psicoanálisis*. Prometeo Libros.

Freud, S. (2000). “El Yo y el Ello” (1923) *Obras Completas* Vol. 19. Amorrortu ediciones.

Freud, S. (2001). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Amorrortu ediciones.

Roudinesco, E. y Plon, M. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Paidós.